© Piotr Kropotkin (tomo II)
Octubre 2018

**Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.
Ilustración en portada: Mauricio López V.

**Esta publicación es financiada con los recursos de la RLS con fondos del
BMZ y Para Leer en Libertad AC. Es de distribución gratuita.**

LA GRAN REVOLUCIÓN
(TOMO II)

PIOTR KROPOTKIN

CAPÍTULO XXXVI

LA CONVENCION. LA COMUNA. LOS JACOBINOS

El 21 de septiembre se abrió al fin la Convención, la asamblea que frecuentemente se ha considerado como el verdadero tipo, el ideal, de una asamblea revolucionaria. Las elecciones se habían hecho por sufragio casi universal, por todos los ciudadanos activos y pasivos, pero siempre en segundo grado, es decir, todos los ciudadanos habían elegido primeramente las asambleas electorales y éstas habían nombrado los diputados a la Convención. Ese modo de elección era evidentemente favorable a los ricos; pero como las elecciones se hicieron en septiembre, en medio de la efervescencia general producida por el triunfo del pueblo el 10 de agosto, y muchos de los contrarrevolucionarios, aterrorizados por los acontecimientos del 2 de septiembre, prefirieron no mostrarse en las elecciones, éstas no fueron tan malas como hubieran podido ser. En París pasó por completo la lista de Marat, que contenía todos los revolucionarios conocidos del Club de los Cordeleros y de los jacobinos. Los 525 “electores” que se reunieron el mismo 2 de septiembre en el local del Club de los Jacobinos, eligieron a Collot d’Herbois para presidente y a Robespierre para vicepresidente, excluyeron a todos los que habían formado las

peticiones realistas de los 8,000 y de los 20,000, y votaron por la lista de Marat.

Sin embargo, el elemento “moderado” seguía dominando, y Marat escribía, desde la primera sesión, que al ver el aspecto que presentaba la mayoría de los delegados, desesperaba de la salvación pública. Preveía que su oposición al espíritu revolucionario sumergiría a Francia en incesantes luchas. “Acabarán por perderlo todo —decía—, si el corto número de los defensores del pueblo, llamado a combatirlos, no se sobrepone y los aplasta”. Pronto veremos cuánta razón tenía.

Pero los mismos acontecimientos empujaban a Francia hacia la República, y el impulso popular fue tal, que los moderados de la Convención no osaron resistir la corriente que se llevaba a la monarquía. Desde su primera sesión, la Convención declaró por unanimidad que la monarquía quedaba abolida en Francia. Marsella, como ya hemos visto, y otras ciudades, exigieron la República antes del 10 de agosto; París lo hizo solemnemente el primer día de las elecciones; el Club de los Jacobinos se decidió al fin a declararse republicano en su sesión del 27 de agosto, después de la publicación de los papeles hallados en el secreter de las Tullerías, La Convención siguió a París: abolió la monarquía en su primera sesión, el 21 de septiembre de 1792, y al día siguiente, por un segundo decreto, ordenó que a contar desde aquel día los actos públicos serían fechados Año primero de la República.

Tres partidos bien diferentes se encontraron en la Convención: la Montaña, la Gironda y la Llanura, o más bien el Pantano. Los girondinos aunque menos de doscien-

tos, dominaban. Ya en la Legislativa habían suministrado al rey el Ministerio Roland y pretendían ser considerados como “hombres de Estado”. Compuesto de hombres instruidos, elegantes y finos políticos, el partido de la Gironda representaba los intereses de la burguesía industrial, comercial y terrateniente, que se constituía rápidamente bajo el nuevo régimen. Con el apoyo del Pantano, los girondinos fueron al principio los más fuertes, y con ellos se formó el nuevo Ministerio republicano. En el Ministerio llegado al poder el 10 de agosto, únicamente Danton había representado la revolución popular: él presentó su dimisión el 21 de septiembre y el poder quedó en manos de los girondinos.

La Montaña, compuesta por jacobinos como Robespierre, Saint-Just y Couthon, de cordeleros como Danton y Marat, y apoyada por los revolucionarios populares de la Comuna, como Chaumette y Hébert, no se había constituido aún como partido político; se constituyó después y debido a la sucesión de los acontecimientos. Por el momento reunía a los que querían marchar hacia adelante y conducir la Revolución a resultados tangibles, es decir, destruir la monarquía y el monarquismo, aniquilar la fuerza de la aristocracia y del clero, abolir el feudalismo y afirmar la República.

Por último, la Llanura, o el Pantano, lo formaban los indecisos, sin convicciones firmes, pero siempre propietarios y conservadores por instinto, esos que son la mayoría en todas las asambleas representativas. Eran unos quinientos en la Convención. Esa agrupación sostuvo al principio a los girondinos, abandonándolos después en el momento de peligro; por miedo sostuvieron el terror rojo, con Saint-Just

y Robespierre y a continuación hicieron el terror blanco, cuando el golpe de Estado de Termidor envió a Robespierre al cadalso.

Se pudo creer entonces que la Revolución se desarrollaría sin obstáculos y seguiría su marcha natural, dictada por la lógica de los acontecimientos: proceso y condenación del rey; una constitución republicana para reemplazar a la de 1791; la guerra a muerte contra los invasores; y al mismo tiempo la abolición definitiva de lo que constituía la fuerza del antiguo régimen: los derechos feudales, el poder del clero y la organización realista de la administración provincial. La abolición de todas esas rémoras se desprendía necesariamente de la situación.

Pero la burguesía, llegada al poder y representada por los "hombres de Estado" de la Gironda, no lo quería.

El pueblo había derribado del trono a Luis XVI; pero en cuanto a desembarazarse del traidor que había traído a los alemanes hasta las puertas de París, en cuanto a ejecutar a Luis XVI, la Gironda se oponía con todas sus fuerzas. ¡Antes la guerra civil que ese paso decisivo! No por temor a la venganza del extranjero, puesto que los mismos girondinos habían emprendido la guerra contra Europa, **sino por miedo a la Revolución del pueblo francés**, y sobre todo del París revolucionario, que vería en la ejecución del rey el principio de la verdadera revolución.

Felizmente el pueblo de París, en sus secciones y en su Comuna, había llegado a constituir, al lado de la Asamblea Nacional, un poder positivo que dio cuerpo a las tendencias revolucionarias de la población parisina y hasta llegó a dominar a la Convención.

Detengámonos un momento, antes de abordar las luchas que desgarraron a la representación nacional, para dirigir una mirada retrospectiva a la forma en que se constituyó el poder de la Comuna de París.

Ya hemos visto en capítulos precedentes (XXIV y XXV) de qué manera adquirieron importancia las secciones de París como órganos de la vida municipal, apropiándose, además de las atribuciones de policía y la elección de los jueces que le daba la ley, diversas funciones económicas de la mayor trascendencia (la alimentación, la asistencia pública, la venta de los bienes nacionales, etc.), y cómo esas mismas funciones les permitieron el ejercicio de una gran influencia en la discusión de las grandes cuestiones políticas de orden general.

Convertidas en órganos importantes de la vida pública, las secciones trataron necesariamente de establecer un lazo federal entre sí, y en diversas ocasiones, en 1790 y 1791, nombraron comisarios especiales con objeto de llegar a acuerdos para la acción común, por fuera del Consejo municipal regular. Sin embargo, nada permanente llegó a establecerse.

En abril de 1792, cuando se declaró la guerra, los trabajos de las secciones aumentaron repentinamente con una multitud de nuevas atribuciones: alistamientos, selección de voluntarios, donativos patrióticos, equipo y provisión de los batallones enviados a las fronteras, correspondencia administrativa y política con aquellos batallones, asistencia a las familias de los voluntarios, etc., aparte de la continua lucha contra las conspiraciones realistas que dificultaban sus trabajos. Con esas nuevas funciones se hacía sentir cada vez más la necesidad de una unión **directa** entre las secciones.

Cuando hoy se recorre esa correspondencia de las secciones y su vasta contabilidad, no se puede menos que admirar el espíritu de organización espontánea del pueblo de París y la abnegación de los hombres de buena voluntad que realizaban esas tareas después de terminado su trabajo diario. En ese recorrido se puede apreciar la profundidad de la devoción, más que religiosa, que la Revolución suscitaba en el pueblo francés. Porque no hay que olvidar que si cada sección nombraba su comité militar y su comité civil, todos los asuntos importantes se trataban y resolvían en las asambleas generales nocturnas.

Se comprende también que aquellos hombres que veían, no en teoría, sino en vivo, los horrores de la guerra y estaban en contacto directo con los sufrimientos impuestos al pueblo por la invasión, debían odiar a sus autores: el rey, la reina, la corte, los ex nobles y los ricos, todos los ricos, que hacían causa común con la corte. La capital se asociaba a los campesinos de los departamentos fronterizos en el odio a los secuaces del trono que habían convocado al extranjero. He ahí por qué, en cuanto se lanzó la idea de la manifestación pacífica del 20 de junio, las secciones se dedicaron a organizar aquella manifestación, para luego preparar el ataque de las Tullerías el 10 de agosto, aprovechando esos preparativos para constituir la unión directa tan deseada entre las secciones con vistas a la acción revolucionaria.

Cuando resultó evidente que la manifestación del día 20 no produjo resultados, que la Corte nada había aprendido ni nada quería aprender, las secciones tomaron a su cargo la iniciativa de pedir a la Asamblea la destitución de Luis XVI. El 23 de julio, la sección de Mauconseil tomó un

acuerdo en ese sentido, que notificó a la Asamblea, y se dispuso a preparar una insurrección para el 5 de agosto. Otras secciones se apresuraron a tomar la misma resolución, y cuando la Asamblea, en su sesión del día 4 de agosto, denunció el acuerdo de los ciudadanos de Mauconseil como ilegal, ese acuerdo había recibido ya la aprobación de catorce secciones. Aquel mismo día se presentaron unos miembros de la sección de Gravilliers a declarar ante la Asamblea que dejaban todavía a los legisladores “el honor de salvar a la Patria”. “Pero si se rehúsan —añadían— será preciso que tomemos el partido de salvarnos nosotros mismos.” La sección de los Quince-vingt designó por su parte “la mañana del 10 de agosto como término extremo de la paciencia popular”; y la de Mauconseil declaró que esperaría en paz y vigilancia hasta el jueves (9 de agosto) a las once de la noche, el pronunciamiento de la Asamblea Nacional pero que si el Cuerpo legislativo no le hacía justicia y derecho al pueblo, una hora después, a medianoche, se tocará generala y todo se levantaría¹⁸⁸.

Por último, la misma sección invitó a todas las otras el 7 de agosto a nombrar en cada una seis comisarios, menos oradores que excelentes ciudadanos, quienes, para su reunión, tomarán como punto central el *Hôtel de Ville*; lo que se hizo el día ⁹¹⁸⁹. Cuando se hubieron adherido al movimiento veintiocho o treinta secciones de las cuarenta y ocho existentes, sus comisarios se reunieron en la casa común, en una sala vecina a aquella en que se reunía el consejo municipal regular —poco numeroso en aquel momento— y procedieron revolucionariamente como nueva Comuna: suspendieron provisionalmente al Consejo ge-

neral, pasaron a comisión al alcalde Pétion, disolvieron al estado mayor de los batallones de la Guardia Nacional y se apoderaron de todos los poderes de la Comuna, así como de la dirección general de la insurrección¹⁹⁰.

Así se constituyó en el *Hôtel de Ville* el nuevo poder del que acabamos de hablar. Las Tullerías fueron tomadas; se destronó al rey, e inmediatamente la nueva Comuna hizo saber que en el 10 de agosto veía, no el coronamiento de la Revolución inaugurada el 14 de julio de 1789, sino el principio de una nueva revolución popular e igualitaria, por lo que a partir de aquel día fecharía sus actas como “el año IV de la Libertad, el año I de la Igualdad”. Inmediatamente toda una masa de nuevos deberes comenzó a ser incumbencia de la nueva Comuna.

Durante los últimos veinte días de agosto, mientras la Asamblea legislativa vacilaba entre las diversas corrientes realistas, constitucionales y republicanas que la desgarraban, y se mostraba absolutamente incapaz de elevarse a la altura de los acontecimientos, las secciones de París y su Comuna llegaron a ser el verdadero corazón de la nación francesa para despertar a la Francia republicana, lanzarla contra los reyes coaligados y producir, de acuerdo con otras comunas, la organización necesaria en el gran movimiento de los voluntarios de 1792. Y cuando las vacilaciones de la Asamblea, las veleidades realistas de la mayor parte de sus miembros y su odio a la Comuna insurreccional llevaron a la población parisina a los furores frenéticos de las jornadas de septiembre, la paz provino nuevamente de las secciones y de la Comuna. En cuanto la Asamblea legislativa se decidió, por fin, a pronunciarse, el 4 de septiembre, contra la monar-

quía y contra todos los pretendientes al trono de Francia, y notificó esta decisión a las secciones, éstas, como ya hemos visto, se federaron de inmediato para terminar las masacres, que amenazaban extenderse desde las prisiones a las calles, y para garantizar la seguridad a todos los habitantes.

Asimismo, cuando la Convención se reunió, y, después de haber decretado, en la mañana del 21 de septiembre, la abolición de la monarquía en Francia, “no osaba pronunciar la palabra decisiva” de República, y “parecía esperar apoyo desde del exterior”¹⁹¹, este apoyo provino del pueblo de París, que recibió el decreto en la calle, a los gritos de *¡Viva la República!*; y los ciudadanos de la sección de Quatre-Nations se presentaron a forzar la mano a la Convención, diciéndose muy felices de pagar con su sangre “la República”, que en ese momento no estaba aún proclamada y que no fue reconocida oficialmente por la Convención hasta el día siguiente.

La Comuna de París adquirió así una fuerza que se imponía como inspiradora, si no rival, de la Convención y aliada del partido de la Montaña.

Además la Montaña tenía de su parte aquel otro poder recién constituido en el transcurso de la Revolución: el Club de los Jacobinos de París, con las numerosas sociedades populares de provincias que se le habían afiliado. Es cierto que aquel club no tenía el poder ni la iniciativa revolucionaria que le otorgan muchos escritores políticos modernos. Lejos de gobernar la Revolución, el Club de los Jacobinos no hizo más que seguirla. Integrado principalmente por burguesía acomodada, su misma composición le impedía dirigirla.

Los jacobinos, dice Michelet, se vanagloriaban de ser los prudentes y los políticos de la Revolución, de constituir el fiel de su balanza. No dirigían la Revolución, la seguían. El espíritu del Club cambiaba a cada nueva crisis. Pero inmediatamente se hacía la expresión de la tendencia que en determinado momento predominaba en la burguesía instruida y moderadamente democrática; la apoyaba, trabajando la opinión en París y en las provincias en el sentido requerido, y proporcionaba al nuevo régimen los funcionarios más importantes. Robespierre, quien, según la acertada expresión de Michelet, representaba “el justo medio de la Montaña”, quería que los jacobinos “pudieran servir de intermediarios entre la Asamblea y la calle, espantar y tranquilizar alternativamente a la Convención”; pero comprendía que la iniciativa había de partir de la calle, es decir, del pueblo.

Ya hemos mencionado que en los acontecimientos del 10 de agosto la influencia de los jacobinos fue nula, y nula fue también en septiembre de 1792: el Club estaba desierto; pero poco a poco, en el transcurso del otoño, la sociedad madre de París se vio reforzada por los cordeleros, y entonces el Club adquirió nueva vida y fue el centro de reunión de toda la parte moderada de los republicanos demócratas. Marat allí se hizo popular, pero no así los *enragés*, es decir, usando un lenguaje moderno, no los comunistas. A estos el club primeramente se opuso y después los combatió.

Cuando en la primavera de 1793 llegó a su momento crítico la lucha emprendida por los girondinos contra la Comuna de París, los jacobinos apoyaron a la Comuna y a los montañeses de la Convención; los ayudaron a alcanzar

la victoria sobre los girondinos y a consolidarla; por su correspondencia con las sociedades afiliadas en provincias, sostuvieron a los revolucionarios avanzados y contribuyeron a paralizar la influencia, no sólo de los girondinos, sino también de los realistas que se ocultaban detrás de ellos, aunque en 1794 se volverían contra los revolucionarios populares de la Comuna, permitiendo así a la reacción burguesa realizar el golpe de Estado del 9 termidor.

CAPÍTULO XXXVII

EL GOBIERNO.

LUCHAS EN EL SENO DE LA CONVENCION. LA GUERRA

El primer cuidado de la Convención no fue saber qué se haría con el rey destronado, sino determinar qué partido se aprovecharía de la victoria ganada por el pueblo sobre las Tullerías y quién **gobernaría** la Revolución. Tal fue el objeto de las luchas que durante ocho meses dificultaron el desarrollo regular de la Revolución, dejando en suspenso, hasta junio de 1793, las grandes cuestiones territoriales y otras, y produciendo en el pueblo el agotamiento de su energía, la indiferencia y ese abandono que hacía sangrar el corazón de los contemporáneos y que Michelet ha hecho notar muy bien.

El 10 de agosto, después de haber pronunciado la suspensión del rey, la Legislativa entregó todas las funciones del poder ejecutivo central a un Consejo compuesto por seis miembros elegidos de su seno, en su mayoría girondinos —Roland, Servan, Clavière, Monge y Le Brun— y además Danton, a quien la Revolución había elevado al puesto de

ministro de Justicia. Ese Consejo no tenía presidente; cada ministro presidía durante una semana por riguroso turno.

La Convención confirmó ese arreglo; pero Danton, que había llegado a ser el alma de la defensa nacional y de la diplomacia, y que ejercía una influencia preponderante en el Consejo, se vio obligado a dimitir por los ataques de la Gironda. Abandonó el Ministerio el 9 de octubre de 1792, y fue reemplazado por el insignificante Garat. Después Roland, ministro del Interior, que conservó el cargo hasta enero de 1793 (presentó su dimisión después de la ejecución del rey), se hizo el hombre más influyente del Consejo ejecutivo. En aquel cargo ejerció toda su influencia y permitió a los girondinos, que se agrupaban alrededor de él y de su mujer, desplegar toda su energía para impedir que la Revolución se desarrollara sobre las grandes líneas que le fueron indicadas desde 1789, a saber: el establecimiento de la democracia popular, la abolición definitiva del régimen feudal y la progresiva marcha hacia la igualdad de las fortunas. Sin embargo, Danton continuó siendo el inspirador de la diplomacia, y cuando se instituyó el Comité de Salvación Pública, en abril de 1793, Danton fue su verdadero ministro de Asuntos Exteriores¹⁹².

Llegada al poder y dominando la Convención, la Gironda no supo hacer nada positivo. Como lo dijo muy bien Michelet, la Gironda “peroraba”, pero no hacía nada. Careciendo de la audacia de las medidas revolucionarias, no tenía tampoco la de la franca reacción. Por consecuencia, el verdadero poder, la iniciativa, la acción quedaban en manos de Danton para la guerra y la diplomacia y, para las medidas revolucionarias en el interior, en la Comuna, las seccio-

nes, las sociedades populares y, en parte, en el Club de los Jacobinos. Impotente para la acción, la Gironda dirigió sus ataques furiosos contra los que actuaban, principalmente contra “el triunvirato” de Danton, Marat y Robespierre, al que acusó violentamente de tendencias dictatoriales. Hubo días en que se pudo pensar que aquellos ataques alcanzarían el objeto que se proponían sus autores y lograrían el ostracismo para Danton y el cadalso para Marat.

Sin embargo, como la Revolución no había agotado aún sus fuerzas vivas, aquellos ataques fracasaron y aun produjeron efecto contraproducente, porque apasionaron al pueblo por Marat (sobre todo en los barrios de Saint-Antoine y Saint-Marceau), aumentaron la influencia de Robespierre ante los jacobinos y la burguesía democrática y elevaron a Danton a la vista de todos los que querían a la Francia republicana combatiendo a los reyes y veían en él al hombre de acción capaz de hacer frente a la invasión, de resistir los complots realistas y de afirmar la República, aun a riesgo de su reputación política y de su cabeza.

Desde las primeras sesiones de la Convención, su derecha, los girondinos, renovaron su rencorosa lucha contra la Comuna de París que, a partir del 11 de agosto, habían sostenido en la Legislativa. Debían el poder a la insurrección preparada y realizada por la Comuna, y, no obstante, contra ella se dirigieron con un odio superior al que sentían por los conspiradores realistas.

Sería fatigoso referir detalladamente los ataques de la Gironda a la Comuna; pero bastará con mencionar algunos.

Aparecen en primer lugar las intimaciones a la rendición de cuentas dirigidas a la Comuna y a su Comité de

Vigilancia, lo mismo que a Danton. Es evidente que durante los movidos meses de agosto y septiembre de 1792, en las circunstancias extraordinarias creadas por el movimiento del 10 de agosto y la invasión extranjera, el dinero debió ser gastado por Danton, el único hombre activo del Ministerio, sin hacer demasiadas cuentas, ya fuera para las negociaciones diplomáticas que produjeron la retirada de los prusianos, o para apoderarse de los hilos del complot del marqués de la Rouërie en Bretaña, y el de los príncipes en Inglaterra y demás. Es evidente que no era fácil para el Comité de Vigilancia de la Comuna llevar una contabilidad exacta, ya que cada día, equipaba y enviaba, lo más rápidamente posible, voluntarios a la frontera. Precisamente a ese punto débil dirigieron sus primeros golpes e insinuaciones los girondinos, exigiendo que, desde el 30 de septiembre, se hiciera una completa rendición de cuentas. El ejecutivo de la Comuna, el Comité de Vigilancia, presentó brillantemente sus cuentas y justificó sus actos políticos¹⁹³; pero en las provincias quedó latente una duda sobre la honradez de Danton y de la Comuna, y las cartas de los girondinos a sus amigos y comitentes sacaron todo el provecho posible de esa duda.

Al mismo tiempo los girondinos trataron de dar a la Convención una guardia contrarrevolucionaria: querían que los directorios de cada departamento (es sabido que los directorios eran reaccionarios) enviaran a París cuatro hombres de infantería y dos de caballería —en conjunto 4,470 hombres— para proteger a la Convención de posibles ataques del pueblo de París y de su Comuna. Se necesitó una gran movilización de las secciones, que nombraron co-

misarios especiales para resistir ese voto, amenazando con una nueva insurrección para impedir la formación en París de esa guardia contrarrevolucionaria.

Las matanzas de septiembre fueron especialmente explotadas por los girondinos contra Danton, que, en aquellos días, había actuado en conjunto con la Comuna y las secciones. Después de haber “levantado el velo” y casi justificado aquellas jornadas por boca de Roland (véase el capítulo XXXV), como antes habían justificado las matanzas de la Glacière en Lyon por boca de Barbaroux¹⁹⁴, maniobraron tan bien en la Convención que el 20 de enero de 1793 lograron la formación de un proceso contra los autores de las masacres de septiembre con la esperanza de hundir la reputación de Danton, de Robespierre, de Marat y de la Comuna.

Poco a poco, aprovechando la corriente constitucionalista y realista que se afirmó en la burguesía después del 10 de agosto, los girondinos lograron crear en las provincias un sentimiento hostil a París, a su Comuna y al Partido de la Montaña.

Varios departamentos llegaron a enviar destacamentos de federados para defender a la Convención contra “los agitadores ávidos de tribunal y de dictadura”, Danton, Marat y Robespierre, y contra la población parisina. Al llamado de Barbaroux, Marsella, esta vez la Marsella “comerciante”, envió a París, en octubre de 1792, un batallón de federados, formado por jóvenes ricos de la ciudad mercantil, que recorrieron las calles pidiendo las cabezas de Robespierre y de Marat. Eran los precursores de la reacción termidoriana. Afortunadamente el pueblo de París desba-

rató el plan ganando a esos federados para la causa de la Revolución.

Entretanto, los girondinos no dejaban de atacar directamente la representación federal de las secciones de París: querían aniquilar a cualquier precio a la Comuna insurreccional del 10 de agosto, y lograron, a fin de noviembre, que se celebraran nuevas elecciones para el Consejo general de la municipalidad parisina. Pétion, el alcalde girondino, al mismo tiempo dimitió. Sin embargo, una vez más las secciones inutilizaron esas maniobras, porque, no solamente los montañeses obtuvieron la mayoría de los votos en las elecciones, sino que fue nombrado procurador de la Comuna un revolucionario tan avanzado y popular como Chauvette, y como suplente el redactor del *Père Duchesne*, Hébert (2 de diciembre de 1792). Pétion, que ya no respondía a los sentimientos revolucionarios del pueblo de París, no fue reelegido, y Chambon, un moderado, ocupó su lugar, pero por poco tiempo, sólo por dos meses, siendo reemplazado por Pache el 14 de febrero de 1793.

Así quedó constituida la Comuna revolucionaria — la comuna de Pache, de Chaumette y de Hébert — que rivalizó con la Convención, tuvo gran participación en la expulsión de los girondinos en mayo de 1793, y además impulsó ardientemente hacia adelante la revolución popular, igualitaria, antirreligiosa y a veces comunista del año II de la República.

La gran cuestión del momento era la guerra. Del éxito de las armas dependía evidentemente el desarrollo ulterior de la Revolución.

Ya hemos visto que los revolucionarios avanzados, como Marat y Robespierre, no habían querido la guerra;

pero la Corte llamaba a la invasión alemana para salvar el despotismo real; los curas y los nobles la impulsaban con furia para recuperar sus antiguos privilegios, y los gobiernos de los países vecinos veían en la invasión el medio de combatir el espíritu revolucionario que se despertaba en sus dominios, a la vez que hallaban la ocasión para arrancar a Francia provincias y colonias. Además, los girondinos deseaban la guerra, porque veían en ella el único medio de limitar la autoridad del rey sin apelar a la insurrección popular. “Quieren la guerra porque no quieren apelar al pueblo”, les decía con razón Marat.

En cuanto al pueblo, los campesinos de los departamentos fronterizos, al ver los ejércitos alemanes traídos por los emigrados concentrarse sobre el Rhin y en los Países Bajos, comprendían que era para ellos cuestión de defender a mano armada sus derechos sobre las tierras que habían recuperado de los nobles y del clero. Por lo tanto al declararse la guerra a Austria, el 20 de abril de 1792, un entusiasmo formidable se apoderó de las poblaciones de los departamentos de la frontera del Este. Las levadas de voluntarios por un año fueron hechas de inmediato al canto del *Ça ira!*, y los donativos patrióticos afluyeron de todas partes. Pero no fue éste el caso en las regiones del Oeste y del Sudeste, cuyas poblaciones no querían la guerra.

Por cierto nada estaba preparado para la guerra. Las fuerzas de Francia, que no excedían los 130,000 hombres, escalonados sobre el Mar del Norte hasta Suiza, mal equipados y comandados por oficiales y jefes realistas, no podían resistir la invasión.

Dumouriez y Lafayette concibieron el atrevido plan de invadir rápidamente Bélgica, que ya en 1790 había intentado separarse de Austria, y fue reducida por las armas. Los liberales belgas apelaron a los franceses. Pero el intento falló y los generales franceses quedaron a la defensiva, mucho más considerando que Prusia se había unido a Austria y a los príncipes de Alemania para invadir a Francia, siendo esta coalición eficazmente sostenida por la corte de Turín y apoyada secretamente por las de San Petersburgo y Londres.

El 26 de julio de 1792, el duque de Brunswick, al mando de un ejército de invasión compuesto de 70,000 prusianos y de 68,000 austríacos, hessianos y emigrados, se puso en marcha en Coblenza, lanzando un manifiesto que causó la mayor indignación en Francia. Amenazaba con el incendio de las ciudades que osaran defenderse y con el exterminio como rebeldes de sus habitantes. París, si se atrevía a violentar el palacio de Luis XVI, sería sometido a una ejecución militar ejemplar y memorable.

Tres ejércitos alemanes debían entrar en Francia y marchar sobre París, y el 19 de agosto el ejército prusiano franqueó la frontera, apoderándose sin combate de Longwy y de Verdún.

Ya hemos visto el entusiasmo que la Comuna supo suscitar en París al recibir esas noticias, y cómo respondió la ciudad fundiendo los ataúdes de plomo de los ricos para hacer balas, y las campanas y los objetos de bronce de las iglesias para hacer cañones, mientras que los templos se convertían en grandes talleres donde miles de personas cosían el equipo de los voluntarios can-

tando el *Ça ira!* y el potente himno de Rouget de l'Isle. Los emigrados habían hecho creer a los reyes coaligados que hallarían a Francia dispuesta a recibirlos con los brazos abiertos; pero la actitud francamente hostil de los campesinos y las jornadas de septiembre en París hicieron reflexionar a los invasores. Por su parte, los habitantes de las ciudades y los campesinos de los departamentos del Este comprendieron que el enemigo llegaba para despojarlos de todas sus conquistas revolucionarias, y precisamente en la región del Este, como hemos visto, era donde la insurrección de campos y ciudades había logrado el mayor éxito en abatir el feudalismo.

Pero no bastaba el entusiasmo para el triunfo. El ejército prusiano avanzaba, y, junto con el ejército austríaco, entraba en el bosque del Argonne, que se extiende por una longitud de once leguas, separando el valle del Mosa de la Champagne "pouilleuse". El ejército de Dumouriez intentó en vano, a marchas forzadas, detener allí la invasión, pero sólo logró llegar a tiempo para ocupar una posición ventajosa en Valmy, a la salida del gran bosque, y aquí, el 20 de septiembre, sufrieron los prusianos su primer revés al tratar de apoderarse de las colinas ocupadas por los soldados de Dumouriez. En aquellas condiciones, la batalla de Valmy fue una victoria importante —la primera victoria de los pueblos sobre los reyes— y como tal fue saludada por Goethe, que acompañaba el ejército del duque de Brunswick.

El ejército prusiano, detenido primeramente por las lluvias torrenciales en el bosque del Argonne, y carente de todo en las llanuras áridas que se extienden al frente, fue presa de la disentería, que causó terribles estragos. Los caminos se

habían convertido en pantanos y los campesinos estaban al acecho; todo presagiaba una campaña desastrosa.

Entonces negoció Danton con el duque de Brunswick la retirada de los prusianos; no se sabe bajo qué condiciones. ¿Danton prometió, como se ha dicho, hacer todo lo posible para salvar la vida de Luis XVI? Es posible, pero, si hizo esa promesa, habrá sido en forma condicional, y no sabemos qué compromisos contrajeron en cambio los invasores además de la retirada inmediata de los prusianos ¿acaso la retirada simultánea de los austríacos? ¿La renuncia formal de Luis XVI al trono de Francia? De todo se ha hablado; pero sólo pueden hacerse conjeturas sobre este asunto.

Pero lo cierto es que el 1º de octubre el duque de Brunswick comenzó su retirada por Grand-Pré y Verdún, y al final del mes cruzaba el Rhin en Coblenza, acompañado por las maldiciones de los emigrados.

Dumouriez, después de haber dado a Westermann la orden de “reconducir amablemente” a los prusianos, sin apurarlos, volvió el 11 de octubre a París, sin duda para tantear el terreno y determinar su línea de conducta, arreglándose de manera de no tener que prestar juramento a la República, lo que no le impidió ser bien recibido en los Jacobinos, y desde entonces, sin duda, comenzó a preparar la candidatura del duque de Chartres al trono de Francia.

La insurrección, que había preparado en Bretaña el marqués de la Rouërie, para estallar al mismo tiempo en que los alemanes marcharan sobre París, quedó también paralizada. Esta insurrección fue denunciada a Danton, quien logró apoderarse de todos los hilos, tanto en Bretaña como en Londres. Pero Londres siguió siendo el centro de

las conspiraciones de los príncipes, y la isla de Jersey el centro de los armamentos realistas destinados a practicar un desembarco sobre las costas de Bretaña, a fin de apoderarse de Saint-Malo y devolver a los ingleses ese puerto militar y mercante de tanta importancia.

Al mismo tiempo, el ejército del Sur, mandado por Montesquieu, entraba en Saboya, el mismo día de la apertura de la Convención, y, apoderándose cuatro días después de Chambéry, introducía en aquella provincia la revolución campesina.

Al finalizar aquel mismo mes de septiembre, uno de los ejércitos de la República, comandado por Lauzun y por Custine, pasaba el Rhin y tomaba Spire por asalto (el 30 de septiembre). Worms se rindió cuatro días después, y el 23 de octubre, Maguncia y Francfort-sur-le-Mein fueron ocupadas por los ejércitos de los *sans-culottes*.

También en el Norte se alcanzaron una serie de triunfos. Hacia fines de octubre entró en Bélgica el ejército de Dumouriez, y el 6 de noviembre obtuvo una gran victoria sobre los austríacos en Jemmapes, en las inmediaciones de Mons, victoria que Dumouriez había arreglado para hacer valer al hijo del duque de Chartres, y sacrificar a dos batallones de voluntarios parisinos.

Esta victoria abrió Bélgica a la invasión francesa. Mons fue ocupada el día 8, y el 14 hacía Dumouriez su entrada en Bruselas. El pueblo recibió a los soldados de la República con los brazos abiertos.

El pueblo belga esperaba de ellos la iniciativa de una serie de medidas revolucionarias referentes a la propiedad territorial. Tal era también la opinión de los montañeses, al

menos la de Cambon, quien había organizado la inmensa operación de la venta de los bienes del clero como garantía de los asignados, y que organizaba en aquel momento la venta de los bienes de los emigrados, viendo con satisfacción la oportunidad de establecer el mismo sistema en Bélgica. Pero, ya sea porque los montañeses carecían de audacia, atacados como estaban por los girondinos por su falta de respeto a las propiedades; ya sea porque las ideas de la Revolución no hubieran hallado el apoyo necesario en Bélgica, donde sólo tenían en su favor a los proletarios, y donde la burguesía acomodada y el gran poder del clero les oponían gran resistencia, el resultado fue que la revolución, que hubiera podido solidarizar a belgas y franceses, no llegó a realizarse.

Con todos esos éxitos y victorias había motivo para embriagar a los amantes de la guerra, y los girondinos triunfaban. El 15 de diciembre la Convención lanzó un decreto desafiando a todas las monarquías y declarando que no celebraría la paz con ninguna de las potencias hasta que sus ejércitos fueran rechazados del territorio de la República. Sin embargo, la situación en el interior se presentaba bajo un aspecto muy sombrío, y en el exterior, las mismas victorias de la República no hacían más que producir la unión entre todas las monarquías.

La invasión de Bélgica determinó la actitud de Inglaterra.

El despertar de las ideas republicanas y comunistas entre los ingleses, que se tradujo en la fundación de sociedades republicanas y que halló en 1793 su expresión literaria en la notable obra comunista-libertaria de Godwin

(*De la justicia política*), inspiró en los republicanos franceses, sobre todo en Danton, la esperanza de encontrar apoyo en un movimiento revolucionario inglés¹⁹⁵; pero los intereses industriales y mercantiles predominaron en las Islas Británicas. Cuando la Francia republicana se acantonó en los valles del Escalda y del Rhin, amenazando apoderarse también de Holanda, se decidió la política de Inglaterra.

Despojar a Francia de sus colonias, destruir su potencia marítima y detener su desarrollo industrial y su expansión colonial, tal fue la política que alcanzó gran número de partidarios en Inglaterra. El partido de Fox fue aniquilado, y el de Pitt quedó triunfante. En lo sucesivo, Inglaterra, fuerte por su flota y más aún por el dinero con que subvencionaba a las potencias continentales, incluso Rusia, Prusia y Austria, se colocó a la cabeza de la coalición europea, y así permaneció durante un cuarto de siglo. Fue la guerra, hasta el agotamiento completo, de los dos rivales que se repartían los mares. Y esta guerra conduciría a Francia hacia la dictadura militar.

Por último, si el pueblo de París, amenazado por la invasión, sintió un sublime impulso y corrió a unirse a los voluntarios de los departamentos de la Francia oriental, la guerra dio el primer impulso al levantamiento de la Vendée, y suministró a los curas la ocasión de explotar la repugnancia de aquellas poblaciones a abandonar sus campos para ir a combatir a la frontera, ayudando a despertar el fanatismo de los vendeanos y a levantarlos en el momento en que los alemanes entraban en Francia. Después se vio cuánto mal causó aquel levantamiento a la Revolución.

¡Pero si sólo hubiera sido la Vendée! La guerra creó en toda Francia una situación tan espantosa para la gran

masa de los pobres, que es incomprensible cómo pudo la República atravesar tan formidable crisis.

La cosecha de trigo de 1792 fue buena y tan sólo mediocre, a causa de las lluvias, para la cebada y la avena. Estaba prohibida la exportación de cereales, y a pesar de todo esto había hambre. En las ciudades no se había visto hacía mucho tiempo una hambruna tan terrible y persistente: largas filas de hombres y mujeres sitiaban las panaderías y carnicerías, pasando noches enteras bajo la nieve y la lluvia sin tener siquiera la seguridad de llevarse a la mañana un trozo de pan pagado a un precio extravagante; y esto cuando estaban paralizadas casi por completo una cantidad de industrias y no había trabajo.

No se sustraen impunemente, a una nación de veinticinco millones de habitantes, cerca de un millón de hombres en la flor de la edad, y quizá medio millón de animales de tiro para las necesidades de la guerra sin que la producción agrícola se resienta. No se entregan los alimentos de una nación al derroche inevitable de las guerras, sin que la penuria de los miserables se vuelva aún más negra, en tanto una nube de explotadores se enriquece a expensas del tesoro público¹⁹⁶.

Todas esas cuestiones vitales se entorchocaban como en un torbellino en el seno de cada sociedad popular de las provincias y de cada sección de las grandes ciudades, para elevarse de allí a la Convención. Pero, sobre todas ellas dominaba la cuestión central, con la que todas se relacionaban: “¿Qué hacer con el rey?”

CAPÍTULO XXXVIII

EL PROCESO DEL REY

Los dos meses que transcurrieron desde la apertura de la Convención hasta que se formalizó el proceso del rey, hasta el presente son un enigma para la historia.

Lo que la Convención tenía que resolver en primer término, en cuanto se reunió, era lo que debería hacerse con el rey y su familia, presos en el Temple; porque tenerlos allí indefinidamente hasta que la invasión fuese rechazada y una constitución fuera votada y aceptada por el pueblo, era imposible. ¿Cómo podía establecerse la República mientras ésta retuviera a un rey y a su legítimo heredero en la cárcel, sin atreverse a hacer nada por respeto a ellos?

Además, convertidos en simples particulares que, desalojados de su palacio, ocupaban una cárcel en familia, Luis XVI, María Antonieta y sus hijos aparecían como interesantes mártires por quienes se apasionaban los realistas y se apiadaban los burgueses y hasta los *sans-culottes* que montaban guardia en el Temple.

Semejante situación no podía durar. Y sin embargo, pasaron cerca de dos meses, durante los cuales en la Convención se interesaron por todo género de cosas sin abordar esta primera consecuencia del 10 de agosto: la suerte del rey. Pienso que esa demora debía ser intencional y no nos la podemos explicar más que suponiendo que ese tiempo se empleaba en conversaciones secretas con las cortes europeas, conversaciones aún no divulgadas, que trataban seguramente de la invasión y cuyo resultado dependía del giro que tomase la guerra.

Ya se sabe que Danton y Dumouriez mantuvieron negociaciones con el jefe del ejército prusiano para convenirlo de separarse de los austríacos y verificar su retirada. Se sabe también que una de las condiciones impuestas por el duque de Brunswick (probablemente no aceptada) consistió en no tocar a Luis XVI; pero debió haber algo más. Probablemente también se trabaron con Inglaterra negociaciones parecidas ¿Y cómo se explica el silencio de la Convención y la paciencia de las secciones sin admitir que sobre este asunto hubo acuerdo entre la Montaña y la Gironda?

No obstante, hoy es evidente que tales negociaciones no podían llegar a buen término, por dos razones: la suerte de Luis XVI y de su familia no interesaban bastante al rey de Prusia, ni al rey de Inglaterra, ni al hermano de María Antonieta, emperador de Austria, para sacrificar los intereses políticos nacionales a los intereses personales de los presos del Temple, como se demostró por las conversaciones que mediaron después respecto de la libertad de María Antonieta y de Madame Élisabeth. Por otra parte, los reyes coaligados no hallaron en Francia, en la clase instruida, la unidad de sentimientos republicanos que pudiera desvanecer su loca esperanza de restablecer la monarquía. Por el contrario, encontraron a los intelectuales de la burguesía muy dispuestos a aceptar, ya fuese al duque de Orleans (gran maestro nacional de la francmasonería, a la que pertenecían todos los revolucionarios de fama), ya fuese a su hijo, el duque de Chartres y futuro Luis Felipe, o ya fuese al mismo Delfín.

Pero el pueblo se impacientaba: las sociedades populares en toda Francia pedían que no se difiriera más el

proceso del rey, y la Comuna se presentó en la barra de la Convención el 19 de octubre a exponer ese deseo de París. Por último, el 3 de noviembre se dio un primer paso con la presentación de un dictamen pidiendo que se procediera a la acusación de Luis XVI, siendo formuladas las principales acusaciones el día siguiente. El día 13 se abrió discusión sobre ese asunto; pero la cosa iba para largo y se hubiera prolongado si no hubiera aparecido el cerrajero Gamain, quien en otro tiempo le había enseñado cerrajería a Luis XVI, presentando a Roland la denuncia de la existencia en las Tullerías de un armario secreto para guardar papeles, que el mismo Gamain había ayudado al rey a colocar en una de sus paredes.

Esta historia es conocida: un día, en agosto de 1792, Luis XVI hizo venir a Gamain, desde Versalles, para que le ayudara a colocar en una pared, bajo un panel, una puerta de hierro que él mismo había construido y que servía para cerrar una especie de armario secreto. Terminado el trabajo, Gamain volvió a Versalles por la noche, después de haber comido un bizcocho y bebido un vaso de vino que le ofreció la reina. En el camino cayó presa de un cólico violento, y desde entonces estuvo enfermo. Creyéndose envenenado, o quizá víctima del miedo, presentó su denuncia. Roland, sin advertir a nadie, se apoderó inmediatamente de los papeles que contenía, los llevó a su casa, los examinó con su mujer y, después de haber marcado cada pieza con su signo, los presentó a la Convención.

Se comprende la profunda sensación que produjo aquel descubrimiento, sobre todo cuando se supo por aquellos papeles que el rey había comprado los servicios

de Mirabeau, que sus agentes le habían propuesto comprar once miembros influyentes de la Legislativa (ya se sabía que Barnave y Lameth habían sido ganados para su causa), y que Luis XVI seguía pagando sus guardias licenciados puestos al servicio de sus hermanos en Coblenza y que en esos días marchaban junto a los austríacos contra Francia.

Solamente hoy, a la vista de tantos documentos que demuestran la traición de Luis XVI, y cuando se conocen las fuerzas que a pesar de todo se opusieron a su castigo, se comprende cuán difícil fue a la Revolución condenar y ejecutar a un rey. Todo lo que había respecto a preocupaciones, a servilismo abierto y latente en la sociedad, a miedo de los ricos por sus fortunas y de desconfianza hacia el pueblo, todo se reunió para dificultar el proceso. La Gironda, fiel reflejo de esos temores, primeramente hizo todo para impedir la celebración del proceso, después para que no se llegara a la condena, luego para que la condena no fuera a muerte y por último para que no se ejecutara la pena¹⁹⁷. París debió amenazar a la Convención con la insurrección para obligarla a pronunciar su fallo y a no diferir la ejecución. Y hasta al presente, ¡cuántas palabras altisonantes, cuánto sentimentalismo en los historiadores al tratar de aquel proceso!

No obstante ¿de qué se trata todo esto? Si un general cualquiera resultara convicto de haber hecho lo que hizo Luis XVI para atraer la invasión extranjera y apoyarla, ¿qué historiador moderno, defensores todos de la “razón de Estado”, hubiera vacilado un momento en pedir la muerte para aquel general? ¿Por qué, pues, tantos lamentos cuando el traidor era general en jefe de todos los ejércitos?

Según todas las tradiciones y todas las ficciones que sirven a nuestros historiadores y a nuestros juristas para establecer los derechos del “jefe de Estado”, la Convención era el soberano en aquel momento, y a ella sola correspondía el derecho de juzgar al soberano que el pueblo había destronado, como a ella sola correspondía el derecho de legislación escapado de las manos del rey. Juzgado por la Convención Luis XVI, para hablar con su lenguaje, había sido juzgado por sus pares, y estos, habiendo adquirido la certidumbre moral de sus traiciones, no tenían qué escoger, **debían** condenar a muerte. No había lugar para la **clemencia** cuando la sangre corría en las fronteras. Los mismos reyes conjurados lo sabían y lo comprendían perfectamente.

En cuanto a la teoría desarrollada por Robespierre y Saint-Just, según la cual la República tenía el derecho de matar en Luis XVI a su enemigo, Marat protestó con razón. Eso hubiera podido hacerse durante o inmediatamente después de la lucha del 10 de agosto, pero no tres meses después del combate. Entonces no quedaba más recurso que juzgar a Luis XVI con toda la publicidad posible, para que los pueblos y la posteridad pudieran juzgar por sí mismos su perfidia y su jesuitismo.

En lo concerniente al hecho mismo de la alta traición de Luis XVI y de su mujer, teniendo a la vista la correspondencia de María Antonieta con Fersen y las cartas de éste a diversos personajes, debemos reconocer que la Convención juzgó bien, a pesar de no tener las pruebas tan evidentes que hoy poseemos; pero había acumulado tantos hechos en el curso de los últimos tres años, tantas declaraciones escapadas a los realistas y a la reina, tantos actos de Luis

XVI desde su huida a Varennes, que, aunque amnistiados por la Constitución de 1791, servían perfectamente para explicar sus actos ulteriores, porque todos producían la **certidumbre moral** de su traición. Nadie, entre los mismos que trataron de salvarlo, negó el hecho de la traición. Tampoco el pueblo de París tenía duda sobre este punto.

En efecto, la traición comenzó con la carta que Luis XVI escribió al emperador de Austria el mismo día en el que juró la Constitución, en septiembre de 1791, con las aclamaciones entusiastas de la burguesía parisina. Viene después la correspondencia de María Antonieta con Fersen, mantenida con el pleno conocimiento del rey. Nada más odioso que esa correspondencia: desde el fondo de las Tullerías, los dos traidores, la reina y el rey, llaman la invasión, la preparan, le trazan el camino, le informan sobre las fuerzas y los planes militares. Es la entrada triunfal de los aliados alemanes en París y la matanza en masa de los revolucionarios, lo que prepara la hábil y delicada mano de María Antonieta. El pueblo conoció bien a la que llamaba “la Médicis”, y que los historiadores quieren presentarnos como una pobre aturdida¹⁹⁸.

Desde el punto de vista legal no puede reprocharse nada a la Convención. En cuanto a saber si la ejecución del rey causó más daño que lo que hubiera producido su presencia en los ejércitos alemanes o ingleses, sólo puede hacerse una observación. En tanto que el poder real era considerado por los poseedores y los curas (y lo es todavía) como el mejor medio de tener sujetos a los que pretenden desposeer a los ricos y rebajar el poder de los curas, el rey, muerto o vivo, preso o libre, decapitado y canonizado o

caballero errante detrás de otros reyes, sería siempre objeto de una leyenda conmovedora, propagada por el clero y por todos los interesados.

Por el contrario, enviando a Luis XVI al cadalso, la Revolución acabaría de matar un principio que los campesinos habían comenzado a matar en Varennes. El 21 de enero de 1793, la parte revolucionaria del pueblo francés comprendió perfectamente que el pivote de aquella fuerza que durante siglos había oprimido y explotado las masas, estaba al fin quebrado. Había comenzado la demolición de aquella poderosa organización que abrumaba al pueblo; su arco estaba roto, y la revolución popular tomaba un nuevo impulso.

Desde entonces no ha podido restablecerse en Francia la monarquía de derecho divino, ni aun con el apoyo de la Europa coaligada, ni siquiera con la ayuda del espantoso Terror Blanco de la Restauración. Ni las monarquías procedentes de las barricadas o de un golpe de Estado han tenido éxito, como bien se vio en 1848 y 1870. La muerte de la superstición de la monarquía fue otra ganancia obtenida.

Los girondinos apelaron a todos los recursos para impedir la condena de Luis XVI: invocaron todos los argumentos jurídicos, recurrieron a todas las argucias parlamentarias; hasta hubo momentos en que el proceso del rey estuvo a punto de transformarse en proceso de los montañeses. Todo fue inútil: la lógica de la situación predominó sobre las chicanas de la táctica parlamentaria.

Primeramente se pretextó la inviolabilidad del rey, establecida por la Constitución; a lo que se respondió victoriosamente que aquella inviolabilidad ya no existía, puesto que el rey había sido traidor a la Constitución y a su Patria.

Luego se pidió un tribunal especial, formado por representantes de los 83 departamentos; pero cuando se vio que esa proposición sería rechazada, los girondinos pidieron que el juicio fuera sometido a la ratificación de los 36,000 municipios y de las asambleas primarias por lista nominativa de cada ciudadano, lo que venía a poner nuevamente en cuestión los resultados del 10 de agosto y a la República.

Cuando se demostró la imposibilidad de descargar sobre las asambleas primarias la responsabilidad del proceso, los girondinos, que antes habían recomendado la guerra a ultranza contra la Europa entera y la impulsaron furiosamente, tuvieron la ocurrencia de invocar el efecto que produciría en Europa la ejecución de Luis XVI ¡Como si Inglaterra, Prusia, Austria y Cerdeña hubieran esperado a la muerte del rey para hacer su coalición de 1792! ¡Como si la República democrática no les fuera suficientemente odiosa! ¡Como si el cebo de los grandes puertos comerciales de Francia, de sus colonias y de sus provincias del Este, no hubiera bastado para coaligar los reyes contra Francia, aprovechando el momento en que el alumbramiento de una sociedad nueva podía debilitar su fuerza de resistencia exterior!

Vencidos aún en este punto por la Montaña, los girondinos hicieron entonces una desviación atacando directamente a la Montaña, pidiendo que se procesara a los "factores de las jornadas de septiembre", con lo que querían proceder contra Danton, Marat y Robespierre, los "dictadores", el "triumvirato".

Sin embargo, en medio de esos debates, la Convención acordó el 3 de diciembre que ella misma juzgaría a Luis XVI; mas apenas tomado ese acuerdo, Ducos, uno de

los girondinos, desvió la atención de la Convención pidiendo la pena de muerte para “cualquiera que proponga restablecer en Francia a los reyes o a la monarquía, bajo cualquier denominación con la que se encubra”, con lo que la Gironda lanzaba contra los montañeses la insinuación de que querían elevar al trono al duque de Orleáns; de ese modo se trataba de sustituir el proceso de Luis XVI por el proceso contra la Montaña.

Por último, el 11 de diciembre compareció Luis XVI ante la Convención. Se lo sometió a un interrogatorio, y sus respuestas le enajenaron todas las simpatías que hubieran podido existir en su favor. Michelet se admira de que un hombre pudiera mentir como mentía Luis, y se explica esta hipocresía por el hecho de que toda la tradición de los reyes y toda la influencia de los jesuitas, a que Luis XVI había estado sometido, le habían inspirado la idea de que a un rey, la razón de Estado le permitía todo.

Fue tan deplorable la impresión producida por aquel interrogatorio, que los girondinos, viendo la imposibilidad de salvar al rey, intentaron una nueva desviación, pidiendo la expulsión del duque de Orleáns. La Convención momentáneamente cayó en la trampa y votó la expulsión, pero revocó su acuerdo al día siguiente, después que fuera desaprobada en el Club de los Jacobinos.

Entretanto el proceso seguía su curso. El rey compareció por segunda vez el 26 de diciembre ante la Convención con sus abogados y consejeros, Malesherbes, Tronchet y Desèze; se escuchó su defensa, y fue evidente que sería condenado. No hubo medio de interpretar sus actos como error de juicio o como aturdimiento. Quedó patente la trai-

ción consciente y prfida, como lo hizo resaltar Saint-Just al da siguiente.

Sin embargo, si la Convencin y el pueblo de Pars podan de ese modo formarse una opinin precisa sobre Luis XVI –sobre el hombre y el rey–, se comprende que el caso era muy diferente para las ciudades y pueblos de las provincias, y se adivina qu desencadenamiento de pasiones hubiera provocado enviar el caso a las asambleas primarias. Con la mayor parte de los revolucionarios en las fronteras; hubiera sido, como dijo Robespierre el 28 de diciembre, dejar la decisin “a los ricos, amigos naturales de la monarqua, a los egostas, a los hombres cobardes y dbiles, a todos los burgueses orgullosos y aristcratas, a todos los hombres nacidos para trepar y para oprimir amparados por un rey”.

Jams se conocern todas las intrigas que en aquellos das se practicaron en Pars entre “los hombres de Estado”. Basta con decir que Dumouriez se present en Pars el 1 de enero de 1793 y all permaneci hasta el 26, ocupado en negociaciones clandestinas con las diversas fracciones, mientras Danton estuvo en el ejrcito de Dumouriez hasta el 14 de enero¹⁹⁹.

Por ltimo, el da 14, despus de una discusin en extremo tumultuosa, la Convencin acord votar nominalmente sobre tres asuntos: si Luis XVI era culpable de “conspiracin contra la libertad de la nacin y de atentado contra la seguridad general del Estado”, si el juicio se sometera a la sancin del pueblo, y cual sera la pena.

La votacin nominal comenz el da 15, y de 749 miembros de la Convencin, 716 declararon a Luis XVI cul-

pable (12 miembros estaban ausentes por enfermedad o en misión, 5 se abstuvieron). Nadie dijo no. El sometimiento a la sanción del pueblo fue desechado por 423 votos sobre 709 votantes.

París, durante ese tiempo, sobre todo en los arrabales, se hallaba en un estado de profunda excitación.

La votación sobre la tercera cuestión, la pena, duró veinticinco horas seguidas, y durante ella, aparentemente bajo la inspiración del embajador de España y quizá con la ayuda de sus piastras, un diputado, Mailhe, trató de embrollar el asunto votando un aplazamiento a la ejecución, y su ejemplo fue seguido por 26 diputados. Por la pena de muerte sin condiciones se pronunciaron 387 votos sobre 721 votantes (hubo 5 abstenciones y 12 ausentes). La condena fue pronunciada por una mayoría de 53 votos, o de 26 solamente si se excluyen los votos condicionales con aplazamiento. Y esto cuando se había demostrado con toda evidencia que el rey había tramado traiciones, y que dejarlo vivir era como armar la mitad de Francia contra la otra mitad, como entregar una buena parte de la República a los extranjeros y, por último, como detener la Revolución en el momento en el que ya podían abordarse las grandes cuestiones que apasionaban al país, después de tres años tormentosos en los que no se había hecho nada permanente.

Pero los temores de la burguesía iban tan lejos que para el mismo día de la ejecución de Luis XVI se esperaba una matanza general.

Luis XVI murió en el cadalso el 21 de enero de 1793. Con su muerte desapareció uno de los principales obstáculos a toda regeneración social de la República. Al parecer

hasta el último momento Luis XVI esperó ser liberado por un levantamiento y, efectivamente, se había preparado una tentativa para rescatarlo en el trayecto; pero fracasó ante la vigilancia de la Comuna.

CAPÍTULO XXXIX

MONTAÑA Y GIRONDA

Desde el 10 de agosto la Comuna de París fechaba sus actas como “el año IV de la Libertad y el I de la Igualdad”; la Convención fechaba las suyas como “el año IV de la Libertad y el año I de la República Francesa”. En ese pequeño detalle están presentes dos diferentes concepciones.

¿Sería el caso de injertar una revolución nueva en la anterior, o sería necesario limitarse a establecer y legalizar las libertades políticas conquistadas desde 1789? ¿Se reduciría todo a consolidar el gobierno de la burguesía, algo democratizado, sin convocar a la masa del pueblo a beneficiarse de la inmensa reestructuración de fortunas llevada a cabo por la Revolución?

Como se ve, esas dos concepciones son totalmente diferentes, y en la Convención se hallaban representadas por la Montaña y la Gironda.

De un lado estaban los que comprendían que, para destruir el antiguo régimen feudal, no bastaba proclamar un principio de abolición en las leyes; que para acabar con el régimen absoluto no era suficiente destronar un rey y colocar el emblema de la República sobre los edificios y su nombre en los membretes de la papelería oficial; que eso no

es más que un principio de ejecución; algo así como la creación de condiciones que podrían permitir la refundación de las instituciones. Los que así comprendían a la Revolución, tenían el apoyo de cuantos querían que la gran masa de la población saliera de una vez de la miseria negra y embrutecedora en que la había sumido el antiguo régimen, y que buscaban, que intentaban descubrir en las lecciones de la Revolución los medios positivos para elevar a esa masa, tanto física como moralmente. Toda una multitud de pobres a quienes la Revolución hizo pensar, estaba con ellos.

Frente a ellos estaban los girondinos, partido formidable por su número; porque los girondinos no eran solamente los doscientos diputados agrupados en torno de Vergniaud, de Brissot y de Roland, sino una inmensa parte de Francia: casi toda la burguesía acomodada; todos los constitucionales a quienes la fuerza de los acontecimientos hizo republicanos, pero que temían a la República porque temían la dominación de las masas; y detrás de ellos, dispuestos a sostenerlos y esperando el momento de aniquilarlos en beneficio de la monarquía, todos los que temblaban por sus fortunas y por sus privilegios de educación, todos aquellos a quienes hirió la Revolución y añoraban el antiguo régimen.

En el fondo se ve hoy claramente que no sólo la Llanura, sino las tres cuartas partes de los girondinos eran tan realistas como los fuldenses; porque si algunos de sus dirigentes soñaban con una especie de república antigua, sin rey, pero con un pueblo dócil a las leyes hechas por los ricos y la gente instruida, el mayor número se avenía bien con la monarquía. Bien se probó cuando hicieron buena pareja

con los realistas después del golpe de Estado de Termidor.

Esto se comprende perfectamente, ya que lo esencial para ellos era **el establecimiento del régimen burgués**, que se constituía entonces en la industria y en el comercio sobre las ruinas del feudalismo, “la conservación de las propiedades”, como a Brissot le gustaba decir.

De ahí también su odio al pueblo y su amor al “orden”.

Impedir que el pueblo rompiera sus cadenas, constituir un gobierno fuerte y hacer respetar las propiedades era, en aquel momento, lo esencial para los girondinos. Por no haber comprendido ese carácter fundamental del girondismo, los historiadores han buscado multitud de circunstancias secundarias para explicar la lucha que se desarrolló entre la Montaña y la Gironda.

Cuando vemos a los girondinos “repudiar la ley agraria”, “negarse a reconocer la igualdad como principio de la legislación republicana” y “jurar respeto a las propiedades”, podemos considerar todo eso demasiado abstracto; pero nuestras fórmulas actuales como “abolición del Estado” y “expropiación” quizá parezcan demasiado abstractas dentro de cien años. Sin embargo, en el tiempo de la Revolución tenían un sentido muy preciso.

Rechazar la ley agraria significaba entonces rechazar toda tentativa de devolver la tierra a los que la trabajan. Era rechazar la idea, muy popular entre los revolucionarios salidos del pueblo, de que ninguna propiedad, ninguna parcela de cultivo debía sobrepasar las 120 arpentas (unas 40 hectáreas); que todo ciudadano tenía derecho a la tierra, y que para hacer posible la práctica

de ese derecho había que apoderarse de las propiedades de los emigrados y del clero, al igual que de las grandes propiedades de los ricos, y repartidas entre los cultivadores pobres que nada poseían.

“Jurar el respeto de las propiedades”, era rechazar la retama de las tierras por las comunas rurales de las que habían sido despojadas durante casi dos siglos, en virtud de la real ordenanza de 1669; era oponerse a la abolición de los derechos feudales sin rescate, para favorecer a los señores y a los poseedores burgueses que los habían adquirido recientemente.

Era por último, combatir toda tentativa de imponer a los comerciantes ricos un impuesto progresivo; era hacer que recayeran sobre los pobres las pesadas cargas de la revolución y de la guerra.

Como se ve, la fórmula abstracta tenía un sentido perfectamente tangible.

Sobre todas esas cuestiones la Montaña tuvo que sostener una encarnizada lucha contra los girondinos, de tal modo que pronto tuvo necesidad de llamar al pueblo a la insurrección y expulsar a los girondinos de la Convención para dar los primeros pasos en la vía indicada.

Por el momento, aquel “respeto a las propiedades” se afirmaba en los girondinos hasta en las cosas más pequeñas, llegando hasta hacerles inscribir: *Libertad, Igualdad, Propiedad* al pie de las estatuas paseadas en una fiesta; hasta abrazar a Danton cuando dijo en la primera sesión de la Convención: “Declaramos que todas las propiedades, territoriales, individuales e industriales serán eternamente respetadas”. Al oír estas palabras, el

girondino Kersaint lo abrazó, diciendo: “Me arrepiento de haberte llamado faccioso esta mañana”. Lo que significaba: “Ya que prometes respetar las propiedades burguesas, dejaremos a un lado tu responsabilidad en las matanzas de septiembre”.

En tanto que los girondinos querían organizar así la República burguesa y sentar las bases del enriquecimiento de la burguesía, sobre el modelo dado por Inglaterra después de su revolución de 1648, los montañeses, o por lo menos el grupo de montañeses que por un momento predominó sobre la fracción moderada, representada por Robespierre, bosquejaban ya a grandes rasgos los fundamentos de una sociedad socialista, aunque decirlo desagrade a aquellos contemporáneos nuestros que reclaman indebidamente la prioridad. Ellos querían en principio abolir hasta los últimos vestigios del feudalismo, y a continuación, nivelar las propiedades, destruir las grandes propiedades territoriales, dar la tierra a todos, hasta a los cultivadores más pobres, organizar la distribución nacional de los productos de primera necesidad, apreciados en su justo valor, y, por medio del impuesto, manejado como un arma de combate, hacer la guerra a muerte al “comerciantismo”, a esa raza de ricos agiotistas, usureros, banqueros, comerciantes y jefes de industria, que ya se multiplicaba en las ciudades.

Al mismo tiempo proclamaban, desde 1793, “el derecho al bienestar universal”, al bienestar para todos, lo que los socialistas han llamado después, “el derecho al trabajo”. Todo eso ya fue dicho en 1789 (27 de agosto), y se incluyó en la Constitución de 1791. Pero sucedía

que los más avanzados girondinos estaban demasiado imbuidos de su educación burguesa y no podían comprender ese derecho al bienestar universal, que implicaba el derecho de todos a la tierra y una reorganización completa, libre de todo agio, de la distribución de los productos necesarios para la existencia.

En general los girondinos eran considerados por sus contemporáneos como “un partido de hombres finos, sutiles, intrigantes y sobre todo ambiciosos”, ligeros, habladores, batalladores, pero dominados por las costumbres del foro (Michelet). “Quieren la República —decía Couthon—, pero quieren la aristocracia”. Ellos demostraban mucha sensibilidad, pero “una sensibilidad —decía Robespierre— que gime casi exclusivamente por los enemigos de la libertad”.

El pueblo les repugnaba; le tenían miedo²⁰⁰.

Al momento de reunirse la Convención no se podía comprender el abismo que separaba a los girondinos de los montañeses. No se veía más que una querrela personal entre Brissot y Robespierre. Madame Jullien, por ejemplo, una verdadera montañesa de sentimiento, en sus cartas invita a los dos rivales a que cesen su lucha fratricida. Pero ya era una lucha de dos principios opuestos: el partido del orden y el partido de la Revolución.

Al pueblo, en una época de lucha, y después también a los historiadores, le gusta personificar cada conflicto en dos rivales. Eso es lo más breve y lo más cómodo en la conversación, y así resulta más “novelado”, más “dramático”. He ahí por qué la lucha entre esos dos partidos fue frecuentemente representada como el cho-

que de dos ambiciones, la de Brissot y la de Robespierre. Como siempre, los dos personajes en quienes el pueblo personificó el conflicto, fueron bien escogidos, eran prototípicos. Pero en realidad Robespierre no fue tan igualitario en sus principios como lo fue la Montaña en el momento de la caída de los girondinos. Él pertenecía al grupo moderado. En marzo y mayo de 1793 comprendió, sin duda, que si quería el triunfo de la Revolución comenzada no debía separarse de los que pedían medidas de expropiación, y no se separó, sin perjuicio de después, guillotinar al ala izquierda, a los hebertistas, y aniquilar a los *enragés*. Por otra parte, Brissot no fue siempre un hombre de orden; mas a pesar de esos matices, los dos hombres personificaban muy bien los dos partidos.

Entre el partido del orden burgués y el de la revolución popular era inevitable una lucha a muerte.

Los girondinos, llegados al poder, querían que todo entrara en orden; que la Revolución, con sus procedimientos revolucionarios, cesara cuando ellos empuñaron el timón. No más tumultos en la calle, en lo sucesivo todo se debería hacer bajo las órdenes de los ministros nombrados por un parlamento dócil.

En cambio los montañeses, querían que la Revolución produjera cambios que modificasen realmente la situación de Francia: la de los campesinos (más de las dos terceras partes de la población), y la de los miserables de las ciudades; cambios que imposibilitaran la vuelta a un pasado monárquico y feudal.

Pensaban que en uno o dos años, la Revolución se calmaría; que el pueblo, agotado, volvería a sus cabañas y

a sus tugurios; que volverían los emigrados y que los curas y los nobles dominarían. Llegado ese momento sería necesario que lo encontraran todo cambiado en Francia: la tierra en otras manos y ya regada con el sudor de su nuevo poseedor; y este poseedor, considerándose, no como un intruso, sino con perfecto derecho a abrir el surco sobre aquella tierra y cosechar su fruto. Toda Francia transformada en sus costumbres y su lenguaje; una tierra en que cada uno se consideraría igual a cualquier otro, sin distinciones por el hecho de manejar el arado, la laya o la herramienta. Para eso era necesario que la revolución continuara, aunque pasara sobre el cuerpo de la mayor parte de aquellos a quienes el pueblo había nombrado sus representantes y enviado a la Convención.

Necesariamente la lucha tenía que ser a muerte; porque no ha de olvidarse que los girondinos, aunque hombres de orden y de gobierno, consideraban, no obstante, al tribunal revolucionario y a la guillotina como una de las ruedas más eficaces del gobierno.

Ya el 24 de octubre de 1792, cuando Brissot lanzó su primer panfleto pidiendo un golpe de Estado contra “los desorganizadores” y “los anarquistas”, y “la roca Tarpeya” para Robespierre²⁰¹; ya el 2 de octubre, cuando Louvet pronunció su discurso de acusación pidiendo la cabeza de Robespierre, los girondinos suspendieron la cuchilla de la guillotina sobre las cabezas de “los niveladores, de los causantes de desorden, de los anarquistas”, que habían tenido la audacia de alinearse con el pueblo de París y su Comuna revolucionaria²⁰².

Desde aquel día no cesaron los girondinos de dirigir sus esfuerzos a enviar a los montañeses a la guillotina. El

21 de marzo de 1793 se conoció la derrota de Dumouriez en Neerwinnden y, cuando Marat acusó de traición a ese general amigo de los girondinos, estos fracasaron en destruirlo en la Convención. Marat sólo se salvó por su fría audacia. Tres semanas después, el 12 de abril, volvieron a la carga y acabaron por obtener que se enviase a Marat ante el tribunal revolucionario. Pasadas seis semanas, el 24 de mayo, le tocó el turno a Hébert, el sustituto de la Comuna; a Varlet, el predicador obrero socialista y a otros “anarquistas”, que hicieron detener con la esperanza de enviarlos al cadalso. En resumen, fue aquello una campaña para arrojar a los montañeses fuera de la Convención, precipitándolos desde “la roca Tarpeya”.

Los girondinos organizaron por todas partes comités contrarrevolucionarios; continuamente hacían llegar a la Convención una serie ininterrumpida de peticiones procedentes de personas que se calificaban de “amigos de las leyes y de la libertad”; y hoy se sabe bien lo que eso significa. Escribían a las provincias cartas llenas de hiel contra la Montaña y sobre todo contra la población revolucionaria de París. Y mientras los convencionales que se hallaban en misión hacían todo lo imposible por rechazar la invasión y para levantar al pueblo en favor de la aplicación de medidas igualitarias, los girondinos se les oponían con sus iniciativas, llegando hasta impedir que se recogieran los informes necesarios sobre los bienes de los emigrados.

Mucho antes del arresto de Hébert, Brissot sostuvo en su *Patriote français* una campaña a muerte contra los revolucionarios. Los girondinos pedían con insistencia la dispersión de la Comuna revolucionaria, y hasta llegaron a pedir

la disolución de la Convención y la elección de una nueva asamblea, en la que ninguno de los antiguos diputados pudiese entrar, y nombró al fin a la Comisión de los Doce, que acechó el momento para dar un golpe de Estado que enviara la Montaña al cadalso.

CAPÍTULO XL

ESFUERZOS DE LOS GIRONDINOS PARA DETENER LA REVOLUCIÓN

Mientras se trató de derribar el régimen de la vieja monarquía absoluta, los girondinos estuvieron en primera fila. Siendo fogosos, intrépidos, poetas; imbuidos de admiración por las repúblicas de la antigüedad y, al mismo tiempo, ávidos de poder ¿cómo podían acomodarse al antiguo régimen?

Así, mientras los campesinos quemaban los castillos y los cuadernos de censos y tributos; mientras el pueblo demolía los restos de la servidumbre feudal, los girondinos se preocupaban sobre todo por establecer las nuevas formas políticas del gobierno; ya se veían en el poder, dueños de los destinos de Francia y lanzando ejércitos para llevar la Libertad al mundo entero.

En cuanto al pan para el pueblo, ¿acaso pensaban en eso? Lo cierto es que no conocían la fuerza de resistencia del antiguo régimen y que la idea de apelar al pueblo para vencerla les era totalmente extraña. El pueblo debía pagar los impuestos, hacer las elecciones, suministrar soldados al Estado; pero en lo tocante a hacer y deshacer las formas po-

líticas de gobierno, sólo debía ser obra de los pensadores, de los gobernantes, de los hombres de Estado.

Cuando el rey pidió ayuda a los alemanes y estos se dirigían a París, los girondinos, que habían querido la guerra para desembarazarse de la Corte, se negaron a recurrir al pueblo insurrecto para rechazar la invasión y expulsar a los traidores de las Tullerías. Aun después del 10 de agosto, tan odiosa les pareció la idea de rechazar al extranjero mediante la Revolución, que Roland convocó a los hombres destacados —Danton, etc.— para comunicarles su plan. Ese plan consistía en transportar la Asamblea y el rey preso primeramente a Blois y después al Mediodía, entregando así libremente todo el Norte a la invasión y constituyendo una pequeña república en cualquier parte en la Gironda.

El pueblo, el impulso revolucionario del pueblo que salvó a Francia, no existía para ellos, que permanecerían siendo burócratas.

En general, los girondinos fueron fieles representantes de la burguesía.

A medida que el pueblo se animaba y, reclamando el impuesto sobre los ricos y la igualación de las fortunas, pedía la **igualdad** como condición absolutamente necesaria para la **libertad**, la burguesía pensaba que era tiempo de separarse netamente del pueblo y reducirlo “al orden”.

Los girondinos seguirían esa corriente.

Llegados al poder, esos revolucionarios burgueses, que hasta entonces se habían entregado a la Revolución, se separaron del pueblo. El esfuerzo del pueblo tratando de constituir sus órganos políticos en las secciones de París y en las sociedades populares de toda Francia, su deseo de

ir hacia adelante en el camino de la Igualdad, fueron a sus ojos un peligro para toda la clase propietaria, un crimen.

Desde entonces los girondinos resolvieron detener la Revolución, establecer un gobierno fuerte y reducir al pueblo, hasta usando la guillotina, si hacía falta.

Para comprender el gran drama de la Revolución, que desembocó en la insurrección de París del 31 de mayo y en la “depuración” de la Convención, hay que leer los escritos de los propios girondinos y, entre ellos, son especialmente instructivos los folletos de Brissot: *J. P. Brissot à ses commettants* (23 de mayo de 1793), y *À tous les Républicains de France* (24 de octubre de 1792).

“Al llegar a la Convención creí —dice Brissot— que, dado que la monarquía estaba destruida, ya que todos los poderes estaban en manos del pueblo o de sus representantes, los patriotas debían cambiar su marcha después del cambio de su posición.”

“Creí que el movimiento insurreccional debía cesar, porque no habiendo ya tiranía que abatir, no debía haber fuerza en insurrección” (*J. P. Brissot à ses commettants*, p.7).

“Creí —dice más adelante Brissot— que únicamente el orden podía procurar esa calma; que el orden consistía en un respeto religioso a las leyes, a los magistrados, a la seguridad individual... Creí, en consecuencia, que el orden era también *una verdadera medida revolucionaria*... Creí, pues, que los verdaderos enemigos del pueblo y de la república eran **los anarquistas, los predicadores de la ley agraria**, los excitadores a la sedición” (págs. 8 y 9 del mismo folleto).

Veinte anarquistas —decía Brissot— usurparon en la Convención una influencia que sólo la razón debería

tener. “Que se sigan los debates, y en ellos se podrán ver de un lado a unos hombres constantemente ocupados en hacer respetar las leyes, las autoridades constituidas, las propiedades; y en el lado opuesto a unos hombres constantemente ocupados en mantener agitado al pueblo, en desacreditar por la calumnia a las autoridades, en proteger la impunidad del crimen y en relajar todos los lazos de la sociedad” (pág. 13).

Es cierto que a los que Brissot llamaba “anarquistas” eran elementos muy variados; pero todos tenían este rasgo común: no creían terminada la Revolución y procedían en consecuencia.

Sabían que la Convención no haría nada sin verse obligada por el pueblo; y por esta razón organizaban a la Comuna soberana, y buscaban establecer la unidad nacional, no por efecto de un gobierno central, sino por las relaciones directas establecidas entre la municipalidad y las secciones de París y las 36,000 comunas de Francia.

He ahí precisamente lo que no podían aceptar los girondinos.

“Desde el principio de la Convención — dice Brissot — he anunciado que existe en Francia un partido de desorganizadores, que tiende a disolver la República desde su cuna... Vengo a probar hoy: 1º, que ese partido de anarquistas ha dominado y domina casi todas las deliberaciones de la Convención y las operaciones del Consejo ejecutivo; 2º, que ese partido ha sido y es todavía la única causa de todos los males, tanto interiores como exteriores, que afligen a Francia; 3º, que no puede salvarse la República sino tomando una medida riguro-

sa para rescatar a los representantes de la nación del despotismo de esa facción.”

Para cualquiera que conozca el carácter de la época, ese lenguaje es bastante claro: Brissot pedía sencillamente la guillotina para los que llamaba anarquistas, para los que, queriendo continuar la Revolución y acabar de completar la abolición del orden feudal, impedían a los burgueses, y especialmente a los girondinos, hacer su cocina burguesa en la Convención.

“Es preciso definir bien esa anarquía” — decía el representante girondino, y he aquí su definición — :

“Leyes sin ejecución, autoridades débiles y envilecidas, el crimen impune, las propiedades atacadas, la seguridad individual atropellada, la moral del pueblo corrompida; ni constitución, ni gobierno, ni justicia; ¡he ahí los rasgos de la anarquía!”

¿Pero no es precisamente así como se hacen las revoluciones? ¡Como si Brissot no hubiera sabido y no lo hubiese practicado antes de llegar al poder! Durante tres años, desde mayo de 1789 hasta el 10 de agosto de 1792, fue necesario envilecer la autoridad del rey y hacer de ella una “autoridad débil” a fin de poder derribarlo el 10 de agosto.

Sólo que Brissot quería que, llegada a este punto, la Revolución cesara ese mismo día.

Cuando la monarquía fue derribada y la Convención se constituyó en poder supremo, “todo movimiento insurreccional — dice — debió cesar”.

Lo que repugnaba sobre todo a los girondinos era la tendencia de la Revolución a la igualdad, la tendencia que dominaba a la Revolución en aquella época, como lo de-

muestra perfectamente Émile Faguet²⁰³. Brissot no pudo perdonar al Club de los Jacobinos el haber tomado el nombre, no de “Amigos de la República”, sino “el de Amigos de la Libertad y de la Igualdad” ;de la igualdad sobre todo! y no pudo perdonar “a los anarquistas” el haber inspirado las peticiones “de aquellos obreros del campo de París, que se intitulaban la nación, y que querían fijar su paga de acuerdo con la de los diputados” (pág. 29).

“Los desorganizadores — dice en otro lugar — son los que lo quieren nivelar todo: las propiedades, el bienestar, el precio de los artículos de consumo, de los servicios prestados a la sociedad, etc.; los que quieren que el obrero del campo reciba la paga del legislador; que quieren nivelar hasta los talentos, los conocimientos, las virtudes, porque carecen de todo ello” (Folleto del 24 de octubre de 1792).

CAPÍTULO XLI

LOS “ANARQUISTAS”

¿Pero quiénes eran esos anarquistas de los que Brissot habla tanto y cuyo exterminio exige tan encarnizadamente?

Ante todo, los anarquistas no constituían un **partido**. En la Convención estaban la Montaña, la Gironda y la Llanura, o Pantano, o Vientre, como se le decía entonces; pero no había “Anarquistas”. Danton, Marat y aún Robespierre, o algún otro de los jacobinos, podían algunas veces acordar con los anarquistas; pero estos se hallaban fuera de la Convención. Hay que decirlo, se hallaban por encima de ella: la dominaban.

Eran revolucionarios diseminados por toda la nación; dedicados a la Revolución en cuerpo y alma, que comprendían su necesidad, que la amaban y trabajaban por ella.

Muchos de ellos se agrupaban alrededor de la Comuna de París, porque ella todavía era revolucionaria; otros pertenecían al Club de los Cordeleros; algunos iban al Club de los Jacobinos; pero su verdadero terreno era la **sección**, y sobre todo la calle. Se los veía en las tribunas públicas de la Convención, desde donde dirigían los debates. Su modo de acción era la opinión **del pueblo**, no “la opinión pública” de la burguesía; su verdadera arma era la insurrección y con ella ejercían influencia sobre los diputados y sobre el poder ejecutivo.

Cuando fue preciso hacer un esfuerzo, inflamar al pueblo y marchar con él contra las Tullerías, fueron ellos quienes prepararon el ataque y combatieron en sus filas.

El día en el que se agotó el impulso revolucionario del pueblo volvieron a la oscuridad. Únicamente quedan los escritos llenos de hiel de sus adversarios para permitirnos reconocer la inmensa obra revolucionaria por ellos realizada.

Sus ideas eran claras y concretas.

¿La República? ¡Por supuesto! ¿La igualdad ante la ley? ¡De acuerdo! Pero eso no era todo, ni mucho menos.

¿Servirse de la libertad política para obtener la libertad económica, como recomendaban los burgueses? No, ellos sabían que eso no era posible.

Los anarquistas querían **la cosa misma**. LA TIERRA PARA TODOS, lo que se llamaba entonces “la ley agraria”; La igualdad económica, o, para hablar el lenguaje de la época, “la nivelación de las fortunas”.

Pero escuchemos a Brissot:

“Ellos son quienes... han dividido la sociedad en dos clases, la que tiene y la que no tiene, la de los *sans-culottes* y la de los **propietarios**, y quienes han excitado a la una contra la otra”.

“Ellos son —continúa Brissot— quienes con el nombre de secciones, no han cesado de fatigar a la Convención con peticiones para fijar el *máximum* en los granos.”

Ellos son quienes “envían a todas partes emisarios para predicar la guerra de los *sans-culottes* contra los propietarios”, son ellos los que predicán “la necesidad de nivelar las fortunas”.

Ellos son quienes “provocaron la petición de esos diez mil hombres que se declararían en estado de insurrección si no se tasaba el trigo”, y que provocan insurrecciones por toda Francia.

He ahí sus crímenes: dividir la nación en dos clases, la que tiene y la que no tiene nada; enfrentar a una contra otra; exigir pan, ante todo pan para los que trabajan.

Eran, sin duda, grandes criminales. ¿Pero acaso los sabios socialistas del siglo XIX han sabido inventar algo mejor que esta demanda de nuestros antepasados de 1793: “Pan para todos”? ¡Muchas palabras hoy; menos acción!

En cuanto a los procedimientos para la ejecución de sus ideas:

“La multiplicidad de los crímenes — nos dice Brissot — está producida por la impunidad; la impunidad, por la parálisis de los tribunales; y los anarquistas protegen esta impunidad, paralizan todos los tribunales ya sea por el terror, ya sea por denuncias y por las acusaciones de aristocracia”.

“Los atentados repetidos en todas partes contra las propiedades y la seguridad individual —los anarquistas de París dan el ejemplo cada día—; y sus emisarios particulares y sus emisarios condecorados con el título de comisarios de la Convención, predicán por toda la nación esta violación de los derechos del hombre.”

Menciona después Brissot “las eternas declamaciones de los anarquistas contra los propietarios o mercaderes, a los que designan con el nombre de acaparadores”; él habla de “el propietario señalado sin cesar al hierro de los bandidos”, del odio que tienen los anarquistas a todo funcionario del Estado. “En cuanto un hombre —dice— ocupa un puesto, se hace odioso al anarquista, parece culpable.” Y con razón, podríamos añadir nosotros.

Pero lo admirable es la enumeración de los beneficios del “orden”, expuesta por Brissot. Hay que leer ese pasaje para comprender lo que la burguesía girondina hubiera dado al pueblo francés, si los “anarquistas” no hubieran impulsado la Revolución.

“Considérese —dice Brissot— los departamentos que han sabido encadenar el furor de esos hombres; considérese, por ejemplo, el departamento de la Gironda. El orden ha reinado ahí constantemente; el pueblo se ha sometido a la ley, **aunque pagase el pan hasta diez sous la libra...** Como que en ese departamento se han desterrado a los predicadores de la ley agraria; como que los ciudadanos han cerrado el club en que se enseñaba... etcétera” (el Club de los Jacobinos).

Y esto se escribía dos meses después del 10 de agosto, cuando el más ciego no podía dejar de comprender que si en toda Francia se hubiera “sometido el pueblo a la ley,

aunque pagase el pan hasta diez *sous* la libra”, no hubiera habido Revolución, y la monarquía, que Brissot decía combatir, lo mismo que el feudalismo, se hubieran prolongado quizá un siglo más, como en Rusia²⁰⁴.

Hay que leer a Brissot para comprender todo lo que preparaban los burgueses de entonces para Francia, y lo que los brissotinos del siglo XX preparan todavía en cualquier parte en donde esté por estallar una revolución.

“Los disturbios del Eure, del Orne, etc. —decía Brissot— han sido causados por las prédicas contra los ricos, contra los acaparadores, por los sermones sediciosos sobre la necesidad de tasar a mano armada los granos y todos los artículos alimenticios.”

A propósito de Orleáns, refiere Brissot: “Desde el principio de la Revolución esta ciudad gozaba de una tranquilidad que no había sido alterada por las perturbaciones suscitadas en otras partes por la **falta de granos**, aunque ella fuera el depósito general... Esa armonía entre pobres y ricos no está entre los principios de la anarquía; y uno de esos hombres para quienes el orden es la desesperación, y los disturbios su único objetivo, se ha ocupado de romper esa feliz concordia, excitando a los *sans-culottes* contra los propietarios”.

“Es también ella, la anarquía —exclama Brissot— la creadora del poder revolucionario en el ejército. Es ya evidente el tremendo daño que ha causado en nuestros ejércitos esa doctrina anarquista, que, **a la sombra de la igualdad de los derechos, quiere establecer una igualdad universal** y DE HECHO; plaga ésta de la sociedad, tanto como la otra es su sostén. Doctrina anárquica que quiere nivelar talentos e ignorancia, virtudes y vicios, posiciones, sueldos, servicios.”

He aquí, por ejemplo, lo que los brissotinos no perdonaron jamás a los anarquistas: la igualdad **de derecho** puede pasar mientras no llegue a ser **de hecho**. Brissot se hubiera encolerizado con aquellos terraplenadores de París que un día osaron pedir que se igualara su salario al de los diputados. ¡Pensarlo solamente! ¡Brissot y un zapador en pie de igualdad, no sólo en derecho, sino de hecho! ¡Oh, miserables!

¿Cómo habían llegado los anarquistas a ejercer un poder tan grande, a dominar hasta la terrible Convención, a dictarle sus decisiones?

Brissot lo refiere en sus folletos. Desde las tribunas, dice, el pueblo de París y la Comuna dominan la situación y fuerzan la mano a la Convención cada vez que le hacen tomar cualquier medida revolucionaria.

Al principio — dice Brissot — la Convención era muy prudente. “La mayoría, pura, sana, amiga de los principios, dirigía incesantemente sus miradas a la ley.” Se acordaban “casi unánimemente” todas las propuestas que tendían a humillar, a aniquilar a “los causantes de desorden”.

Se comprende qué resultados podían esperarse de aquellos representantes que dirigían incesantemente sus miradas a la ley real y feudal. Afortunadamente surgieron los anarquistas, quienes comprendieron que su lugar no estaba en la Convención, en medio de los representantes, sino **en la calle**; que si algún día ponían el pie en la Convención no sería para parlamentar con las Derechas ni con “los sapos del Pantano”, sino para exigir algo, ya fuera desde lo alto de las tribunas o invadiéndola con el pueblo.

De esa manera, poco a poco, “los bandidos (Brissot habla de los **anarquistas**) han levantado audazmente la ca-

beza. De acusados se han transformado en acusadores; de espectadores silenciosos de nuestros debates se han convertido en sus árbitros". "Estamos en revolución", tal era su respuesta.

Y bien, aquellos a quienes Brissot llamaba "anarquistas" veían más lejos y mostraban una sabiduría política superior a la de los que pretendían gobernar Francia. Si la Revolución se hubiera terminado con el triunfo de los brissotinos, sin abolir el régimen feudal ni devolver la tierra a las comunas, ¿dónde estaríamos hoy?

¿Formuló Brissot un programa exponiendo lo que los girondinos proponían para poner fin al régimen feudal y a las luchas que éste provocaba? En el momento supremo en que el pueblo de París pidió la expulsión de los girondinos de la Convención, ¿manifestó acaso lo que los girondinos pensaban para satisfacer siquiera una parte de las necesidades populares más urgentes?

¡Nada de nada!

El Partido Girondino zanja la cuestión con estas palabras:

Tocar las propiedades, ya sean feudales o burguesas, es hacer obra de "nivelador", de "causante de desorden", de "anarquista", y esa clase de gente debe ser sencillamente exterminada.

"Los desorganizadores, antes del 11 de agosto, eran verdaderos revolucionarios — escribe Brissot — porque era necesario desorganizar para ser republicano. Los desorganizadores hoy son verdaderos contrarrevolucionarios, enemigos del pueblo; porque el pueblo es quien manda ahora... **¿Qué más puede desear?** La tranquilidad interior,

puesto que esa sola tranquilidad asegura al propietario su propiedad, al obrero su trabajo, al pobre su pan de cada día, y a todos disfrutar de la libertad” (Folleto del 24 de octubre de 1792).

Brissot no podía comprender que en aquella época de escasez, en que el precio del pan se elevaba hasta seis y siete *sous* la libra, el pueblo pudiera pedir una tasa para fijar el precio del pan. Sólo los anarquistas podían hacerlo (pág. 19).

Para él y para toda la Gironda, **la Revolución terminó** cuando el 10 de agosto elevó a su partido al gobierno. No quedaba más que aceptar la situación y obedecer las leyes políticas que hiciera la Convención. No podía comprender al hombre del pueblo que decía: ya que los derechos feudales subsisten, ya que las tierras no han sido devueltas a las comunas, puesto que en todas las cuestiones de propiedad territorial reina lo provisorio y el pobre soporta todo el fardo de la guerra, la Revolución no está terminada, y considerando la inmensa resistencia opuesta en todo por el antiguo régimen a las medidas decisivas, únicamente puede terminarla la acción revolucionaria.

Los girondinos no lo comprendían. Sólo admitían una categoría de descontentos: la de los ciudadanos que temían “por su fortuna, por sus prerrogativas o por su vida” (p. 127). Todas las demás categorías de descontentos no tenían razón de ser; y sabiendo la incertidumbre en que dejó la Legislativa las cuestiones de la propiedad de la tierra, surge la pregunta: ¿Cómo **podía ser posible** una actitud espiritual semejante? ¿En qué mundo ficticio de intrigas vivían esas personas? Si no conociéramos demasiado bien a nuestros contemporáneos no los podríamos comprender.

La conclusión de Brissot, de acuerdo con todos los girondinos, era la siguiente:

Se necesita un golpe de Estado, una tercera revolución que “destruya a la anarquía”. Disolver, anonadar a la Comuna de París y sus secciones. Disolver los clubes que difunden el desorden y la igualdad. Cerrar el Club de los Jacobinos y precintar sus papeles.

La “roca Tarpeya”, es decir, la guillotina, para el “triumvirato” (Robespierre, Danton y Marat) y para todos los niveladores, para todos los anarquistas.

Elegir una nueva Convención, de la que no forme parte ninguno de los diputados actuales; es decir, el triunfo de la contrarrevolución.

Un gobierno fuerte ¡El orden restablecido!

Tal era el programa de los girondinos, desde que la caída del rey los llevó al poder y “fueron inútiles los desorganizadores”.

¿Qué podían hacer los revolucionarios más que aceptar la lucha a muerte?

O bien detener la Revolución tal cual se hallaba, inconclusa, y la contrarrevolución termidoriana hubiera comenzado quince meses antes, en la primavera de 1793, antes de la abolición de los derechos feudales.

O bien expulsar a los girondinos de la Convención, a pesar de los servicios que habían prestado a la Revolución mientras era preciso combatir a la monarquía. Estos servicios no podían desconocerse. “¡Oh!; sin duda —exclamaba Robespierre en la famosa sesión del 10 de abril—, trabajaron de manera violenta contra la Corte, contra los emigrados, contra los curas, ¿pero cuándo? Cuando tenían

el poder a conquistar... Una vez conquistado el poder, su fervor fue disminuyendo rápidamente TAL COMO SE APRESURARON A CAMBIAR DE ODIOS”.

La Revolución no podía detenerse a medio camino; debió seguir adelante, pasando sobre sus cuerpos.

Por esa causa, desde febrero de 1793, París y los departamentos revolucionarios fueron presa de una agitación que desembocará en el 31 de mayo.

CAPÍTULO XLII

CAUSAS DEL MOVIMIENTO DEL 31 DE MAYO

Cada día, durante los primeros meses de 1793, la lucha entre la Montaña y la Gironda se envenenaba cada día más, a medida que se planteaban a Francia estas tres grandes cuestiones:

1ª **¿Se abolirán todos los derechos feudales sin rescate?** ¿O bien continuará esa supervivencia del feudalismo causando el hambre al campesino y la paralización de la agricultura? Cuestión inmensa, que apasionaba a más de veinte millones de habitantes de la población agrícola, comprendiendo en ella a los que habían comprado la masa de los bienes nacionales expropiados al clero y a los emigrados.

2ª **¿Se dejaría a las comunas rurales en posesión de las tierras comunales que habían recuperado de los señores?** ¿Se reconocería el derecho de recobrarlas a aquellas comunas que no lo habían hecho todavía? ¿Se admitiría el **derecho a la tierra para cada ciudadano?**

3ª Por último, ¿se introduciría el *máximum*, es decir, la tasa sobre el pan y demás artículos de primera necesidad?

Esas tres grandes cuestiones apasionaban a Francia y la dividían en dos campos hostiles: los poseedores de un lado, y los que poseían poco o nada del otro; los “ricos” y los “pobres”; los que se enriquecían a pesar de la miseria, la escasez y la guerra, y los que soportaban el fardo de la guerra y debían pasar horas y a veces noches enteras en la puerta de la panadería sin poder llevar pan a su casa.

Y los meses — cinco meses, ocho meses — pasaban sin que la Convención hiciera nada para zanjar la situación, para resolver las grandes cuestiones sociales que el desarrollo de la Revolución había planteado. Se discutía sin fin en la Convención. El odio entre los dos partidos, uno que representaba a los ricos, otro que defendía la causa de los pobres, aumentaba cada día. No se entreveía solución alguna, ningún compromiso posible entre los defensores de las “propiedades” y los que querían atacarlas.

Es cierto que los mismos montañeses no tenían opiniones claras sobre las cuestiones económicas y se dividían en dos grupos, uno de ellos, el de los *enragés*, más avanzado que el otro. Sobre las tres cuestiones mencionadas el grupo al que pertenecía Robespierre se inclinaba a tomar medidas casi tan “propietaristas” como las de los girondinos. Pero por poco simpático que nos caiga Robespierre, hay que reconocer **que él se desenvolvía con la Revolución**, y se compadecía por la miseria del pueblo. Ya en 1791 habló en la Constituyente en favor de la devolución de las tierras comunales a las comunas rurales. Entonces, al ver cada vez más el egoísmo propietario y “negociantista” de

la burguesía, se colocó francamente del lado del pueblo, de la Comuna revolucionaria de París, de los que entonces se llamaban “anarquistas”.

“Los alimentos necesarios al pueblo – dijo en la tribuna – son tan sagrados como la vida. Todo lo necesario para conservarla es una propiedad común de la sociedad entera. Sólo el excedente puede ser considerado propiedad individual y ser cedido a la industria de los comerciantes.”

Qué lástima que esa idea francamente comunista no haya prevalecido entre los socialistas del siglo XIX, en lugar del “colectivismo” estatista de Pecqueur y de Vidal, expuesto en 1848 y servido hoy recalentado con el nombre de “socialismo científico”. Qué porvenir hubiera tenido el movimiento comunalista de 1871 si hubiera reconocido este principio: “Todo lo que es necesario para la vida es tan sagrado como la vida misma y representa una propiedad común de la nación”; si su palabra de orden hubiera sido: **¡La Comuna organizando el consumo, el bienestar para todos!**

En todas partes la Revolución siempre ha sido hecha por minorías. En el seno mismo de los interesados en la Revolución, hay siempre una minoría que se entrega a ella por completo. Así sucedía en Francia en 1793.

En cuanto la monarquía fue derribada, se produjo en las provincias un inmenso movimiento **contra** los revolucionarios que habían tenido la osadía de desafiar a la reacción europea arrojándole la cabeza del rey.

“¡Estos malhechores!”, se decía en castillos, salones y confesionarios, “¡A lo que han osado! ¡Ahora no se detendrán ante nadan: quieren apoderarse de nuestras fortunas o guillotinarlos!”

Y por todas partes las conspiraciones contrarrevolucionarias retornaban con nuevo vigor.

La Iglesia, todas las cortes europeas, la burguesía inglesa, todos se dedicaron al trabajo de intriga, de propaganda y de corrupción para organizar la contrarrevolución.

Las ciudades marítimas sobre todo, como Nantes, Burdeos y Marsella, donde había muchos ricos comerciantes; la ciudad de las industrias de lujo, Lyon; las ciudades industriales y comerciales como Ruan, fueron grandes centros de reacción. Regiones enteras fueron trabajadas por los curas, por los emigrados que volvieron con nombres falsos, y también por el oro inglés y orleanista, así como por emisarios de Italia, de España y de Rusia.

Para toda esa masa reaccionaria los girondinos servían de elemento de unión. Los realistas comprendían que los girondinos, a pesar de su republicanismo superficial, eran sus verdaderos aliados, y que serían impulsados por la **lógica** del partido, mucho más poderosa que la **etiqueta del partido**. El pueblo, por su parte, lo comprendió perfectamente y se convenció de que mientras los girondinos permanecieran en la Convención no sería posible ninguna medida verdaderamente revolucionaria, y que la guerra, conducida laxamente por esos sibaritas de la Revolución, se haría interminable y agotaría a Francia.

Y a medida que la necesidad "de depurar la Convención", eliminando a los girondinos, se hacía más evidente, el pueblo a su vez trataba de organizarse para luchar localmente, en las aldeas y las ciudades de provincias.

Ya hemos tenido ocasión de observar que los directorios de los departamentos eran en su mayoría contrarre-

volucionarios; también lo eran los de los distritos; pero las municipalidades creadas por la ley de diciembre de 1789, eran mucho más populares. Es cierto que cuando fueron constituidas por la burguesía armada, combatieron sin piedad a los campesinos insurrectos; pero a medida que la Revolución se desarrollaba, las municipalidades, nombradas por el pueblo, frecuentemente en medio de los tumultos insurreccionales, y vigiladas además por las sociedades populares, se hacían cada vez más revolucionarias.

En París, antes del 10 de agosto, el Consejo de la Comuna era burgués democrático; pero en la noche del 10 de agosto fue nombrada una nueva Comuna revolucionaria por las cuarenta y ocho secciones. Y aunque la Convención, cediendo a las instancias de los girondinos, destituyó a esta Comuna, la nueva, nombrada el 2 de diciembre de 1792, con su procurador Chaumette, su substituto Hébert y su alcalde Pache (nombrado algo después) era francamente revolucionaria.

Pero un cuerpo electo de funcionarios, encargado de atribuciones tan amplias y diversas como las que incumbían al Consejo de la Comuna de París, hubiera adoptado necesariamente poco a poco un carácter moderado. Afortunadamente, la acción revolucionaria del pueblo de París tenía sus centros en las secciones. Sin embargo, a medida que se arrogaban diversas atribuciones de policía (el derecho de dar cartas cívicas demostrativas de que su poseedor no era conspirador realista, el nombramiento de voluntarios para combatir en la Vendée, etc.) esas mismas secciones, cuyo Comité de Salvación Pública y el Comité de Seguri-

dad general trabajaban para formar sus órganos policíacos, no podían tardar en inclinarse al funcionarismo y al moderantismo. En 1795 se convirtieron, en efecto, en centros de unión para la burguesía reaccionaria.

Es por esto que, al lado de la Comuna y de las secciones, se constituyó toda una red de sociedades populares o fraternales, o de comités revolucionarios que pronto se convertirían (en el año II de la República, después de la expulsión de los girondinos) en una verdadera fuerza de acción. Todas esas agrupaciones se federaban entre sí, ya fuera con objetivos momentáneos o para realizar una acción duradera, poniéndose en correspondencia con los 36,000 municipios de Francia. Hasta se organizaba una oficina especial de correspondencia con ese fin. Y así surgía una nueva organización espontánea. Cuando se estudian esas agrupaciones, esos “libres acuerdos” diríamos nosotros, vemos desarrollarse lo que los grupos anarquistas modernos han propagado y practicado en Francia, sin sospechar que sus abuelos lo habían practicado ya en un momento tan trágico de la Revolución como los primeros meses de 1793²⁰⁵.

La mayor parte de los historiadores simpatizantes de la Revolución, cuando llegan a la lucha trágica entablada en 1793 entre la Montaña y la Gironda, se detienen demasiado, me parece, sobre uno de los aspectos secundarios de aquella lucha. Ellos le dan, me atrevo a decir, mucha importancia al sedicente **federalismo** de los girondinos.

Es cierto que después del 31 de mayo, cuando estallaron en varios departamentos las insurrecciones girondinas y realistas, la palabra “federalismo” llegó a ser en los documentos de la época el principal motivo de acusación de

los montañeses contra los girondinos; pero esa palabra era una consigna, un signo de unión, no era más que un grito de guerra, buena para acusar al partido contrario, y como tal hizo fortuna, aunque en realidad, como ya lo observó Louis Blanc, el “federalismo” de los girondinos consistía sobre todo en su odio a París, en su deseo de oponer las provincias reaccionarias a la capital revolucionaria. “París les causaba miedo; he ahí todo su federalismo”, dice Louis Blanc (libro VIII, cap. IV).

Los girondinos detestaban y temían el ascendiente que la Comuna de París, los comités revolucionarios y el **pueblo de París** habían tomado en la Revolución.

Si hablaron de transportar la sede de la Asamblea Legislativa y luego de la Convención a una ciudad provinciana, no era por amor a la autonomía provincial, sino únicamente para colocar el cuerpo legislativo, el poder ejecutivo en una población menos revolucionaria que la de París y más indolente para la causa pública. Así lo hacía la monarquía en la Edad Media, cuando prefería una ciudad naciente, una “ciudad real”, a las viejas ciudades acostumbradas al *forum*. Thiers quiso hacer lo mismo en 1871²⁰⁶.

Tan distantes se hallaban de la idea federal, que en todo lo que hicieron los girondinos se mostraron tan centralizadores y autoritarios como los montañeses. Quizá se hubieran modificado después, puesto que cuando los montañeses iban en misión a las provincias, se apoyaban en las sociedades populares y no en los consejos de departamentos o de distrito. Si los girondinos apelaron a las provincias contra París, fue para lanzar contra los revolucionarios de París, que los habían expulsado de la Convención, a las

fuerzas contrarrevolucionarias de la burguesía de las grandes ciudades comerciales, y a los campesinos insurrectos de la Normandía y de Bretaña. Cuando venció la reacción y los girondinos volvieron al poder después del 9 termidor, se mostraron como corresponde a un partido de orden, mucho más centralizadores que los montañeses.

Aulard, que habla extensamente del “federalismo” de los girondinos, hace la acertada observación de que antes del establecimiento de la República ningún girondino expuso tendencias federalistas. Barbaroux, por ejemplo, es netamente centralizador, y como tal se expresa ante una asamblea de las Bouches-du-Rhône: “El gobierno federativo no conviene a un gran pueblo, a causa de la lentitud de las operaciones ejecutivas y de las complicaciones en su mecánica”²⁰⁷. En los hechos no se halla la menor tentativa seria de organización federativa en el proyecto de Constitución que los girondinos sostuvieron en 1793. Ellos permanecerán siendo centralistas.

Por otra parte, Louis Blanc, a mi criterio, habla demasiado de la “fogosidad” de los girondinos, de la ambición de Brissot que chocaba con la de Robespierre, de las heridas que “los irreflexivos girondinos” infirieron al amor propio de Robespierre y que éste no quiso perdonar. Jaurès, al menos en la primera parte de su volumen sobre la Convención, expresa la misma idea²⁰⁸, lo que no le impide después, cuando llega a la exposición de la lucha entre el pueblo de París y la burguesía, indicar otras causas mucho más graves que los conflictos de amor propio y “el egoísmo del poder”.

Existía indudablemente la “fogosidad” de los girondinos, tan bien descrita por Louis Blanc, y la lucha de las

ambiciones, y todo eso envenenaba el conflicto; pero la lucha entre girondinos y montañeses, como ya hemos dicho, tuvo una causa general infinitamente más profunda que todos los motivos personales. Esta causa la ha entrevistado bien Louis Blanc, cuando reproduce, por boca de Garat, el lenguaje que Gironda y Montaña empleaban recíprocamente:

“El gobierno de Francia no les corresponde — decía la Gironda — a los manchados con la sangre de septiembre. Los legisladores de un rico e industrial imperio **deben considerar a la propiedad como una de las bases más sagradas del orden social**; y la misión dada a los legisladores de Francia no puede ser cumplida por quienes predicán la anarquía, que patrocinan los pillajes, **que espantan a los propietarios...** Ustedes convocan contra nosotros a todos los sicarios de París; nosotros convocamos contra ustedes a todos los hombres honrados de París”.

Así hablaba el partido de los propietarios, de los “hombres honrados”, de aquellos que después ordenaron las matanzas de París en junio de 1848 y en mayo de 1871, y apoyaron el golpe de Estado en 1851, y que están dispuestos a repetir hoy las mismas hazañas.

A lo que la Montaña respondía: “Nosotros los acusamos de utilizar el talento que poseen para su propio encumbramiento y no para el triunfo de la **Igualdad...** A ustedes, mientras el rey los dejó gobernar, por los ministros que le proporcionaban, les ha parecido bastante fiel... Y sus íntimos deseos no se dirigieron jamás a elevar la nación a los magníficos destinos de una república, sino a dejarle un rey cuyos mayordomos palaciegos fueran ustedes mismos”.

Se comprende la justicia de esta acusación viendo a Barbaroux en el Mediodía y a Louvet en Bretaña actuar de acuerdo con los realistas, y cuando tantos girondinos, de acuerdo con “los blancos”, volvieron al poder después de la reacción de Termidor. Pero continuemos con las citas:

“Ustedes quieren la libertad sin la igualdad, dice la Montaña, y nosotros queremos la igualdad, porque sin ella no podemos concebir la libertad. Hombres de Estado, ustedes quieren organizar la República para los ricos; y nosotros, que no somos hombres de Estado, queremos leyes que saquen al pobre de su miseria, y que, en un bienestar universal, hagan de todos los hombres ciudadanos felices y defensores ardientes de una república universalmente adorada”.

Claramente se ve que son dos concepciones absolutamente diferentes de la sociedad, y es así como los contemporáneos entendieron la lucha²⁰⁹.

O bien la Revolución se limitaba a derribar al rey y, sin tratar de consolidar su obra por un cambio de ideas de la nación en sentido republicano, se detenía en esta primera victoria y dejaba a Francia arreglarse como pudiera contra los invasores alemanes, ingleses, españoles, italianos y saboyanos, apoyados por los monárquicos en el interior.

O bien la Revolución haría inmediatamente, después de haber dado cuenta del rey, un esfuerzo en el sentido “de la igualdad”, como se decía entonces, o “del comunismo”, como diríamos hoy. Terminaría primeramente la obra de la abolición de los derechos feudales y la de la devolución de las tierras a las comunas; aborda-

ría la nacionalización del suelo, con el reconocimiento del derecho de todos a la tierra; consolidaría la obra que los campesinos insurrectos habían llevado tan lejos durante aquellos cuatro años, y trataría, con el apoyo del pueblo, “de sacar al pobre de su miseria”, procurando crear, no la igualdad absoluta de las fortunas, sino el bienestar para todos, “el bienestar universal”. Y esto arrancando el gobierno a los ricos y traspasándoselo a las comunas y a las sociedades populares.

Esta sola diferencia basta para explicar la sangrienta lucha que desgarró a la Convención y, con ella, a Francia, después de la caída de la monarquía. El resto es secundario.

CAPÍTULO XLIII

REIVINDICACIONES SOCIALES.

ESTADO DE LOS ÁNIMOS EN PARÍS. LYON

Por violenta que en ciertos momentos fuera la lucha parlamentaria entre la Montaña y la Gironda, hubiera acabado por languidecer si hubiera permanecido encerrada en la Convención. Pero, después de la ejecución de Luis XVI, se precipitaron los acontecimientos y la separación entre revolucionarios y contrarrevolucionarios fue tan marcada que no quedó lugar para un partido mixto, difuso, colocado entre los dos. Opuestos a que la Revolución siguiera su curso natural, los girondinos no tardaron en encontrarse, junto con los fuldenses y los realistas, en las filas de los contrarrevolucionarios y, como tales, tuvieron que sucumbir.

La ejecución del rey tuvo en Francia una profunda resonancia. Si la burguesía quedó sobrecogida de espanto a la

vista de tanta audacia de parte de los montañeses, y temblaba por su vida y su fortuna, la parte inteligente del pueblo veía en ella, por el contrario, el principio de una era nueva, el camino hacia aquel ansiado bienestar para todos que los revolucionarios habían prometido a los desheredados.

Sin embargo la decepción fue grande. El rey había perecido, había desaparecido la monarquía, pero la insolencia de los ricos iba en aumento. Se exhibía en los barrios ricos, hasta se mostraba en las tribunas de la Convención, en tanto que en los barrios pobres se hacía sentir la miseria cada vez más negra, conforme avanzaba aquel triste invierno de 1793, con su escasez de pan, la paralización del trabajo, la carestía y el descrédito de los asignados. Todo eso, junto con las tristes noticias que llegaban de todas partes: de la frontera, donde los ejércitos se habían disuelto como se funde la nieve; las de Bretaña, que se preparaba para un levantamiento general con el apoyo de los ingleses; las de la Vendée, donde cien mil campesinos rebeldes degollaban a los patriotas con la bendición de los curas; las de Lyon, convertida en ciudadela de la contrarrevolución; las de la Tesorería, que sólo sobrevivía haciendo nuevas emisiones de asignados; finalmente las de la Convención, estancada, sin emprender nada, agotándose en luchas intestinas.

Con todo eso, y la miseria por añadidura, se paralizaba el impulso revolucionario. En París, los trabajadores pobres, los *sans-culottes*, no asistían en número suficiente a las secciones, de lo que se aprovechaban los contrarrevolucionarios de la burguesía. En febrero de 1793 invadieron las secciones los "*culottes dorés*"²¹⁰; los que debido a su número, y a garrotazos en caso necesario, recogían votos

reaccionarios, destituían a los funcionarios *sans-culottes* y se hacían nombrar en su lugar. Así los revolucionarios estuvieron obligados a reorganizarse, recurriendo a las secciones vecinas para reforzar a las secciones que habían sido invadidas por los burgueses.

En París y en provincias fue necesario pedir a los municipios una indemnización de cuarenta *sous* diarios para los hombres del pueblo indigentes, que asistían a las sesiones y aceptaban funciones en los comités. En relación a esto los girondinos pidieron a la Convención la disolución de aquellas organizaciones de secciones, de sociedades populares y de federaciones de los departamentos. No comprendían la fuerza de resistencia que aún poseía el antiguo régimen, y no veían que con aquella medida, tomada en aquel momento, se hubiera asegurado el triunfo inmediato de la contrarrevolución, que los hubiera llevado a ellos mismos hasta “la roca Tarpeya”.

A pesar de todo, el desaliento no se apoderaba aún de las secciones populares; el hecho es que en los espíritus surgían nuevas ideas, aparecían nuevas corrientes, y esas aspiraciones buscaban todavía su fórmula.

La Comuna de París había obtenido de la Convención fuertes subvenciones para la compra de harina, y, no obstante, apenas lograba mantener el precio del pan a tres *sous* la libra. Pero, para obtener ese pan a tres *sous*, era necesario pasar la mitad de la noche haciendo cola en la puerta de la panadería. Además, el pueblo comprendía que cuando la Comuna compraba el trigo a los precios impuestos por los acaparadores, el resultado era el enriquecimiento de estos a expensas del Estado para

permanecer encerrados en un círculo vicioso en beneficio inmediato del agiotista.

El agio había alcanzado ya proporciones espantosas. La naciente burguesía se enriquecía a ojos vista por este medio. No solamente los proveedores del ejército — los “arroz-pan-sal” — hacían fortunas escandalosas, sino que, como se especulaba con todo, en grande y en pequeño, con trigo, harina, cuero, aceite, jabón, velas, etc. — sin hablar de las especulaciones colosales sobre los bienes nacionales —, las fortunas se formaban de la nada, con una rapidez mágica, a la vista de todo el mundo.

La pregunta “¿Qué hacer?” se planteaba con el carácter trágico que adquiere en los tiempos de crisis.

Aquellos para quienes el remedio supremo para todos los males de la sociedad consiste en el “castigo de los culpables” sólo supieron proponer la pena de muerte para los agiotistas, la reorganización de la máquina policíaca de “seguridad general”, el tribunal revolucionario; lo que en el fondo, exceptuando la franqueza, no era más que la vuelta al tribunal de Maillard, pero no una solución.

Sin embargo, en los barrios se formaba también una corriente de opinión más profunda, que buscaba soluciones constructivas, y esta encontró su expresión en las prédicas de un obrero de los arrabales, Varlet, y de un ex cura, Jacques Roux, apoyados por todos esos “desconocidos” que la historia denomina *enragés*. Estos comprendían que las teorías sobre la libertad de comercio, defendidas en la Convención por los Condorcet y los Sieyès, eran falsas; que los artículos de consumo que

no se encontraban en abundancia en el comercio eran fácilmente acaparados por los especuladores, sobre todo en un período como el que atravesaba la Revolución, y se dedicaron a propagar ideas sobre la necesidad de **comunalizar y de nacionalizar el comercio, y de organizar el intercambio de los productos al precio de costo**, ideas en las que después se inspiraron Fourier, Godwin, Robert Owen, Proudhon y sus continuadores socialistas.

Estos *enragés* también habían comprendido — y pronto veremos que sus ideas recibían un principio de ejecución práctica — que no basta garantizar a cada uno el derecho al trabajo ni aun a la tierra; que no se habría hecho nada mientras subsistiera la explotación comercial, y que, para impedirla, era indispensable **comunalizar el comercio**.

Al mismo tiempo se produjo un movimiento pronunciado contra las grandes fortunas, semejante al que se produce actualmente en los Estados Unidos contra las fortunas rápidamente amasadas por los *trusts* o compañías de acaparadores.

Los mejores espíritus de la época comprendieron la imposibilidad de establecer una república democrática, si no se creaba una resistencia contra la desigualdad monstruosa de las fortunas, que ya se manifestaba y amenazaba ir en aumento²¹¹.

Ese movimiento contra los monopolizadores y agiotistas necesariamente también tenía que provocar un movimiento **contra la especulación sobre los medios de intercambio**, y el 3 de febrero de 1793 se presentaron a la Convención delegados de la Comuna, de las 48 secciones y de

“los defensores reunidos de los 84 departamentos”, para pedir que pusiese término a la depreciación de los asignados debida a la especulación; pedían además la abolición del decreto de la Constituyente que había declarado mercancía el dinero amonedado, y la pena de muerte contra los agiotistas²¹².

Como se ve, era una rebelión de las clases pobres contra los ricos que, habiendo sacado de la Revolución todas las ventajas, se oponían a que beneficiase a los pobres. Y he ahí por qué, cuando los peticionarios supieron que los jacobinos, incluso Saint-Just, se oponían a su petición, por miedo de alarmar a los burgueses, hablaron sin dudarle contra los “que no comprenden a los pobres porque comen bien todos los días”.

También Marat intentó calmar la agitación; desaprobó la petición y defendió a los montañeses y a los diputados de París, atacados por los peticionarios; pero conocía la miseria de cerca, y cuando oyó las quejas de las mujeres obreras que se presentaron el 24 de febrero a la Convención a pedir la protección de los legisladores contra los agiotistas, se colocó en seguida al lado de los miserables. En un artículo muy violento del número 25 de su periódico, “desesperando de que los legisladores tomaran grandes resoluciones”, predicó “la destrucción total de aquella maldita calaña” — “los capitalistas, los agiotistas, los monopolizadores” — a quienes “los cobardes mandatarios de la nación animaban con la impunidad”. Se perciben los furores de la calle en aquel artículo, en el que Marat pide que los principales acaparadores sean entregados a un tribunal de Estado y recomienda actos revolucionarios, diciendo que

“el saqueo de algunos almacenes, a cuyas puertas fuesen colgados los especuladores, pondría pronto fin a aquellas malversaciones, que reducían a veinticinco millones de hombres a la desesperación, haciendo perecer a miles de ellos en la miseria”.

Ese mismo día, efectivamente, el pueblo saqueó algunas tiendas, llevándose el azúcar, el jabón, etc., y en los arrabales se hablaba de renovar las jornadas de septiembre contra los acaparadores, los agiotistas de la Bolsa, los ricos.

Se puede imaginar cómo aquel movimiento, que no excedió de los límites de un pequeño motín, fue exageradamente explotado por los girondinos para que en los departamentos se creyera que París era un volcán donde no había seguridad para nadie. Contentos por haber hallado en el artículo de Marat la frase sobre el saqueo que acabamos de citar, acusaron a la Montaña y a los parisinos en masa de querer degollar a todos los ricos. La Comuna no se atrevió a aprobar el motín, y Marat mismo tuvo que desdecirse representándolo como fomentado por los realistas. Robespierre no se privó de adjudicar su responsabilidad al oro extranjero.

Sin embargo, el motín produjo su efecto: la Convención elevó de cuatro a siete millones el adelanto que hacía a la Comuna para conservar el precio del pan a tres *sous* la libra, y el procurador de la Comuna, Chaumette, se presentó a la Convención a desarrollar la idea, que después fue introducida en la ley del *máximum*, de que no se trataba únicamente de tener el pan a un precio razonable. Él agregaba que “también los artículos de segunda necesidad” debían estar al alcance del pueblo. No existe una “justa proporción

entre el precio de las jornadas de mano de obra y el de los artículos de segunda necesidad". "El pobre ha hecho tanto y más que el rico por la Revolución y, sin embargo, todo ha cambiado para el rico, en tanto que él sólo [el pobre] ha quedado en la misma situación. Con la Revolución no ha ganado más que el derecho a quejarse de su miseria²¹³.

Ese movimiento de fines de febrero en París contribuyó poderosamente a la caída de la Gironda. Cuando Robespierre esperaba todavía paralizar legalmente a los girondinos en la Convención, los *enragés* comprendieron que mientras la Gironda dominara en la Asamblea no habría ningún progreso económico positivo, y se atrevieron a decir en voz alta que la aristocracia de las fortunas, la de los grandes comerciantes y la de los financistas, se levantaba sobre las ruinas de la aristocracia nobiliaria. Y que esa nueva aristocracia era tan fuerte en la Convención, que si los reyes no hubiesen contado con su apoyo no hubieran osado atacar a Francia. Es muy probable que por entonces Robespierre y sus fieles jacobinos pensaran en aprovecharse de los *enragés* para aniquilar a la Gironda, dispuestos siempre, de acuerdo al curso de los acontecimientos, a seguirlos o a combatirlos.

Es indudable que ideas como las expuestas por Chauvette debían trabajar el espíritu del pueblo en todas las grandes ciudades. En efecto, el pobre lo había hecho todo por la Revolución y en tanto los burgueses se enriquecían, el pobre no mejoraba. Aun allí donde no hubo movimientos populares semejantes a los de París y Lyon, los pobres se debían hacer esa misma reflexión, y probablemente en todas partes hallarían a los girondinos formando el elemento de unión de aquellos que a toda costa querían impedir que la Revolución los beneficiara.

En Lyon se presentaba la lucha precisamente bajo esa forma. Es evidente que en aquella gran ciudad manufacturera, donde los trabajadores vivían de una industria de lujo, la miseria debía ser horrible. Faltaba el trabajo y el pan estaba a un precio de hambre, a seis *sous* la libra.

En Lyon, como en todas partes, existían dos partidos, el partido popular, representado por Laussel y sobre todo por Chalier, y el partido de la burguesía “comercialista”, unido a los girondinos pero esperando el momento de pasarse a los fuldenses. El alcalde, Nivière-Chol, negociante girondino, era el hombre del partido burgués. Muchos curas refractarios se ocultaban en aquella ciudad, cuyos habitantes han tenido siempre inclinación al misticismo, y los agentes de la emigración acudían allí con frecuencia. Lyon era un centro para los conspiradores de Jalès (véase el capítulo XXXI), Aviñón, Chambéry y Turín.

Contra ellos el pueblo no tenía más que la Comuna, cuyos dos hombres más populares eran Chalier, un ex cura, comunista místico, y otro ex cura, Laussel. Los pobres adoraban a Chalier, quien no se cansaba de hablar con vehemencia contra los ricos.

No hay claridad en los acontecimientos que se produjeron en Lyon en los primeros días de marzo; sólo se sabe que la desocupación y la miseria eran horribles y que había una gran efervescencia entre los trabajadores. Estos pedían la tasa de los granos y la de los artículos que Chaumette llamaba “artículos de segunda necesidad” (vino, leña, aceite, jabón, café, azúcar, etc.). Exigían la prohibición del comercio del dinero y querían una tarifa de los salarios. También se hablaba de masacrar o de guillotinar a los acaparadores, y la Comuna de Lyon (basándose probablemente en el

decreto de la Legislativa del 27 de agosto de 1792) ordenó registros semejantes a los que se verificaron en París el 29 de agosto, a fin de capturar a los numerosos conspiradores realistas ocultos en Lyon; pero los realistas y los girondinos reunidos, uniéndose al alcalde Nivière-Chol, lograron apoderarse del municipio y se preparaban para castigar duramente al pueblo. La Convención tuvo que intervenir para impedir la matanza de los patriotas por los contrarrevolucionarios, y envió tres comisarios a Lyon. Entonces, apoyados por aquellos comisarios, los revolucionarios se apoderaron nuevamente de las secciones, invadidas por los reaccionarios; el alcalde girondino tuvo que dimitir, y el 9 de marzo fue elegido un amigo de Chalier para el cargo de Nivière-Chol.

No terminó así la lucha, y volveremos sobre esto para decir cómo los girondinos, habiendo recobrado su ascendiente, asesinaron a los patriotas al final del mes de mayo.

Por el momento, basta consignar que, en Lyon como en París, los girondinos servían de vínculo de unión, no sólo a los que se oponían a la revolución popular, sino también a todos aquellos, realistas o fuldenses, que no querían la República²¹⁴. La necesidad de acabar con el poder político de la Gironda se hacía sentir cada vez más, cuando la traición de Dumouriez vino a dar un nuevo apoyo a los montañeses.

CAPÍTULO XLIV

LA GUERRA. LA VENDÉE. TRAICIÓN DE DUMOURIEZ

A principios de 1793 la guerra se presentaba con los más tristes auspicios; los triunfos del otoño precedente no se

sostuvieron, y para emprender nuevamente la ofensiva se necesitaban grandes reclutamientos y los enrolamientos ya eran escasos²¹⁵. En febrero de 1793, se calculaba que se necesitarían lo menos 300,000 hombres para cubrir las bajas en el ejército y elevar sus efectivos a medio millón; pero no se podía contar ya con los voluntarios. Algunos departamentos (el Var y la Gironda) enviaban batallones, casi ejércitos, pero los otros, indiferentes, no hacían nada.

En tal situación, la Convención se vio forzada a ordenar una leva obligatoria de 300,000 hombres, repartidos entre los departamentos, y en cada departamento entre los distritos y las comunas. Estas debían recurrir ante todo a los voluntarios; pero si este recurso no daba el número de hombres requeridos, la Comuna tenía que reclutar el resto del modo que le pareciera más conveniente, es decir, por sorteo o por designación personal, siempre con la facultad de reemplazamiento. Como aliciente para el alistamiento, la Convención no sólo prometió pensiones, sino que dio a los pensionistas la facultad de comprar bienes nacionales pagándolos con su pensión, a razón de una décima parte del precio total del bien comprado, cada año. Por medio de esta operación se asignaron bienes nacionales por valor de 400 millones²¹⁶.

Sin embargo, faltaba dinero, y Cambon, hombre de honradez absoluta, que tenía poder absoluto sobre las finanzas, se vio obligado a hacer una nueva emisión de 800 millones de asignados. Pero las propiedades más aprovechables de los curas, que eran las tierras, ya habían sido vendidas, y las de los emigrados no se vendían fácilmente. Se temía comprarlas ante la duda de que esas propieda-

des volvieran a sus antiguos dueños cuando regresasen los emigrados a Francia. En tal situación, la Tesorería de Cambon atendía con las mayores dificultades a las necesidades siempre crecientes de los ejércitos²¹⁷.

Además, la mayor dificultad de la guerra consistía en que los generales eran, casi todos, partidarios de la contrarrevolución y que el sistema de elección de oficiales, recientemente adoptado por la Convención no podía dar comandantes superiores hasta que hubiera pasado algún tiempo. Por el momento, los generales no inspiraban confianza, y, en efecto, la traición de Lafayette fue pronto seguida por la de Dumouriez.

Michelet dice con razón que cuando Dumouriez salió de París, algunos días después de la muerte de Luis XVI, para ponerse al frente de su ejército, llevaba ya la traición en su corazón. Había visto el triunfo de la Montaña, y debió comprender que la ejecución del rey abría una nueva fase en la Revolución. Los revolucionarios le inspiraban odio, y debió comprender que su idea de adoptar la Constitución de 1791, con un Orleáns en el trono, no podía realizarse sino con el apoyo de los austríacos, y ese pensamiento decidiría su traición.

En aquel momento Dumouriez se hallaba muy ligado con los girondinos y hasta en intimidad con Gensoné, con quien siguió relacionándose hasta abril; pero sin romper por esto con los montañeses, que desconfiaban de él — Marat lo trataba abiertamente de traidor — pero no se sentían lo bastante fuertes para atacarlo. Se habían glorificado tanto las victorias de Valmy y de Jemmapes; la información confidencial sobre la retirada de los prusianos era poco co-

nocida, y los soldados, sobre todo los regimientos de línea, querían tanto a su general, que atacarlo en aquellas condiciones era arriesgarse a enemistarse con el ejército, que Dumouriez podía hacer marchar contra París y contra la Revolución. Era necesario, entonces, esperar y vigilar.

Entretanto, Francia entraba en guerra contra Inglaterra. En cuanto llegó a Londres la noticia de la ejecución de Luis XVI, el gobierno inglés entregó sus pasaportes al representante de Francia, ordenándole salir del Reino Unido. Pero la ejecución del rey, dicho sea de paso, no era más que un pretexto. Se sabe, en efecto, por Merey, que el gobierno inglés no fue tan benévolo con los realistas franceses y que nunca quiso prestarles su apoyo. Inglaterra juzgó sencillamente que aquél era el momento oportuno para destruir la rivalidad marítima de Francia, despojándola de sus colonias y quizá de un gran puerto; de debilitarla por mucho tiempo, al menos en el mar, por lo que el gobierno inglés aprovechó la impresión producida por la ejecución del rey para lanzarse a la guerra.

Desgraciadamente los políticos franceses no comprendieron lo que, desde el punto de vista inglés, había de inevitable en aquella guerra. No solamente los girondinos —sobre todo Brissot, que se preciaba de conocer Inglaterra—, sino también Danton, esperaban que los liberales, los *whigs*, de los cuales una parte se entusiasmaba por las ideas de libertad, derribarían a Pitt e impedirían la guerra; pero en realidad, toda la nación inglesa se encontró unida cuando comprendió las ventajas mercantiles que podría sacar de la guerra. Se ha de reconocer también que los diplomáticos ingleses supieron utilizar hábilmente las ambiciones de

los hombres de Estado de Francia: a Dumouriez le hacían creer que era su hombre, el único con quien podrían tratar, prometiéndole apoyo para restablecer la monarquía constitucional; y a Danton le infundieron la esperanza de que los *whigs* podrían volver al poder, y entonces harían la paz con la Francia republicana²¹⁸. En general maniobraron de manera que resultó Francia la causante cuando la Convención el 1º de febrero declaró la guerra al Reino Unido.

Esa declaración cambió por completo la situación militar. Apoderarse de Holanda, para impedir el desembarco de los ingleses, se tornó inevitable. Esto fue lo que Dumouriez no hizo en el otoño anterior, a pesar de la insistencia de Danton, ya fuera por mala voluntad o por no creerse con la fuerza suficiente. En diciembre él había establecido sus cuarteles de invierno en Bélgica, y esto, como es natural, indispuso a los belgas contra los invasores franceses. Lieja era su principal depósito militar.

No conocemos todavía el fondo de la traición de Dumouriez; pero es muy probable, como dice Michelet, que el general se decidiera cuando volvió con su ejército el 26 de enero. Su marcha de fin de febrero sobre Holanda, cuando se apoderó de Breda y de Gertruydenberge, parece haber sido ya una maniobra concertada con los austríacos. En todo caso, aquella marcha fue utilísima para ellos, que entraron en Bélgica el 1º de marzo, y se apoderaron de Lieja, cuyos habitantes en vano pidieron armas a Dumouriez. Los patriotas de Lieja tuvieron que huir, mientras el ejército francés se hallaba en plena derrota, desbandado; los generales no querían ayudarse mutuamente, y Dumouriez se halla-

ba lejos, en Holanda. Los austríacos no podían estar mejor servidos. Se comprende el efecto que esta noticia causaría en París, mucho más teniendo en cuenta que fue seguida de otras noticias no menos graves. El 3 de marzo se supo que en Bretaña en breve iba a estallar un movimiento contrarrevolucionario; al mismo tiempo que en Lyon los batallones reaccionarios de los “hijos de familia” hacían, como ya hemos visto, un movimiento contra la Comuna revolucionaria; precisamente en el momento en que los emigrados, reunidos en Turín, pasaban la frontera y entraban armados en Francia, con el apoyo del rey de Cerdeña. Por último, el 10 de marzo se levantaba la Vendée. Era evidente que esos diversos movimientos formaban parte, como en 1792, de un vasto plan de conjunto de los contrarrevolucionarios, y en París nadie dudaba que Dumouriez, ganado para la contrarrevolución, trabajara para ella.

Danton, que entonces se hallaba en Bélgica, fue convocado con urgencia. Llegó a París el 8 de marzo y pronunció uno de sus poderosos llamamientos a la concordia y al patriotismo que hacían vibrar los corazones, y la Comuna enarboló nuevamente la bandera negra. De nuevo fue declarada la Patria en peligro.

Los voluntarios se alistaban a toda velocidad, y en la noche del día 9 se celebró una cena cívica, al aire libre, en las calles, de la que participó una gran masa organizada y dispuesta a partir al día siguiente. Pero faltaba el entusiasmo juvenil de 1792. Una sombría energía los animaba y el furor roía los corazones de las pobres gentes de los suburbios viendo las luchas políticas que

desgarraban a Francia. “Se necesita un motín en París”, hubiera dicho Danton, y, en efecto, hacía falta uno para sacudir el entorpecimiento que se había apoderado del pueblo y de las secciones.

Para hacer frente a las dificultades verdaderamente terribles que rodeaban a la Revolución, para subvenir a los inmensos gastos impuestos a Francia por la coalición de los contrarrevolucionarios en el exterior y en el interior, era preciso que la Revolución pusiera a contribución las fortunas burguesas que se iban construyendo gracias a la propia Revolución.

Pero precisamente eso era lo que los gobernantes no querían admitir; en parte por principio —ya que se consideraba a la acumulación de grandes fortunas privadas como el medio de enriquecer a la nación—; pero por otra parte, es preciso reconocerlo, a causa del temor que les inspiraba un levantamiento más o menos general de los pobres contra los ricos en las grandes ciudades. Las jornadas de septiembre, sobre todo las de los días 4 y 5 en el Châtelet y en la Salpêtrière estaban todavía frescas en las memorias. ¿Qué hubiera sucedido si una clase, todos los pobres, se hubiera lanzado contra otra, contra todos los ricos, contra toda la gente acomodada? ¡La guerra civil en cada ciudad! Y esto con la Vendée y la Bretaña rebeldes al Oeste, sostenidas por Inglaterra, por los emigrados de Jersey y por el Papa con todos los curas; y al Norte con los austríacos y el ejército de Dumouriez, dispuesto a seguir a su general y a marchar a París, contra el pueblo.

También los “jefes de opinión” de la Montaña y de la Comuna se esforzaron por apaciguar el pánico, haciendo

creer que consideraban a Dumouriez como un republicano digno de confianza. Robespierre, Danton y Marat, constituyendo una especie de triunvirato de opinión y apoyados por la Comuna, hablaron en ese sentido. Todos trabajaron de común acuerdo para reavivar el coraje, para inflamar los corazones el entusiasmo y crear una fuerza para rechazar la invasión que se anunciaba, mucho más peligrosa que la de 1792. ¡Todos, salvo la Gironda, que sólo pensaba en aplastar y exterminar a los “anarquistas”!

El 10 de marzo, por la mañana, se temía en París una repetición de las jornadas de septiembre; pero la ira popular derivó hacia los periodistas amigos de Dumouriez, y una turba se dirigió a las principales imprentas girondinas, la de Gorzas y la de Fiévé, en donde rompieron las prensas.

En el fondo, lo que quería el pueblo, inspirado por Varlet, Jacques Roux, Fournier el americano y otros *enragés*, era la depuración de la Convención; pero contra ese propósito surgió en las secciones la demanda banal de un tribunal revolucionario. Pache y Chaumette se presentaron el día 9 en la Convención a exigirlo, y entonces Cambacérès, el futuro “archiconsejero del Imperio”, propuso que la Convención, abandonando las ideas corrientes sobre la división de los poderes – legislativo y judicial –, se apoderase de éste último e instituyera un tribunal especial para juzgar a los traidores.

Robert Lindet, abogado de la vieja escuela monárquica, propuso sobre este asunto la formación de un tribunal compuesto de jueces nombrados por la Convención, encargados de juzgar a los que la Convención les presentara; no quería jurados; pero después de largos debates se decidió

reforzar a los cinco jueces nombrados por la Convención con doce jurados y seis asistentes provenientes de París y de los departamentos inmediatos, también nombrados todos los meses por la Convención.

De ese modo, en lugar de medidas destinadas a reducir el agio y a poner los artículos de consumo al alcance del pueblo; en vez de una depuración de la Convención, que hubiera eliminado a los miembros siempre opuestos a las medidas revolucionarias, y lejos de adoptar los acuerdos de carácter militar, necesarios por la traición ya casi confirmada de Dumouriez, la insurrección del 10 de marzo sólo produjo un tribunal revolucionario. Al espíritu creador y constructivo de la Revolución popular que buscaba sus vías, se opuso el espíritu policíaco que iba a sofocarlo.

En esos momentos, cuando la Convención iba a dar por terminada su sesión, Danton se lanzó a la tribuna, detuvo a los representantes en el momento de salir de la sala, y les recordó que el enemigo estaba en las fronteras y aún no se había hecho nada.

En aquel mismo día, los campesinos de la Vendée, azuzados por los curas, comenzaron la insurrección general y la matanza de republicanos. La sublevación venía preparada desde mucho tiempo antes, principalmente por los curas y a instigación de Roma. Ya hubo un conato de insurrección en agosto de 1792, cuando entraron los prusianos en Francia. Desde entonces quedó Angers convertido en el centro político de los curas refractarios. Las *Sœurs de la Sagesse* y otras monjas servían de emisarias y transmisoras a los curas para hacer circular sus incitaciones a la rebeldía y despertar el fanatismo propagando narraciones de supues-

tos milagros (Michelet, lib. X, cap. V). A la sazón, el reclutamiento de hombres para la guerra, promulgado el 10 de marzo, dio la señal de la sublevación general. Enseguida, por iniciativa de Cathelineau, campesino albañil y sacristán de su parroquia, y después uno de los jefes de partida más audaces, se estableció un consejo superior, dominado por los curas y dirigido por el presbítero Bernier.

El día 10 se tocó a rebato en centenares de parroquias, y cerca de 100,000 hombres abandonaron sus trabajos para comenzar la caza de republicanos y curas constitucionales. Verdadera caza, con un campanero que tocaba la *vue* y el *hallali*²¹⁹ — decía Michelet —; exterminio en regla, en el que se hacía padecer a los suplicados sufrimientos atroces; matándolos de a poco y negándose a rematarlos para prolongar su agonía, o abandonando los atormentados a las tijeras de las mujeres y a las débiles manos de los niños, que prolongaban sus martirios. Todo eso, bajo la dirección de los curas, iba acompañado de milagros, para impulsar a los campesinos a matar también a las mujeres de los republicanos. Los nobles, con sus Amazonas realistas, vinieron después; y cuando aquellas “gentes honradas” se decidieron a nombrar un tribunal para exterminar a los republicanos, en seis semanas hizo ejecutar a quinientos cuarenta y dos patriotas²²⁰.

Para resistir esta salvaje insurrección armada, la República sólo disponía de 2,000 hombres diseminados en toda la baja Vendée, desde Nantes a la Rochela. Hasta fines de mayo no llegaron al territorio insurrecto las primeras fuerzas organizadas de la República; hasta entonces la Convención no pudo oponer más que decretos: ¡la muerte y la confiscación de bienes para los nobles y los curas que

no abandonaran la Vendée en el plazo de ocho días! ¿Pero quién tenía la fuerza necesaria para ejecutar esos decretos?

No iban mejor las cosas en la región del Este, donde el ejército de Custine se batía en retirada; mientras que en Bélgica, Dumouriez, desde el 12 de marzo, se declaraba en franca rebeldía contra la Convención, enviando desde Lovaina una carta (que él se encargó de hacer pública) en la que reprochaba a Francia el crimen de haberse anexoado Bélgica, de haber querido arruinarla introduciendo en ella los asignados y la venta de bienes nacionales, etc. Seis días después atacó a las fuerzas superiores de los austríacos en Neerwinde, se hizo derrotar por ellos, y el 22 de marzo, apoyado por el duque de Chartres y generales orleanistas, entró en negociaciones directas con el general austríaco Mack. Los traidores se comprometían a evacuar Bélgica sin combate y a marchar sobre París para restablecer la monarquía constitucional. En caso necesario, se harían ayudar por los austríacos, que ocuparían, como garantía, una de las plazas fuertes de la frontera, Condé.

Danton, jugándose la cabeza, trató de impedir esa traición. No habiendo logrado persuadir a dos girondinos, Gensoné, amigo de Dumouriez, y a Guadet, a que lo acompañaran para que Dumouriez volviera al servicio de la República, el día 16 partió solo para Bélgica, a riesgo de ser él mismo acusado de traición. Halló a Dumouriez en plena retirada, después de Neerwinde, y comprendió que el traidor ya había tomado partido. En efecto, se había comprometido con el coronel Mack a evacuar Holanda sin batirse.

París fue presa de furor cuando —Danton había regresado el 29— tuvo la certidumbre de la traición de Du-

mouriez. El ejército republicano, el único que podía rechazar la invasión, marchaba quizá contra París para restablecer la monarquía. Entonces el Comité de insurrección, que se reunía en el Obispado bajo la dirección de los *enragés*, arrastró a la Comuna. Las secciones se armaron, se apoderaron de la artillería, y hubieran marchado contra la Convención si no hubieran prevalecido otros consejos para evitar el pánico. El 3 de abril se recibió la noticia definitiva de la traición de Dumouriez. Había hecho prisioneros a los comisarios que les envió la Convención. Felizmente no fue seguido por su ejército. El decreto de la Convención que ponía a Dumouriez fuera de la ley y ordenaba la prisión del duque de Chartres, había llegado a los regimientos. Ni el general ni el duque lograron arrastrar a los soldados, y Dumouriez tuvo que pasar la frontera, como Lafayette, y refugiarse en Austria.

Al día siguiente, él y los imperiales lanzaban un manifiesto en que el duque de Coburgo anunciaba a los franceses que venía a dar a Francia su rey constitucional.

En lo más fuerte de aquella crisis, cuando la incertidumbre acerca de la actitud del ejército de Dumouriez ponía en peligro la misma seguridad de la República, los tres hombres más influyentes de la Montaña, Danton, Robespierre y Marat, de acuerdo con la Comuna (Pache, Hébert y Chaumette) actuaron en consonancia para impedir el pánico y la tristes consecuencias que podía acarrear.

Al mismo tiempo, la Convención, con el pretexto de la "falta de unidad", que había dificultado hasta entonces la marcha general de la guerra, resolvió asumir todo el poder ejecutivo, además del poder legislativo y judicial, y creó un **Comité de Salvación Pública**, al que dio poderes muy ex-

tenso, casi dictatoriales; medida que fue de inmensa importancia para todo el desarrollo ulterior de la Revolución.

Ya hemos visto que después del 10 de agosto, la Legislativa instituyó, con el nombre de “Consejo Ejecutivo Provisional”, un Ministerio encargado de todas las funciones del poder ejecutivo. Además, en enero de 1793 la Convención creó un “Comité de Defensa General”, y como la guerra era en aquel momento lo esencial, este Comité tuvo poder de vigilancia sobre el Consejo Ejecutivo, constituyéndolo así en la rueda principal del mecanismo administrativo. Ahora, para dar más cohesión al gobierno, la Convención instituyó un “Comité de Salvación Pública”, elegido por ella, y renovable cada tres meses, que iba a suplantarse al Comité de Defensa y al Consejo Ejecutivo.

En el fondo, era la Convención misma la que sustituía al Ministerio; pero, poco a poco, como era de esperar, el Comité de Salvación Pública dominó a la Convención y adquirió en todas las ramas de la administración un poder que sólo compartió con el “Comité de Seguridad General”, encargado de los asuntos policiales.

En medio de la crisis que se desarrolló en abril de 1793, Danton, que hasta entonces había tomado la parte más activa en la guerra, fue el alma del Comité de Salvación Pública, y conservó esa influencia hasta que presentó su dimisión el 10 de julio de 1793.

Por último, la Convención, que desde el mes de septiembre de 1792 había enviado a los departamentos y a los ejércitos varios de sus miembros con el título de **Representantes en Misión**, provistos de poderes extremadamente extensos, decidió enviar entonces a ochenta más, para rea-

nimar la moral en las provincias e impulsar la guerra. Los girondinos se negaban generalmente a desempeñar esa función y ninguno de ellos fue a los ejércitos y, quizá con la idea de obrar con más libertad en la Convención, designaban a voluntarios montañeses para esas misiones tan difíciles.

No fueron ciertamente aquellas medidas de reorganización del gobierno lo que impidió que la traición de Dumouriez causara los efectos desastrosos que hubiese producido si el ejército hubiera seguido a su general. Para la nación francesa la Revolución poseía un encanto y un vigor que no dependían de la voluntad de un general. Al contrario, la traición tuvo por efecto dar a la guerra un nuevo carácter de guerra popular y democrática. Pero todo el mundo comprendió que Dumouriez no hubiera intentado jamás él solo lo que había hecho. En París debía tener un gran apoyo. Allí estaba la traición. **La Convención traidora**, decía, en efecto, el mensaje del Club de los Jacobinos firmado por Marat, que presidía aquella noche.

Desde entonces la caída de los girondinos y el alejamiento de sus jefes de la Convención fueron inevitables. La traición de Dumouriez produjo forzosamente la insurrección que estalló el 31 de mayo.

CAPÍTULO XLV

UN NUEVO LEVANTAMIENTO SE VUELVE INEVITABLE

El 31 de mayo es una de las grandes fechas de la Revolución, tan significativa como el 14 de julio y el 5 de octubre de 1789, el 21 de junio de 1791 y el 10 de agosto de 1792,

pero quizá la más trágica de todas. Aquel día hizo el pueblo de París su tercer levantamiento, su último y supremo esfuerzo para imprimir a la Revolución un carácter verdaderamente popular. Para llegar a esto, tuvo que dirigirse, no contra el rey ni la Corte, sino contra la Convención Nacional, con el fin de eliminar a los principales representantes del Partido Girondino.

El 21 de junio de 1791, día de la detención del rey en Varennes, cierra una época; la caída de los girondinos, el 31 de mayo de 1793, cierra otra y se convierte al mismo tiempo en la imagen de todas las revoluciones futuras. En lo sucesivo no podrá haber ninguna revolución seria si no realiza su 31 de mayo. O la revolución tendrá su jornada en la que los proletarios se separaren de los revolucionarios burgueses, para dirigirse a donde estos no puedan seguirlos sin dejar de ser burgueses; o no se hará tal separación, y entonces no será una revolución.

Trasciende hasta nuestros días lo trágico de la situación de los republicanos en aquella fecha. No se trataba ya de un rey perjuro y traidor, sino de antiguos compañeros de lucha a quienes fue preciso declarar la guerra, porque de otro modo la reacción hubiera comenzado en junio de 1793, cuando la obra principal de la Revolución —la destrucción del régimen feudal y de los principios monárquicos y de derecho divino— apenas había empezado. O había que proscribir a los republicanos girondinos, que hasta entonces habían llevado valerosamente el asalto al despotismo, pero que en ese momento decían al pueblo: “¡No irás más lejos!”, o se debía sublevar al pueblo para eliminarlos, pasar sobre sus cuerpos e intentar la conclusión de la obra comenzada.

Esa situación trágica se manifiesta perfectamente en el folleto de Brissot, *À ses commettants*, fechado el 26 de mayo, del que ya hemos hablado.

No se pueden leer esas páginas sin sentir que se trata una cuestión de vida o muerte. Brissot se juega la cabeza lanzando aquel folleto en el que se encarniza pidiendo la guillotina para los que denomina anarquistas. Tras la publicación de aquel escrito, sólo quedan dos alternativas: o los "anarquistas" se dejaban guillotinar por los girondinos, lo que abriría la puerta a los realistas, o los girondinos tendrían que ser expulsados de la Convención, y entonces serían ellos los que perezcan.

Es evidente que los montañeses no se decidieron fácilmente en recurrir al motín para obligar a la Convención a expulsar a los principales líderes de la derecha. Durante más de seis meses venían intentando lograr un acuerdo cualquiera. Danton especialmente se dedicaba a negociar un compromiso; Robespierre se dedicaba por su parte a paralizar "parlamentariamente" a los girondinos sin recurrir a la fuerza. El propio Marat dominaba su cólera para evitar la guerra civil. De esa manera se logró retardar la separación; pero ¡a qué precio! La Revolución estaba paralizada; nada se hacía para consolidar lo que ya se había adquirido; se vivía al día.

El antiguo régimen conservaba toda su fuerza en las provincias; las clases privilegiadas acechaban el momento de recuperar las fortunas y las posiciones perdidas, de restablecer la monarquía y los derechos feudales que la ley no había anulado todavía. Al primer fracaso en la guerra volvería victorioso el antiguo régimen. En el Mediodía, el

Sudoeste y el Oeste, la masa continuaba perteneciendo a los curas, al Papa, y por ellos a la monarquía. Es cierto que una gran parte de las tierras, quitadas al clero y a los ex nobles, ya había pasado a poder de la burguesía, grande y pequeña, y también a los campesinos. Las rentas feudales no eran rescatadas ni pagadas, pero todo se hallaba en estado provisorio. Y si el día de mañana el pueblo, extenuado por el hambre y la miseria, cansado de la guerra, se encerraba en sus miserables viviendas y dejaba hacer ¿no volvería triunfante el antiguo régimen al cabo de poco tiempo?

A partir de la traición de Dumouriez, la situación de la Convención se volvió insostenible. Sintiendo cuán afectada estaba por la traición de su general favorito, la Gironda redobló su encarnizamiento contra los montañeses. Acusada de connivencia con el traidor, sólo supo defenderse pidiendo el proceso de Marat, a causa del manifiesto jacobino del 3 de abril, cuando se conoció la traición de Dumouriez, y que tenía la firma de Marat como presidente.

Aprovechándose de que gran número de miembros de la Convención se hallaban en misión en los ejércitos y los departamentos, y que la mayor parte eran montañeses, los girondinos pidieron a la Convención que decretara la acusación de Marat, lo que se hizo el 12 de abril; y después que se lo enviara al tribunal revolucionario por haber promovido el asesinato y el saqueo. El decreto de prisión fue acordado el día 13 por 220 votos contra 92, sobre 367 votantes, con 7 votos por el aplazamiento y 48 abstenciones.

Sin embargo, fracasó el golpe. El pueblo de los suburbios quería demasiado a Marat para dejar que lo condenaran. Los pobres sentían que Marat era pueblo y que jamás los traicionaría.

Hoy, cuanto más se estudia la Revolución, más se conoce lo que Marat hizo y dijo, y más se descubre cuán innmerceda es la fama de siniestro exterminador que le han dado los historiadores, admiradores de los burgueses girondinos. Casi siempre, desde las primeras semanas de la convocatoria de los Estados Generales, y sobre todo en los momentos de crisis, Marat supo ver mejor y más justamente que otros, incluso que Danton y que Robespierre, los otros dos grandes directores de la opinión revolucionaria.

Desde el día en que Marat se lanzó a la Revolución, se entregó a ella por completo. Vivía en la pobreza y estaba continuamente obligado a ocultarse mientras los otros alcanzaban el poder. Hasta su muerte, a pesar de la fiebre que lo consumía, no cambió su género de vida; su puerta estaba siempre abierta para los hombres del pueblo. Pensaba que la dictadura ayudaría a la Revolución a atravesar sus crisis; pero jamás buscó la dictadura para sí mismo.

Por sanguinario que fuera su lenguaje respecto de los personajes de la Corte —sobre todo al principio de la Revolución, cuando decía que si no se cortaban algunas miles de cabezas no se haría nada y la Corte aniquilaría a los revolucionarios—, tuvo siempre contemplaciones con los que se habían dedicado a la Revolución, aun cuando a su vez se convertían en obstáculo para el desarrollo del movimiento. Desde los primeros días comprendió que la Convención, con un fuerte Partido Girondino en su seno, no podía avanzar; pero inicialmente intentó evitar la depuración violenta, y sólo se hizo partidario de ella y su organizador cuando vio que era preciso optar entre la Gironda y la Revolución. Si hubiera vivido, es probable que el Terror no hubiese to-

mado el carácter feroz que le imprimieron los hombres del Comité de Seguridad General. No se lo habría utilizado para golpear por un lado al partido avanzado, al de los hebertistas, y por otro al de los conciliadores, como Danton²²¹.

Así como el pueblo amaba a Marat, los burgueses de la Convención lo detestaban. Los girondinos, que querían debilitar a la Montaña, decidieron comenzar por él, pensando que sería menos defendido que los otros.

En cuanto en París se tuvo noticia del decreto de prisión contra Marat, la agitación fue inmensa. La insurrección hubiera estallado el 14 de abril si los montañeses, incluso Robespierre y el mismo Marat, no hubieran predicado la calma. Marat, que no se dejó arrestar en seguida, compareció el día 24 ante el tribunal y fue absuelto por los jurados. Luego, sobre los hombros de los *sans-culottes*, fue llevado en triunfo a la Convención.

Los girondinos fallaron el golpe, y aquel día comprendieron que ya no podrían recuperarse. Fue para ellos “un día de duelo”, como dijo uno de sus diarios. Brissot escribió su último panfleto *À ses commettants*, en el que hizo todo lo posible por despertar las pasiones de la burguesía acomodada y comerciante contra “los anarquistas”.

En estas condiciones, la Convención, cuyas sesiones eran choques furiosos entre los dos partidos, perdió la consideración del pueblo, en tanto que la Comuna de París adquiriría naturalmente el ascendiente por su iniciativa en las medidas revolucionesarias.

En las grandes ciudades, a medida que avanzaba el invierno de 1793, el hambre tomó aspectos cada vez más lúgubres. Los municipios tropezaban con dificultades inmensas

para obtener pan, aunque no fuese más que una libra, un cuarto de libra o cuatro onzas diarias por habitante, para lograrlo, especialmente el de París, contraían deudas enormes.

En tal situación, la Comuna de París dispuso sobre los ricos un impuesto progresivo para los gastos de la guerra, por mil doscientos millones de libras. Para la exención del impuesto se consideraba como “lo necesario” una renta de mil quinientas libras para cada jefe de familia, y de mil libras por cada miembro más de la familia. Todo lo que superara esa renta era tratado como “superfluo” y pagaba un impuesto progresivo de treinta libras sobre un excedente de dos mil a tres mil libras y así sucesivamente, hasta llegar a veinte mil libras cuando el excedente era de cincuenta mil.

Para la guerra que Francia sostenía, en medio de una revolución y de una hambruna, esto era algo muy modesto. Sólo eran las grandes fortunas las que se resentían, mientras que una familia de seis personas que alcanzaba las diez mil libras de renta, pagaba menos de cien libras de aquel impuesto extraordinario. No obstante los ricos lanzaron sus gritos de protesta, mientras que Chaumette, el promotor de aquel impuesto, a quien los girondinos odiaban más después de Marat, decía con plena convicción: “Nada me hará cambiar de principios —y, aún con el cuchillo en la garganta, gritaría— **El pobre lo ha hecho todo; que el rico haga algo a su vez.** Yo gritaría que pese a ellos mismos hay que convertir a los egoístas, a los jóvenes que no hacen nada, en personas útiles y hay que procurar descanso al obrero útil y respetable”.

La Gironda redobló su odio a la Comuna que lanzó la idea de ese impuesto; pero se puede imaginar la explosión

de odios que estalló entre la burguesía cuando Cambón propuso a la Convención un empréstito forzoso de mil millones, que el 20 de mayo hizo votar con el apoyo de las tribunas. Este empréstito fue exigido en toda la nación a los ricos, estaba fundado en principios análogos a los del impuesto de la Comuna y era reembolsable con la venta de bienes de los emigrados a medida en que estos fueran liquidándose. En las difíciles circunstancias que atravesaba la República no había otra salida posible que un impuesto de ese género. Pero los defensores de la propiedad estuvieron a punto de acometer a los montañeses en la Convención cuando estos sostuvieron ese proyecto y casi llegaron a las manos.

Si se necesitaran más pruebas todavía de la imposibilidad de continuar y salvar la Revolución mientras los girondinos permanecieran en la Convención y los dos partidos se paralizasen mutuamente, esos debates sobre el empréstito constituirían la demostración más evidente.

Pero lo que sobre todo exasperaba al pueblo de París era que, para detener la Revolución, de la que París había sido hasta entonces el foco más ardiente, los girondinos hacían cuanto podían para levantar los departamentos contra la capital, sin reparar, ante el deseo de lograr su objetivo, en ponerse de acuerdo con los realistas. Mejor la monarquía que dar un solo paso hacia la República social; mejor anegar París en sangre y arrasarlo la ciudad maldita, que dejar al pueblo de París y a su Comuna la iniciativa de un movimiento que amenazaba las propiedades burguesas. Como se ve, Thiers y la Asamblea de Burdeos tuvieron sus antecesores en 1793.

El 19 de mayo, los girondinos, a proposición de Barère, hicieron decretar la formación de la Comisión de los

Doce, para examinar los acuerdos tomados por la Comuna, y esa Comisión, nombrada el 21, fue el principal engranaje del gobierno. Dos días después, el 23, hizo prender a Hébert, el suplente del procurador de la Comuna, amado por el pueblo por el franco republicanismo de su periódico, el *Père Duchesne*, y a Varlet, el favorito de los pobres de París, un “anarquista” diríamos hoy, para quien la Convención era una “tienda de leyes”, y que predicaba en las calles la revolución social. Pero no pararon ahí los arrestos, porque la Comisión de los Doce se proponía también perseguir a las secciones. Exigió que se le entregaran los registros de las secciones, y mandó prender al presidente y al secretario de la sección de la Cité, que se habían negado a entregarlos.

Por su parte, el girondino Isnard, que presidía la Convención durante aquellas jornadas —un autoritario que ya presagiaba a Thiers—, contribuyó a la agitación con sus amenazas. Amenazó a los parisinos diciendo que, si se atentaba contra la representación nacional, París sería aniquilado. “Pronto se investigará en las orillas del Sena si es que París ha existido”. Tan estúpidas amenazas, tan semejantes a las de la corte en 1791, colmaron el furor popular, y el día 26 se combatía en casi todas las secciones. La insurrección era inevitable, y Robespierre, que la había desaconsejado, dijo en los Jacobinos en la noche del 26, que, en caso necesario, él, por sí solo, estaba dispuesto a declararse en rebelión contra los conspiradores y traidores que tenían asiento en la Convención.

Ya el 14 de abril, 35 secciones sobre 38, pidieron a la Convención que excluyera de su seno a veintidós representantes girondinos, cuyos nombres indicaban. Después,

en la fecha antes mencionada, las secciones se sublevaron para obligar a la Convención a obedecer el voto de la población parisina.

CAPÍTULO XLVI

LEVANTAMIENTOS DEL 31 DE MAYO Y 2 DE JUNIO

Una vez más, como en el 10 de agosto, el pueblo en sus secciones preparó por sí mismo la insurrección. Danton, Robespierre y Marat celebraban frecuentes consultas en aquellos días, pero ellos dudaban y la acción vino nuevamente de los “desconocidos” que constituyeron un club insurreccional en el Obispado, y allí nombraron, con ese objetivo, una Comisión “de los Seis”.

Las secciones tomaron parte activa en los preparativos. Ya en marzo, la sección de las Quatre Nations se declaró en insurrección y autorizó a su comité de vigilancia a emitir órdenes de arresto contra los ciudadanos sospechosos por sus opiniones contrarrevolucionarias; y otras secciones (Mauconseil, Poissonnière) pidieron abiertamente la prisión de los diputados “brissotinos”. El mes siguiente, en los días 8 y 9 de abril, después de la traición de Dumouriez, las secciones de Bonconseil y de la Halle-aux-Blés exigieron el proceso de los cómplices del general, y el día 15, treinta y cinco secciones emitían una lista de los veintidós miembros de la Gironda cuya expulsión de la Convención exigían.

También las secciones trataron de federarse para la acción, por fuera del Consejo de la Comuna, y el 2 de abril, la sección de Gravilliers, siempre en la vanguardia, tomó la

iniciativa de la creación de un “Comité Central”. Ese Comité actuó de manera intermitente, pero se reconstituyó al aproximarse el peligro (el 5 de mayo), y el 29 tomó a su cargo la dirección del movimiento. La influencia del Club de los Jacobinos fue mediocre; ellos mismos admitían que el centro de acción estaba en las secciones (ver por ejemplo a Aulard, *Jacobins*, t. V, p. 209).

El 26 de mayo las multitudes asediaron a la Convención; pronto la invadieron en parte, y el pueblo entrando en la sala, apoyado por las tribunas, pidió la supresión de la Comisión de los Doce. La Convención se resistía, pero al fin, a medianoche, rendida por el cansancio, cedió, y la Comisión fue anulada.

Esa concesión, no obstante, fue momentánea, porque al día siguiente, el 27, aprovechando la ausencia de gran número de montañeses enviados en misión, los girondinos, apoyados por la Llanura, restablecieron la Comisión de los Doce, y así fracasó la insurrección.

La falta de acuerdo entre los revolucionarios había paralizado el movimiento. Una parte de las secciones, inspirada por los *enragés*, quería la adopción de medidas que aterrorizaran a los contrarrevolucionarios. Ellos, después de haber sublevado al pueblo querían matar a los principales girondinos. Se hablaba también de degollar a los aristócratas de París.

Pero ese plan encontró una fuerte oposición. La representación nacional era una guarda confiada al pueblo de París ¿Cómo se podía faltar a la confianza de Francia? Danton, Robespierre y Marat se opusieron resueltamente. El Consejo de la Comuna, el alcalde Pache y el Consejo de

departamento también lo rechazaron; las sociedades populares tampoco le dieron su apoyo.

Además había otra cosa a tener en cuenta. Era preciso contar con la burguesía, ya en aquella época numerosa en París, y los batallones de guardias nacionales hubieran aplastado a la insurrección si se trataba de la defensa de las propiedades. Era necesario garantizar que no se tocarían. Fue por esto que Hassenfratz, en los jacobinos, aunque manifestaba no tener nada en principio contra el pillaje a los canallas — así calificaba a los ricos — trató de impedir que la insurrección fuera acompañada por los saqueos, “hay sesenta mil hombres domiciliados — decía —, armados y en estado de rechazar a los ladrones. Es evidente que hay una **imposibilidad absoluta** de atentar contra las propiedades” e invitó a todos los miembros de esa sociedad “a tomar el compromiso de morir antes de permitir el ataque a las propiedades”.

El mismo juramento se prestó en la noche del 31 en la Comuna, e inclusive hasta en el Obispado por los *enragés*. Lo mismo se hizo en las secciones.

Una nueva clase de propietarios burgueses se constituía, en efecto, en aquella época — esa clase cuyo número aumentó tanto en el curso del siglo XIX —, y los revolucionarios se vieron obligados a contemporizar con ella para no tenerla en su contra.

En la víspera de una insurrección nunca se sabe si la masa popular se levantará o no. Esta vez se temía que los elementos extremos llegasen a matar a los girondinos en la Convención y que París quedara comprometido ante los departamentos. Se pasaron tres días en negociaciones, hasta que se convino que la insurrección sería dirigida por el

conjunto de los elementos revolucionarios: el Consejo de la Comuna, el Consejo del Departamento y el Consejo General Revolucionario del Obispado; que no se cometería violencia alguna sobre las personas, y que se respetarían las propiedades. Todo se limitaría a una **insurrección moral**, a una presión sobre la Convención, a la que se obligaría a entregar los diputados culpables al tribunal revolucionario.

Tal fue la consigna que Marat, al salir de la Convención, desarrolló la noche del 30 en el Obispado y después en la Comuna. A medianoche, se dice que él mismo, desafiando a la ley que castigaba con pena de muerte a quien tocara a rebato, inició el movimiento desde la torre del *Hôtel de Ville*.

Comenzada la insurrección, unos delegados del Obispado, como se hizo el 10 de agosto, destituyeron al alcalde y al Consejo de la Comuna; pero en vez de secuestrar al alcalde y nombrar otro Consejo, después de haberles hecho prestar juramento de unirse a la insurrección, reinstalaron a uno y al otro. Lo mismo hicieron con el Consejo del departamento, y aquella misma noche los revolucionarios del Obispado, del Departamento y de la Comuna se unieron en un "Consejo General Revolucionario", que tomó la dirección del movimiento.

Este Consejo nombró al comandante de uno de los batallones (el de la sección de los *sans-culottes*), Hanriot, Comandante General de la Guardia Nacional. Se tocaba a rebato, el redoble del tambor resonaba en París.

Lo sorprendente de aquella insurrección era, no obstante, su indecisión. Aun después de que el cañón de alarma, situado en el Pont-Neuf, inició sus disparos a la una de la tarde, los miembros armados de las secciones se hallaban

en las calles, al parecer sin ningún plan fijo. Dos batallones fieles a los girondinos acudieron primero y se situaron frente a las Tullerías. Hanriot, con los cuarenta y ocho cañones de las secciones, cercaba la Asamblea.

Transcurrían las horas y no pasaba nada. Todo París estaba en pie, pero la masa del pueblo no ejercía presión sobre la Convención. El girondino Vergniaud, viendo que la insurrección no se desarrollaba, y probablemente esperando debilitar la hostilidad contra la Gironda, hizo votar que las secciones habían merecido el bien de la Patria. La jornada parecía perdida, cuando nuevas masas populares llegaron por la noche e invadieron la sala de la Convención. Entonces los montañeses se sintieron fortalecidos, y Robespierre pidió, no sólo la supresión de la Comisión de los Doce y el proceso de sus miembros, sino también el proceso de los principales jefes girondinos, los llamados veintidós, que no formaban parte de los Doce.

Sin embargo, aquella proposición no fue discutida. Todo lo que la Convención se atrevió a hacer fue anular nuevamente la Comisión de los Doce, y hacer que sus papeles se entregaran al Comité de Salvación Pública para que después de examinarlos diera un dictamen en el plazo de tres días. Además la Convención aprobó un decreto de la Comuna disponiendo que a los obreros que quedaran sobre las armas hasta el restablecimiento de la tranquilidad pública, se les pagaran cuarenta *sous* diarios; para cuyo pago la Comuna decretó un impuesto sobre los ricos para pagar de inmediato los tres días de insurrección. Se acordó también que las tribunas de la Convención se abrirían al pueblo sin la presentación de pases previos.

Todo eso era muy poco. La Gironda persistía y continuaba teniendo mayoría; la insurrección había fracasado. Pero entonces el pueblo de París, comprendiendo que no se había hecho nada, preparó un nuevo movimiento para el día 2 de junio.

El Comité revolucionario, formado en el seno del Consejo General de la Comuna, emitió una orden de prisión contra Roland y su mujer (hallándose él ausente, sólo ella fue apresada), y pidió resueltamente a la Convención la prisión de veintisiete de sus miembros pertenecientes al Partido Girondino. Por la noche se tocó otra vez a rebato, y el cañón de alarma repitió sus cañonazos.

Aquel día todo París se alzó para, en esta ocasión, acabar de una vez. Más de cien mil hombres armados se agolparon alrededor de la Convención; disponían de 163 piezas de artillería y pedían que los girondinos dimitiesen, o que al menos veintidós de ellos — luego se elevó ese número a veintisiete — fuesen expulsados por la Convención.

Las horribles noticias llegadas de Lyon reforzaron la insurrección popular. Se supo que el 29 de mayo se había levantado el pueblo hambriento de Lyon; pero que los contrarrevolucionarios, los realistas, apoyados por los girondinos, habían dominado el movimiento haciendo degollar a ¡ochocientos patriotas!

La noticia era desgraciadamente cierta, y la participación de los girondinos en la contrarrevolución de Lyon era demasiado evidente. El furor popular fue terrible y produjo la caída definitiva de la Gironda. El pueblo que sitiaba la Convención declaró que no dejaría salir a nadie hasta que se declarara la exclusión de los principales girondinos.

La Convención — al menos la derecha, la Llanura y una parte de la Montaña —, declarando que sus deliberaciones no eran libres, intentó salir, esperando imponerse al pueblo y abrirse paso a través de la multitud; pero Hanriot, desenvainando el sable, dio su famosa orden *¡Cañoneros a sus piezas!*

Después de tres días de resistencia, la Convención cedió, votando la exclusión de treinta y uno de sus miembros girondinos. A propósito de esto una diputación del pueblo entregó a la Convención la siguiente carta:

“El pueblo entero del departamento de París nos ha enviado a ustedes, ciudadanos legisladores, para decirles que el decreto que acaban de dictar es la salvación de la República; venimos a ofrecernos como rehenes en igual número al de aquellos cuya prisión ha ordenado la Asamblea para responder por su seguridad ante sus departamentos”.

El 3 de junio Marat pronunció en los Jacobinos una alocución en la que resumía el sentido del movimiento que acababa de realizarse y proclamaba el derecho al bienestar para todos.

“Hemos dado un gran impulso”, decía, refiriéndose a la exclusión de los treinta y un diputados girondinos. “A la Convención corresponde asegurar las bases del bienestar público. Nada más fácil hay que hacer una profesión de fe: **queremos que todos los ciudadanos calificados como *sans-culottes* gocen del bienestar y de la felicidad.** Queremos que esa clase útil sea ayudada por los ricos en proporción a sus facultades. No queremos violar las propiedades. **¿Pero qué propiedad es más sagrada que la de la existencia? Queremos que se respete esta propiedad...**

Queremos que todos los hombres que no tienen 100,000 libras de propiedad estén interesados en conser-

var nuestra obra. Dejaremos gritar a los que tienen más de 100,000 libras de renta [evidentemente, **de propiedad**]... Diremos a esos hombres: acepten que somos los más, y si no contribuyen a hacer girar la rueda junto con nosotros, los echaremos de la República, los despojaremos de sus propiedades y nos las repartiremos entre los *sans-culottes*".

Y añadía esta otra idea que no iba a tardar en ser ejecutada:

"Jacobinos, tengo una verdad que comunicarles: no conocen a sus más mortales enemigos; **son los curas constitucionales**. Ellos son los que más gritan entre los campesinos contra los anarquistas, y contra los desorganizadores, contra el dantonismo, el robespierrismo y el jacobinismo... ¡No acaricien más los errores populares! ¡Corten las raíces de la superstición! ¡Digan resueltamente que los curas son sus enemigos!"²²²

En aquellos momentos París no quería la muerte de los diputados girondinos; a lo más, quería que cedieran el puesto a los convencionales revolucionarios para que estos pudieran continuar la Revolución. Los diputados detenidos no fueron enviados a la Abadía; quedaron arrestados en sus casas; continuaron cobrando los dieciocho francos señalados a cada miembro de la Convención, y pudieron circular por París acompañados por un gendarme, con el cargo de alimentarlo.

Si aquellos diputados, obedeciendo a los principios de civismo antiguo de los que hacían tanto alarde, se hubieran retirado a la vida privada, es seguro que se los hubiera dejado tranquilos. Pero, en lugar de eso, se apresuraron a regresar a los departamentos para sublevarlos, y viendo

que si querían levantarlos contra París, estaban forzados a ponerse de acuerdo con los curas y con los realistas en contra de la Revolución, prefirieron aliarse con los traidores realistas a abandonar la partida.

Entonces, y solamente entonces, en julio de 1793, la Convención depurada puso fuera de la ley a aquellos insurgentes.

CAPÍTULO XLVII

LA REVOLUCIÓN POPULAR. EL EMPRÉSTITO FORZOSO

Para desvanecer toda duda respecto a la necesidad en que se hallaba la Revolución de alejar de la Convención a los principales hombres del partido de la Gironda, basta examinar ligeramente la obra legislativa que emprendió la Convención en cuanto se anuló la oposición de la derecha.

El empréstito forzoso sobre los ricos para subvenir a los enormes gastos de la guerra, la fijación del precio máximo de los alimentos, la devolución a las comunas de las tierras que los señores usurpaban desde 1669, la abolición definitiva y sin indemnización de los derechos feudales, las leyes sobre las sucesiones, encaminadas a diseminar las fortunas e igualarlas, la Constitución democrática de 1793; todas esas medidas se siguieron rápidamente una tras otra cuando se debilitó la derecha por la expulsión de los jefes girondinos.

Aquel período, que duró desde el 31 de mayo de 1793 al 27 de julio de 1794 (9 termidor del año II de la República), es el más importante de toda la Revolución. Los grandes cambios en las relaciones entre los ciudadanos, cuyo

programa bosquejó la Asamblea Constituyente en la noche del 4 de agosto de 1789, eran finalmente realizados, luego de cuatro años de resistencia, por la Convención depurada bajo la presión de la revolución popular. Y fue el pueblo, fueron los "*sans-culottes*", como se decía entonces, quienes, después de haber proporcionado los medios para hacerlo con la insurrección del 31 de mayo, no solamente obligaron a la Convención a legislar en ese sentido, sino que eran también quienes ejecutaban inmediatamente esas medidas, recurriendo a las sociedades populares, a las cuales se dirigían los convencionales en misión para crear sobre el terreno la fuerza ejecutiva.

El hambre mantenía su reinado durante este período, y la guerra que la República sostenía contra la coalición del rey de Prusia, del emperador de Alemania, de los reyes de Cerdeña y de España, impulsados y sobornados por Inglaterra, tomaba proporciones terribles. Las necesidades de aquella guerra eran inmensas y no se puede tener una idea de ellas sin los detalles que se encuentran en los documentos de la época y que demuestran la penuria y la ruina a que Francia se vio reducida por la invasión. En aquellas circunstancias verdaderamente trágicas todo faltaba: pan, calzado, animales de tiro, hierro, plomo, salitre, y nada podía entrar ni por tierra, a través de los cuatrocientos mil hombres lanzados contra Francia por los aliados, ni por mar, a través del círculo de buques ingleses que establecían el bloqueo. En tales circunstancias se movían los *sans-culottes* para salvar la Revolución que parecía a punto de zozobrar.

Al mismo tiempo, todo lo que dependía aún del antiguo régimen, todo lo que antes ocupaba posiciones privi-

legiadas, y todo lo que esperaba, ya fuera volver a aquellas posiciones, ya crearse nuevas posiciones bajo el régimen monárquico en cuanto fuera restablecido: clero, nobles, burgueses enriquecidos por la Revolución, todos conspiraban contra ella. Los que permanecían fieles debían moverse en un círculo de bayonetas y cañones, que se estrechaba a su alrededor y en medio de la conspiración interior que trataba de herirlos por la espalda.

Al verse en tal situación, los *sans-culottes* se apresuraron a proceder de tal modo que, cuando la reacción lograra sobreponerse, encontrara una Francia nueva, regenerada: el campesino en posesión de la tierra, el trabajador de la ciudad habituado a la igualdad y a la democracia, la aristocracia y el clero despojados de sus fortunas, su verdadera fuerza, y esas fortunas distribuidas en miles de manos diferentes, fraccionadas, enteramente cambiadas de aspecto, irreconocibles, imposibles de restituir.

La verdadera historia de esos trece meses —junio de 1793 a julio de 1794— no se ha escrito aún. Los documentos que servirán un día para escribirla están en los archivos provinciales, en los informes y cartas de los convencionales en misión, en las minutas de los municipios, de las sociedades populares, etc., que no han sido todavía examinados con el cuidado con que se ha estudiado lo concerniente a la legislación de la Revolución; y conviene apurarse, porque van desapareciendo rápidamente. Esto exigiría indudablemente el trabajo de una vida; pero sin ese trabajo la historia de la Revolución quedaría incompleta²²³.

De lo referido a ese período los historiadores han estudiado la guerra y el terror, y eso no es lo esencial. Lo esen-

cial es la obra inmensa de dispersión de las propiedades territoriales, la obra de democratización y de descristianización de Francia realizada en aquellos trece meses. Relatar ese trabajo inmenso, con las pasiones que suscitó, con todas las luchas a que dio lugar en cada ciudad, en cada aldea, será obra de algún futuro historiador. Todo lo que puede hacerse hoy es exponer algunos de sus rasgos principales.

La primera medida verdaderamente revolucionaria, adoptada después del 31 de mayo, fue el **empréstito forzoso** aplicado a los ricos para atender a los gastos de la guerra.

La situación de la Tesorería, ya lo hemos visto, era deplorable: la guerra devoraba formidables cantidades de dinero; los asignados, lanzados en excesivas cantidades, se depreciaban, y no podían imponerse nuevos impuestos a los pobres; ¿qué quedaba por hacer sino gravar a los ricos? y la idea de un empréstito forzoso de mil millones impuesto a los ricos, idea ya apuntada bajo el Ministerio de Necker, al comienzo de la Revolución, germinaba en la nación.

Cuando se lee hoy lo que los contemporáneos, reaccionarios o revolucionarios, decían del Estado de Francia, no se puede dejar de pensar que todo republicano, cualesquiera que fueran sus ideas sobre la propiedad, debería haber aceptado la idea del empréstito forzoso: no había otra solución posible. Cuando se planteó la cuestión el 20 de mayo, el impuesto fue recomendado por el moderado Cambon; pero los girondinos cayeron sobre los promotores del empréstito con una violencia inaudita, provocando en la Convención una escena detestable.

En consecuencia, todo lo que aquel día pudo hacerse fue aceptar la idea en principio. En cuanto al modo de eje-

cutarla, habría de discutirse después, o nunca, si los girondinos lograban enviar los montañeses a la “roca Tarpeya”.

Y bien, en la misma noche que siguió a la expulsión de los girondinos, la Comuna de París acordaba que el decreto fijando el *máximum* del precio de los artículos de consumo se pusiera en ejecución sin retardo; que se procediera inmediatamente al armamento de los ciudadanos, que fuera cobrado el impuesto forzoso y que el ejército revolucionario se organizara incluyendo a todos los ciudadanos válidos, pero excluyendo de los puestos de mando a los *ci-devant*, es decir, a los ex nobles, a los “aristócratas”.

La Convención no se demoró en proceder en ese mismo sentido, y el 22 de junio de 1793 discutió el informe de Réal, que planteaba los siguientes principios del empréstito forzoso: los ingresos **necesarios** (tres mil libras para un padre de familia, y mil quinientas libras para un soltero) quedarían libres del empréstito. Los ingresos **abundantes** lo soportarían de una manera progresiva, hasta el *máximum*, que era de diez mil libras para los solteros y de veinte mil libras para los padres de familia. Si los ingresos fueran superiores a ese *máximum*, se considerarían como superfluos, y serían reclamados por completo para el empréstito. Estos principios fueron adoptados aunque la Convención, en su decreto del mismo día, fijó lo necesario en seis mil libras para los solteros y en diez mil para los padres de familia²²⁴.

En agosto se advirtió que con esas cifras el empréstito produciría menos de doscientos millones (Stourm, p. 372, nota), y el 3 de septiembre la Convención volvió sobre su decreto del 22 de junio, fijando lo **necesario** en mil libras para los solteros y en mil quinientas para los casados

y mil libras más para cada uno de los miembros de su familia. Los ingresos **abundantes** se tasaron con un impuesto progresivo que subía de 10 al 50 por 100 del ingreso. Y en cuanto a los ingresos superiores a nueve mil libras se fijaba de modo que no quedaran más de cuatro mil quinientas libras sobre el **necesario** mencionado, cualquiera que fuera la renta del rico. Esto se aplicaba, no a un **impuesto permanente**, sino a un **empréstito forzoso**, que se hacía por una vez y en circunstancias extraordinarias.

He ahí lo notable y la prueba patente de la impotencia de los parlamentos. Seguramente no existió jamás un gobierno que inspirase más terror que la Convención en el año II de la República y, sin embargo, la ley concerniente al empréstito forzoso no fue obedecida. Los ricos no pagaron. El empréstito fue costosísimo, pero ¿cómo imponerlo sobre los ricos que no querían pagar? Hubiera sido necesario recurrir al embargo, a la venta... pero eso exigía la existencia de todo un mecanismo, y ¡ya había tantos bienes nacionales puestos en venta! Materialmente el empréstito fue un fracaso; pero como la intención de los montañeses avanzados tendía a preparar a los espíritus a la idea de la **igualación de las fortunas**, con lo realizado, al dar un paso adelante, ya había logrado su objetivo.

Pasando el tiempo, aun después de la reacción termidoriana, el Directorio recurrió también por dos veces al mismo medio, en 1795 y en 1799: la idea de lo **superfluo** y de lo **necesario** había hecho su camino. Se sabe que el impuesto progresivo llegó a ser el programa de la democracia durante el siglo que siguió a la Revolución. Hasta ha llegado a aplicarse en varios Estados, pero en proporciones mucho más moderadas, tan moderadas que sólo le queda el nombre.

CAPÍTULO XLVIII

TIERRAS COMUNALES.

LO QUE HIZO CON ELLAS LA LEGISLATIVA

Dos grandes cuestiones, como ya hemos visto, dominaban sobre todas las otras en la Francia rural: la devolución a las comunas de las tierras comunales, y la abolición definitiva de los derechos feudales. Dos inmensas cuestiones que apasionaban a los dos terceras partes de Francia, y cuya solución había quedado en suspenso en el período en el que los girondinos, defensores de las propiedades, dominaban en la Convención.

Desde que comenzó la Revolución, o por mejor decir, desde 1788, cuando en la población rural penetró un rayo de esperanza, los campesinos esperaban y aun habían intentado volver a entrar en posesión de las tierras comunales, de las que los nobles, el clero y los grandes burgueses, aprovechando el edicto de 1669, se habían apoderado fraudulentamente. Donde pudieron hacerla, los campesinos recobraron aquellas tierras, a pesar de la terrible represión que solía seguir a aquellos actos de expropiación.

En otros tiempos la tierra, toda la tierra —los prados, los bosques, las tierras baldías y las tierras desbrozadas— era propiedad de las comunas aldeanas. Los señores feudales tenían derecho de justicia sobre los habitantes, y la mayor parte de ellos tenían también derecho a diversas prestaciones en trabajo y en especie sobre los habitantes (ordinariamente tres jornadas de trabajo y diversos pagos, o dones, en especie); en cambio, los señores debían mante-

ner bandas armadas para la defensa del territorio contra las invasiones y las incursiones, ya fuesen de otros señores, de extranjeros, o de bandidos de la región.

Pero poco a poco, con la ayuda del poder militar que poseían, del clero, que en parte estaba con ellos, y de legisladores versados en el derecho romano que ellos mantenían vigente, los señores se apropiaron de extensiones considerables de tierras como propiedad personal. Esta apropiación fue muy lenta; tardó siglos, toda la Edad Media, en completarse; pero al finalizar el siglo XVI era un hecho: poseían ya praderas y grandes espacios de tierras laborables.

Todo eso, sin embargo, no les bastaba.

A medida que aumentaba la población de la Europa occidental, y que la tierra adquiría mayor valor, los señores, elevados a pares del rey y protegidos por toda la autoridad real y la de la Iglesia, comenzaron a codiciar las tierras pertenecientes a las comunas aldeanas. Apoderarse de ellas, por mil medios y bajo mil pretextos, por la fuerza o por el fraude legal, fue lo más corriente durante los siglos XVI y XVII. Fue entonces, en 1669, que la ordenanza de Luis XIV, el "Rey Sol", proporcionó a los señores una nueva arma legal para apropiarse las tierras comunales.

Esa arma fue el *triage*, que permitía al señor apropiarse una tercera parte de las tierras pertenecientes a las comunas y que antes habían estado bajo su gobierno; por lo que los señores aprovecharon aquel edicto para apropiarse las mejores tierras, sobre todo de los prados, que las comunas rurales necesitaban para su ganado.

Más tarde, aún bajo Luis XIV y luego de Luis XV, los señores, los conventos, los obispos, etc., continuaron apro-

piándose las tierras comunales bajo mil pretextos. Se fundaba un monasterio en medio de un bosque virgen y entonces los campesinos cedían espontáneamente a los frailes grandes espacios de terreno. O bien el señor obtenía por casi nada el derecho de establecer una granja propia sobre tierras de la comuna, en medio de pasturas no cultivadas, y en lo sucesivo se consideraba como su propietario con pleno derecho. Además se fabricaban títulos falsos de propiedad. Hubo provincias en que se utilizó el **amojonamiento**; y en muchas de ellas, el señor que había rodeado con una cerca una parte de las tierras comunales, se declaraba su propietario y recibía de las autoridades reales o de los parlamentos el derecho de propiedad sobre aquel terreno cercado. La resistencia de las comunas a aquellas apropiaciones, si el señor tenía protectores en la corte, era tratada como rebelión; con el resultado de que el saqueo de las tierras comunales se hacía en grande y en pequeño sobre toda la extensión del reino²²⁵.

En cuanto los campesinos sintieron la aproximación de la Revolución, comenzaron a exigir que las apropiaciones hechas desde 1669, ya fuera por la ley del *triage*, o por cualquier otra forma, fueran declaradas ilegales; y que las tierras de las que se despojó a las comunas con esos pretextos, lo mismo que aquellas otras que las comunas se habían visto obligadas a ceder a particulares por mil medios fraudulentos, fuesen devueltas a las comunas despojadas. En varias comarcas los campesinos recuperaron esas tierras durante los movimientos revolucionarios de 1789 a 1792; pero la reacción podría sobrevenir y los *ci-devant* los despojarían de aquellas tierras. Era necesario, pues, generalizar

la recuperación, legalizarla, a lo que, no solamente las dos asambleas, la Constituyente y la Legislativa, sino también la Convención, dominada por los girondinos, se opusieron con todas sus fuerzas.

Conviene notar que la idea de **repartir** las tierras comunales entre los habitantes de la comuna, impulsada frecuentemente por los burgueses de las villas, no era aprobada en manera alguna por la gran masa de los campesinos franceses; como no ha sido tampoco aprobada por los campesinos rusos, búlgaros, serbios, árabes, kabilas, hindúes y otros, que viven hasta nuestros días bajo el régimen de la propiedad comunal. Es sabido, en efecto, que cada vez que en un país de propiedad comunal se elevan voces en demanda del reparto de las tierras pertenecientes a las comunas, siempre proceden de algunos **burgueses de aldea**, que se enriquecen con un pequeño comercio y esperan apropiarse las parcelas de los pobres después de los repartos de las tierras comunales. Por lo general la gran masa de los campesinos se opone al reparto.

El mismo hecho se produjo en Francia durante la Revolución. Al lado de la masa, hundida en una miseria espantosa y siempre creciente, estaba también, como ya hemos dicho, el **campesino burgués**, que se enriquecía de una manera o de otra, y cuyos reclamos llegaban siempre a oídos de la administración revolucionaria, burguesa por su origen, por sus gustos y con su manera especial de considerar las cosas.

Esos burgueses campesinos estaban perfectamente de acuerdo con la masa de los campesinos pobres al pedir la devolución de las tierras comunales de las que se apodera-

ron los señores a partir de 1669; pero estaban contra de esa masa al pedir el **reparto definitivo** de esas tierras.

En el transcurso de los siglos, en todas las comunas, tanto rurales como urbanas, se había establecido una distinción entre dos clases de habitantes: estaban las familias más o menos acomodadas, que eran, o se decían, descendientes de los primeros fundadores de la comuna. Estos se denominaban “los burgueses” [“les bourgeois”], *die Bürger* en Alsacia, “los ciudadanos”, o bien “las familias”. Y estaban los que se establecieron posteriormente en la comuna y que eran llamados “los habitantes”, “los paisanos” [“les manants”], o *die Ansässigen* en Alsacia y en Suiza.

Los primeros eran los únicos que tenían derecho a las tierras comunales arables, y también los únicos con derecho al pastoreo y a otros derechos comunales sobre los bosques, los terrenos baldíos, los montes, etcétera; en tanto que a los habitantes, a los paisanos, a los *Ansässigen*, se les negaba todo. Apenas si se les permitía llevar a pastar una cabra a los terrenos baldíos, recoger leña pequeña o juntar castañas.

Las cosas se envenenaron mucho más cuando la Asamblea Nacional estableció, no sólo para los derechos políticos, sino también para las elecciones del Consejo Comunal, de sus funcionarios, de los jueces, etc., la funesta distinción entre ciudadanos activos y ciudadanos pasivos. Por la ley municipal de diciembre de 1789, la Constituyente habiendo abolido la asamblea popular de la aldea, compuesta por todos los jefes de familia de la comuna (el **mir** ruso) —que hasta entonces (salvo las restricciones impuestas por Turgot) continuaba reuniéndose bajo un olmo o la sombra del campanario— estableció en su lugar la **municipalidad electiva**, pero elegible solamente por los ciudadanos activos.

Desde entonces, la usurpación de las tierras comunales por los campesinos enriquecidos y por los burgueses debe haber funcionado rápidamente. Era sencillo para los ciudadanos “activos” entenderse entre sí para adquirir las mejores tierras comunales, privando a los pobres de su uso, lo que quizá representaba su única garantía de existencia. Tal fue el caso de Bretaña (probablemente también en la Vendée), donde los campesinos, como se vio según las mismas leyes de 1793, gozaban de amplios derechos sobre inmensos espacios de tierras baldías, brezales, pasturas, etcétera, que los burgueses campesinos les negaron cuando fue abolida la antigua costumbre de la asamblea comunal por la ley de diciembre de 1789.

Bajo el impulso de las leyes de la Constituyente, la pequeña burguesía rural, al mismo tiempo que pedía la devolución a los municipios de las tierras apropiadas por la ley del *triage*, pedía también que se decretase el reparto de las tierras comunales, en la seguridad de que si la Asamblea decretaba el reparto, éste resultaría en beneficio de los campesinos acomodados, en tanto que los pobres, los pasivos, serían excluidos. Pero la Asamblea Constituyente y la Legislativa no hicieron nada hasta agosto de 1792. Se oponían a toda solución de las cuestiones de la propiedad territorial que fuera desfavorable para los señores, y no emprendieron nada²²⁶.

No obstante, después del 10 de agosto, en las vísperas de su disolución, la Legislativa se sintió obligada a hacer algo, y lo que hizo fue en beneficio de la burguesía rural.

El 14 de agosto de 1792, de acuerdo con una moción de François de Neufchâteau, la Asamblea Legislativa ordenó

lo que sigue²²⁷: “1º desde este año, inmediatamente después de recogidas las cosechas, todos los **terrenos y usos** comunales aparte de los bosques (es decir, hasta los **terrenos de pastoreo** poseídos por las comunas y sobre los cuales el derecho de pastura pertenecía por lo general **a todos los habitantes**), serán repartidos entre los **ciudadanos de cada comuna**; 2º esos ciudadanos gozarán con **total propiedad** de sus porciones respectivas; 3º los bienes comunales, conocidos con los nombres de *sursis*²²⁸ y **vacantes**, serán también divididos entre los habitantes; 4º para fijar la forma de reparto, el Comité de Agricultura presentará en el plazo de tres días un proyecto de decreto”. Por ese mismo decreto la Legislativa abolía la solidaridad en los pagos de tributos y de impuestos que los campesinos tuvieran que pagar²²⁹.

Aquel decreto fue un verdadero golpe decisivo²³⁰ contra la propiedad comunal.

Redactado de manera chapucera y con una vaguedad increíble, parece tan extravagante que durante algún tiempo creí que el texto de ese decreto, dado por Dalloz, era un resumen imperfecto, y busqué el texto completo; pero aquél era el texto exacto y completo de aquella ley extraordinaria que de una plumada abolía la propiedad comunal en Francia, privando de todo derecho a las tierras comunales a los llamados habitantes o *Ansässigen*.

Se comprende perfectamente el furor que este decreto debió provocar en Francia, en la parte pobre de las poblaciones rurales. Se interpretó como la orden de repartir las tierras entre los “ciudadanos”, con exclusión de los “habitantes”, de los pobres. Eso era la expropiación en beneficio de los burgueses de la aldea²³¹. Este solo decreto, con su

parágrafo 3º, habría bastado para soliviantar toda la Bretaña campesina²³².

Ya el 8 de septiembre de 1792 se leyó en la Legislatura un informe exponiendo que la ejecución de ese decreto encontraba tantas objeciones (o resistencias) en la población que hubiese sido imposible aplicarlo²³³, pero nada se hizo, y la Legislativa se disolvió sin abrogarlo. Sólo fue suprimido por la Convención en octubre.

En vista de las dificultades de aplicación, la Convención acordó (decreto del 11-13 de octubre de 1792) que “los comunales en cultivo continuaran hasta la época del reparto como en el pasado, según los usos de los lugares; **y los ciudadanos que hayan hecho dichos cultivos y siembras gozarán de las cosechas procedentes de sus trabajos**” (Dalloz, IX, 186).

Mientras los girondinos dominaron en la Convención no fue posible hacer nada más. Es muy probable que los campesinos —o al menos a los que el tenor de ese contra-decreto les fuera explicado— comprendiesen que el golpe que les había asestado la Legislativa el 25 de agosto con el reparto de las tierras, por esta vez había fracasado. Pero ¿quién podrá mensurar el mal que esta amenaza de expropiación de las comunas, que permanecía suspendida sobre ellos le hizo a la Revolución? ¿Quién podrá dar cuenta de los odios que se provocaron en las regiones agrícolas contra los **revolucionarios de la ciudad**?

Sin embargo, esto no fue todo. El 28 de agosto y el 24 de septiembre, en las vísperas de disolverse, la Legislativa emitió un decreto sobre las tierras comunales que, de haber sido mantenido, les hubiera dado toda la ventaja a los

señores. Es cierto que éste declaraba que las tierras baldías e incultas “son consideradas como pertenecientes a las comunas rurales y les serán adjudicadas por los tribunales”, pero si el señor se las hubiese apropiado cuarenta años antes y las hubiera poseído después, **quedarán para él**²³⁴. Esta ley, como lo demostró Fabre (del Hérault) en un informe a la Convención, era muy ventajosa para los señores porque “casi todos los anteriores señores podrían invocar la prescripción cuarentenaria e inutilizar así las disposiciones de este artículo favorables a las comunas”²³⁵, Fabre señalaba también la injusticia del artículo III de ese decreto, según el cual la comuna no podía volver a poseer sus tierras, si el señor vendía a un tercero sus derechos sobre las tierras de las que había despojado a las comunas. Además, Dalloz ha demostrado (páginas 168 y siguientes) cuán difícil les resultaba a las comunas presentar las pruebas **positivas, ciertas**, que exigían los tribunales para devolverles la posesión de sus tierras.

Tal cual era, la ley del 28 de agosto-14 de septiembre de 1792²³⁶ se inclinaba a favor de los acaparadores de los bienes comunales. La cuestión de las tierras comunales no pudo ser tratada en sentido favorable para la masa campesina hasta la Convención, y esto sólo luego de la insurrección del 31 de mayo-2 de junio y la exclusión de los girondinos.

CAPÍTULO XLIX

LAS TIERRAS SON DEVUELTAS A LAS COMUNAS

Mientras dominaron los girondinos, la cuestión de las tierras comunales permaneció estancada. La Convención no

hizo nada para atenuar el efecto funesto de los decretos de agosto de 1792, ni menos aún, para aceptar la propuesta de Mailhe concerniente a las tierras que los señores habían arrebatado a las comunas.

Pero, inmediatamente después del 2 de junio, la Convención retornó esta cuestión y ya el 11 de junio de 1793 votaba la gran ley sobre las tierras comunales, que hizo época en las aldeas de Francia y que representa una de las leyes más ricas en consecuencias de toda la legislación francesa. Por esta ley, debían ser devueltas todas las tierras arrebatadas a las comunas en los dos siglos anteriores en virtud de la ordenanza del *triage* de 1669, como así también todas las tierras baldías, incultas, de pastoreo, landas, arbustales, etc., de las que habían sido despojadas en cualquier forma por particulares, incluso para aquellas para las cuales la Legislativa había establecido la prescripción de cuarenta años de posesión²³⁷.

Sin embargo, votando esa medida necesaria y justa, que destruía los efectos de las expoliaciones cometidas bajo el antiguo régimen, la Convención daba, al mismo tiempo, un paso en falso respecto al reparto de esas tierras. En relación a esto surgieron dos corrientes de ideas, tanto en la Convención como en toda Francia. Los burgueses campesinos, que ambicionaban desde tiempo atrás las tierras comunales, de las cuales solían tener una parte en arrendamiento, querían el reparto. Ellos sabían que una vez hecho el reparto, les sería fácil comprar las tierras que les tocarían a los campesinos pobres, y querían, como ya hemos dicho, que el reparto se hiciera entre los “ciudadanos” solamente, con exclusión de los “habitantes” y hasta de los ciudadanos pobres (los ciudadanos pasivos de 1789). Esos burgueses

campesinos encontraron en el seno de la Asamblea abogados enérgicos que hablaron, como siempre, en nombre de la propiedad, de la justicia y de la igualdad, mostrando que en las diferentes comunas existían propiedades desiguales, lo que no les impedía defender la desigualdad en el seno de cada comuna. Esos abogados demandaron el **reparto obligatorio**²³⁸. Fueron muy escasos entre ellos los que, como Julián Souhait, diputado de los Vosgos, pidieron la conservación de la propiedad comunal.

Sin embargo no se hallaban presentes los jefes girondinos para sostenerlos, y la Convención depurada, dominada por los montañeses, no admitió que las tierras comunales sólo pudiesen ser repartidas entre una parte de los habitantes, sino que creía hacer el bien y actuar en el interés de la agricultura, autorizando el reparto de las tierras por cabeza de habitante. La idea adoptada consistía en que en Francia nadie se viera privado de la posesión del suelo de la República. El imperio de esta idea en la Convención favoreció, más que impidió, el reparto de las tierras comunales.

Según la ley del 11 de junio de 1793, el reparto deberá hacerse entre todos, **por cabeza de habitante domiciliado, de toda edad y de todo sexo, ausente o presente** (sec. II, art. 1). Todo ciudadano, sin excluir los mozos de trabajo, los criados de hacienda agrícola, etc., que cuente un año de domicilio en la comuna, será comprendido en el reparto. Y durante diez años, la parte de tierra comunal, correspondiente a cada ciudadano, no podrá ser embargada por deudas (sec. III, art. 1).

Sin embargo, el reparto sólo será facultativo. La asamblea de los habitantes, compuesta **por todo individuo de**

todo sexo, con derecho al reparto y mayor de 21 años, será convocado un domingo, y decidirá si quiere repartir sus bienes comunales en todo o en parte. **Si la tercera parte de los votantes vota por el reparto, el reparto quedará decidido** (sec. III, art. 9) y no podrá ser revocado.

Se comprende qué cambio tan inmenso debía producir ese decreto en la vida económica de villas y aldeas. Todas las tierras usurpadas desde hacía dos siglos a las comunas por medio del *triage*, por deudas inventadas y por el fraude, ya podían ser recobradas por los campesinos. Abolida la prescripción de cuarenta años, se podían remontar hasta 1669 para recobrar las tierras adquiridas por los poderosos y los leguleyos. Y las tierras comunales, sumadas a todas aquellas que la ley del 11 de junio devolvía a los campesinos, pertenecían a todos, a todos los que contaban un año de residencia en las comunas, en proporción al número de hijos de ambos sexos y al de parientes ancianos en cada familia. Desaparecía la distinción entre ciudadanos y habitantes. Cada uno tenía derecho a aquellas tierras. Era toda una revolución.

En cuanto a la otra parte de la ley, concerniente al reparto y a las facilidades acordadas para llegar a él (una tercera parte de los habitantes de la comuna podía imponerlo a las otras dos), fue aplicada en ciertas partes de Francia, pero no por lo general. En el Norte, donde había pocos pastizales, se repartieron fácilmente los terrenos comunales. En la Vendée y en la Bretaña, los campesinos se opusieron violentamente a que el reparto se hiciera a petición de una tercera parte de los habitantes; allí todos querían conservar por completo sus derechos de pastoreo, etc., sobre las tie-

rras incultas. En otras partes los repartos fueron numerosos. En la Mosela, por ejemplo, país de cultivo de la vid, 686 comunas repartieron los bienes comunales (107 por cabeza y 579 por familia), y 119 permanecieron indivisas; pero en otros del Centro y del Oeste, la gran mayoría de las comunas conservaron sus tierras sin divisiones.

En general, los campesinos, sabiendo que si las tierras comunales se repartían, las familias pobres se volverían rápidamente familias proletarias, más pobres aún que antes, no se apresuraban a votar el reparto.

Es evidente que la Convención, cuyos miembros burgueses se complacían en hablar de las desigualdades que se producirían si las comunas entraran sencillamente en posesión de las tierras de que se las había despojado, no empujó absolutamente nada para igualar las ventajas conferidas a los municipios por la ley de 11 de junio. Hablar de esas pobres comunas que no recibirían nada, era un buen pretexto para no hacer nada y dejar las tierras expoliadas en poder de los expoliadores; pero cuando se presentó la ocasión de proponer algo para impedir esa "injusticia", nada se propuso²³⁹.

Las comunas que, sin perder un tiempo precioso, retornaron rápidamente la posesión de sus antiguas tierras, **de hecho, en el lugar**, fueron dueñas de ellas, y cuando la reacción triunfó y volvieron los señores, no pudieron hacer nada para recuperar lo que la ley les había quitado y de lo cual los campesinos habían tomado posesión real. En tanto, las comunas que habían vacilado en hacerlo, se quedaron sin nada.

Cuando la reacción dominó a los revolucionarios, cuando fue vencida la insurrección de los últimos montañeses el 1º pradal del año III (20 de mayo de 1795), el primer cuidado

de la Convención reaccionaria fue abrogar los decretos revolucionarios de la Convención montañesa. El 21 pradiel del año IV (9 de junio de 1796) emitió un decreto para impedir la devolución de las tierras comunales a las comunas²⁴⁰.

Un año después, el 31 de mayo de 1797, una nueva ley prohibió a las comunas rurales enajenar o cambiar propiedades en virtud de las leyes del 11 de junio y del 24 de agosto de 1793. En adelante fue necesario demandar una ley especial para cada acto particular de enajenación, con el propósito, sin duda, de contener el harto escandaloso saqueo de las tierras comunales que se hizo luego de la Revolución.

Por último, aún mas tarde, bajo el Imperio, hubo diferentes tentativas para abolir la legislación de la Convención; pero, como observa Sagnac (p. 339), “las tentativas sucesivas del Directorio, del Consulado y del Imperio contra la legislación de la Convención, fracasaron miserablemente”. Se habían constituido demasiados intereses entre los campesinos para que se los pudiese combatir eficazmente.

En resumen, puede decirse que las comunas que entraron **de hecho** en posesión real de las tierras que les fueron arrebatadas a partir de 1669, quedaron en su mayor parte en posesión de esas tierras, y las que no lo hicieron antes de junio de 1796 no obtuvieron nada. En revolución sólo cuenta el hecho realizado.

CAPÍTULO L

ABOLICIÓN DEFINITIVA DE LOS DERECHOS FEUDALES

Una vez abolida la monarquía, la Convención, desde sus primeras sesiones, tuvo que ocuparse de los derechos feu-

dales. Pero como los girondinos se oponían a la abolición de esos derechos sin rescate, y como no proponían ningún sistema de rescate obligatorio para el señor, todo quedaba en suspenso, a pesar de ser un asunto de primordial importancia para la mitad de Francia. ¿Volvería el campesino a someterse al yugo feudal, y sufriría otra vez hambre, una vez terminado el período revolucionario?

Como acabamos de ver, cuando los jefes girondinos fueron expulsados de la Convención, ésta se apuró a votar el decreto que devolvía a las comunas sus tierras comunales; pero vaciló todavía en pronunciarse sobre los derechos feudales, y hasta el 17 de julio de 1793 no se decidió a dar el gran golpe que iba a sellar la Revolución, legalizándola en uno de sus dos principales objetivos: la abolición definitiva de los derechos feudales.

La monarquía dejó de existir el 21 de enero de 1793. El 17 de julio de 1793 la ley cesó de reconocer en Francia los derechos del señor feudal, la servidumbre del hombre hacia otro hombre.

El decreto del 17 de julio era perfectamente explícito: las distinciones establecidas por las Asambleas precedentes entre diferentes derechos feudales, con la esperanza de conservar una parte de ellos, fueron anuladas; todo derecho derivado del contrato feudal dejaba pura y simplemente de existir.

“Todo tributo o carga señorial anterior, derechos feudales fijos o casuales, hasta los respetados por el decreto del 25 de agosto anterior, quedan suprimidos sin indemnización”, dice el artículo 1º del decreto del 17 de julio de 1793. Sólo hace una excepción: las rentas o prestaciones

puramente de propiedades territoriales, no feudales, que permanecerán (art. 29).

Así, la asimilación de las rentas **feudales** a las rentas **territoriales**, establecidas en 1789 y 1790, quedó completamente abolida. Si una renta u obligación cualquiera, era de origen feudal, fuera cual fuese su denominación, quedaba irrevocablemente abolida, sin indemnización. La ley de 1790 decía que el que tomase una tierra a condición de pagar una renta anual, podía rescatar esa renta pagando la cantidad representativa de 20 a 25 veces la renta anual. Los campesinos aceptaban esa condición; pero la ley añadía: si además de la renta territorial el propietario hubiera impuesto una obligación cualquiera de carácter feudal, un tributo, por ejemplo, a pagar sobre las ventas o las herencias, un feudo cualquiera, o un tributo anual que representara una obligación personal del granjero respecto del propietario (como la obligación de emplear el molino o el lagar del señor, o una limitación del derecho de venta de los productos, o un tributo sobre estos), o bien un tributo a pagar en el momento de la rescisión del contrato de arrendamiento, o cuando la tierra cambiara de propietario, el arrendatario debía rescatar esta obligación feudal al mismo tiempo que la renta territorial.

Entonces la Convención dio un golpe verdaderamente revolucionario. No quiso respetar esas sutilezas ¿el arrendatario tiene la tierra bajo una obligación de carácter feudal?

Pues cualquiera que sea el nombre de esa obligación, queda suprimida sin rescate. O bien, si el arrendatario paga una renta territorial que no tiene nada de feudal; pero además de esa renta se le ha impuesto un

tributo, un censo, un derecho feudal cualquiera, **entonces queda propietario de esa tierra sin deber nada.**

Pero se podía argumentar que esa obligación era insignificante, puramente honorífica. Tanto peor. ¿Se quería hacer del arrendatario un vasallo? Ahora es libre, en posesión de la tierra a la que le ligaba la obligación feudal, y no debe nada. “Simples particulares, como dice Sagnac (p. 147), por vanidad o por la costumbre, han empleado esas formas proscriptas; **queriendo imitar a los señores** han estipulado módicos tributos o débiles derechos de traspaso en sus contratos de arrendamientos.”

Tanto peor para ellos. La Convención montañesa no pregunta si han querido imitar a los señores o si han intentado llegar a serlo. Sabe que todos los tributos feudales fueron insignificantes y módicos al principio y se volvieron insoportables con el tiempo. Ese contrato está manchado de feudalismo, como todos los que sirvieron durante siglos para esclavizar al campesino. Ve en él la huella feudal, y da la tierra al campesino que la había tomado en arrendamiento, sin imponerle ninguna indemnización.

Más aún, la Convención ordena (art. 6) “todos los títulos que reconocen derechos suprimidos **serán quemados**”. Señores, notarios, comisarios rurales, todos tenían que llevar al archivo de su municipalidad, en el término de tres meses, todos esos títulos, todas esas cartas que consignaban el poder de una clase sobre otra. Todo eso tenía que amontonarse y quemarse. Lo que los campesinos insurrectos hacían en 1789, a riesgo de ser ahorcados, se haría ahora por mandato de la ley. “Cinco años de cadena contra todo depositario, convicto de haber oculta-

do, substraído o reservado las minutas o expediciones de esos actos.” Muchos de esos actos acreditan el derecho de propiedad del Estado sobre tierras feudales, porque el Estado en otros tiempos también tuvo sus siervos y luego sus vasallos. ¡POCO importa!, el derecho feudal debía desaparecer y desapareció. Lo que la Asamblea Constituyente hizo respecto de los **títulos** feudales — príncipe, conde, marqués — la Convención lo hizo a su vez respecto de los **derechos pecuniarios** del feudalismo.

Seis meses después, el 8 pluvioso del año II (27 enero 1794), en vista de numerosas reclamaciones, sobre todo por parte de los escribanos que inscribían en los mismos libros, frecuentemente en la misma página, las obligaciones puramente territoriales y los tributos feudales, la Convención consintió en suspender el efecto del artículo 69: los municipios podían conservar en sus archivos los títulos mixtos; pero la ley del 17 de julio quedaba intacta, y todavía una vez más, el 29 floreal del año II (18 de mayo de 1794), la Convención confirmó que todas las rentas “manchadas con la más ligera huella de feudalismo” quedaban suprimidas sin indemnización.

Es importante hacer notar que la reacción fue incapaz de abolir el efecto de esta medida revolucionaria. Es evidente, como ya lo hemos manifestado, que hay una gran distancia entre la ley escrita y su ejecución sobre el terreno. Allí donde los campesinos no se rebelaron contra sus señores; donde, como en la Vendée, marcharon dirigidos por los señores y los curas contra los *sans-culottes*; allí donde los municipios rurales permanecieron en poder de los ricos y curas, los decretos del 11 de junio y

del 17 de julio no fueron aplicados. Los campesinos no se posesionaron de las tierras de sus ex señores feudales que tenían en arrendamiento, ni quemaron los títulos feudales, ni siquiera compraron los bienes nacionales, para no ser maldecidos por la Iglesia²⁴¹.

Pero en una buena mitad de Francia, los campesinos compraron los bienes nacionales; se los hicieron vender en parcelas; tomaron posesión de las tierras que tenían en arrendamiento de sus ex señores feudales; plantaron *árboles de Mayo*, y con toda la papelería feudal hicieron hogueras de alegría. Ellos recuperaron las tierras comunales que estaban en manos de los monjes, de los burgueses y de los señores²⁴². En estas regiones, el retorno de la reacción no hizo presa sobre la revolución económica cumplida.

La reacción volvió el 9 termidor, y con ella el terror azul de la burguesía enriquecida. Vinieron después el Directorio, el Consulado, el Imperio, la Restauración, y barrieron la mayor parte de las instituciones democráticas de la Revolución; **pero esta parte de la obra realizada por la Revolución permaneció** y resistió a todos los asaltos. Hasta cierto punto la reacción pudo demoler la obra política de la Revolución; pero su obra económica sobrevivió. Permaneció también, transfigurada, la nueva nación formada durante la tormenta revolucionaria.

Otra cosa. Estudiando los resultados económicos de la Gran Revolución, tal como se ha realizado en Francia, se comprende la inmensa diferencia que hay entre la revolución del feudalismo realizada burocráticamente, por el propio Estado feudal (en Prusia, después de 1848,

o en Rusia, en 1861), y la abolición realizada por una revolución popular. En Prusia y en Rusia los campesinos se han emancipado de los servicios corporales y de los tributos feudales, perdiendo una parte considerable de las tierras que poseían, y aceptando por su emancipación un pesado rescate que los ha llevado a la ruina. **Se empobrecieron para adquirir una propiedad libre**, en tanto que los señores, que se habían opuesto a la reforma, han sacado de ella (a lo menos en las regiones fértiles) una ventaja inesperada. En Europa, en casi todas partes, la reforma ha engrandecido el poder de los señores.

Sólo en Francia, donde la abolición del régimen feudal se hizo revolucionariamente, el cambio perjudicó a los señores como casta económica y política, en beneficio de la gran masa de los campesinos.

CAPÍTULO LI

BIENES NACIONALES

La Revolución del 31 de mayo tuvo el mismo efecto saludable sobre la venta de los bienes nacionales. Hasta ese momento esa venta había beneficiado a los burgueses ricos. Después los montañeses procedieron de forma tal que las tierras puestas en venta pudiesen ser compradas por ciudadanos pobres que quisieran cultivarlas por sí mismos.

Cuando los bienes del clero y luego los de los emigrados fueron confiscados por la Revolución y puestos en venta, se dividió una parte de esos bienes en pequeños lotes y se concedió a los compradores un plazo de doce años

para pagar el precio fijado; pero esto fue cambiando a medida que crecía la reacción de 1790-1791 y la burguesía iba constituyendo su poder. Por otra parte, el Estado, escaso de dinero, prefería vender rápidamente a los agiotistas. Ya no se quiso fraccionar en firme y a plazos; se vendía en bloque a individuos que compraban al contado con intenciones especulativas. Ciertamente los campesinos formaron ocasionalmente agrupaciones y sindicatos para comprar, pero la legislación veía esos sindicatos con desconfianza, y una inmensa porción de la tierra pasó a poder de los especuladores. Los pequeños agricultores, los jornaleros los artesanos y los indigentes se quejaban, pero la Legislativa desatendía sus denuncias²⁴³.

Muchos memoriales pedían que las tierras de la Corona y las de *manos muertas*, de las inmediaciones de París, se partieran y arrendaran en lotes de cuatro o cinco arpentas. Los artesanos pidieron que las dimensiones de los terrenos se redujeran a “trescientas medidas de tierra” (Sagnac, p. 80). Pero, como dijo Avenel, “ni en los discursos pronunciados con tal motivo [en la Asamblea], ni en los decretos votados, hallamos el menor indicio en favor de los que no tienen tierras... Nadie en la Asamblea propuso la organización de un crédito popular para que estos hambrientos pudieran adquirir algunas parcelas... Ni siquiera se prestó atención al deseo de algunos diarios, como *Le Moniteur*, que proponían que, para crear cierto número de pequeños propietarios, la mitad de las tierras en venta se dividiera en lotes de 5,000 francos”²⁴⁴. Los que adquirieron lotes fueron en su mayor parte campesinos que ya eran propietarios, o burgueses procedentes de la ciudad, lo que fue muy mal visto en Bretaña y en la Vendée.

Pero sobrevino el levantamiento popular del 10 de agosto. Entonces, bajo la amenaza del pueblo en rebelión, la Legislativa trató de aplacar las denuncias, ordenando la venta de las tierras de los emigrados en lotes de 2 a 4 arpentas, "a perpetuidad por arrendamiento en dinero". No obstante, siempre se daba preferencia a los que compraban con dinero al contado.

El 3 de junio de 1793, después de la expulsión de los girondinos, la Convención prometió dar una arpena en las ciudades a cada jefe de familia proletaria, y hubo cierto número de representantes en misión que distribuyeron realmente pequeños lotes de tierra a los campesinos más pobres; pero lo más importante no ocurrió hasta el 2 frimario del año II (22 de noviembre de 1793), cuando la Convención ordenó que los bienes nacionales puestos en venta fuesen subdivididos todo lo posible. Se crearon condiciones favorables a los pobres para la compra de los bienes de los emigrados, y éstas fueron sostenidas hasta 1796, cuando la reacción los suprimió.

Es necesario decir, sin embargo, que la hacienda de la República estaba en una situación deplorable: los impuestos ingresaban mal, y la guerra absorbía millones y millones; los asignados perdían su valor; y en tales condiciones lo esencial era, para poder destruir la cantidad correspondiente de asignados de las emisiones anteriores, realizar dinero cuanto antes mediante la venta de los bienes nacionales. He ahí por qué los gobernantes, tanto los montañeses como los girondinos, pensaban menos en el agricultor que en la necesidad de la realizar rápidamente las mayores sumas posibles. El que pagaba al contado era siempre el preferido.

Y, no obstante, a pesar de todo, a pesar de todos los abusos y de todas las especulaciones, se hicieron ventas considerables en pequeños lotes. Al lado de los grandes burgueses que se enriquecieron de repente por la compra de bienes nacionales, hubo en ciertas comarcas de Francia, sobre todo en el Este, considerables porciones de tierra que pasaron, en pequeños lotes (como lo ha demostrado Loutchitzky) a ser propiedad de campesinos pobres. Allí se verificó una revolución en el régimen de la propiedad.

Añádase a lo expuesto que la idea de la Revolución iba contra la clase de los grandes aristócratas propietarios, y trataba de destruir las grandes propiedades aboliendo el derecho de primogenitura en las sucesiones. Para esto suprimió primeramente el 15 de marzo de 1790 la sucesión feudal, que permitía a los señores transmitir sus propiedades a uno solo de sus descendientes, generalmente el primogénito. El año siguiente (8-15 de abril de 1791) fue abolida toda desigualdad social en los derechos de herencia: "Todos los herederos en igual grado reciben **en porciones iguales** los bienes que les son conferidos por la ley". Poco a poco se aumentó el número de los herederos por la agregación de los colaterales y de los hijos naturales; y, por último, el 7 de marzo de 1793 la Convención abolió "la facultad de disponer de sus bienes por muerte, entre vivos o por donación contractual en línea recta"; "todos los descendientes tienen derecho a una parte igual sobre los bienes de los ascendientes".

Así se hacía obligatorio el parcelamiento de las propiedades, al menos en los casos de herencia.

¿Cuál fue el efecto de estas tres grandes medidas: la abolición sin rescate de los derechos feudales, la devolución de las tierras comunales a las comunas y la venta de los bienes secuestrados al clero y a los emigrados? ¿Cómo afectaron al reparto de las propiedades territoriales? Esta cuestión se debate hasta el presente, y las opiniones permanecen contradictorias. Hasta puede decirse que las opiniones varían según que el estudio de tal o cuál investigador abarque tal o cuál parte de Francia²⁴⁵.

Sin embargo, un hecho domina sobre todos, y es absolutamente cierto: la propiedad fue subdividida. Allí donde la Revolución arrastró a las masas, grandes cantidades de tierras pasaron a poder de los campesinos. Y en todas partes, la antigua miseria negra, la sombría miseria del antiguo régimen, comenzó a desaparecer. El hambre en estado crónico, que asolaba periódicamente a una tercera parte de Francia, no se conoció más en el siglo XIX.

Antes de la Revolución, el hambre azotaba regularmente cada año a una parte u otra de Francia. Las condiciones eran exactamente lo que en la actualidad son en Rusia. Por mucho que trabajara el campesino no lograba tener pan de una cosecha a la otra, laboraba mal, sus semillas eran malas; sus flacos animales de trabajo debilitados por la falta de alimento, no le daban el estiércol necesario para abonar la tierra; las cosechas eran cada vez peores. “!Como en Rusia!”, uno está forzado a exclamar a cada página cuando se leen los documentos y las obras que tratan de la Francia campesina bajo el antiguo régimen.

Pero vino la Revolución. La tempestad fue terrible. Los sufrimientos ocasionados por la guerra fueron inau-

ditos, trágicos. ¡Por momentos se percibe el abismo donde Francia va a hundirse! Luego sobreviene la reacción del Directorio, las guerras del Imperio; llega por último la reacción de los Borbones, restaurados en el trono en 1814 por la coalición de los reyes y de los emperadores; con ellos viene el Terror blanco, mucho más terrible que el Terror rojo y los superficiales dicen: “¡Está claro que las revoluciones no sirven para nada!”

Sin embargo hay dos cosas que ninguna reacción ha podido cambiar. Francia fue a tal punto democratizada por la Revolución, que quien ha vivido en Francia no puede vivir ya en ningún otro país de Europa, sin decirse: “Se ve a cada paso que la Gran Revolución no ha pasado todavía por aquí”. Y el campesino, en Francia, se ha vuelto hombre. Ya no es “la bestia salvaje” de la que hablaba La Bruyère. Es un ser pensante. Todo el aspecto rural ha sido cambiado por la Revolución y ni el Terror blanco pudo someter al campesino francés al antiguo régimen. Hay mucha pobreza en las aldeas de Francia, como en todas partes; pero esa pobreza es riqueza en comparación de lo que fue Francia 150 años antes y con lo que vemos en nuestros días donde la Revolución no ha llevado aún su antorcha.

CAPÍTULO LII

LUCHA CONTRA LA ESCASEZ.

EL MÁXIMUM. LOS ASIGNADOS

Una de las principales dificultades de toda revolución consiste en la alimentación de las grandes ciudades. Esas

grandes ciudades son hoy centros de industrias diversas, que trabajan sobre todo para los ricos o para el comercio de exportación; y esas dos ramas se paralizan en cuanto se declara una crisis cualquiera. ¿Qué hacer entonces para alimentar a las grandes aglomeraciones urbanas?

Así sucedió en Francia. La emigración, la guerra — sobre todo la guerra con Inglaterra, que impedía la exportación y el comercio internacional del que vivían Marsella, Lyon, Nantes, Burdeos, etcétera —, y también ese sentimiento común a todos los ricos, que evitan exteriorizar demasiado su fortuna durante una revolución, todo eso paralizó a las industrias de lujo y al gran comercio.

Los campesinos, sobre todo los que se habían apoderado de las tierras, trabajaban sin descanso. Nunca se hizo un laboreo tan enérgico como el del otoño de 1791, dice Michelet. Y si las cosechas de 1791, 1792 y 1793 hubieran sido buenas, el pan no hubiera faltado; pero desde 1788, Europa, y sobre todo Francia, atravesaron una serie de años malos con inviernos muy fríos y veranos sin sol. Sólo hubo una buena cosecha, la de 1793, y solamente en la mitad de los departamentos. Aquellos años tuvieron todavía un excedente de trigo; pero cuando ese excedente, lo mismo que los medios de transporte, fueron requisados para las necesidades de la guerra, la escasez se manifestó en más de la mitad de Francia. El saco de trigo que antes valía 50 libras en París, subió a 60 en febrero de 1793, y hasta 100 y 150 libras en el mes de mayo.

El pan, que antes costaba 3 *sous* la libra, subió a 6 y hasta 8 en las inmediaciones de París. En el Mediodía regían precios de hambre: 10 y 12 *sous* la libra. En Clermont,

en el Puy-de-Dôme, en junio de 1793 se pagaba la libra de pan a 16 y 18 *sous*. En *Le Moniteur* del 15 de junio de 1793 se lee: "Nuestras montañas están en la más espantosa miseria. La administración distribuye un octavo de *setier*²⁴⁶ por persona, y cada uno tiene que esperar dos días para que le toque el turno".

Como la Convención permanecía sin hacer nada, a comienzos de 1793, en ocho departamentos comenzaron las manifestaciones y motines que trataban de tasar los víveres. Los comisarios de la Convención debieron ceder ante el motín e imponer las tasas indicadas por el pueblo. El oficio de *bladier* (traficante de trigo) se volvió muy peligroso.

En París llegó a ser trágico el problema de alimentar 600,000 bocas, porque si el pan hubiera permanecido al precio de 6 *sous* la libra que alcanzó un día, seguramente se hubiera producido un levantamiento, y en ese caso sólo la metralla podría haber impedido el saqueo a los ricos. Para evitarlo, la Comuna, endeudándose cada vez más con el Estado, gastaba de 12,000 hasta 75,000 libras diarias para entregar harina a los panaderos y sostener el precio de 12 *sous* las cuatro libras. El gobierno, por su parte, fijaba la cantidad de grano que cada departamento y cada cantón tenían que enviar a París; pero los caminos estaban en mal estado y los animales de tiro eran requisados para la guerra.

Todos los precios subían proporcionalmente: una libra de carne, que antes costaba 5 o 6 *sous*, se vendía entonces a 20; el azúcar estaba a 90 *sous* la libra; por una vela se pagaban 7 *sous*.

Por más que se reprimiera a los agiotistas no se lograba nada. Después de la expulsión de los girondinos, la

Comuna obtuvo de la Convención el cierre de la Bolsa de París (27 de junio 1793); pero la especulación continuaba, y se veía a los especuladores, ataviados de una manera especial, reunirse en el Palais-Royal y pasearse en grupos con sus amantes, burlándose de la miseria del pueblo.

El 8 de septiembre de 1793, la Comuna de París, llevada al extremo, hizo sellar las casas de todos los banqueros y "mercaderes de dinero". Saint-Just y Lebas, enviados en misión por la Convención al Bajo Rhin, ordenaron al tribunal criminal arrasarse la casa de todo convicto de agio. Pero entonces la especulación encontraba otros canales.

En Lyon la situación era todavía peor que en París, ya que la municipalidad, en parte girondina, no tomaba ninguna medida enérgica para atender a las necesidades de la población. "*La población actual de Lyon es de unos 130,000 habitantes, y no hay víveres para tres días*" escribía Collot d'Herbois el 7 de noviembre de 1793 a la Convención. "Nuestra situación en relación a los alimentos es desesperante... el hambre va a estallar." Y en todas las grandes ciudades sucedía lo mismo.

Hubo ciertamente rasgos conmovedores durante aquel período. Se lee en Buchez y Roux (XXXVII, 12) que las secciones de Montmartre y de l'Homme Armé acordaron practicar una cuaresma cívica de seis semanas; y Meillé encontró en la Biblioteca Nacional la resolución de la sección del Observatorio de 19 de febrero de 1792, por el cual los ciudadanos acomodados de la misma "se comprometían a no usar café ni azúcar hasta que su precio más moderado permitiera adquirirlos a sus hermanos de la clase menos acomodada" (Meillé, p. 302, nota). Después, en el

año II (febrero y marzo de 1794), cuando la carne alcanzó precios muy elevados, todos los patriotas de París decidieron no consumirla.

Pero todo eso sólo producía un efecto moral en medio de la escasez y se necesitaba una medida general. En 16 de abril de 1793 la administración del departamento de París pidió a la Convención que fijara el precio *máximo* al que podía ser vendido el trigo, y después de una discusión seria y a pesar de una gran oposición, la Convención dictó el 3 de mayo de 1793 un decreto que fijaba el precio máximo del trigo.

La idea general de ese decreto consistía en poner, en la medida de lo posible, al productor y al consumidor en relación directa en el mercado para que prescindieran de intermediarios. A tal efecto, todo negociante o propietario de granos y harinas quedó obligado a declarar su domicilio y la cantidad y naturaleza de los granos que poseyera. Sólo se podrían vender granos y harinas en los mercados públicos establecidos, pero el consumidor podía proveerse para un mes, directamente en casa de los comerciantes o propietarios de su cantón, mediante certificado de la municipalidad. Los precios medios a que las diversas clases de granos se habían vendido entre el 1º de enero y el 1º de mayo de 1793 se convertían al precio máximo por encima del cual no podían ser vendidos. Esos precios debían ir decreciendo hasta el 1º de septiembre. Aquellos que compraran o vendieran por encima del máximo establecido serían multados.

Para aquellos que adrede y malintencionadamente, arruinaran o escondieran harinas y granos (porque no obstante la escasez esto se hacía), habría pena de muerte.

Cuatro meses después se creyó preferible igualar el precio del trigo en toda Francia y el 4 de septiembre de 1793

la Convención estableció, para ese mes, el precio del quintal de trigo candeal en 14 libras.

Tal fue ese *máximum* tan denigrado²⁴⁷. Una necesidad del momento, que realistas y girondinos consideraban un crimen de los montañeses. Un crimen tanto más imperdonable, ya que estos, de acuerdo con el pueblo, demandaban que no sólo el trigo sino también el pan y los artículos de primera y segunda necesidad, fueran tasados. Si —decían con razón— la sociedad se encargaba de proteger la vida del ciudadano ¿no debía protegerlo también contra los que atentaban contra su vida haciendo coaliciones para privarlo de lo absolutamente necesario?

La lucha sobre este asunto fue, no obstante, muy viva. Los girondinos y numerosos montañeses se oponían a una tasación de los comestibles, a la que consideraban “impolítica, impracticable y peligrosa”²⁴⁸. Pero prevaleció la opinión pública y el 29 de septiembre de 1793, la Convención decidió establecer un máximo para los precios de los artículos de primera y segunda necesidad: la carne vacuna, ovina y porcina, la panceta, la manteca, el aceite, el pescado, el vinagre, el aguardiente, la cerveza.

Esta solución era tan natural, que la cuestión de saber si había que prohibir la exportación de granos, crear graneros para el consumo y establecer un precio máximo para el trigo y la carne, ya había preocupado a los hombres de Estado y a los revolucionarios de 1789. En ciertas ciudades, como por ejemplo Grenoble en septiembre de 1789, decidieron por sí mismos hacer compras de granos y tomar medidas severísimas contra los acaparadores, y a ese efecto se publicaron numerosos folletos.²⁴⁹ Cuando se reunió la

Convención, se presentaron demandas apremiantes sobre un precio máximo, y el Consejo del departamento de París reunió a los magistrados de las comunas del departamento para discutir este asunto. El resultado fue la presentación, en nombre de todo el pueblo del departamento de París de la petición que demandaba la fijación de un precio máximo para los granos. Los combustibles, las velas, el aceite para el alumbrado, la sal, el jabón, el azúcar, la miel, el papel blanco, los metales, el cáñamo, el lino, los hilados, las telas, los zuecos, los zapatos, el tabaco y las materias primas necesarias para las fábricas, fueron comprendidos en esta categoría y sus precios fueron fijados por un año. El máximo al que se permitía vender estas mercaderías era el que cada una de ellas tenía en 1790, tal como constaba en los *mercuriales*²⁵⁰ y un tercio más, deducidos los derechos fiscales y otros derechos a los que entonces estaban sometidas (decreto del 29 de septiembre de 1793).

Pero al mismo tiempo la Convención legislaba contra los asalariados y, en general, contra la clase indigente. Decretó que “el *máximum* o el precio más alto respectivo de los salarios, remuneraciones, mano de obra y jornadas de trabajo, será fijado, hasta septiembre próximo, por los consejos generales de las comunas a la tasa que tenían en 1790, más la mitad de ese precio”.

Es evidente que este sistema no podía detenerse ahí. Una vez que Francia no quiso permanecer en el sistema de libertad de comercio —y por lo tanto del agio y la especulación que necesariamente le siguen— no podía detenerse en esas tímidas tentativas. Debía ir más lejos en la vía de la comunalización del comercio, a pesar de la resistencia que necesariamente tenían que encontrar estas ideas.

Efectivamente, el 11 brumario del año II (10 de noviembre de 1793) la Convención gracias a un informe de Barère, encontró que fijar los precios a los que debían vender las mercancías los comerciantes minoristas era “perjudicar al pequeño comercio en beneficio de los mayoristas y al obrero-fabricante para beneficiar al empresario fabril”. Se concibió entonces la idea de que para establecer los precios de cada una de las mercancías comprendidas en el decreto precedente, era necesario conocer “lo que ella valía en su lugar de producción”. Y agregándole un cinco por ciento para el mayorista y un cinco por ciento para el minorista, más una cantidad por legua de transporte, se establecería el verdadero precio al que debería ser vendida.

Entonces se inició una gigantesca investigación para establecer uno de los factores del valor (los costos de producción). Desgraciadamente no pudo llegar a concluirse, porque la reacción triunfó el 9 termidor y todo fue abandonado. El 3 nivoso del año III (23 de diciembre de 1794) después de una discusión tormentosa, comenzada por los termidorianos el 18 brumario (8 de noviembre), los decretos sobre el *máximum* fueron abrogados.

El resultado fue una espantosa caída en el precio de los asignados. No se daban más que 19 francos por 100 francos en papel; seis meses después no más de 2 francos por 100 y sólo 15 *sous* en noviembre de 1795. En cambio se pagaban hasta 100 libras por un par de zapatos y 6,000 libras por un viaje en coche de alquiler²⁵¹.

Ya hemos expuesto que para obtener medios para mantener al Estado, Necker recurrió en primer término a dos empréstitos, el 9 y el 27 de agosto de 1789, de treinta y de

ochenta millones respectivamente; no obstante, como estos empréstitos no tuvieron éxito, obtuvo de la Asamblea Constituyente una contribución extraordinaria de la cuarta parte de la renta de cada uno, a pagar por una sola vez. Amenazaba la bancarrota, y la Asamblea, persuadida por Mirabeau, votó la contribución pedida por Necker. Pero esta contribución produjo poca cosa²⁵², y entonces, como vimos, se utilizó la idea de poner en venta los bienes del clero, creando así un fondo de bienes nacionales y emitiendo asignados, que serían amortizados a medida que la venta de esos bienes produjera dinero. La cantidad de asignados emitida fue limitada al valor de los bienes puestos cada vez en venta. Esos asignados producían interés y eran de curso forzoso.

Sin duda, el agio y el comercio del dinero tendían continuamente a hacer caer el valor de los asignados; sin embargo, éste pudo más o menos mantenerse en tanto las municipalidades mantuvieron fijo el precio máximo de los alimentos y de los artículos de primera necesidad; pero en cuanto fue abolido el *máximum* por la reacción termidoriana, la depreciación de los asignados comenzó con rapidez aterradora. Se puede imaginar la miseria que causó esa caída de los asignados entre los que vivían día a día.

Los historiadores reaccionarios se han dedicado siempre a sembrar la confusión sobre este asunto, como sobre tantos otros. Pero la realidad es que la gran depreciación de los asignados tuvo lugar hasta después del decreto del 3 nivoso año III que abolía el *máximum*.

Al mismo tiempo la Convención, bajo los termidorianos, emitió tan grandes cantidades de asignados, que de 6,420 millones que se hallaban en circulación el 13 bruma-

rio del año III (3 de noviembre de 1794), ocho meses después, el 25 mesidor del año III (13 de julio de 1795), habían alcanzado la cifra de **doce mil millones**.

Además, los príncipes, y especialmente el conde de Artois, establecían en Inglaterra, por una ordenanza del 20 de septiembre de 1794, firmada por el conde Joseph de Puisaye y el caballero de Tinténac, “una fábrica de asignados, en todo semejantes a los que han sido emitidos o lo sean por la sedicente Convención Nacional”. No tardaron en trabajar setenta obreros en aquella manufactura, y el conde de Puisaye escribía al Comité de la insurrección bretona: “En breve tendrán un millón diario, pronto dos, y así sucesivamente”.

Por último, el 21 de marzo 1794, en una discusión en la Cámara de los Comunes de Inglaterra, el famoso Sheridan denunciaba la fábrica de asignados falsos que Pitt había fundado en Inglaterra, y Taylor declaró que había visto con sus propios ojos los asignados falsos fabricados. En todas las grandes ciudades de Europa se ofrecían masas considerables de esos asignados contra letras de cambio²⁵³.

¡Pero si la reacción se hubiera limitado a esos infames recursos! También se dedicó al acaparamiento sistemático de alimentos mediante compras anticipadas de la cosecha y la especulación sobre los asignados, a lo que se dedicaba apasionadamente²⁵⁴.

La abolición del *máximum* fue la señal de un alza tan desenfrenada de todos los precios —y esto en medio de una escasez espantosa— que uno se pregunta cómo Francia logró atravesar crisis tan terrible sin hundirse por completo. Hasta los autores más reaccionarios se ven forzados a reconocerlo.

CAPÍTULO LIII

LA CONTRARREVOLUCIÓN EN BRETAÑA.

ASESINATO DE MARAT

Acosada por todas partes por la coalición de las monarquías europeas, y en medio de la obra inmensa de reconstrucción que había emprendido, Francia, se comprende, atravesaba una crisis difícilísima. Estudiando esa crisis en sus pormenores, examinando día a día los sufrimientos del pueblo, se aprecia la profundidad del crimen de los satisfechos, quienes para retener sus privilegios no vacilaron en sumergir a la nación en los horrores de una guerra civil y de una invasión extranjera.

Y bien, los girondinos, excluidos de la Convención el 2 de junio de 1793, no vacilaron en dirigirse a los departamentos para encender la guerra civil, con el apoyo de los realistas y del extranjero.

Recuérdese que la Convención, después de haber expulsado treinta y un representantes girondinos, les impuso prisión domiciliaria, dando a cada uno la libertad de circular por París, con la condición de ser acompañados por un gendarme. Vergniaud, Gensonné y Fonfrède permanecieron en París, y Vergniaud aprovechó esa permanencia para dirigir, de vez en cuando, cartas llenas de hiel a la Convención. Los demás se evadieron para ir a sublevar a los departamentos. Los realistas no deseaban otra cosa, y pronto se vieron estallar movimientos contrarrevolucionarios en sesenta departamentos; los girondinos y los realistas más intransigentes trabajaban de acuerdo.

Desde 1791 se venía urdiendo un complot en Bretaña, con objeto de restablecer en aquella provincia los Estados y la vieja administración por los tres órdenes. Tufin, marqués de la Rouërie, fue designado por los príncipes emigrados para dirigir la conspiración. El complot fue denunciado a Danton, quien hizo vigilar al marqués. Éste tuvo que ocultarse y, refugiado en el castillo de un amigo, murió en enero de 1793 y fue enterrado secretamente. La insurrección estalló, sin embargo, apoyada por los ingleses. Por intermedio de marinos contrabandistas y de emigrados, reunidos unos en Jersey y otros en Londres, el Ministerio inglés preparaba una insurrección que había de entregarle la plaza fuerte de Saint-Malo, Brest, Cherburgo y quizá también Nantes y Burdeos.

Cuando la Convención decretó el arresto de los principales diputados girondinos, Pétion, Guadet, Brissot, Barbaroux, Louvet y Lanjuinais se evadieron para ponerse a la cabeza de la insurrección en Normandía y en Bretaña. Llegados a Caen, organizaron la **Asociación de los Departamentos Reunidos** para marchar contra París, hicieron detener a los delegados de la Convención y caldearon hasta el extremo la opinión contra los montañeses. El general Wimpfen, que mandaba las tropas de la República en Normandía y que se colocó del lado de los insurgentes, no les ocultó sus opiniones realistas ni su intención de buscar un apoyo en Inglaterra, y los jefes girondinos no rompieron con él.

Afortunadamente el pueblo en Normandía y en Bretaña no siguió a los dirigentes realistas ni a los curas. Las ciudades se colocaron del lado de la Revolución, y la insurrección, vencida en Vernon, fracasó²⁵⁵.

La marcha de los jefes girondinos a través de la Bretaña, por caminos escondidos, sin osar mostrarse ni en las más

pequeñas poblaciones, donde los patriotas los hubieran detenido, demuestra la escasez de simpatías que tenían, aun en aquel país bretón donde la Convención no había sabido atraerse a los campesinos y en el que la leva de reclutas para la guerra del Rhin fue recibida con frialdad. Cuando Wimpfen quiso marchar contra París, Caen no le suministró más que algunas decenas de voluntarios²⁵⁶. En toda la Normandía y en la Bretaña sólo se reunieron de quinientos a seiscientos hombres, que ni siquiera se batieron cuando se hallaron frente a una pequeña tropa llegada de París.

Sin embargo, en algunas ciudades, y especialmente en los puertos de Saint-Malo y de Brest, los realistas contaban con un fuerte apoyo del comercio, y fue necesario un poderoso esfuerzo de parte de los patriotas para impedir que Saint-Malo fuera entregado a los ingleses como ocurrió con Toulon.

Hay que leer, en efecto, las cartas del joven Jullien, comisario del Comité de Salvación Pública, o de Jean Bon Saint-André, convencional en misión, para comprender cuán débiles eran las fuerzas materiales de la República, y hasta qué punto estaban dispuestas las clases opulentas a sostener la invasión extranjera. Todo había sido preparado para entregar a la flota inglesa la fortaleza de Saint-Malo, armada con 123 cañones y 25 morteros y bien provista de balas, bombas y pólvora. Sólo la llegada de los comisarios de la Convención despertó el celo de los patriotas e impidió aquella traición.

Los representantes en misión no se dirigieron a las administraciones: sabían que estaban gangrenadas de realismo y de "negociantismo". Fueron a la Sociedad Patriótica

de cada población, grande o pequeña. Les proponían, primero “depurarse”. Cada miembro debía decir en alta voz, delante de la Sociedad, lo que había sido antes de 1789, lo que había hecho después — si había firmado las peticiones realistas de los 8,000 y de los 20,000 — ; cuál era su fortuna antes de 1789, y cuál era en aquel momento. Los que no podían responder de una manera satisfactoria a esas preguntas eran excluidos de la Sociedad Patriótica.

Hecha la depuración, la Sociedad Patriótica se convertía en el órgano de la Convención. Con su ayuda el representante en misión procedía a una depuración similar en la municipalidad, haciendo excluir a los miembros realistas y a los “aprovechadores”. Entonces, apoyado por la Sociedad popular, despertaba el entusiasmo en la población, sobre todo entre los *sans-culottes*. Dirigía el enrolamiento de los voluntarios e inducía a los patriotas a realizar esfuerzos, frecuentemente heroicos, para el armamento y defensa de las costas. Organizaba las fiestas patrióticas e inauguraba el calendario republicano. Y cuando partía para cumplir el mismo trabajo en otros lugares, le encargaba a la nueva municipalidad la tarea de tomar todas las medidas para el transporte de municiones, víveres y tropas, siempre bajo la vigilancia de la Sociedad popular, manteniendo con esta una correspondencia permanente.

Con frecuencia la guerra demandaba enormes sacrificios. Pero en cada ciudad, en Quimper, en el mismo Saint-Malo, los convencionales en misión encontraban hombres abnegados y afectos a la Revolución, y con su ayuda, organizaban la defensa. Los emigrados y los buques ingleses no osaron acercarse a Saint-Malo o a Brest.

La insurrección fracasó así en Normandía y en Breaña. Pero fue de Caen de donde salió Charlotte Corday para asesinar a Marat. Influida por todo lo que escuchaba decir a su alrededor contra la república de los *sans-culottes* montañeses, deslumbrada quizá por los aires de republicanos “comme il faut” que se daban los girondinos llegados a Caen, donde se encontró con Barbaroux, Charlotte Corday se dirigió a París el 11 de julio, para matar a alguno de los revolucionarios famosos.

Todos los historiadores girondinos odiaban a Marat, el autor principal del 31 de mayo, y han pretendido que Charlotte Corday era republicana. Esto es absolutamente falso. Mademoiselle Marie-Charlotte Corday d’Armont provenía de una familia archirrealista, y sus dos hermanos eran emigrados; ella misma, educada en el convento de la Abbaye-aux-Dames de Caen, vivía con una pariente, madame de Breteville, “a la que sólo el temor le impedía decirse realista”. Todo el pretendido “republicanismo” de mademoiselle Corday d’Armont consistía en que un día rehusó brindar por la salud del rey, y lo explicaba diciendo que ella sería republicana “...si los franceses fueran dignos de la República”. Es decir, que era constitucionalista, probablemente fuldense. Wimpfen creía que ella era simplemente realista.

Todo lleva a creer que Charlotte Corday d’Armont no fue una solitaria. Caen, acabamos de verlo, era el centro de la **Asociación de los Departamentos Reunidos**, sublevados contra la Convención montañesa, y es muy probable que hubiese un complot preparado para el 14 o el 15 de julio; que la cuestión era matar a “Danton, Robespierre, Ma-

rat y compañía”, y que Charlotte Corday estaba informada de esto. Su visita al girondino Duperret, a quien le entrega unos impresos y una carta que le enviaba Barbaroux desde Caen, y el consejo que ella le da de retirarse sin pérdida de tiempo a Caen, tienden a presentar a Charlotte Corday como el instrumento de un complot tramado en Caen por los girondinos y los realistas²⁵⁷.

Según dijo Charlotte Corday, el plan había sido atacar a Marat en el Campo de Marte, el 14 de julio, durante la fiesta por el aniversario de la Revolución, o bien, si él no concurría, hacerlo en la Convención. Pero la fiesta fue aplazada y Marat, enfermo, no asistía a la Convención. Entonces ella le escribió para pedir que la recibiera. Al no recibir respuesta, le escribió nuevamente, apoyándose, jesuíticamente, en la bondad que le reconocía o de la que sus amigos le habían hablado. Decía en esa carta que era desdichada y que era perseguida. Con una presentación así estaba segura de ser recibida.

Con ese billete y un cuchillo escondido en su pañoleta, fue a la casa de Marat el 13 de julio a las siete horas de la tarde. Su mujer, Catherine Évrard, vaciló un instante, pero terminó por dejar entrar a la joven señorita al pobre apartamento del amigo del pueblo.

Marat, devorado por la fiebre desde hacía dos o tres meses, después de haber llevado una vida de fiera perseguida desde 1789, estaba sentado en una bañera cubierta, corrigiendo las pruebas de imprenta de su diario sobre una tabla atravesada. Fue allí donde Charlotte Corday d'Armont hirió en el pecho al Amigo del Pueblo, quien murió en el acto.

Tres días más tarde, el 16, otro amigo del pueblo, Chaliier, era guillotinado por los girondinos en Lyon.

Con Marat, el pueblo perdía a su amigo más fiel. Los historiadores girondinos, que han odiado a Marat, lo han representado como un loco sanguinario que ni siquiera sabía lo que quería. Pero hoy sabemos cómo se forman esas reputaciones. El hecho es que, en las épocas más sombrías de la Revolución, en 1790 y 1791, cuando veía que el heroísmo del pueblo no triunfaba sobre la monarquía, él escribía, efectivamente, que sería necesario cortar algunas miles de cabezas de aristócratas para hacer avanzar a la Revolución. Pero en el fondo de su espíritu él no era nada sanguinario. Solamente amaba al pueblo, él y también su heroica compañera Catherine Évrard²⁵⁸, con un amor infinitamente más profundo que el de todos sus contemporáneos a los que la Revolución puso de relieve. Y fue fiel a ese amor.

En cuanto comenzó la Revolución, Marat se puso a pan y agua, no en sentido figurado, sino en realidad. Y cuando fue asesinado se halló que toda la fortuna del Amigo del Pueblo consistía en un **asignado de veinticinco libras**.

De más edad que sus jóvenes camaradas en la Revolución, y más experimentado que ellos, Marat supo comprender, mucho mejor que todos sus contemporáneos, las diversas fases de la Revolución, y prever las siguientes. Puede decirse que fue el único, entre todos los hombres de la Revolución, que tuvo realmente la concepción y el golpe de vista de quien ve las cosas en conjunto y en sus múltiples relaciones²⁵⁹. Que haya tenido su parte de vanidad, se explica en parte por haber sido siempre molestado y perseguido, hasta en lo más fuerte de la Revolución, cuando cada nueva fase revolucionaria venía a probar la exactitud

de sus previsiones. El fondo de su genio consistía en haber comprendido lo que debía hacerse en cada momento para el **triunfo de la causa del pueblo**, el triunfo de la Revolución **popular**, no de una revolución abstracta, teórica.

Sin embargo, cuando la Revolución, después de la abolición concreta de los derechos feudales, necesitó dar un paso adelante para consolidar su obra; cuando se trató de proceder en forma tal que beneficiase a las capas sociales más profundas, dando a todos la seguridad de la vida y del trabajo, Marat no distinguió la verdad que había en las ideas de Jacques Roux, de Varlet, de Chalier, de L'Ange y de tantos otros. No pudiendo concebir él mismo la idea del profundo cambio comunista, cuyas formas posibles y realizables buscaban los precursores; temiendo además que la nación perdiera las libertades ya conquistadas, no dio a esos comunistas el apoyo necesario de su energía y de su inmensa influencia. No se hizo el portavoz del comunismo naciente.

“Si mi hermano hubiera vivido, decía la hermana de Marat, no hubieran sido guillotinado Danton ni Camille Desmoulins.” Tampoco los hebertistas. En general, si Marat comprendía los furores momentáneos del pueblo, y los consideraba necesarios en ciertos momentos, no fue seguramente partidario del Terror, tal como se practicó después de septiembre de 1793.

CAPÍTULO LIV

LA VENDÉE. LYON. EL MEDIODÍA

Si la insurrección fracasó en la Normandía y en la Bretaña, los contrarrevolucionarios tuvieron más éxito en el Poi-

tu (departamentos de Deux-Sèvres, Vienne y Vendée), en Burdeos, en Limoges, y también, en parte, en el Este. Hubo levantamientos contra la Convención montañesa en Besançon, en Dijon y en Mâcon, regiones donde, en 1789, como hemos visto, la burguesía había sido feroz con los campesinos rebeldes.

El Mediodía, trabajado hacía ya tiempo por los realistas, se sublevó en varios puntos. Marsella cayó en manos de los contrarrevolucionarios girondinos y realistas, nombró un gobierno provisional y quiso organizar una expedición contra París. Toulouse, Nîmes y Grenoble se alzaron también contra la Convención.

Toulon recibió una flota inglesa y española que tomó posesión de aquella plaza fuerte en nombre de Luis XVII. Burdeos, ciudad comercial, estuvo también dispuesta a alzarse incitada por los girondinos; y Lyon, donde la burguesía mercantil dominaba desde el 29 de marzo, se declaró en insurrección abierta contra la Convención y sostuvo un largo sitio, en tanto que los piemonteses, aprovechándose del desconcierto del ejército que debía tener a Lyon como base, entraban en Francia.

Las verdaderas causas del levantamiento de la Vendée no están aun suficientemente aclaradas. El apego de los campesinos a sus curas, hábilmente explotado por Roma, contribuyó mucho a sus odios contrarrevolucionarios; también había una vaga adhesión al rey en los campos vendeanos, y fácilmente los realistas conmovieron a aquellos campesinos hablándoles del pobre rey “que quería el bien del pueblo y fue guillotinado por los parisinos”; ¡Y cuantas lágrimas vertieron las mujeres por la suerte de aquel pobre

niño, el Delfín, encerrado en una cárcel! Los emisarios que llegaban de Roma, de Coblenza y de Inglaterra, provistos de bulas pontificias, de reales órdenes y de oro, manejaban oportunamente esos recursos, sobre todo cuando se sentían protegidos por la burguesía, es decir, por los ex negreros de Nantes y por los comerciantes, a quienes el gobierno inglés prodigaba promesas de apoyo contra los *sans-culottes*.

Finalmente también existía una razón, que por sí sola podía bastar para levantar provincias enteras: la leva de trescientos mil hombres, ordenada por la Convención para rechazar la invasión. Esa leva fue considerada en la Vendée como un atentado contra el derecho más sagrado del individuo, el de permanecer en su país natal.

Se puede pensar, no obstante, que hubo otros motivos para que los campesinos vendeanos se armaran contra la Revolución. Estudiando los documentos de la época, se advierten otras causas que debían producir en aquellos campesinos un profundo resentimiento contra las Asambleas Constituyente y Legislativa. El solo hecho de haber abolido la reunión plenaria de los habitantes de cada población, que se celebraba hasta que la abolió la Constituyente en diciembre de 1789 y la división de los campesinos en dos clases —ciudadanos activos y ciudadanos pasivos— que entregaba la administración de asuntos comunales, que interesaban a todos, a los elegidos sólo por los campesinos enriquecidos, constituyeron motivos suficientes para suscitar en la población rural el descontento contra la Revolución. Ésta se convertía en obra de los burgueses de la ciudad.

Es cierto que la Revolución admitió en principio la abolición de los derechos feudales y de la *mano muerta*;

pero, según parece, en el Oeste ésta ya no existía, y la abolición de los derechos feudales inicialmente sólo se hizo sobre el papel; y como la sublevación de los campos fue débil en las regiones del Oeste, los campesinos estaban obligados a pagar los tributos feudales como anteriormente.

Por otra parte —y esto fue muy importante para los campesinos— la venta de los bienes nacionales, cuya mayor parte —todos los bienes de la Iglesia— hubieran debido volver a los pobres, eran comprados por los burgueses de la ciudad, lo que aumentaba el odio. A todo esto hay que añadir el saqueo de las tierras comunales en beneficio de los burgueses, un saqueo que con sus decretos reforzó la Legislativa (ver capítulo XXVI).

Así la Revolución, aunque imponiendo nuevas cargas a los campesinos —impuestos, levas, requisas—, no les dio nada hasta agosto de 1793, salvo que, los propios campesinos, se hubieran apoderado de las tierras de los nobles o del clero²⁶⁰. En consecuencia, en las aldeas surgía un odio sordo contra las ciudades, y vemos que, en efecto, la sublevación era una guerra declarada por el campo a la ciudad, a los burgueses en general.

Por instigación de Roma, la insurrección estalló furiosa, sanguinaria, bajo la dirección de los curas y la Convención sólo podía oponerle contingentes insignificantes, mandados por generales incapaces o interesados en prolongar indefinidamente la guerra.

Los diputados girondinos, con ayuda de las cartas, ayudaron a que esto sucediera. La sublevación pudo extenderse y pronto se hizo tan amenazadora, que los montañeses, para ponerle fin, recurrieron a medidas odiosas.

El plan de los vendeanos consistía en apoderarse de todas las ciudades, exterminar en ellas a “los patriotas” republicanos, extender la insurrección por los departamentos vecinos y marchar seguidamente sobre París. A primeros de junio de 1793, los jefes vendeanos, Cathelineau, Lescure, Stofflet, La Rochejacquelein, a la cabeza de 40,000 hombres, se apoderaron efectivamente de la ciudad de Saumur, que les dio el Loire; después, franqueándolo, se apoderaron de Angers (17 de junio), y, ocultando hábilmente sus movimientos, cayeron rápidamente sobre Nantes, el puerto del Loire que los podía poner en contacto directo con la flota inglesa. El 29 y el 30 de junio, sus ejércitos, concentrados rápidamente, atacaban a Nantes; pero en esa empresa fueron batidos por los republicanos, perdieron a Cathelineau, el verdadero jefe demócrata del movimiento y tuvieron que abandonar Saumur, para retirarse a la orilla izquierda del Loire.

Fue necesario entonces un supremo esfuerzo de parte de la República para atacar a los vendeanos en su misma región, produciéndose una guerra de exterminio, que condujo a veinte o treinta mil vendeanos, seguidos por sus familias, al proyecto de emigrar a Inglaterra atravesando la Bretaña. Franquearon, pues, el Loire, de Sur a Norte y marcharon hacia el Norte; pero Inglaterra no quiso recibirlos, y los bretones los recibieron con frialdad, tanto más habiendo recobrado su predominio los patriotas bretones. Toda aquella masa de hambrientos y haraposos fue nuevamente rechazada hacia el Loire.

Ya hemos visto qué furor salvaje, excitados por los curas, animaba a los vendeanos desde el principio de su rebelión. Ahora la guerra tomó el carácter de guerra de ex-

terminio. En octubre de 1793 — es madame La Rochejaquelein quien lo dice— la consigna era: *¡No hay gracia!* El 20 de septiembre de 1793, los vendeanos llenaron el pozo de Montaigu con cuerpos aún vivientes de soldados republicanos apedreados. Charette, al tomar Noirmoutiers el 15 de octubre, hizo fusilar a todos los vencidos. Se enterraban hombres vivos hasta el cuello y se les hacía sufrir todo género de tormentos en la cabeza²⁶¹.

Por otra parte, cuando toda esa masa de hombres rechazados sobre el Loire, refluyó hacia Nantes, las cárceles de la ciudad comenzaron a llenarse de una manera amenazadora. En aquellos antros llenos de seres humanos hacían estragos el tifus y toda clase de enfermedades contagiosas, propagándose además a la ciudad agotada por el sitio. Como en París, después del 10 de agosto, los presos realistas amenazaban con degollar a los republicanos cuando “el ejército real” de los vendeanos se aproximara a Nantes. Y los patriotas sólo eran algunos centenares en aquella ciudad, que se había enriquecido con la trata de esclavos y el trabajo de los negros en Santo Domingo y que ahora se empobrecía a causa de la abolición de la esclavitud. La fatiga de los patriotas por impedir la toma de Nantes por un golpe de mano del “ejército real” y el consiguiente degüello de los republicanos, era de tal manera excesiva, que los hombres de las patrullas patriotas ya no podían más.

Entonces el grito “¡Todos al agua!”, que se venía repitiendo desde 1792, se hizo amenazador. Una locura, que Michelet comparó a la que se apodera de una ciudad durante la peste, se apoderó entonces de la parte más pobre de la población, y Carrier, el convencional en misión, cuyo

temperamento se prestaba demasiado a este género de furros, dejó hacer.

Se comenzó por los curas y se acabó por exterminar más de 2,000 hombres y mujeres encerrados en las cárceles de Nantes. En cuanto a la Vendée en general, el Comité de Salvación Pública, sin estudiar las causas del levantamiento de toda una región, contentándose con la explicación superficial del “fanatismo de esos brutos campesinos” y sin tratar de comprenderlos y de interesarlos por la República, concibió la idea salvaje de exterminar a los vendeanos y despoblar la Vendée. Se fundaron dieciséis campos atrincherados y se lanzaron doce “columnas infernales” sobre el país para asolarlo, quemar las cabañas y exterminar a sus habitantes.

Fácilmente se adivinan los frutos de ese sistema: la Vendée se convirtió en una cruenta llaga de la Revolución, que sangró durante dos años. Una inmensa región se perdió totalmente para la República, y la Vendée fue causa de las divisiones más sangrientas entre los propios montañeses.

Los levantamientos en Provenza y en Lyon tuvieron una influencia igualmente funesta sobre la marcha de la Revolución. Lyon era entonces una ciudad de industrias de lujo, donde muchos obreros – artistas tejían en sus casas finas sederías o bordaban en oro y plata. Toda esa industria quedó paralizada durante la Revolución, y la población lionesa se dividió en dos bandos hostiles: los obreros-maestros, los pequeños patrones y la burguesía alta y media se pronunciaron contra la Revolución; los obreros propiamente dichos, los que trabajaban para los pequeños patrones o en las industrias conexas del tejido se apasionaban por la Revolución, y plantaron los jalones del socialismo

que habría de desarrollarse en el siglo XIX. Estos seguían a Chalier, un comunista místico, amigo de Marat, que tenía gran influencia en la municipalidad, cuyas aspiraciones populares se parecían a las de la Comuna de París. Además L'Ange — un precursor de Fourier — y sus amigos, también hacían propaganda comunista.

Los burgueses por su parte escuchaban de buena gana a los nobles y sobre todo a los curas. En Lyon el clero tenía mucha influencia y se vio reforzado por una masa de curas emigrados provenientes de Saboya, mientras que la burguesía girondina, detrás de la cual se escondían los realistas, se había apoderado hábilmente de la mayor parte de las secciones.

El conflicto estalló, como hemos visto, el 29 de mayo de 1793. Hubo lucha en las calles y la burguesía triunfó. Chalier fue detenido y, débilmente defendido en París por Robespierre, y Marat fue ejecutado el 16 de julio. Las represalias de burgueses y realistas fueron terribles. La burguesía lionesa, girondina hasta entonces, alentada por las rebeliones del Oeste, hizo abiertamente causa común con los emigrados realistas; armó 20,000 hombres y puso la ciudad en estado de defensa contra la Convención.

Marsella se disponía a tender una mano a Lyon. Allí, los partidarios de los girondinos se sublevaron el 31 de mayo, y las secciones, que en su mayoría también pertenecían a los girondinos, inspiradas por el girondino Rebecqui que acudió apresuradamente, levantaron un ejército de 10,000 hombres que se dirigió a Lyon, con la intención de marchar desde allí sobre París, contra los montañeses. Ese levantamiento, como era natural, tomó en forma rápida un carácter francamen-

te realista. Otras ciudades del Mediodía – Toulon, Nîmes y Montauban – se unieron al movimiento.

No obstante, el ejército marsellés fue prontamente batido por las tropas de la Convención, mandadas por Carteaux, que entró victorioso en Marsella el 25 de agosto de 1793. Rebecqui se ahogó, pero una parte de los realistas vencidos se refugió en Toulon, y aquel gran puerto militar fue entregado a los ingleses. El almirante inglés tomó la ciudad, proclamó a Luis XVII rey de Francia, e hizo venir por mar un ejército de 8,000 españoles para guarecer Toulon y sus fuertes.

Durante ese tiempo entraron en Francia 20,000 piamonteses para socorrer a los realistas lioneses, y descendieron hacia Lyon por los valles del Sallenche, el Tarentaise y el Maurienne. Las tentativas del convencional Dubois-Crancé para entablar negociaciones con Lyon fracasaron. El movimiento había caído en poder de los realistas, y estos no entraban en razones. El comandante Précý, que había combatido en las filas de los Suizos el 10 de agosto, era uno de los fieles de Luis XVI. Muchos realistas a quienes se creía emigrados comparecieron en Lyon para combatir contra la República, y los jefes del partido realista se ponían de acuerdo con un agente de los príncipes, Imbert-Colomès, sobre los medios de unir la insurrección lionesa con las operaciones del ejército piamontés. Por último, el Comité de Salud Pública lionés tenía por secretario al general Roubies, padre del Oratorio, mientras que el comandante Précý se hallaba en relación con el agente de los príncipes y le pedía refuerzos de tropas piamontesas y austríacas.

Sólo faltaba someter a Lyon a un sitio en regla, lo que se inició el 8 de agosto por viejas tropas destacadas al efecto

del ejército de los Alpes, con cañones conducidos desde Besançon y Grenoble. Los obreros lioneses no querían la guerra contrarrevolucionaria, pero, no sintiéndose lo bastante fuertes para sublevarse, se escaparon de la ciudad sitiada para unirse al ejército de *sans-culottes* que, aun escaso de pan, lo repartió con 20,000 de aquellos fugitivos.

Entretanto Kellermann logró en septiembre rechazar a los piemonteses, y Couthon y Maignet, dos convencionales en misión, que habían levantado en Auvernia un ejército de campesinos armado de hoces, picas y horquillas, llegaron el 2 de octubre para reforzar a Kellermann. El 9, los ejércitos de la Convención tomaron posesión de Lyon.

Es triste decir que la represión republicana fue terrible. Couthon parecía inclinado a una política de pacificación, pero los terroristas se impusieron en la Convención, y se trató de aplicar en Lyon el plan que el girondino Imbert había propuesto para París, es decir, destruir a Lyon, de modo que sólo quedasen ruinas sobre las cuales se plantaría esta inscripción: *Lyon hizo la guerra a la libertad-Lyon ya no existe*. Pero ese plan insensato fue desechado y la Convención decidió que las casas de los ricos fueran demolidas, pero que las de los pobres fueran respetadas. La ejecución de este plan fue confiada a Collot d'Herbois, quien no pudo realizarlo por ser materialmente imposible: una ciudad no se demuele fácilmente. Pero debido a las ejecuciones y fusilamientos en masa a los que Collot recurrió, se causó un inmenso daño a la Revolución.

Los girondinos tenían grandes esperanzas en el levantamiento de Burdeos. Aquella ciudad "negociantista" efectivamente se levantó, pero la insurrección duró poco:

el pueblo no se entusiasmó; no creyó las acusaciones de “realismo y de orleanismo” lanzadas contra los montañeses, y cuando los diputados girondinos, evadidos de París, llegaron a Burdeos, estuvieron obligados a esconderse en la misma ciudad que, en sus sueños, iba a ser el centro del movimiento. Burdeos no tardó en someterse a los comisarios de la Convención.

En cuanto a Toulon, ciudad trabajada hacía ya mucho tiempo por los agentes ingleses y donde los oficiales de marina eran todos realistas, se entregó por completo a una flota inglesa. Los patriotas, poco numerosos, fueron apresados, y como los ingleses, sin pérdida de tiempo, armaron fortificaciones y construyeron otras nuevas, fue necesario un sitio en regla para recuperar la plaza, cosa que ocurrió en diciembre de 1793.

CAPÍTULO LV

LA GUERRA. LA INVASIÓN ES RECHAZADA

Después de la traición de Dumouriez y del arresto de los jefes girondinos, la República tuvo que emprender un nuevo trabajo de reorganización de sus ejércitos sobre una base democrática, y necesitó renovar todos los mandos superiores para reemplazar a los jefes girondinos y realistas por republicanos montañeses.

Tan difíciles eran las condiciones en que se realizaba esa renovación que, frente a una invasión extranjera, a levantamientos interiores y al trabajo subterráneo de las conspiraciones que los poseedores hacían en toda Francia

para hambrear a los ejércitos de *sans-culottes* y entregarlos al enemigo, sólo la exuberante energía de un país en revolución pudo llevarla a buen término. Casi todas las administraciones de los departamentos y de los distritos, que permanecían en manos de fuldenses y girondinos, hacían todo lo posible para que las provisiones y municiones no llegaran a los ejércitos.

Se necesitó todo el genio de la Revolución y toda la audacia juvenil de un pueblo despertado de su largo sueño, de toda la fe de los revolucionarios en un porvenir de igualdad, para llevar a buen fin la lucha titánica que los *sans-culottes* tuvieron que sostener contra la invasión y la traición. ¡Pero cuántas veces, el pueblo exangüe, estuvo a punto de sucumbir!

Si hoy la guerra puede devastar y arruinar provincias enteras, considérense los estragos que causaría más de un siglo atrás en una población mucho más pobre. En los departamentos próximos al teatro de la guerra se había segado el trigo, casi todo verde, para servir como forraje. La mayor parte de los caballos y animales de tiro eran requisados en todo el territorio en el que operaban los catorce ejércitos de la República. El pan les faltaba a los soldados, a los pobres de las ciudades y a los campesinos. Pero todo el resto también faltaba. En Bretaña y en Alsacia, los representantes en misión se vieron obligados a pedir a los habitantes de ciertas ciudades, como Brest o Estrasburgo, que se despojaran de sus zapatos para poder enviárselos a los soldados. Todos los cueros estaban requisados. Los zapateros estaban dedicados a fabricar calzado para los soldados, pero siempre faltaban los zapatos y se les entregaban zuecos. Es más, como se hizo

en el distrito de Estrasburgo, se crearon comités para requisar entre el vecindario “las baterías de cocina, calderas, cazuelas, cacerolas, baldes y otros objetos de cobre y plomo, lo mismo que cobre y plomo no trabajados”.

En Estrasburgo, los representantes y el municipio se vieron obligados a pedir a los habitantes vestidos, medias, zapatos, camisas, sábanas, mantas y ropa vieja, para vestir a los voluntarios andrajosos y también camas en las casas particulares para cuidar a los heridos. Pero todo eso era todavía insuficiente y, de tiempo en tiempo, los convencionales en misión se vieron forzados a imponer pesados impuestos revolucionarios que hacían pagar sobre todo a los ricos. Así ocurrió en Alsacia, donde grandes señores no querían renunciar a sus derechos feudales, en cuya defensa se había armado Austria. En el Mediodía, en Narbona, uno de los representantes de la Convención se vio obligado a requerir a todos los ciudadanos y ciudadanas de la ciudad para descargar las barcas y cargar los carros que tenían que transportar forrajes para el ejército²⁶².

Sin embargo, el ejército fue reorganizándose poco a poco: se eliminaron a los generales girondinos, y fueron reemplazados por jóvenes. Se veían por todas partes hombres nuevos, que no habían hecho de la guerra su oficio y que llegaban a los ejércitos con todo el entusiasmo de un pueblo en revolución. Rápidamente crearon una nueva táctica, que después se atribuyó a Napoleón: la táctica de las marchas rápidas y de las grandes masas que aplastaban al enemigo en sus cuerpos de ejército separados, antes de que pudieran reunirse. Miserablemente vestidos, en harapos, frecuentemente hambrientos y descalzos, pero inspirados

por el fuego sagrado de la Revolución y de la Igualdad, los voluntarios de 1793 alcanzaron victorias donde la derrota parecía segura. Al mismo tiempo los comisarios de la Convención desplegaron una energía feroz para alimentar, vestir y transportar a esos ejércitos. Hubo, sin duda, entre aquellos convencionales, algunas ovejas negras como Cambacérès. Hubo tontos, que se rodearon del fasto que después perdió a Bonaparte y hubo algunos corruptos. Pero fueron muy raras excepciones. Seguramente, casi todos los doscientos convencionales en misión, participaron de miserias y peligros junto con los soldados.

Todos esos esfuerzos produjeron el triunfo; y después de haber atravesado en agosto y septiembre un sombrío período de reveses, los ejércitos republicanos adquirieron preponderancia y contuvieron la invasión al principio del otoño.

En junio, después de la traición de Dumouriez, el ejército del norte, con sus generales casi a punto de luchar entre sí, estaba en plena derrota y amenazado por cuatro ejércitos que sumaban unos 118,000 hombres, entre ingleses, austríacos, hanoverianos y holandeses. Obligado a dejar su campo atrincherado y a refugiarse tras el Sarpe, abandonaba las fortalezas de Valenciennes y de Condé al enemigo y dejaba abierto el camino hacia París.

Los dos ejércitos que defendían el Mosela y el Rhin apenas contaban 60,000 combatientes, teniendo en contra a 83,000 prusianos y austríacos y un cuerpo de caballería compuesto por unos 6,000 emigrados. Custine, sobre cuya adhesión a la República había muchas sospechas, abandonó las posiciones ocupadas en 1792 y dejó a los alemanes ocupar la fortaleza de Maguncia, sobre el Rhin.

Por la parte de Saboya y de Niza, donde había que hacer frente a 40,000 piamonteses, sostenidos por 8,000 austríacos, no había más que el ejército de los Alpes y el de los Alpes Marítimos, ambos en completa desorganización a consecuencia de los levantamientos del Forez, de Lyon y de la Provenza.

Por los Pirineos entraron en Francia 23,000 españoles, y se encontraron frente a sólo unos 10,000 hombres, sin cañones y sin provisiones. Con la ayuda de los emigrados, el ejército español se apoderó de varias fortalezas y amenazó a todo el Rosellón.

Inglaterra inauguró en 1793 la táctica que siguió después en las guerras contra Napoleón. Sin avanzar mucho por sí misma, prefería ayudar pecuniariamente a las potencias de la coalición y aprovechar la debilidad de Francia para despojarla de sus colonias y arruinar su comercio exterior. En junio de 1793, el gobierno inglés declaró el bloqueo de todos los puertos franceses; y los buques ingleses, en contra de los usos del derecho internacional de la época, detuvieron a los barcos neutrales que llevaban víveres para Francia. Al mismo tiempo, favorecía a los emigrados importando armas y paquetes de proclamas para levantar la Bretaña y la Vendée, y preparaba la toma de los puertos de Saint-Malo, Brest, Nantes, Burdeos, Toulon, etcétera.

En el interior, había cien mil campesinos sublevados y fanatizados por los curas en la Vendée; la Bretaña se hallaba en fermentación y trabajada por los ingleses; en las grandes ciudades mercantiles, como Nantes, Burdeos y Marsella, la burguesía estaba enfurecida por la paralización de los “negocios” y se ponía en relación con los ingleses; Lyon y

Provenza, en plena rebeldía; el Forez trabajado por los curas y los emigrados, y, en el propio París, todos los que se habían enriquecido desde 1789 estaban impacientes por acabar con la Revolución y se preparaban a dar el asalto final.

En tales condiciones, los aliados se sentían tan seguros del restablecimiento de la monarquía y de poder colocar a Luis XVII en el trono, que les parecía cuestión de pocas semanas. Fersen, el confidente de María Antonieta, discutía ya con sus amigos la composición del Consejo de Regencia, en tanto que entre Inglaterra, España y Rusia se acordaba el plan de poner al conde de Artois a la cabeza de los descontentos de la Bretaña²⁶³.

Si los aliados se hubieran dirigido directamente a París, hubieran puesto a la Revolución en peligro; pero, ya fuese por temor a un nuevo 2 de septiembre, o porque preferían la posesión de las plazas fuertes, detuvieron su marcha para apoderarse de Valenciennes y de Maguncia. Maguncia se defendió y no capituló hasta el 22 de julio. Algunos días antes Condé se entregaba, después de una resistencia de cuatro meses; y el 26 de julio, después de un asalto de los aliados, Valenciennes capitulaba a su vez, con los aplausos de la burguesía, que durante todo el sitio había mantenido relaciones con el duque de York. Austria tomó posesión de esas dos plazas fuertes.

En el Norte, desde el 10 de agosto, estaba abierto el camino hacia París, para los aliados, que contaban más de 300,000 hombres entre Ostende y Basilea.

¿Qué retuvo una vez más a los aliados y les impidió marchar contra París para liberar a María Antonieta y al Delfín? ¿Fue el deseo de apoderarse previamente de las

fortalezas? ¿Fue el temor a la resistencia desesperada que podía oponer la Francia republicana? ¿O fue, lo que nos parece más probable, debido a consideraciones de orden diplomático?

Al no haberse publicado aún los documentos concernientes a la diplomacia francesa de aquella época, nos vemos reducidos a conjeturar. Sabemos, sin embargo, que durante el otoño de 1793, se entablaron negociaciones entre el Comité de Salvación Pública y Austria concernientes a la libertad de María Antonieta, del Delfín, de su hermana y de su tía madame Élisabeth. Sabemos también que Danton sostuvo hasta 1794 relaciones secretas con los *whigs* ingleses para detener la invasión inglesa. De un día a otro se esperaba en Inglaterra ver a Fox, el jefe de los *whigs*, derribar a Pitt, el jefe de los *torys*, y llegar al poder; y por dos veces (fin de enero de 1794, cuando la discusión de la respuesta al discurso de la corona, y el 16 de marzo siguiente) se esperó que el Parlamento inglés se pronunciase contra la continuación de la guerra a Francia²⁶⁴.

El hecho es que después de sus primeros triunfos los aliados no se dirigieron a París y se dedicaron nuevamente a sitiar fortalezas; el duque de York se dirigió a Dunkerque, cuyo sitio comenzó el 24 de agosto, y el duque de Cobourg sitió el Quesnoy.

Eso dio a la República un momento de reposo y permitió a Bouchotte, el ministro de Guerra que sucedió a Pache, reorganizar el ejército, reforzándolo con una leva de 600,000 hombres, y dotándolo de jefes republicanos. Mientras tanto Carnot, desde el Comité de Salvación Pública, trataba de dar más unidad a las acciones de los generales,

y los convencionales en misión llevaban el soplo revolucionario a los ejércitos. Así pasó el mes de agosto, durante el cual los reveses sufridos en la frontera y en la Vendée reanimaron las esperanzas de los realistas y sembraron el desaliento en buena parte de los republicanos.

Sin embargo, desde los primeros días de septiembre de 1793, los ejércitos de la República, aguijoneados por la opinión, tomaron la ofensiva en el Norte, sobre el Rhin y en los Pirineos. Esa nueva táctica tuvo éxito en el Norte, donde el duque de York, furiosamente atacado por los franceses de Hondschoote, se vio obligado a levantar el sitio de Dunkerque pero, fuera de allí, dio resultados dudosos.

El Comité de Salvación Pública se aprovechó de esos resultados para pedir y obtener de la Convención poderes casi dictatoriales "hasta llegar a la paz". Pero lo que más contribuyó a detener los progresos de la invasión fue que en todas partes los soldados, viendo surgir de sus filas a nuevos jefes francamente republicanos, que en pocos días, llegaban a los mandos superiores y estimulados por el ejemplo de los comisarios de la Convención que, también ellos, marchaban espada en mano a la cabeza de las columnas de asalto, hicieron prodigios de valor. El 15 y el 16 de octubre, a pesar de grandes pérdidas, los republicanos alcanzaron una primera gran victoria sobre los austríacos en Wattignies, tomada verdaderamente a bayoneta, puesto que la aldea, durante la batalla, cambió de dueño hasta ocho veces. Como consecuencia, los austríacos levantaron el sitio de Maubeuge, y aquella victoria ejerció sobre la marcha de los acontecimientos la misma influencia que la victoria de Valmy en 1792.

Lyon, como ya hemos visto, se rindió el 9 de octubre, y en diciembre fue recuperada Toulon, después de un sitio que comenzó el 8 frimario del año II (28 de noviembre de 1793) y continuó hasta el 26 frimario (16 de diciembre), cuando el “reducto inglés” y los fuertes de la Éguillette y de Balagnier fueron tomados a viva fuerza. Entonces la escuadra inglesa incendió los buques franceses amarrados en el puerto, haciendo lo mismo con los arsenales, canteras y almacenes, y seguidamente dejó la rada, abandonando a la venganza de los republicanos a los realistas que le habían entregado la ciudad.

Por desgracia la venganza fue furiosa y dejó un odio profundo en los corazones.

Ciento cincuenta personas, en su mayor parte oficiales de marina, fueron ametralladas en masa, y después de lo cual vino la venganza al detalle de los tribunales revolucionarios.

En Alsacia y sobre el Rhin, donde los ejércitos de la República debían combatir a prusianos y austríacos, se vieron obligados desde el principio a abandonar su línea de defensa alrededor de Wisembourg, dejando abierto el camino de Estrasburgo, donde la burguesía llamaba a los austríacos exhortándolos a que se presentaran con urgencia a tomar posesión de la ciudad en nombre de Luis XVII. Afortunadamente los austríacos no se preocupaban demasiado por reforzar la monarquía en Francia, y así tuvieron tiempo Hoche y Pichegru, ayudados por Saint-Just y Lebas, que representaban a la Convención, para reorganizar el ejército y tomar por sí mismos la ofensiva. Hoche derrotó a los austríacos en Genisberg el 5 nivoso (25 de diciembre) y levantó el sitio de Landau.

Pero llegó el invierno y se terminó la campaña de 1793 sin más acontecimientos que destacar de una u otra parte. Los ejércitos de Austria y de Prusia, de hessianos, holandeses, piemonteses y españoles permanecían en las fronteras; pero el empuje de los aliados se había amortiguado. Prusia quiso retirarse de la alianza y fue preciso que Inglaterra tomase en la Haya (28 de abril de 1794) el compromiso de pagar al rey de Prusia la suma de 7'500,000 francos y una contribución de 1'250,000 francos cada año, para que éste se comprometiera a sostener un ejército de 62,400 hombres destinados a combatir a Francia.

En la primavera siguiente comenzó nuevamente la guerra, pero la República pudo luchar en condiciones más ventajosas que en 1792 y 1793. Merced al impulso que supo dar a las clases más pobres, la Revolución se liberó poco a poco de los enemigos exteriores que trataron de ahogarla. Pero todo esto al precio de unos sacrificios, unas convulsiones interiores y una alienación de libertad, que iban a matar a la propia Revolución, entregando la nación al despotismo de un "salvador" militar.

CAPÍTULO LVI

LA CONSTITUCIÓN. EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO

Ha sido necesario exponer ampliamente los movimientos contrarrevolucionarios en Francia y las diversas peripecias de la guerra en las fronteras, antes de volver a ocuparnos de la actividad legislativa de la Convención y de los acon-

tecimientos de París. Estos serían incomprensibles sin el conocimiento de aquellos; porque la guerra lo dominaba todo, absorbía las mejores fuerzas de la nación y paralizaba los esfuerzos revolucionarios.

La misión principal para la que había sido convocada la Convención consistía en la elaboración de una nueva Constitución republicana. La Constitución de 1791, monárquica, dividía el país en dos clases, una de ellas privada de todos los derechos políticos, y, por tanto, no podía ser conservada. De hecho, había cesado de existir. En cuanto la Convención se reunió (el 21 de septiembre de 1792), se ocupó de la nueva Constitución. El 11 de octubre nombró ya un Comité de Constitución, compuesto, como podía esperarse, en su mayor parte de girondinos (Sieyès, el inglés Tomas Paine, Brissot, Pétion, Vergniaud, Gensonné, Condorcet, Barère y Danton). El girondino Condorcet, el célebre matemático y filósofo que, desde 1774, se ocupaba con Turgot de reformas políticas y sociales, y que fue uno de los primeros en declararse republicano después de Varennes, fue el autor principal del proyecto de Constitución y de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que acompañaba aquel proyecto.

Es evidente que la primera cuestión que se suscitó en la Convención fue la de saber a cuál de los dos partidos que se disputaban el poder se aprovecharía de la nueva Constitución. Los girondinos quisieron hacer de ella un arma de combate, que les permitiera detener la Revolución en el 10 de agosto. Los montañeses, no considerando terminada la obra de la Revolución, hicieron todo lo posible para impedir la discusión definitiva de la Constitución en tanto que no hubieran logrado paralizar a girondinos y realistas.

Ya antes de la condena de Luis XVI, los girondinos, con la esperanza de salvar al rey habían presionado a la Convención para que aceptara su Constitución; y después, en marzo y abril de 1793, cuando vieron surgir en el pueblo tendencias comunistas dirigidas contra los ricos, la presionaron nuevamente para que se adoptara el proyecto de Condorcet. Se apresuraban a “restablecer el orden” para disminuir la influencia que los revolucionarios ejercían en las provincias por intermedio de los municipios y de las secciones de *sans-culottes*, y en París por la Comuna.

La ley municipal de diciembre de 1789 dio a los municipios un poder considerable, que resultaba tanto mayor por el hecho de haber sido abolidos en provincias todos los órganos del poder central. A ello se debió que la Revolución de 1793 encontrase su mejor apoyo en las secciones. Se comprende entonces que los montañeses tendieran a conservar ese poderoso instrumento de su acción²⁶⁵.

Pero esto es así también porque los girondinos, en el proyecto de Constitución, que sólo el levantamiento del 31 de mayo impidió que impusieran a Francia, se habían esmerado en romper las comunas, en abolir su existencia independiente y en reforzar los directorios de departamento y de distrito, órganos de los propietarios y de las “personas honradas”. Para llegar a esto demandaban la abolición de las grandes comunas y de las municipalidades comunales, y la creación de una nueva, de una tercera serie de unidades **burocráticas**, los **directorios de cantón**, a los que llamaban “municipalidades cantonales”.

Si ese proyecto hubiera sido aceptado, las comunas que representaban, no un engranaje de la administración,

sino colectividades que poseían tierras, edificios, escuelas, etc., en común, hubieran desaparecido para ser reemplazados por aglomeraciones puramente **administrativas**.

Las municipalidades rurales solían tomar el partido de los campesinos, y las municipalidades de las grandes ciudades, al igual que sus secciones, con frecuencia representaban los intereses de los ciudadanos pobres. Era preciso entonces dar a los burgueses acomodados un órgano que reemplazara a esas municipalidades, y los girondinos evidentemente esperaban hallarlo en un directorio cantonal que se relacionara con los directorios de departamento y de distrito — eminentemente burocráticos y conservadores, como ya lo hemos visto — más que con el pueblo.

En este punto, esencial en nuestro concepto, se separan completamente los dos proyectos de Constitución, el girondino y el montañés.

Otro cambio importante que los girondinos trataron también de introducir, y que fue rechazado por el Comité de Constitución, consistía en las dos Cámaras, o a falta de ellas, una división del cuerpo legislativo en dos secciones, como se hizo después en la Constitución del año III (1795), después de la reacción de termidor y la vuelta de los girondinos al poder.

Es cierto que el proyecto de Constitución de los girondinos en determinados aspectos parecía muy democrático, ya que confiaba a las asambleas primarias de los electores, además de la elección de sus representantes, la de los funcionarios de la tesorería, de los tribunales, del Tribunal Supremo y de los ministros²⁶⁶, e introducía el **referéndum** o la legislación directa. Pero el nombramiento de los mi-

nistros por los cuerpos electorales — admitiendo que fuese posible en la práctica — no hubiera hecho más que crear dos autoridades rivales, la Cámara y el Ministerio, ambas procedentes del sufragio universal y, en lo que respecta al referéndum, éste estaba sometido a reglas tan complicadas que lo volvían ilusorio²⁶⁷.

Por último, aquel proyecto de Constitución y la Declaración de derechos que la precedía establecían, de una manera más concreta que la Constitución de 1791, los derechos del ciudadano, la libertad de las opiniones religiosas y del culto, la libertad de prensa y de todo otro medio de publicar el pensamiento. En cuanto a las aspiraciones comunistas que se manifestaban en el pueblo, la Declaración de los Derechos se limitaba a consignar que “los socorros públicos son una deuda sagrada de la sociedad”, y que la sociedad debe la instrucción igualmente a todos sus miembros.

Se entiende que este proyecto suscitara dudas cuando fue presentado a la Convención el 15 de febrero de 1793. La Convención, bajo la influencia de los montañeses trató de ganar tiempo y pidió que se presentaran otros proyectos y nombró una Comisión llamada de los Seis, para el análisis de todos los proyectos que se presentaran. La discusión sobre el dictamen de la Comisión no comenzó hasta el 17 de abril.

Sobre los principios generales de la Declaración de los Derechos hubo fácil acuerdo, evitando lo que podía alentar a los *enragés*. Así, Robespierre pronunció el 24 de abril un largo discurso que, como observa Aulard²⁷¹, estaba vagamente teñido de lo que llamamos “socialismo”, en el que decía: “es preciso declarar que el derecho de propiedad está

limitado, como todos los otros, por la obligación de respetar los derechos ajenos; ese derecho no puede perjudicar a la seguridad, a la libertad, a la existencia ni a la propiedad de nuestros semejantes"; y que "todo tráfico que viole ese principio es esencialmente ilícito e inmoral". Demandaba también que se proclamara el derecho al trabajo, aunque bajo una forma muy anodina: "La sociedad está obligada a proveer a la subsistencia de todos sus miembros, ya sea proporcionándoles trabajo, ya sea asegurando los medios de existir a los que no pueden trabajar"²⁶⁹.

La Convención aplaudió ese discurso, pero se negó a introducir en la Declaración de Derechos los cuatro artículos en los que Robespierre había expresado sus ideas sobre la propiedad y, ni el 29 de mayo, cuando la Convención, en vísperas del levantamiento del 31, aceptó por unanimidad la Declaración de los Derechos, ni el 23 de junio, cuando adoptó definitivamente la Declaración ligeramente revisada, se pensó en introducir en ella las ideas sobre las limitaciones del derecho de propiedad que Robespierre había resumido en sus cuatro artículos.

Pero donde las concepciones de los montañeses se separaron enteramente de las de los girondinos fue el 22 de mayo, en la discusión sobre la abolición de las municipalidades comunales y la creación de los directorios cantonales. Los montañeses se declararon resueltamente contra esa abolición, tanto más que los girondinos querían destruir la unidad de París y de la Comuna, al plantear que cada ciudad de más de 50,000 habitantes se dividiera en varias municipalidades. La Convención adoptó la opinión de los montañeses y desechó el proyecto girondino de "municipalidades cantonales".

Sin embargo, los acontecimientos se precipitaban. Se estaba en las vísperas del levantamiento de París que iba a obligar a la Convención a expulsar a los principales girondinos, y era indudable que esa eliminación provocaría la guerra civil en varios departamentos. Se imponía la necesidad de que la Convención enarbolase con urgencia una bandera que pudiera reunir bajo sus pliegues a los republicanos de las provincias. Ante esta consideración, la Convención decidió el 30 de mayo, a propuesta del Comité de Salvación Pública, que la Constitución se redujera a los únicos artículos que importaba hacer irrevocables y puesto que una Constitución así reducida podía redactarse en pocos días, nombró el 30 de mayo una comisión de cinco miembros —Hérault de Séchelles, Ramel, Saint-Just, Mathieu y Couthon—, encargados de presentar “en el más breve plazo” un plan de Constitución reducida a sus artículos fundamentales.

Con los principales girondinos arrestados el 2 de junio, la Convención “depurada” comenzó el 11 de junio la discusión del nuevo plan de Constitución, elaborado por su comisión, sin chocar con la oposición de la Gironda. La discusión duró hasta el día 18. Después, la Declaración de Derechos (adoptada, como hemos visto, el 29 de mayo) fue ligeramente revisada para ponerla en concordancia con la Constitución, y, presentada el 23, fue adoptada el mismo día. El día siguiente, 24 de junio, la Constitución se aprobó en segunda lectura, y la Convención la envió en seguida a las asambleas primarias para someterla al voto del pueblo.

La Constitución montañesa tenía este rasgo distintivo: conservaba íntegramente las municipalidades. “¿Podemos

— decía Héroult de Séchelles — no conservar las municipalidades, por numerosas que sean? Sería una ingratitud hacia la Revolución y un crimen contra la libertad. ¡Qué digo! **Sería verdaderamente aniquilar el gobierno popular.**” “No — añadía después de haber lanzado algunas frases sentimentales —, no, **la idea de reducir las municipalidades no ha podido nacer sino en la cabeza de los aristócratas, desde donde ha caído en la cabeza de los moderados**”²⁷⁰.

Para el nombramiento de los representantes, la Constitución de 1793 introducía el sufragio universal directo, por escrutinio de distrito (50,000 habitantes); para el nombramiento de administradores del departamento y de los distritos, establecía el sufragio en segundo grado, y el de tercer grado para nombrar a los veinticinco miembros del Consejo Ejecutivo, que debía renovarse cada año por mitades. La Asamblea Legislativa se elegía por un año, y sus actos se dividían en dos categorías: los decretos, que eran inmediatamente ejecutivos, y las leyes, para las cuales el pueblo podía pedir el **referéndum**.

Pero en la Constitución montañesa, como en el proyecto girondino, el derecho del **referéndum** era ilusorio. Primero, porque casi todo podía hacerse por decretos, lo que excluía el referéndum. Y para obtener éste se necesitaba que “en la mitad más uno de los departamentos, la décima parte de las asambleas primarias de cada uno de ellos, regularmente formados”, reclamara contra una nueva ley dentro de los cuarenta días del envío de la ley propuesta.

Por último, la Constitución garantizaba a todos los franceses “la libertad, la seguridad, la propiedad, la deuda pública, el libre ejercicio de los cultos, una instrucción co-

mún, socorros públicos, la libertad indefinida de la prensa, el derecho de petición, el derecho de reunirse en sociedades populares, el disfrute de todos los derechos del hombre”.

En cuanto a las leyes sociales que el pueblo esperaba de la Constitución, Héroult de Séchelles las prometió para después. Primeramente el orden: después se vería lo que se puede hacer por el pueblo. Sobre este asunto, la mayoría de los girondinos y de los montañeses se hallaba perfectamente de acuerdo²⁷¹.

Sometida a las asambleas primarias, la Constitución de 24 de junio de 1793 fue votada casi unánimemente y hasta con entusiasmo. La República se componía entonces de 4,944 cantones, y cuando se conocieron los votos de 4,520 cantones, se halló que la Constitución había sido aceptada por 1'801,918 votos contra 11,610.

Esta Constitución se proclamó con mucha pompa en París el 10 de agosto, y en los departamentos ayudó a paralizar las insurrecciones girondinas, que ya no tenían razón de ser, porque se desvanecía la calumnia de los girondinos que atribuía a los montañeses el propósito de restablecer la monarquía con un duque de Orleans. Por otra parte, la Constitución de 1793 fue tan bien acogida por la mayoría de los demócratas que fue después, por más de un siglo, el **credo** de la democracia.

En aquel punto, la Convención, convocada precisamente para dar una Constitución republicana a Francia, debía disolverse; pero en aquellas circunstancias, con la invasión, la guerra y los levantamientos de la Vendée, de Lyon, de Provenza, etc., la Constitución era inaplicable; era imposible que la Convención se disolviera, y que sometiera la República a los riesgos de nuevas elecciones.

Robespierre expuso esa idea en el Club de los Jacobinos al día siguiente de la promulgación de la Constitución, y los numerosos delegados de las asambleas primarias, llegados a París para asistir a esa promulgación, fueron de la misma opinión. El 28 de agosto, el Comité de Salvación Pública expresó la misma idea en la Convención, y ésta, después de seis semanas de vacilación, decretó al fin, después de los primeros triunfos del gobierno de la República en Lyon, es decir, el 10 de octubre de 1793, que el gobierno de Francia seguirá siendo “revolucionario” hasta la paz. Así se conservaba de hecho, si no de derecho, la dictadura de los Comités de Salvación Pública y de Seguridad General, que fue reforzada en septiembre por la ley de los sospechosos y la ley sobre los comités revolucionarios.

CAPÍTULO LVII

AGOTAMIENTO DEL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO

Con el movimiento del 31 de mayo de 1793 la Revolución logró arribar a lo que constituyó su obra magistral: la abolición definitiva, sin rescate, de los derechos feudales y la abolición del despotismo real. Pero, hecho esto, la Revolución se detuvo. La masa del pueblo quería ir más lejos; pero aquellos a quienes la revolución misma puso a la cabeza del movimiento no se atrevieron a dar un paso más; no quisieron que la Revolución atacara a las fortunas de la burguesía, como había atacado a las de la nobleza y a las del clero, y emplearon todo su ascendiente en detener, en contener y en destruir esa tendencia. Los más avanzados y

más sinceros de entre ellos, al acercarse al poder, respetaron a la burguesía, aunque la detestaban; pusieron sordina a las oposiciones igualitarias; se detuvieron ante la consideración sobre el qué diría de ellos la burguesía inglesa; se convirtieron a su vez en “hombres de Estado”, y trabajaron para constituir un gobierno fuerte, centralizado, cuyos organismos lo obedecieran ciegamente. Y cuando lograron constituir ese poder, sobre los cadáveres de aquellos que juzgaron demasiado avanzados, aprendieron, al subir ellos mismos al cadalso, que al matar el partido avanzado habían matado a la Revolución.

Después de haber sancionado por la ley lo que los campesinos habían pedido y hecho aquí y allá, durante cuatro años, la Convención no supo emprender nada orgánico. Exceptuando los asuntos de defensa nacional y de educación, su obra quedó signada por la esterilidad. Los legisladores sancionaron todavía la formación de los Comités revolucionarios y pagaron a los *sans-culottes* pobres que dieron su tiempo al servicio de las secciones y de los Comités; pero esas medidas de apariencia democrática, no eran ya de demolición o de creación revolucionaria, sólo fueron medios de organización del poder.

Era fuera de la Convención y del Club de los Jacobinos —en la Comuna de París, en algunas secciones de la capital y de las provincias y en el Club de los Cordeleros— donde se encontraban algunos hombres que comprendían que para consolidar las conquistas revolucionarias era indispensable seguir adelante, y trataban de formular las aspiraciones de orden social cuya aparición se advertía en las masas populares.

Aquellos hombres trataban de constituir a Francia como un agregado de 40,000 comunas, en correspondencia continua entre ellas y representando otros tantos centros de la democracia extrema²⁷², que trabajarían para establecer “la igualdad de hecho” o, como se decía entonces, “la igualación de las fortunas”; trataron de desarrollar los gérmenes de comunismo municipal que la ley del máximum había reconocido; impulsaron la nacionalización del comercio de los principales artículos de consumo, en la que veían el medio de combatir el acaparamiento y la especulación; intentaron, por último, impedir la formación de las grandes fortunas y romper y dispersar las que ya se habían constituido.

Pero dueño del poder, y aprovechando la fuerza que se había constituido entre las manos de los dos Comités, el de la Salvación Pública y el de Seguridad, cuya autoridad aumentaba con los peligros de la guerra, la burguesía revolucionaria aniquiló a los que llamaba *enragés* o “anarquistas” —para sucumbir a su vez en terror, bajo la acción de la burguesía contrarrevolucionaria—²⁷³. Entonces, una vez detenido el impulso revolucionario por la ejecución de los revolucionarios avanzados, pudo establecerse el Directorio, y Bonaparte no tuvo que hacer más que apoderarse del poder centralizado, establecido por los revolucionarios jacobinos, para hacerse cónsul y más tarde emperador.

En tanto los montañeses luchaban contra los girondinos, requerían del apoyo de los revolucionarios populares. En marzo y en abril de 1793 parecían dispuestos a ir más lejos con los proletarios; pero, llegados al poder, sólo pensaron en constituir un partido **medio**, colocado entre los *enragés* y los contrarrevolucionarios; consideraron como enemigos a

los que representaban las tendencias igualitarias del pueblo; los aniquilaron, y aniquilaron al mismo tiempo todas las tentativas de organización en las secciones y en la Comuna.

El hecho es que la mayoría de los montañeses, salvo raras excepciones, no conocía las necesidades del pueblo, conocimiento necesario para constituir un partido de revolución popular. El hombre del pueblo, con su miseria, su familia frecuentemente hambrienta y sus aspiraciones igualitarias todavía vagas y flotantes, les resultaba extraño; era más bien el individuo abstracto, la unidad de una sociedad democrática, lo que les interesaba.

A excepción de algunos montañeses avanzados, cuando un convencional en misión llegaba a una ciudad de provincia, las cuestiones del trabajo y del bienestar en la República y el que se disfrutara igualitariamente de los bienes disponibles, apenas le interesaba. Enviado para organizar la resistencia a la invasión y levantar el espíritu patriótico, actuaba como un funcionario democrático, para quien el pueblo no era más que el elemento que debía ayudarlo a realizar los propósitos del gobierno.

Si se presentaba en la Sociedad Popular de la localidad, era porque, considerando a la municipalidad “gangrenada por la aristocracia”, la Sociedad Popular lo ayudaba a “depurar a la municipalidad”, a organizar la defensa nacional y atrapar a los traidores.

Si golpeaba a los ricos con los impuestos, frecuentemente muy gravosos, era porque los ricos, “gangrenados por el negociantismo”, simpatizaban con los fuldenses o con los “federalistas”, y ayudaban al enemigo. Era además porque con esos gravámenes se hallaban los medios de alimentar y vestir a los ejércitos.

Si proclamaba la igualdad en una ciudad, si prohibía el pan blanco e imponía a todos el pan negro o el de habas, era para alimentar a los soldados. Y cuando un agente del Comité de Salvación Pública organizaba una fiesta popular y escribía a Robespierre que había reunido a tantos ciudadanos y jóvenes patriotas, ejercía un acto de propaganda de patriotismo guerrero.

También sorprende, cuando se leen las cartas dirigidas por los representantes en misión²⁷⁴, encontrar tan poco sobre las grandes cuestiones que apasionaban a la masa de campesinos y obreros. Tres o cuatro únicamente entre doscientos fijaron su atención en tales asuntos.

La Convención abolió los derechos feudales y ordenó quemar sus títulos, operación que realizó con manifiesta mala voluntad; autorizó la devolución a las comunas rurales de las tierras que les habían sido usurpadas bajo diversos pretextos doscientos años antes, y pareciera natural que se activara la ejecución de esas medidas para despertar el entusiasmo revolucionario de las poblaciones; pero en las cartas de los convencionales en misión no se halla casi nada sobre el cumplimiento de tales medidas²⁷⁵. En cuanto a las interesantes cartas del joven Jullien, dirigidas al Comité de Salvación Pública, o a su amigo y protector Robespierre, sólo una vez mencionan que él había hecho quemar títulos feudales²⁷⁶. Asimismo se menciona incidentalmente este hecho en cartas de Collot d'Herbois²⁷⁷.

Hasta cuando los convencionales hablaban de abastecimiento —y a eso se veían obligados con frecuencia—, no llegaban nunca al fondo de la cuestión. Sólo hay una carta de Jeanbon Saint-André, de 26 de marzo de 1793, que es

una excepción de la regla, y hay que tener en cuenta que es anterior al 31 de mayo, ya que después él también se volvió contra los revolucionarios avanzados²⁷⁸. Escribiendo desde Lot-et-Garona, uno de los departamentos más favorables a la Revolución, Jeanbon pedía a sus colegas del Comité que se hicieran cargo de los peligros de la situación. “La situación es tal –decía– que si nuestro valor no produce una de esas ocasiones extraordinarias que levantan el espíritu público y le dan una nueva fuerza, no hay esperanza. Las perturbaciones de la Vendée y de los departamentos vecinos son inquietantes, sin duda, pero son peligrosas únicamente porque el santo entusiasmo de la libertad está sofocado en todos los corazones. En todas partes se siente el cansancio revolucionario. Los ricos detestan a la Revolución, los pobres carecen de pan...”, y “todos los que antes se llamaban moderados, que en cierto modo hacían causa común con los patriotas y que al menos querían una revolución cualquiera, hoy ya no la quieren... digamos la palabra, quieren la contrarrevolución...”. Hasta las municipalidades eran débiles o corruptas en todos los lugares que recorrieron aquellos dos representantes.

Jeanbon Saint-André solicitaba, entonces, medidas **grandes** y rigurosas, y terminada su carta vuelve a esas medidas en una posdata. “El pobre no tiene pan; el grano no falta, pero está escondido... Se necesita imperiosamente hacer que el pobre viva si se quiere que ayude a terminar la Revolución. Un decreto **ordenando la recolección general de todos los granos** sería muy útil, sobre todo si se añadiera una disposición estableciendo **graneros públicos formados con lo superfluo de los particulares**”. Y Jeanbon

Saint-André suplicaba a Barère que tomase la iniciativa de esas medidas²⁷⁹.

¡No había forma de interesar a la Convención en tales asuntos!

La afirmación del régimen montañés era lo que le interesaba a los convencionales. Pero, iguales en esto a todos los hombres de gobierno que los han precedido y a los que los seguirán, no era en el establecimiento del bienestar general, donde buscaban su basamento. Era en el debilitamiento o, en caso necesario, el exterminio de los enemigos de ese régimen. Rápidamente se apasionaron por el Terror, pero como medio de abatir a los enemigos de la República democrática. Nunca se los vio apasionarse por medidas de gran envergadura económica, ni siquiera por aquellas que en ciertos momentos, ellos mismos habían votado bajo la presión de los acontecimientos.

CAPÍTULO LVIII

EL MOVIMIENTO COMUNISTA

Ya en los *cahiers* de 1789, como lo ha observado Chassin, se hallan ideas que hoy se clasificarían como socialistas. Rousseau, Helvétius, Mably, Diderot, etc., ya habían presentado las desigualdades de fortuna y la acumulación de lo superfluo en manos de algunos como el gran obstáculo al establecimiento de la libertad democrática. Esas ideas se formularon en los primeros momentos de la Revolución.

Turgot, Sieyès y Condorcet vinieron a afirmar que la igualdad de los derechos políticos no representaría aún nada

sin la igualdad de hecho. Condorcet decía: “La igualdad representa el objetivo final del arte social, puesto que la desigualdad de las riquezas, la desigualdad de Estado y la desigualdad de instrucción son la causa principal de todos los males”²⁸⁰. Y las mismas ideas tuvieron eco en varios *cahiers* de los electores, que pedían, ya sea el derecho de todos a la posesión del suelo, ya “la igualación de las fortunas”.

Hasta puede decirse que el proletariado parisino planteaba entonces sus reivindicaciones y encontró hombres que supieron expresarlas bien. La idea de clases distintas con intereses opuestos se halla claramente expresada en el *Cahier des pauvres* del distrito de Saint-Étienne du Mont, por un tal Lambert, “amigo de los que no tienen nada”. Trabajos productivos, salario insuficiente (el *living wage* de los socialistas ingleses), la lucha contra el *laissez faire* de los economistas burgueses, la oposición de la cuestión social respecto de la cuestión política, ya se encuentran allí²⁸¹.

Después de la toma de las Tullerías, y más aún después de la ejecución del rey, es decir, en febrero y marzo de 1793, comenzó la propaganda abierta de esas ideas; y parece, así por lo menos lo afirma Baudot, que si los girondinos se manifestaron tan encarnizados defensores de la propiedad, fue a causa del temor que les inspiró la influencia que tomaba en París la propaganda igualitaria y comunista²⁸².

Algunos girondinos, especialmente Rabaut Saint-Étienne y Condorcet, sintieron la influencia de ese movimiento. Condorcet bosquejó en su lecho de muerte un plan de “mutualidad”, de seguro entre todos los ciudadanos, contra todo lo que pudiera llevar a un trabajador acomodado a una situación en la que se viera obligado a

vender su trabajo a precio vil. Rabaut pedía que se despojase a los ricos de sus grandes fortunas, ya fuese por un impuesto progresivo, ya fuese imponiendo por la ley “una derivación natural de lo superfluo del rico” a los establecimientos de utilidad pública. “Las grandes riquezas son un obstáculo que se opone a la libertad”, decía, repitiendo una fórmula por entonces muy ampliamente difundida. Hasta se lo pudo ver a Brissot dedicado un tiempo a buscar el justo medio burgués frente a la corriente popular, a la que, poco después, atacó con ferocidad²⁸³.

Algunos montañeses fueron más lejos, así Billaud-Varenne, en un opúsculo publicado en 1793, habla abiertamente contra la gran propiedad²⁸⁴. Se rebelaba contra la idea de Voltaire de que el obrero tiene que ser aguijoneado por el hambre para que trabaje, y demandaba (p. 103) que se declarara que ningún ciudadano podría poseer más de una cantidad fija de arpentas de tierra, y que nadie podría heredar más de 20,000 a 25,000 libras. Consideraba que la causa primera de los males sociales consiste en que hay hombres que se hallan “bajo la dependencia directa y no recíproca de otro; porque así se forma el primer eslabón de la cadena de la esclavitud”. Se mofaba de las pequeñas propiedades fragmentarias que se quería dar a los pobres, “cuya existencia siempre sería precaria y miserable, puesto que se presta a la arbitrariedad”. Más adelante decía que se oye un grito (P. 129): “**¡Guerra a los palacios, paz a las cabañas!** Ayudemos a la consagración de esta regla fundamental: **Ningún ciudadano está dispensado de ejercer una profesión; ningún ciudadano debe hallarse imposibilitado de ejercer un oficio**”.

La idea de Billaud-Varenne sobre la herencia fue recogida, como es sabido, por la Asociación Internacional de los Trabajadores en su Congreso de Basilea, en 1869; pero hay que tener en cuenta que entre los montañeses, Billaud-Varenne era uno de los más avanzados.

Otros, como por ejemplo Le Pelletier, se limitaban a pedir lo que La Internacional demandaba bajo el nombre de “instrucción integral”, es decir, la enseñanza de un oficio manual a cada adolescente; mientras que otros se limitaban a pedir “la restitución de las propiedades” por la Revolución (Harmand) y la limitación del derecho de propiedad.

Sin embargo, sobre todo fuera de la Convención en los medios populares, en algunas secciones —como la de Graviilliers—, en el Club de los Cordeleros, y no ciertamente en el de los Jacobinos, es donde han de buscarse los portavoces de los movimientos comunialistas y comunistas de 1793 y 1794. Y hasta hubo una tentativa de libre organización entre los que entonces eran llamados los *enragés*, es decir, los que tendían a la revolución igualitaria en un sentido social. Después del 10 de agosto de 1792 se constituyó, aparentemente bajo el impulso de los federados llegados a París, una especie de unión entre los delegados de las 48 secciones de París, del Consejo General de la Comuna y de los “defensores reunidos de los 84 departamentos”. Y cuando en febrero de 1793 comenzaron en París los movimientos contra los agiotistas, ya mencionados (capítulo XLIII), los delegados de esta organización se presentaron a la Convención el 3 de noviembre para demandar medidas enérgicas contra el agio. En sus discursos se ve ya en germen la idea que después sirve de base al mutualismo y al Banco

del Pueblo de Proudhon, consistente en que todos los beneficios que resulten del cambio en los bancos, puesto que son producto de **la confianza pública de todos en todos**, redunden en favor de toda la nación, no de particulares.

No se conocen todavía bastante esos movimientos confusos que se manifestaban en el pueblo de París y de las grandes ciudades en 1793 y 1794, aunque se los comienza a estudiar; pero lo cierto es que el movimiento comunista, representado por Jacques Roux, Varlet, Dolivier, Chalier, Lelerc, L'Ange (o Lange), Rose Lacombe, Boissel y algunos más, tuvo una profundidad, en un principio desconocida, pero ya entrevista por Michelet²⁸⁵.

Claro es que el comunismo de 1793 no se presenta con el conjunto doctrinal que vemos después en los continuadores franceses de Fourier y Saint-Simon, y sobre todo de Considerant o aun de Vidal. En 1793 no se elaboraban las ideas comunistas en los gabinetes de estudio, sino que surgían de las necesidades del momento, y por lo mismo el problema social se presentó durante la Gran Revolución principalmente en la forma del **problema de los artículos de primera necesidad** y el **problema de la tierra**. Pero ahí está también la superioridad del **comunismo** de la Gran Revolución sobre el **socialismo** de 1848 y de sus descendientes. Iba derecho al objetivo dirigiéndose al **reparto** de los productos. Este comunismo nos parece, sin duda, fragmentario, tanto más que diferentes personas se apoyan cada una sobre sus diversos aspectos, y queda siendo lo que podríamos llamar un comunismo **parcial**, puesto que admite la **posesión individual** al igual que la **propiedad comunal**, y, aunque proclama el derecho de todos a todos

los productos de la producción, reconoce un derecho individual sobre “lo superfluo” al mismo tiempo que el derecho de todos a los productos “de primera y de segunda necesidad”. Sin embargo, en él se encuentran ya los **tres aspectos principales** del comunismo: el comunismo **de la tierra**, el comunismo **de la industria** y el comunismo **del comercio y del crédito**. En este punto, la concepción de 1793 es más amplia que la de 1848; porque si los diferentes agitadores de 1793 se fijan con preferencia en uno de esos aspectos del comunismo más que en otros, esos aspectos no se excluyen; al contrario, resultantes de un mismo concepto de igualdad, se complementan. Al mismo tiempo, los comunistas de 1793 trataban de poner en práctica sus ideas por la acción de las **fuerzas locales**, sobre el terreno y de hecho, tratando de bosquejar al mismo tiempo la **unión directa** de las 40,000 comunas.

En Sylvain Maréchal se encuentra una vaga aspiración hacia lo que llamamos actualmente el comunismo anarquista; el conjunto expresado con mucha discreción, porque entonces se corría el riesgo de pagar con la cabeza un lenguaje demasiado franco.

La idea de llegar al comunismo por la conspiración, por medio de una sociedad secreta que se apoderase del poder, idea de la que Babeuf se hizo apóstol, no tomó cuerpo hasta 1795, cuando la reacción termidoriana puso término al movimiento progresivo de la Gran Revolución. Fue un producto del agotamiento, no un efecto de la savia ascendente de 1789 a 1793.

Hubo ciertamente mucho de declamativo en lo que decían los comunistas populares; era un poco la moda de la época, a la que nuestros oradores modernos también pa-

gan tributo; pero todo lo que se sabe de los comunistas populares de la Gran Revolución tiende a presentarlos como intensamente dedicados a sus ideas.

Jacques Roux había sido cura. Pobre en extremo, vivía con su perro en una casa sombría del centro de París, casi únicamente de sus doscientas libras de renta²⁸⁶, y predicaba el comunismo en los barrios obreros. Era muy escuchado en la sesión de Gravilliers y ejerció también gran influencia en el Club de los Cordeleros, hasta fin de junio de 1793, cuando esa influencia fue destruida por la intervención de Robespierre. En cuanto a Chalier, ya hemos visto el ascendiente que ejercía Lyon, y se sabe por Michelet que aquel comunista místico era un hombre notable, todavía más “amigo del pueblo” que Marat, y adorado por sus discípulos. Después de su muerte, su amigo Leclerc fue a París y allí continuó la propaganda comunista con Roux y Varlet —joven obrero parisino—; y Rose Lacombe, portavoz de las mujeres revolucionarias. De Varlet sólo se sabe que era popular entre los pobres de París; su folleto *Déclaration solennelle des droits de l'homme dans l'état social*, publicado en 1793, era muy moderado²⁸⁷. No hay que olvidar que con el decreto del 10 de marzo de 1793 suspendido sobre sus cabezas, los revolucionarios avanzados no se atrevían a publicar todo lo que pensaban.

También los comunistas tuvieron sus teóricos, como Boissel, que publicó su *Catéchisme du genre humain* al principio de la Revolución, y una segunda edición de esa obra en 1791; el autor anónimo de una obra publicada también en 1791, titulada *De la propriété, ou la cause du pauvre plaidée au tribunal de la Raison, de la Justice et de la Vérité*; y Pie-

re Dolivier, cura de Mauchamp, cuya obra notable: *Essai sur la justice primitive, pour servir de principe générateur au seul ordre social qui peut assurer à l'homme tous ses droits et tous ses moyens de bonheur*, fue publicada a fines de julio de 1793 por los ciudadanos de la Comuna de Auvers, distrito de Etampes²⁸⁸. Estaba también L'Ange o Lange, que fue, como observa Michelet, un verdadero precursor de Fourier. Por último Babeuf, empleado en las Subsistencias²⁸⁹, que con la protección de Sylvain Marechal, hacía allí en secreto propaganda comunista. Obligado a ocultarse, por hallarse perseguido por un supuesto crimen de falsificación — inventado por los burgueses, como lo ha demostrado G. Deville, que ha hallado las piezas del proceso²⁹⁰ —, se mantenía en reserva prudente²⁹¹.

Después se ha relacionado el comunismo con la conspiración de Babeuf; pero éste, a juzgar por sus escritos, sólo fue el oportunista del comunismo de 1793. Sus concepciones, como los medios de acción que proponía, empequeñecían la idea. En aquella época se comprendía que un movimiento hacia el comunismo era el único medio para asegurar las conquistas de la democracia, y Babeuf trataba, como muy bien lo dice uno de sus apologistas modernos, de deslizar el comunismo en la democracia. Cuando se había evidenciado que la democracia perdería sus conquistas si el pueblo no entraba en liza, Babeuf quería **primera-mente la democracia**, para introducir el comunismo poco a poco en ella²⁹². En general, era tan estrecha y antinatural su concepción del comunismo, que creía poder llegar a él por la acción de algunos individuos que se apoderaran del gobierno por medio de una sociedad secreta; llegaba hasta

poner su fe en un individuo que tuviera la firme voluntad de introducir **el comunismo y de salvar el mundo**. Ilusión funesta que ha sido luego sostenida por ciertos socialistas durante el siglo XIX y que nos dio el cesarismo, la fe en Napoleón o en Disraeli, la fe en un salvador, que persiste hasta nuestros días.

CAPÍTULO LIX

IDEAS SOBRE LA SOCIALIZACIÓN DE LA TIERRA, DE LAS INDUSTRIAS, DEL ABASTECIMIENTO Y DEL COMERCIO

El pensamiento dominante del movimiento comunista de 1793 fue que la tierra debe ser considerada como un patrimonio común de toda la nación, que cada habitante tiene derecho a la tierra, y que debe garantizarse la existencia a cada uno, de manera que nadie se vea obligado a vender su trabajo por la amenaza del hambre.

La “igualdad de hecho”, de la que tanto se había hablado tanto durante el curso del siglo XVIII, se traducía ahora en la afirmación de un derecho **igual** de todos a la tierra; y la inmensa movilización de las tierras que se hacía a través de la venta de los bienes nacionales despertaba la esperanza de poner en práctica esa idea.

No hay que olvidar que en aquella época en que las grandes industrias apenas empezaban a formarse, la tierra era el instrumento principal de explotación. Por la tierra el señor era dueño del campesino, y la imposibilidad de poseer su propia porción de tierra obligaba al indigente a emigrar a la ciudad, donde se entregaba indefenso al fabricante industrial y al agiotista.

En tales condiciones, el pensamiento de los comunistas se dirigió necesariamente hacia lo que se designaba con el nombre de “ley agraria”, es decir, hacia la limitación de las propiedades territoriales a cierto máximo de extensión y al reconocimiento del derecho de cada uno a la tierra. El acaparamiento de tierras por parte de los especuladores, durante la venta de los bienes nacionales, no podía menos que reforzar esa idea y, mientras unos querían que cada ciudadano que quisiera cultivar la tierra tuviera el derecho de recibir su parte de los bienes nacionales, o al menos de comprar una parte en fáciles condiciones de pago, otros, que veían más allá, demandaban que la tierra se declarara propiedad común, y que cada uno estuviera provisto de un derecho temporal de posesión del suelo siempre que personalmente lo cultivase y en tanto que lo siguiera haciendo.

Babeuf, evitando quizá comprometerse demasiado, demandaba el reparto igualitario de las tierras comunales, pero quería también “la inalienabilidad” de las tierras, lo que significaba la conservación de los derechos de la sociedad, de la comuna o de la nación al suelo, es decir la **posesión territorial**, no su **propiedad**.

Por otra parte, en la Convención, en ocasión de la discusión de la ley sobre el reparto de las tierras comunales, Julien Souhait combatió el reparto definitivo propuesto por el Comité de agricultura, y tuvo ciertamente en su apoyo a millones de campesinos pobres. Pretendía que el reparto de los bienes comunales, a partes iguales entre todos, fuera solamente **temporario** y que pudiera **rehacerse en ciertas épocas**. En ese caso se concedería sólo el **usufructo**, como en la comuna rusa.

En el mismo orden de ideas, Dolivier, el cura de Mauchamp, en su *Essai sur la justice primitive...*, establecía “dos principios inmutables: el primero, que la tierra es de todos en general y **no es de nadie en particular**, el segundo, que **cada uno tiene derecho exclusivo al producto de su trabajo**”. Pero como la cuestión de la tierra dominaba sobre todo en aquella época, se dedicó preferentemente a ella.

“La tierra —decía—, tomada en general, debe ser considerada como el gran bien comunal de la naturaleza”, la propiedad común de todos; “cada individuo debe encontrar en ella su derecho de participación en el gran bien comunal”. “Una generación no tiene el derecho de hacer la ley para la generación siguiente y de disponer de su soberanía, y, con mayor motivo, tampoco tiene el derecho de disponer de su patrimonio.” Y más adelante: “Sólo las naciones y, por subdivisión, **las comunas son verdaderamente propietarias de su terreno**”²⁹³.

En el fondo, Dolivier sólo reconocía el derecho a ser transmisibles por herencia a las propiedades mobiliarias. En cuanto a la tierra, nadie debía poseer, del fondo común, más que lo que pueda cultivar por sí mismo o con su familia, y esto como posesión vitalicia solamente; esto no impediría, se entiende, el cultivo comunista por la comuna junto a lotes cultivados separadamente. Como buen conocedor de las poblaciones rurales, Dolivier detestaba tanto a los arrendatarios como a los propietarios. Exigía, en consecuencia, “la completa disolución de los cuerpos de arrendamiento”, “la extrema división de la tierra entre todos los ciudadanos que no la tienen, o que la tienen en cantidad insuficiente. He ahí la única medi-

da adecuada que reanimaría nuestros campos y llevaría el bienestar a todas las familias que gimen en la miseria, carentes de medios para hacer valer su industria. La tierra sería así mejor cultivada, los recursos domésticos aumentados, los mercados más abundantemente abastecidos, y nos veríamos libres de la más detestable aristocracia, la de los arrendatarios". Preveía que se llegaría de ese modo a una riqueza agrícola tan grande, que no se volvería a necesitar la ley sobre el abastecimiento, "tan necesaria en las circunstancias actuales a pesar de sus inconvenientes".

La socialización de las industrias halló también defensores, especialmente en la región lionesa. Se demandaba que la comuna fijara los salarios, y que el salario fuera tal que garantizara la existencia. Esto equivalía al *living wage* de los modernos socialistas ingleses. Por otra parte, se pedía la nacionalización de ciertas industrias, como las minas, y también se lanzó la idea de que las comunas se apoderaran de las industrias abandonadas por los contrarrevolucionarios para explotarlas por su cuenta. En general esta idea de la comuna productora se hizo muy popular en 1793. También se hizo muy popular en París la idea de convertir a los inmensos terrenos incultos de los parques de los ricos en huertas comunales y Chaumette fue su apóstol.

Resulta evidente que en aquella época la industria interesaba menos que la agricultura. Sin embargo, el comerciante Cusset, a quien Lyon eligió miembro de la Convención, hablaba ya de la nacionalización de las industrias, y L'Ange desarrolló un proyecto de falansterio

en el que la industria se uniría a la agricultura. Desde 1790 L'Ange hizo en Lyon una seria propaganda comunista. En su folleto fechado en 1790 desarrollaba las siguientes ideas: "La Revolución iba a ser saludable, pero una desviación de las ideas la ha apestado; por el más horrible abuso de las riquezas se ha metamorfoseado al soberano" (el pueblo). "El oro... que sólo es útil y saludable en nuestras manos laboriosas; se hace virulento cuando se acumula en los cofres de los capitalistas... Por todas partes Sire, adonde Vuestra Majestad dirija sus miradas, verá la tierra ocupada por nosotros, nosotros la trabajamos, somos los primeros poseedores, los primeros y los últimos ocupantes efectivos. Los holgazanes que se llaman propietarios no recogen más que el excedente de **lo necesario para nuestra subsistencia**. Eso prueba, al menos, nuestra copropiedad. Pero si, naturalmente, somos copropietarios y **la única causa de toda renta es el derecho de limitar nuestra subsistencia y de privarnos del excedente, se trata de un derecho de bandido**"²⁹⁴. Lo que, en mi concepto, representa una manera exacta de concebir la plusvalía. Continuando su razonamiento sobre los hechos reales —sobre la crisis de los artículos de primera y segunda necesidad por la que Francia atravesaba— llegó a proponer un sistema de abono de los consumidores para comprar en condiciones determinadas el conjunto de la cosecha, universalizándose libremente todo por medio de la asociación libre. Quería además el almacén común, donde todos los cultivadores pudieran llevar sus frutos a la venta. Como se ve, era un sistema que negaba el monopolio individualista en el comercio y el régimen estatal de la Revolución; anti-

cipaba el sistema de los almacenes cooperativos para dar salida al conjunto de los productos de toda una provincia, como sucede en el Canadá, o de toda una nación, como se practica en Dinamarca.

En general, fue el problema del abastecimiento el que apasionó a los comunistas de 1793, y los condujo a imponer a la Convención el *máximum* y a anunciar este gran principio: **la socialización de los intercambios, la municipalización del comercio.**

En efecto, la cuestión del comercio de granos dominó en todas partes. “La libertad del comercio de granos es incompatible con la existencia de nuestra República”, le decían a la Convención los electores de Seine-et-Oise en noviembre de 1792. “Ese comercio lo hace una minoría con el fin de enriquecerse, y esa minoría tiene siempre interés en producir alzas artificiales de los precios en perjuicio del consumidor. Todo medio parcial es peligroso e impotente, decían; los términos medios son los que nos arruinarán. Es necesario que el comercio de granos, **que todo el abastecimiento, se haga por medio de la República**, que establecerá “la justa proporción entre el precio del pan y la jornada de trabajo”. Habiendo dado lugar la venta de los bienes nacionales a abominables especulaciones de parte de las gentes que los arrendaban, los electores de Seine-et-Oise pidieron la limitación de los arriendos y el comercio nacionalizado.

“Que se ordene — decían — que nadie pueda tomar en arrendamiento más de 120 arpentas, medida de 22 pies por pértiga²⁹⁵”; que todo propietario sólo pueda utilizar para sí mismo un solo cuerpo de arrendamiento y que esté obligado a arrendar los otros”. Y a esto añadían: “Que se encar-

que el cuidado de abastecer a cada parte de la República a una administración central, elegida por el pueblo, y se verá cómo la abundancia de granos y la justa proporción de su precio con el de la jornada de trabajo dará la tranquilidad, la felicidad y la vida a todos los ciudadanos”.

Esas ideas, como se ve, no procedían de Turgot ni de Necker. Las inspiraba **la propia vida**.

Lo más notable es que esas ideas fueron aceptadas por los Comités de Agricultura y de Comercio, y desarrolladas en su ponencia sobre el abastecimiento presentada a la Convención²⁹⁶, y aplicadas a instancias del pueblo, en algunos departamentos del Berry y del Orléanais. En el Eure-et-Loir, el 3 de diciembre de 1792, se fatigaba a los comisarios de la Convención repitiéndoles que los “burgueses ya habían disfrutado bastante, que ahora le tocaba el turno a los pobres trabajadores”.

Después leyes semejantes fueron exigidas violentamente a la Convención por Beffroy (del Aisne), y la Convención, como ya lo hemos visto al hablar del *máximum*, hizo una tentativa en gran escala para socializar en toda la nación todo el comercio de los artículos de primera y segunda necesidad, por medio de almacenes nacionales y el establecimiento, en cada departamento, de los precios “justos” de los alimentos.

Se vio germinar durante la Revolución la idea de que el comercio **es una función social; que debe ser socializado, como la tierra y la industria**; idea desarrollada después por Fourier, Robert Owen, Proudhon y los comunistas de los años cuarenta del siglo XIX.

Más aún: es evidente que Jacques Roux, Varlet, Doliwier, L’Ange y miles de habitantes de las ciudades y de los

campos, agricultores y artesanos, desde el punto de vista práctico, comprendían infinitamente mejor que los representantes de la Convención el problema del abastecimiento, y sabían que la tasación, por sí sola, sin la socialización del suelo, de las industrias y del comercio, sería letra muerta, inclusive rodeándola de todo un arsenal de leyes represivas y del tribunal revolucionario. El sistema de venta de bienes nacionales adoptado por la Constituyente, la Legislativa y la Convención creó a los grandes arrendadores que Dolivier calificaba con razón de la peor aristocracia. La Convención lo comprendió bien en 1794; pero entonces no supo hacer otra cosa que intentar arrestarlos en masa para enviarlos a la guillotina; y resultó entonces que las leyes draconianas contra el monopolio (tal como la de 26 de julio de 1793, que ordenaba registrar los graneros, las bodegas y los lagares de los arrendatarios), sembraron el odio en los campos contra las ciudades y sobre todo contra París.

El tribunal revolucionario y la guillotina no pudieron suplir la falta de una idea comunista constructiva.

CAPÍTULO LX

EL FIN DEL MOVIMIENTO COMUNISTA

Antes del 31 de mayo, viendo la Revolución paralizada por la oposición de los girondinos, los revolucionarios montañeses trataron de apoyarse en los comunistas y principalmente en los *enragés*. Robespierre, en su proyecto de Declaración de los Derechos, del 21 de abril de 1793, en el que se pronunciaba por la limitación del derecho de propiedad,

Jeanbon Saint-André, Collot d'Herbois, Billaud-Varenne, etc., se aproximaban entonces a los comunistas, y si Brissot, en sus ataques furiosos contra los montañeses, los confundía con los "anarquistas", destructores de las propiedades, se debía a que todavía los montañeses no trataban de separarse francamente de los *enragés*.

No obstante, inmediatamente después de los motines de febrero de 1793, la Convención tomó ya una actitud amenazadora respecto de los comunistas. En base a un informe de Barère, en el que presentaba la agitación como obra de los curas y de los emigrados, el 18 de marzo de 1793 votó con entusiasmo (a pesar de la oposición de Marat) "la pena de muerte contra todo aquel que proponga una **ley agraria o toda otra subversiva de las propiedades territoriales, comunales o individuales**".

Todavía se veían obligados a tratar bien a los *enragés*, porque necesitaban al pueblo de París contra los girondinos y porque los *enragés* eran populares en las secciones más activas; pero una vez caídos los girondinos, los montañeses se volvieron contra los que querían "la Revolución en las cosas porque ella ya estaba realizada en las ideas", y a su vez los aniquilaron.

Fue una desgracia que las ideas comunistas no hubieran hallado entre los hombres educados de la época a nadie que supiera formularlas en conjunto y se hiciera escuchar. Marat hubiera podido hacerlo si hubiera vivido; pero en julio de 1793 ya no existía. Hébert era demasiado sibarita para dedicarse a esa tarea; pertenecía demasiado a la sociedad de los epicúreos burgueses de la escuela de d'Holbach para convertirse en defensor del anarquismo comunista

que se abría paso entre las masas populares. Pudo adoptar el lenguaje de los *sans-culottes*, así como los girondinos adoptaron el gorro frigio y el tuteo; pero al igual que ellos, estaba demasiado lejos del pueblo para comprender y expresar las aspiraciones populares. Se alió con los montañeses para aniquilar a Jacques Roux y a los *enragés* en general.

Billaud-Varenne parecía comprender la necesidad de profundos cambios en sentido comunista mejor que los otros montañeses. Entrevió por un momento que una revolución social debería marchar de frente con la revolución republicana; pero tampoco tuvo el coraje en convertirse en un luchador por esta idea. Entró en el gobierno y terminó por hacer como los otros montañeses, que decían: **“Primera-mente la República; las medidas sociales vendrán después”**. Y en esto fracasaron, como fracasó la República.

La Revolución, desde su principio, puso en juego demasiados intereses que luego impidieron al comunismo desarrollarse. Las ideas comunistas sobre la propiedad de la tierra suscitaron la oposición de los inmensos intereses de la burguesía, que se dedicó a apropiarse los bienes del clero, puestos en venta con el nombre de bienes nacionales, para revender después una parte a los campesinos más o menos acomodados. Esos compradores, que al principio de la Revolución fueron los más firmes sostenedores del movimiento contra la monarquía, una vez convertidos en propietarios y enriquecidos por la especulación, se volvieron encarnizados enemigos de los comunistas que reclamaban el derecho a la tierra para los campesinos pobres y para los proletarios de las ciudades.

Los legisladores de la Constituyente y de la Legislativa vieron en esas ventas el medio de enriquecer a la bur-

guesía a expensas del clero y de la nobleza, olvidando completamente al pueblo.

La Asamblea Constituyente llegó a oponerse incluso a que los campesinos se unieran en pequeñas compañías para comprar tierras; pero como se necesitaba dinero con urgencia, “se vendió con furor”, como dice Avenel, desde agosto de 1790 a julio de 1791. Se vendió a burgueses y a campesinos acomodados y hasta a compañías inglesas y holandesas que compraban para especular. Y ocurrió que cuando los compradores, que para comenzar sólo habían pagado un 12 o un 20 por ciento del precio de compra, tuvieron que pagar el primer plazo, hicieron todo lo posible para no pagar nada más y frecuentemente lo consiguieron.

No obstante, como los reclamos de los campesinos que no poseían nada para poder adquirir esas tierras siempre se dejaban oír, la Legislativa, primeramente en agosto de 1792 y después la Convención con su decreto del 11 de junio de 1793 (ver capítulo XLVIII), les arrojaron como presa las tierras comunales, es decir, la única esperanza del campesino más pobre²⁹⁷. La Convención prometió además que las tierras confiscadas a los emigrados se repartirían en lotes de una a cuatro arpentas, para ser otorgados a los pobres mediante un alquiler, siempre rescatable, en dinero; también decretó, a fines de 1793, que se reservarían mil millones de bienes nacionales para los *sans-culottes* voluntarios alistados en los ejércitos, que les serían vendidos en condiciones favorables. Pero nada de eso se hizo; aquellos decretos, como muchos otros de aquella época, quedaron en letra muerta.

Cuando Jacques Roux se presentó en la Convención el 25 de junio de 1793, menos de cuatro semanas después

del movimiento del 31 de mayo, a denunciar la especulación y a pedir leyes contra los agiotistas, los convencionales acogieron su discurso con interrupciones y gritos furiosos, y salió de la Convención entre abucheos²⁹⁸. Sin embargo, como atacaba a la constitución montañesa y tenía gran influencia en su sección de los Gravilliers y en el Club de los Cordeleros, Robespierre, que nunca ponía un pie en los Cordeleros, se presentó allí el 30 de junio (después de los motines del 26 y del 27 contra los vendedores de jabón), acompañado de Hébert y de Collot d'Herbois, y obtuvo la eliminación de Jacques Roux y de su compañero Varlet de las listas de ese club.

Robespierre no cesó después de calumniar a Jacques Roux. Como el comunista criticaba los resultados nulos de la Revolución para el pueblo al igual que al gobierno republicano (como hacen los socialistas en nuestros días), demostrando que bajo la República el pueblo sufría más que bajo la monarquía, Robespierre no cesó de tratar a Roux, hasta después de muerto, de “cura innoble” vendido a los extranjeros y de “canalla” que quiso suscitar disturbios funestos para perjudicar a la República.

Desde junio de 1793 Jacques Roux estaba condenado a muerte. Se lo acusó de ser promotor de los motines del jabón; después, en agosto, cuando publicaba con Leclerc un periódico, *L'ombre de Marat* [*La sombra de Marat*], lanzaron contra él a la viuda de Marat, quien reclamó contra el uso de ese título. Por último, se hizo con él lo que los burgueses hicieron con Babeuf, se le acusó de robo —de haber sustraído un asignado recibido por él para el Club de los Cordeleros—, cuando, como dice

muy bien Michelet, “esos fanáticos se distinguen por su desinterés” y es sabido que, Roux, Varlet y Leclerc eran modelos de probidad entre todos los revolucionarios notables. Su sección de los Gravilliers protestó en vano en la Comuna, presentándose como garantía por Roux; lo mismo hizo el club de las mujeres revolucionarias que, por esta causa, fue disuelto por orden de la Comuna.

Indignados por esa acusación, Roux y sus amigos, en el anochecer del 19 de agosto, dieron un golpe de mano en la sección de los Gravilliers, destituyendo al presidente y colocando a Roux en su lugar. Entonces, el 21, Hébert lo denunció en los Jacobinos, y llevado el asunto a la Comuna, Chaumette habló de atentado a la soberanía del pueblo y de pena de muerte. Roux fue procesado, pero la sección de los Gravilliers consiguió su libertad bajo caución. Continuando su proceso, se lo complicó con una acusación de robo, y el 23 nivoso (14 de enero de 1794) compareció ante el tribunal de policía criminal.

El tribunal se declaró incompetente, **a causa de la gravedad de los actos atribuidos a Roux** (el golpe de mano en la sección), y lo envió ante el tribunal revolucionario. Entonces, seguro de lo que le esperaba, Roux se dio tres cuchilladas en presencia de los jueces. Transportado a la enfermería de Bicêtre, intentó “agotar sus fuerzas”, según la expresión de los agentes de Fouquier-Tinville, y, por último, se hirió nuevamente en el pulmón y sucumbió a sus heridas. El acta de la autopsia está fechada en el 1º ventoso del año II (19 de febrero de 1794)²⁹⁹.

El pueblo, sobre todo en las secciones centrales de París, comprendió entonces qué es lo que se había he-

cho de sus sueños de “igualdad de hecho” y de bienestar para todos. Gaillard, el amigo de Chalier, llegado a París después de la toma de Lyon por los montañeses, que había pasado todo el sitio aislado en un calabozo, se mató también cuando supo de la prisión de Leclerc, encarcelado junto con Chaumette y los hebertistas.

Respondiendo a todas esas tendencias hacia el comunismo, a la vista del pueblo inclinándose a desertar de la Revolución, el Comité de Salud Pública, cuidadoso de no alienarse del “Ventre” de la Convención (el “Pantano”), ni del Club de los Jacobinos, el 21 ventoso del año II (11 de marzo de 1794) remitió una circular pomposa a los representantes en misión, la cual, como el famoso discurso de Saint-Just que la siguió dos días después (23 ventoso), no proponía otra cosa que conducir a la beneficencia y la caridad — muy escasa después de todo — del Estado.

“Se necesitaba un gran golpe para derribar la aristocracia, decía la circular del Comité. La Convención lo ha dado. La indigencia virtuosa debe entrar nuevamente en posesión de lo que los crímenes le han usurpado. Es preciso que el terror y la justicia lleguen a todos los puntos a la vez. La Revolución es obra del pueblo; ya es tiempo de que disfrute de ella.” Y así seguía el documento.

Sin embargo, la Convención no hizo nada. El decreto del 13 ventoso año II (3 de febrero de 1794), del que habló Saint-Just, se reducía a lo siguiente: cada comuna formaría una lista de los patriotas indigentes; después el Comité de Salvación Pública dictaminaría sobre los medios de indemnizar a todos los desdichados con los bienes de los enemigos de la Revolución. De esos bienes se repartiría en propiedad

una arpent a cada uno. Para los inválidos y los ancianos la Convención decretó después, el 22 floreal (11 de mayo), la apertura de un Libro de Beneficencia Nacional³⁰⁰.

Es inútil decir que esa **arpenta** para los campesinos fue de aire, una simple burla.

Aparte de algunas localidades excepcionales, el decreto no tuvo siquiera principio de ejecución. Los que no tomaron por sí mismos su parte de tierra, nada recibieron.

Agreguemos aún que hubo representantes en misión como Albitte, Collot d'Herbois y Fouché en Lyon, Jeanbon Saint-André en Brest y en Toulon, Romme en Charente, que en 1793 se inclinaron a socializar los bienes. Y cuando la Convención hizo la ley de 16 nivoso del año II (5 de enero de 1794), que disponía que "en las ciudades asediadas, incomunicadas o cercadas se pongan en común las materias, mercancías y alimentos de todo género", se puede decir, observa Aulard, "que hubo tendencia a aplicar esa ley a ciudades que no estaban ni asediadas, ni bloqueadas, ni cercadas"³⁰¹.

La Convención o por mejor decir sus Comités de Salud Pública y de Seguridad general, suprimieron en 1794 las manifestaciones comunistas; pero, sin embargo, el espíritu del pueblo francés permanecía y, bajo la presión de los acontecimientos, en el transcurso del año II de la República, se realizó una gran obra de nivelación y se expresó, un poco por todas partes, una fuerte eclosión del espíritu comunista³⁰².

Así los tres representantes de la Convención en Lyon, Albitte, Collot d'Herbois y Fouché, dictaron el 24 brumario del año II (14 de noviembre de 1793) un decreto que tuvo principio de ejecución, en virtud del cual todos las ciuda-

danos inválidos, ancianos, huérfanos e indigentes debían ser “albergados, alimentados y vestidos a expensas de los ricos de sus respectivos cantones”, y a todos los ciudadanos válidos debían suministrárseles “trabajo y los objetos necesarios para el ejercicio de su oficio y de su industria”. Los beneficios de los ciudadanos, decían en sus circulares, deben estar en proporción a sus trabajos, a su industria y al ardor con que se dedican al servicio de la Patria. Muchos representantes en los ejércitos llegaron a la misma resolución, dice Aulard. Fouché imponía pesados impuestos a los ricos para alimentar a los pobres³⁰³, y es cierto, como dice el mismo autor, que hubo muchas comunas que hicieron colectivismo (o mejor dicho, comunismo municipal).

Varias veces circuló la idea de que el Estado debería apoderarse de las fábricas abandonadas por sus dueños y hacerlas funcionar. Chaumette lo sostuvo en octubre de 1793, cuando exponía el efecto del *máximum* sobre ciertas industrias, y Jeanbon Saint-André hizo administrar la mina de Carhaix en Bretaña, para asegurar el pan a los obreros. La idea estaba en el ambiente.

Pero si cierto número de convencionales en misión, en 1793, adoptaron medidas de carácter igualitario y se inspiraban en la idea de la **limitación de las fortunas**, la Convención defendía, ante todo, los intereses de la burguesía, y es probablemente cierta la observación de Buonarroti de que el temor a que Robespierre se inclinara con su grupo por la adopción de medidas que favorecieran los instintos igualitarios del pueblo, contribuyó a la caída de este grupo el 9 termidor³⁰⁴.

CAPÍTULO LXI

CONSTITUCIÓN: DEL GOBIERNO CENTRAL.

LAS REPRESALIAS

Después del 31 de mayo y el arresto de los principales representantes girondinos, los montañeses trabajaron durante todo el verano de 1793 en la constitución de un gobierno fuerte, concentrado en París, capaz de hacer frente a la invasión, a las insurrecciones de las provincias y a los movimientos populares que pudieran producirse en París bajo la influencia de los *enragés* y de los comunistas.

Como hemos visto, la Convención confió el poder central a su Comité de Salvación Pública y lo reforzó después del 31 de mayo con nuevos elementos montañeses³⁰⁵. Cuando se prorrogó la aplicación de la nueva Constitución hasta el fin de la guerra, los dos Comités, el de Salud Pública y el de Seguridad General, continuaron concentrando el poder en sus manos, siguiendo una política intermedia entre los partidos avanzados (los *enragés*, la Comuna de París) y los dantonistas, a los que se acercaban los girondinos.

En esa táctica los Comités eran eficazmente secundados por los jacobinos, que extendían su esfera de acción a las provincias. De ochocientas sociedades afiliadas al Club de los Jacobinos de París en 1791, se elevó el número a ocho mil en 1793, y cada una de esas sociedades se convertía en un centro de apoyo para la burguesía republicana; un vivero en el que se reclutaban los numerosos funcionarios de la nueva burocracia y servían además de centros policíacos, de los que se servía el gobierno para descubrir y perseguir a sus enemigos.

Por otra parte, en las comunas y en las secciones, pronto se formaron cuarenta mil comités revolucionarios, muchos de ellos dirigidos, como observa Michelet, por burgueses letrados y, frecuentemente, por funcionarios del antiguo régimen. Estos comités fueron rápidamente sometidos por la Convención al Comité de Seguridad General, en tanto que las secciones mismas y las sociedades populares se convertían, en poco tiempo en órganos del gobierno central, en ramas de la jerarquía republicana.

Sin embargo, el estado de París no era nada tranquilizador. Los hombres enérgicos, los mejores revolucionarios, se habían alistado en 1792 y 1793 para marchar a las fronteras y a la Vendée. Los realistas levantaban la cabeza, y, aprovechándose del relajamiento de la vigilancia, volvieron en gran número de la emigración. En agosto reapareció el lujo del antiguo régimen en las calles; los jardines públicos y los teatros fueron invadidos por los *muscadins*³⁰⁶; en los teatros se aplaudían con entusiasmo las piezas realistas y se silbaban las republicanas. Se llegó hasta presentar en una obra la prisión del Temple y la liberación de la reina, y faltó poco para la evasión de María Antonieta. Las secciones fueron invadidas por los contrarrevolucionarios girondinos y realistas, y cuando los jornaleros, los artesanos, cansados después de largas jornadas de trabajo, se retiraban a descansar, los jóvenes burgueses, armados de porras, asistían a las asambleas generales de las secciones y ganaban las votaciones.

Es claro que las secciones hubieran podido llegar a rechazar esas incursiones, como ya lo habían hecho una vez, apoyándose naturalmente en las secciones vecinas; pero los

jacobinos veían con desagrado el poder rival de las secciones y aprovecharon la primera ocasión para paralizarlas, y esta ocasión no tardó en presentarse.

Continuaba en París la escasez del pan, y el 4 de septiembre al grito de ¡Pan! y frente al *Hôtel de Ville* se fueron formando grupos, que llegaron a ser amenazadores³⁰⁷. Fue necesaria toda la popularidad y la bonhomía de Chaumette, el orador favorito de los pobres, para apaciguarlos con promesas. Chaumette prometió obtener pan y arrestar a los administradores de los abastecimientos y con eso se calmó y fracasó el movimiento. Al día siguiente el pueblo se contentó con enviar comisiones a la Convención.

La Convención no supo y no quiso hacer nada para responder a las verdaderas causas de aquel movimiento, y se limitó a amenazar a los contrarrevolucionarios, a poner el Terror a la orden del día y a reforzar el gobierno central. Ni la Convención, ni el Comité de Salvación Pública, ni la misma Comuna —además amenazada por el Comité— se mostraron a la altura de la situación. Las ideas igualitarias que germinaban en el pueblo no hallaron quien las expusiera con el vigor, la audacia y la precisión con que Danton, Robespierre, Barère y tantos otros expusieron las aspiraciones de la Revolución en sus comienzos. Lo anterior fue tomado por los hombres del gobierno, por las mediocridades de la burguesía más o menos democrática.

El hecho es que el antiguo régimen conservaba todavía una fuerza inmensa, aumentada por el apoyo de aquellos a quienes la Revolución había beneficiado. Para romper aquella fuerza se necesitaba una nueva revolución, igualitaria y popular. Pero la gran masa de los revolucionarios de 1789-92 no la quería.

La mayoría de la burguesía, antes revolucionaria, creía que la Revolución había ido “demasiado lejos”. ¿Sabría impedir “que los anarquistas nivelaran las fortunas”? ¿Daría a los campesinos tanto bienestar que se negarían a trabajar para los compradores de bienes nacionales? ¿Dónde se hallarían brazos para trabajar esas tierras? Porque si los compradores habían pagado millones al Tesoro por la posesión de esas tierras, era indudablemente para hacerlas producir; ¿y qué se haría con ellas si no hubiera proletarios desocupados en las poblaciones rurales?

El partido de la Corte y de los nobles ahora tenía por aliados a toda una clase de compradores de bienes nacionales, de bandas negras, de proveedores del ejército y de agiotistas. Los que habían hecho fortuna tenían apuro por disfrutarla y ansiaban poner fin a la Revolución, pero con una sola condición: que no se los despojara de sus recientes propiedades y fortunas. Toda esa gente se interesaba poco por la forma de gobierno con tal de que **fuera un gobierno fuerte**, con tal que supiera contener a los *sans-culottes* y resistir a quienes, como Inglaterra, Austria y Prusia, pudieran obligarlos a restituir los bienes expropiados por la Revolución al clero y a los emigrados.

Así, cuando la Convención y el Comité de Salvación Pública se vieron amenazados por las secciones y por la Comuna, aprovecharon la falta de cohesión de ese movimiento para reforzar el gobierno central.

Es cierto que la Convención se decidió a poner fin al comercio de asignados, prohibiéndolo bajo pena de muerte, y creó un ejército de 6,000 hombres bajo las órdenes del hebertista Ronsin para contener a los contrarrevolucionarios.

rios y requisar los víveres en los campos para la alimentación de París; pero como esas medidas no iban seguidas de ninguna acción orgánica que pusiera la tierra a disposición de los que quisieran cultivarla y les diera posibilidad de hacerlo, las requisas del ejército revolucionario se convirtieron en causa del odio del campo contra París, y rápidamente contribuyeron a aumentar las dificultades de la alimentación.

En cuanto al resto, la Convención se limitó a amenazar con el Terror y a suministrar al gobierno nuevos poderes. Danton habló de **nación en armas** y amenazó a los realistas. Era preciso, decía, “que cada día un canalla, un aristócrata, pagara sus crímenes con su cabeza”. El Club de los Jacobinos pidió la acusación de los girondinos detenidos; Hébert habló de una guillotina ambulante, y el tribunal revolucionario fue reforzado, permitiéndose los registros domiciliarios nocturnos.

Marchando así hacia el Terror, se disminuía al mismo tiempo el poder de la Comuna. Como los comités revolucionarios, encargados de la policía judicial y de las detenciones, fueron acusados de cometer abusos, Chaumette logró que se los depurara y que se los colocase bajo la vigilancia de la Comuna; pero doce días después, el 17 de septiembre de 1793, la Convención le quitó ese derecho, y los comités revolucionarios quedaron bajo la vigilancia del Comité de Seguridad General, esta sombría fuerza de policía secreta, que crecía aliado del Comité de Salvación Pública y amenazaba con absorberlo.

En cuanto a las secciones, con el pretexto de que se dejaban invadir por los contrarrevolucionarios, la Convención

decidió el 9 de septiembre que el número de su asambleas se redujera a dos por semana, y, para dorar la píldora, acordó el pago de cuarenta *sous* por sesión a los *sans-culottes* que asistían a esas asambleas y que sólo vivían de su trabajo manual. Esa medida ha sido presentada como muy revolucionaria, aunque las secciones parecen haber opinado otra cosa. Algunas (Contrat-social, Halle aux blés, Droits de l'homme, bajo la influencia de Varlet) rechazaron, indemnización y censuraron el principio; otras, como ha demostrado Ernest Mellié, hicieron de ella un uso muy moderado.

Por último, el 19 de septiembre la Convención aumentó el arsenal represivo con la ley de sospechosos, que permitía detener como tales a todos los ex nobles, a cuantos se manifestaran "partidarios de la tiranía o del federalismo", a quienes "no cumplieran sus deberes cívicos" y, por último, a cualquiera que no hubiera manifestado constantemente su adhesión a la Revolución. Louis Blanc y los estadistas en general se extasían ante esa medida de "formidable política", cuando no significaba más que la incapacidad de la Convención para avanzar por la vía que abrió la Revolución.

Así se preparaba el espantoso amontonamiento en las prisiones, que condujo después a los ahogamientos de Carrier en Nantes, a los ametrallamientos de Collot en Lyon, a las "hornadas" de junio y julio de 1794 en París y también preparaba la caída del régimen montañés.

A medida que un gobierno temible se constituía en París, se hacía inevitable que se entablaran terribles luchas entre las diversas fracciones políticas, para decidir a quién debía pertenecer ese poderoso instrumento. Así se patentizó en la Convención el 25 de septiembre, día en que se

entabló una lucha general entre todos los partidos, tras la cual triunfó, como era de esperar, el partido del justo medio revolucionario: los jacobinos y su fiel representante, Robespierre. El tribunal revolucionario quedó constituido bajo su influencia.

Ocho días después, el 3 de octubre, se vio cómo la nueva potencia se afirmaba.

Aquel día, Amar, miembro del Comité de Seguridad General, fue obligado, después de muchas vacilaciones, a presentar un informe para enviar a los girondinos expulsados de la Convención el 2 de junio ante el tribunal revolucionario. Ya fuera por miedo o por alguna otra consideración, pidió el procesamiento, además del de los treinta y un acusados, de los setenta y tres representantes girondinos que protestaron en junio contra la violación de la Convención y que continuaban en ella. A esto, Robespierre, con el asombro de todos, se opuso enérgicamente. No se debe castigar, decía, a los soldados; basta con castigar a los jefes. Apoyado a la vez por la derecha y por los jacobinos, obtuvo lo que quería de la Convención, y apareció así con la aureola de una fuerza ponderadora, capaz de dominar a la Convención y a los Comités.

Pocos días después, su amigo Saint-Just leyó en la Convención un informe en el que, después de quejarse de la corrupción, de la tiranía, de la nueva burocracia, y señalando a la Comuna de París, a Chaumette y su partido, concluía pidiendo “el gobierno revolucionario hasta la finalización de la guerra”.

La Convención aceptó sus conclusiones, y el gobierno central quedó constituido. Mientras en París se desarrolla-

ban esas luchas, la situación militar presentaba el más deplorable aspecto. En el mes de agosto se decretó una leva general, y Danton, reencontrando su energía y su comprensión del genio popular, desarrolló la grandiosa idea de confiar todo el enrolamiento, no a la burocracia revolucionaria, sino a los ocho mil federados enviados a París por las asambleas primarias con el encargo de hacer conocer su aceptación de la Constitución. Ese plan fue adoptado el 25 de agosto.

Sin embargo, como una mitad de Francia no quería la guerra, la leva se hacía muy lentamente, y faltaban armas y municiones.

Esto sucedió luego de una serie de reveses en agosto y septiembre. Toulon estaba en poder de los ingleses; Marsella y toda la Provenza se hallaban en rebeldía contra la Convención; el sitio de Lyon aún continuaba — y se prolongaría hasta el 8 de octubre — y la situación en la Vendée no mejoraba. El 16 de octubre los ejércitos de la República alcanzaron su primera victoria en Wattignies, y el 18, los vendeanos, derrotados en Chollet, pasaban el Loire para dirigirse hacia el Norte. Sin embargo, la matanza de patriotas no se interrumpía. En Noirmoutiers, como ya hemos consignado, el jefe vendeano Charette fusiló a todos los que allí se habían rendido.

Se comprende que ante tanta sangre derramada, tantos sufrimientos y tan inauditos esfuerzos que soportaba la gran masa del pueblo francés, surgiera de todos los corazones revolucionarios el grito: **¡Que mueran todos los enemigos de la Revolución, grandes y chicos!** No se lleva a tal extremo a una nación sin que ésta tenga un arranque de rebeldía.

El 3 de octubre el tribunal revolucionario recibió la orden de juzgar a María Antonieta. Desde el mes de febrero

se hablaba continuamente en París de las tentativas de evasión de la reina; algunas, según datos conocidos hoy, con grandes probabilidades de éxito. Los oficiales municipales que la Comuna dedicaba a la guardia del Temple, se dejaban ganar continuamente por los partidarios de la familia real. Foulon, Brunot, Moelle, Vincent y Michonis, estuvieron entre estos. Lépître, ardiente realista, estaba al servicio de la Comuna y se hacía destacar en las secciones por sus ideas avanzadas. Otro realista, Bault, obtenía el puesto de portero en la Conserjería, donde por entonces estaba la reina. Una tentativa de evasión fracasó en febrero; otra, intentada por Michonis y el barón de Batz, estuvo a punto de llegar a término (11 de julio); debido a esto María Antonieta fue separada de su hijo, al que se puso bajo la custodia del zapatero Simón, y después (el 8 de agosto) fue trasladada a la Conserjería. No obstante, las tentativas de evasión continuaron: Rougeville, caballero de San Luis, penetró hasta la presencia de la reina, en tanto que Bault, conserje de la cárcel, mantenía relaciones con el exterior. Y cada vez que se fraguaba un plan de evasión, los realistas se movilizaban amenazando con un golpe de Estado y el degüello próximo de la Convención y de los patriotas en general.

Es probable que la Convención no hubiese esperado hasta octubre para juzgar a María Antonieta, si no hubiera existido la esperanza de contener la invasión de los reyes coaligados con la promesa de poner a la reina en libertad.

Hasta se sabe que, en julio, el Comité de Salvación Pública había dado instrucciones en ese sentido, a sus comisarios Semonville y Maret, que fueron detenidos en Italia por el gobernador de Milán, y se sabe también que las negociaciones acerca de la libertad de la hija del rey continuaron.

Los esfuerzos de María Antonieta para producir en Francia la invasión alemana, y sus traiciones para facilitar las conquistas del enemigo, ahora que se conoce su correspondencia con Fersen, están perfectamente demostrados, por lo que no hace falta refutar las fábulas de sus modernos defensores, que casi quieren elevarla a la categoría de santa. La opinión pública no se engañaba en 1793, cuando acusaba a la hija de María Teresa de ser todavía más culpable que Luis XVI. El 16 de octubre pereció en el cadalso.

Los girondinos la siguieron de cerca. Se recordará que, cuando treinta y uno de ellos fueron detenidos el 2 de junio, se los dejó circular por París con la vigilancia de un gendarme. Tan lejos se estaba de pensar en la pena capital, que algunos montañeses conocidos se ofrecieron a ir como rehenes a los departamentos de cada uno de los diputados detenidos. Sin embargo, la mayor parte de aquellos diputados se fugó de París hacia las provincias a predicar la guerra civil, unos sublevaron Normandía y Bretaña, y otros incitaron a la rebelión en Burdeos, Marsella y la Provenza, y en todas partes se aliaron con los realistas.

El 2 de junio, de los treinta y un girondinos detenidos, sólo quedaban doce en París. Se les agregaron diez más, y comenzó el proceso el 3 Brumario (22 de octubre). Se defendieron con coraje; pero como sus discursos amenazaban influir sobre los jurados **seguros** del tribunal revolucionario, el Comité de Salvación Pública hizo votar apresuradamente una ley sobre "la aceleración de los debates". El 9 brumario (29 de octubre), Fouquier-Tinville presentó esta nueva ley al tribunal, se cerraron los debates y los veintidós fueron condenados a muerte. Valazé se apuñaló y los demás fueron ejecutados al día siguiente.

Madame Roland fue ejecutada el 18 brumario (8 de noviembre); el ex alcalde de París, Bailly, cuya connivencia con Lafayette en la matanza del 17 de julio de 1791 en el campo de Marte era indudable, Girey Dupré, el fuldense Barnave, ganado por la reina cuando la acompañaba desde Varennes a París, le siguieron de cerca; y en diciembre, el girondino Kersaint y Rabaut Saint-Étienne, subieron al cadalso, así como madame Dubarry, de real memoria.

El Terror estaba en marcha y en disposición de seguir su desarrollo inevitable.

CAPÍTULO LXII

INSTRUCCIÓN. SISTEMA MÉTRICO. NUEVO CALENDARIO. TENTATIVAS ANTIRRELIGIOSAS

En medio de todas las luchas, los revolucionarios no perdían de vista la gran cuestión de la instrucción pública, tratando de fundarla sobre bases igualitarias. En este sentido se realizó un trabajo inmenso, según se desprende de los documentos del Comité de Instrucción Pública, recientemente publicados³⁰⁸. Se leyó en la Convención el admirable informe de Michel Lepeletier sobre la instrucción, hallado después de su muerte, y ésta adoptó una serie de medidas para la instrucción en tres grados: las escuelas primarias, las escuelas centrales y las escuelas especiales.

Sin embargo, el más bello monumento intelectual de la época revolucionaria fue el sistema métrico. Este sistema hacía algo más importante que introducir el sistema decimal, base de nuestra numeración, en las sub divisiones de

las medidas lineales, de superficie, de volumen y de peso, —lo que ya era mucho para simplificar la enseñanza de las matemáticas y desarrollar el espíritu matemático—; sino que además proporcionaba la medida fundamental, el metro, una longitud que podría rehacerse siempre con mucha aproximación, según las dimensiones de la tierra, lo que abrió nuevos horizontes al pensamiento. Además, al establecer relaciones sencillas entre las unidades de longitud, de superficie, de volumen y de peso, el sistema métrico preparó con su generalización la grande y genial victoria de las ciencias en el siglo XIX, la afirmación de la unidad de las fuerzas físicas y de la unidad de la naturaleza.

El nuevo calendario republicano fue su consecuencia necesaria; fue adoptado en base a dos informes de Romme, leídos el 20 de septiembre y el 5 de octubre, y otro de Fabre d'Églantine, leído el 24 de noviembre de 1793³⁰⁹, e inauguraba en la cuenta de los años una nueva era, que comenzaba por la fecha de proclamación de la República en Francia, el 22 de septiembre de 1792, coincidiendo con el equinoccio de otoño, y abandonaba la semana cristiana. Desaparecía el domingo y el día festivo era el decadi³¹⁰.

Ese acuerdo de la Convención, que suprimía de nuestras vidas el calendario cristiano, enardeció naturalmente a los que veían en la iglesia cristiana y en sus servidores el más sólido apoyo de la servidumbre. La experiencia realizada con el clero juramentado había demostrado la imposibilidad de ganarlo para la causa del progreso. Como consecuencia surgió la idea de suprimir el presupuesto de los cultos y dejar a los creyentes el cuidado de mantener por sí mismos a los ministros de sus cultos. Cambón la presentó a la Convención

en noviembre de 1792; pero en tres ocasiones la Convención acordó sostener a la Iglesia nacional, sometida al Estado, castigando duramente a los curas refractarios.

Contra estos se hicieron leyes muy severas: la deportación para los no juramentados, y desde el 18 de marzo de 1793, la pena de muerte para los comprometidos en las perturbaciones a las que dio lugar el reclutamiento o para los que, debiéndose hallar deportados, fueran encontrados en el territorio de la República. El 21 de octubre de 1793, por haber llegado a la convicción de que los **jurados** solían ser tan peligrosos como los **no jurados** o **papistas**, se decretaron leyes todavía más expeditivas, aplicándose la deportación a los curas juramentados que fueran acusados de falta de civismo por seis ciudadanos de su cantón.

Las primeras tentativas de “descristianización” se hicieron en Abbeville y en Nevers³¹¹. El convencional Fouché, que se hallaba en misión en Nevers, y que sin duda actuaba de acuerdo y quizá bajo la influencia de Chaumette, quien se encontraba en aquella ciudad, declaró el 26 de septiembre de 1793 la guerra “a los cultos supersticiosos e hipócritas”, para reemplazarlos por “el de la República y la moral natural”³¹². Algunos días después de la aceptación del nuevo calendario (el 10 de octubre), mandó que las ceremonias de los cultos se ejercieran sólo en el interior de los templos respectivos; todas “las enseñas religiosas que se encuentren en los caminos”, etc., serían destruidas, los curas no osarían aparecer con sus vestimentas fuera de los templos, y, por último, los entierros se harían sin ceremonia religiosa en campos plantados con árboles, “a cuya sombra se elevará una estatua representando al Sueño. Todos los demás sig-

nos serán destruidos”, y “sobre la puerta de aquel campo cercado, consagrado por respeto religioso a los manes de los muertos, esta inscripción: *La muerte es un sueño eterno*”. También explicaba el sentido de esos decretos a la población mediante discursos materialistas.

Al mismo tiempo, Laignelot, otro convencional en misión, transformaba en Rochefort una iglesia parroquial en *Templo de la Verdad*, donde ocho curas católicos y un ministro protestante fueron, a “des-sacerdotizarse” el 31 de octubre de 1793.

El 14 de octubre, bajo la influencia de Chaumette, se prohibió en París el ejercicio exterior del culto, y el 16 fue adoptado el decreto de Fouché sobre los entierros, en principio por la Comuna.

Es evidente que ese movimiento no fue una sorpresa y que en los espíritus ya estaba preparado por la misma Revolución y sus precedentes. Animadas ahora por los actos de la Convención, las provincias se lanzaron a la “des-cristianización”. A iniciativa del burgo Ris-Orangis, toda la región de Corbeil renunció al cristianismo, y sus diputados fueron bien acogidos en la Convención cuando se presentaron a declararlo el 30 de octubre.

Seis días después se presentaron a la Convención unos delegados de la comuna de Mennecy, cubiertos con casullas sacerdotales. También recibieron buena acogida, y la Convención reconoció “el derecho que tienen todos los ciudadanos para adoptar el culto que les convenga y suprimir las ceremonias que les desagraden”. Una diputación del departamento de Seine-et-Oise, pidiendo que al obispo de Versalles, muerto recientemente, no se le diera sucesor, fue también recibida con mención honorífica.

De ese modo la Convención fomentaba el movimiento contra el catolicismo, no sólo por la acogida que dispensaba a la descristianización, sino también por el destino que daba a los despojos de las iglesias, incluso al relicario de Santa Genoveva, que trasladó a la Moneda³¹³.

Entonces, probablemente aprovechando esa actitud del gobierno, Anacharsis Cloots y Chaumette dieron todavía un paso más.

Cloots, barón prusiano, que abrazó con entusiasmo la Revolución y que predicaba la Internacional de los Pueblos con vehemencia y sentimiento, y el procurador de la Comuna, Chaumette, aquel verdadero representante del obrero parisino, convencieron al obispo de París, Gobel, de que abandonara sus funciones eclesiásticas. Habiendo recibido la aprobación del consejo episcopal, y después de haber anunciado su dimisión al Departamento y a la Comuna, el 17 brumario (7 noviembre de 1793) Gobel se presentó, con toda la pompa, a la Convención, acompañado de once de sus vicarios y seguido del alcalde Pache, del procurador Chaumette y de los miembros del Departamento, Momoro y Lullier, para despojarse de sus atributos y de sus títulos.

En aquella ocasión utilizó un lenguaje digno. Unido siempre “a los principios eternos de la igualdad, de la moral, bases necesarias de toda constitución republicana”, obedecía a la voz del pueblo y renunciaba a ejercer “las funciones de ministro del culto católico”. Y despojándose de su cruz y de su anillo, se cubrió con el gorro frigio que le presentó uno de los miembros.

En ese momento un entusiasmo, sólo comparable al de la noche del 4 de agosto, se apoderó de la Asamblea. Otros

dos obispos, Thomas Lindet y Gay-Vernon, lo mismo que otros diputados eclesiásticos, se precipitaron a la tribuna para seguir el ejemplo de Gobel. El Abate Grégoire no quiso unirse a ellos; Sieyès declaró que hacía ya muchos años que se había despojado de su carácter de eclesiástico, que sólo profesaba el culto de la libertad y de la igualdad, y que ansiaba el triunfo de la razón sobre la superstición y el fanatismo.

El efecto de aquella escena de la Convención fue formidable. Se conoció en toda Francia y en todas las naciones vecinas. Y en las clases gobernantes de todas partes hubo una explosión de odio contra la República.

En Francia el movimiento se extendió rápidamente a las provincias. En pocos días varios obispos y gran número de curas abandonaron sus títulos, y esas abdicaciones solían producir escenas conmovedoras. Emociona, en efecto, la siguiente descripción de la abdicación de curas en Bourges, que he encontrado en un folleto local de la época³¹⁴.

Después de haber mencionado a un cura, J. Baptiste Pati, y a un benedictino, Julien-de-Dieu, que acababan de despojarse de sus atributos eclesiásticos continúa el autor: “Privat, Brisson, Patrou, Rouen y Champion, ex vicarios metropolitanos no fueron los últimos en descender a la arena; Eupic et Calende, Dumantier, Veyreton, ex benedictinos, Ranchon, Collardot, descendieron luego de ellos; el ex canónigo Désormaux y su colega Dubois, encorvados bajo el peso de los años, los siguen a pasos lentos, y Lefranc exclama: “Quememos nuestras cartas sacerdotales, y que el recuerdo de nuestro estado anterior desaparezca en las llamas que las consuman. Deposito ante el altar de la Patria esta medalla de plata que representa al último tirano a

quien la ambición interesada del clero llamaba cristianísimo". Se quemaron todos los diplomas de los curas en una hoguera, y mil gritos se elevaron en el aire: "¡Perezca para siempre la memoria de los curas! ¡Que se acabe de una vez la superstición cristiana! **¡Viva la sublime religión de la Naturaleza!**" Viene después la enumeración de los donativos patrióticos, que resulta conmovedora. En ella abundan los donativos de ropa y de hebillas de plata. Los patriotas y los "hermanos" eran pobres y daban lo que tenían.

En general, el sentimiento anticatólico, en el que se confundía una "religión de la naturaleza" con el entusiasmo patriótico, parece haber sido mucho más profundo que lo que se hubiera podido suponer sin haber consultado los documentos de la época. La Revolución hacía pensar y daba audacia al pensamiento.

Entretanto, en París, el Departamento y la Comuna acordaron organizar y celebrar el decadi siguiente, 20 brumario (10 de noviembre), en Notre-Dame, una **Fiesta de la Libertad y de la Razón**, durante la cual se cantarían himnos patrióticos ante la estatua de la Libertad. Cloots, Momoro, Hébert y Chaumette hicieron una activa propaganda en las sociedades populares, y la fiesta tuvo un gran éxito. Tan conocida es esta fiesta, por haber sido tan referida y detallada, que prescindimos de su descripción. Tan sólo observamos, no obstante, que se prefirió un ser viviente a una estatua para representar la Libertad, porque "una estatua, decía Chaumette, hubiera sido un regreso a la idolatría". Según Michelet (lib. XIV, cap. III), los fundadores del nuevo culto recomendaban "para desempeñar una función tan augusta, la elección de personas cuyo **carácter haga respetable la**

belleza, cuya severidad de costumbres y de miradas rechace la licencia". Michelet, quien, como es sabido, simpatizaba mucho con la descristianización de 1793 dice que lejos de ser una ceremonia alegre y burlesca, la fiesta resultó, por el contrario, "una ceremonia casta, triste, seca, aburrida". Pero la Revolución, agrega, ya "estaba vieja y cansada, demasiado vieja para procrear". El ensayo de 1793 no salía del seno ardiente de la Revolución, "sino de las escuelas racionalistas de los tiempos de la *Enciclopedia*". En efecto, tenía indudable semejanza con el movimiento moderno de las **Sociedades éticas** (*Ethical societies*³¹⁵), que permanecen también al margen de las masas populares.

Lo que principalmente nos admira hoy es que la Convención a pesar de las peticiones que llegaban de diversas procedencias, se negase a abordar la gran cuestión: la abolición del sueldo de los curas. En cambio, la Comuna de París y las secciones practicaron francamente la descristianización. En cada sección se consagró al menos una iglesia al culto de la Razón. El Consejo general de la Comuna se arriesgó a precipitar los acontecimientos, y respondiendo al discurso religioso de Robespierre, del 10 frimario I (ver más adelante), acordó, el 3 frimario (23 de noviembre), bajo la influencia de Chaumette, cerrar inmediatamente en París todas las iglesias o templos de todas las religiones; hizo individualmente responsables a los curas de las perturbaciones religiosas; invitó a los comités revolucionarios a vigilar a los clérigos, y decidió pedir a la Convención que excluyera a los sacerdotes de todo tipo de función pública. Se establecía al mismo tiempo un "curso de moral" para preparar a los predicadores

del nuevo culto; se decidió el derribo de todos los campanarios, y en diversas secciones se organizaron fiestas de la Razón en las cuales se escarnecía al culto católico. Una sección quemó los misales, y Hébert quemó reliquias en la Comuna.

En las provincias, dice Aulard, parece que casi todas las ciudades, sobre todo en el Sudoeste, adoptaron el nuevo culto racionalista.

Sin embargo, el gobierno, es decir, el Comité de Salud Pública, hizo desde un principio una oposición sorda a ese movimiento. Robespierre se opuso terminantemente, y cuando Cloots le habló con entusiasmo de la abdicación de Gobel, le manifestó bruscamente su hostilidad, preguntándole qué pensarían los belgas, cuya unión con Francia pretendía Cloots.

Robespierre, no obstante, permaneció en silencio durante algunos días; pero el 20 de noviembre volvió Danton a París, después de una larga estancia en Arcis-sur-Aube, donde se había retirado con su joven esposa, con la que se había casado por iglesia inmediatamente después de la muerte de su primera mujer. Al día siguiente, 10 frimario (21 de noviembre), Robespierre pronunció en el Club de los Jacobinos un primer y muy violento discurso contra el culto de la Razón. La Convención, dijo, no cometerá la temeridad de proscribir el culto católico. Conservará la libertad de cultos y no permitirá que se persiga a los ministros pacíficos del culto. Después indicó que la idea de un "Ser Supremo que vela sobre la inocencia oprimida y que castiga el crimen" era muy popular, y trató a los descristianizadores de **traido-**

res, de agentes de los enemigos de Francia, que querían rechazar a aquellos extranjeros a los que la moral y el interés común atraían hacia la República.

Cinco días después Danton habló casi en el mismo sentido en la Convención, atacando las mascaradas anti-religiosas y pidiendo que se les pusiera un límite.

¿Qué ocurrió durante esos pocos días para aproximar de ese modo a Robespierre y Danton? ¿Qué nuevas combinaciones, diplomáticas o de otro género, se ofrecían en aquel momento, que atraieron a Danton a París y lo incitaron a oponerse al movimiento descristianizador, él, que era un verdadero discípulo de Diderot, que no dejó de afirmar su ateísmo materialista hasta el mismo borde del cadalso? Esa táctica de Danton es tanto más extraña cuanto que durante la primera mitad del mes frimario no cesó la Convención de acoger con simpatía a los descristianizadores³¹⁶.

El 14 frimario (4 de diciembre), el robespierrista Couthon todavía presentaba reliquias, mofándose, a la tribuna de la Convención.

Uno se pregunta si Robespierre no aprovechaba algún nuevo aspecto de las negociaciones con Inglaterra, para influir sobre Danton y dar libre expansión a sus ideas sobre la religión, siempre apreciada por aquel deísta, discípulo de Rousseau.

Hacia mediados del mes, Robespierre, fortalecido con el apoyo de Danton, se decidió a actuar, y el 16 frimario (6 de diciembre) el Comité de Salud Pública pidió a la Convención un decreto sobre la libertad de cultos, cuyo primer artículo "prohibía toda violencia y medidas

contrarias a la libertad de los cultos". Esta disposición se inspiraba en el temor a una insurrección de los campesinos, porque el cierre de iglesias fue siempre, mal recibido en los campos³¹⁷. Pero desde aquel día resultó triunfante el catolicismo. Bajo la protección del gobierno robespierrista se convertía en religión del Estado³¹⁸.

Más adelante, en la primavera, se iría más lejos. Se trató de oponer al culto de la Razón, un nuevo culto, el del Ser Supremo, concebido a partir del *Vicaire savoyard* de Rousseau. No obstante, ese culto, a pesar del apoyo del gobierno y la amenaza de la guillotina para sus adversarios, se confundía con el culto de la Razón, aunque se lo llamara culto del Ser Supremo, y bajo ese nombre continuó extendiéndose un culto mitad deísta y mitad racionalista, hasta el triunfo de la reacción termidoriana.

En cuanto a la fiesta del Ser Supremo, celebrada en París con gran pompa el 20 pradiar (8 de junio de 1794), y a la cual atribuyó Robespierre gran importancia, presentándose como fundador de una religión de Estado que combatía el ateísmo, parece que fue bella como representación teatral popular, pero no halló eco en los sentimientos del pueblo. Esa fiesta — celebrada por la voluntad del Comité de Salvación Pública luego de que Chaumette y Gobel, que gozaban de la simpatía de la masa del pueblo, fueran guillotinado por sus opiniones antirreligiosas — demostraba demasiado claramente el triunfo sangriento del gobierno jacobino sobre los elementos avanzados del pueblo y de la Comuna, como para agradecerle al pueblo. Además, por la actitud abiertamente hostil de varios convencionales hacia Robespierre

durante la misma fiesta, fue el prelude del 9 termidor, el prelude final.

Pero no nos anticipemos a los acontecimientos.

CAPÍTULO LXIII

LA DESTRUCCIÓN DE LAS SECCIONES

Dos potencias rivales se hallaban frente a frente al finalizar 1793: los dos Comités, el de Salvación Pública y el de Seguridad General, que dominaban la Convención y la Comuna de París. Sin embargo, la verdadera fuerza de la Comuna no estaba en su alcalde Pache, ni en su procurador Chauvette, ni en su sustituto Hébert, ni en su Consejo General. Estaba en las secciones. He aquí por qué el gobierno central se dedicaba constantemente a tratar de someter las secciones a su autoridad.

Cuando la Convención retiró a las secciones de París “la permanencia”, es decir, el derecho de convocar sus asambleas generales tan frecuentemente como quisieran, las secciones comenzaron a crear “sociedades populares” o “sociedades seccionarias”. Pero esas sociedades fueron mal vistas por los jacobinos, quienes se convertían a su vez en hombres de gobierno y, a fines de 1793 y en enero de 1794, se habló mucho en el Club de los Jacobinos de esas sociedades. Con mayor motivo considerando que los realistas hacían un esfuerzo concertado para invadir las y apoderarse de ellas. “Del cadáver de la monarquía, decía el jacobino Simond, han salido una infinidad de insectos venenosos que no son tan estúpidos como para intentar

la resurrección, pero que perpetúan las convulsiones del cuerpo político”³¹⁹. En las provincias, sobre todo, esos “insectos” produjeron su efecto. Una infinidad de emigrados, continuaba Simond, “gente de ley, gente de las finanzas, agentes del antiguo régimen”, inundan los campos, invaden las secciones populares y hasta llegan a ser sus presidentes y secretarios.

Es evidente que las sociedades populares, que no eran en París más que asambleas de secciones organizadas bajo otro nombre³²⁰, se hubieran “depurado” rápidamente para excluir a los realistas disfrazados, y hubieran continuado la obra de las secciones; pero toda su actividad desagradaba a los jacobinos, que veían con envidia la influencia de esos “recién venidos” que los “excedían en patriotismo”. “De creerles, decía el mismo Simond, los patriotas del 89... son bestias de carga cansadas e inútiles a quienes hay que matar, porque ya no pueden seguir a los recién nacidos en la ruta política de la Revolución.” Y delataba los temores de la burguesía jacobina, hablando de la “cuarta legislatura” que esos recién venidos habrían estado tratando de componer, para ir más lejos que la Convención. “Nuestros mayores enemigos, añadía Jeanbon Saint-André, no están en el exterior; están ante nuestra vista; en medio de nosotros; **quieren llevar más lejos que nosotros las medidas revolucionarias**”³²¹.

Sobre este asunto, Dufourny habló contra todas las sociedades de secciones, y Deschamps las llamó “Vendées en pequeño”.

En cuanto a Robespierre, recurrió a su argumento favorito, los manejos del extranjero. “Mis inquietudes, dijo, tenían demasiado fundamento. Ya se puede ver que la tar-

tufería contrarrevolucionaria domina en ellas. Los agentes de Prusia, de Inglaterra y de Austria quieren, a través de ese medio, aniquilar la autoridad de la Convención y el ascendiente patriótico de la Sociedad de los jacobinos”³²².

La hostilidad de los jacobinos contra las sociedades populares significaba hostilidad hacia las secciones de París y hacia las organizaciones del mismo género en las provincias, y esa hostilidad era la expresión de la del gobierno central. En consecuencia, en cuanto quedó restablecido el gobierno revolucionario por decreto del 14 frimario (4 de diciembre de 1793) les fue sustraído a las secciones el derecho de elegir los jueces de paz y sus secretarios, un derecho que habían conquistado en 1789. En lo sucesivo esos funcionarios serían nombrados por el Consejo General del Departamento (decretos del 8 nivoso – 28 de diciembre de 1793 – y 23 floreal – 12 de mayo de 1794 –). Asimismo el nombramiento de los Comités Seccionarios de Beneficencia se les arrebató a las secciones en diciembre de 1793, para traspasar esa función a los Comités de Salud Pública y de Seguridad General. El organismo popular de la Revolución quedó así afectado en sus raíces.

Pero es sobre todo en la concentración de las funciones de policía donde se aprecia principalmente la idea del gobierno jacobino. Hemos visto (capítulo XXIV) la importancia de las secciones como órganos de la vida municipal y revolucionaria de París; dejamos indicado lo que hacían para el aprovisionamiento de la capital, para alistar los voluntarios, para constituir, armar y expedir los batallones, para fabricar el salitre, para organizar el trabajo, cuidar de los indigentes, etc.; pero junto a esas funciones, las seccio-

nes de París y las sociedades populares de provincia desempeñaban también funciones de policía. A partir del 14 de julio de 1789 se formaron en París Comités de Distrito que se encargaron de la policía. La ley del 6 de septiembre de 1789 los confirmó en sus funciones, y en octubre siguiente, el municipio de París, todavía provisional se dio su policía secreta con el nombre de Comité de Investigaciones. De ese modo la municipalidad surgida de la Revolución adoptaba una de las peores tradiciones del antiguo régimen.

Después del 10 de agosto, la Legislativa estableció que toda la policía de “seguridad general” pasase a los consejos de los departamentos, de los distritos y de los municipios, y se creó un Comité de Vigilancia, con comités subordinados en cada sección. Muy pronto, a medida que se fue enardeciendo la lucha entre los revolucionarios y sus enemigos, esos Comités se vieron abrumados de trabajo, y, como consecuencia, el 21 de marzo de 1793 se crearon Comités Revolucionarios de doce miembros en cada comuna y en cada sección de las comunas de las grandes ciudades, divididas, como París, en secciones³²³.

De esa manera las secciones, por mediación de sus Comités Revolucionarios, se convertían en oficinas de policía. Es cierto que las funciones de esos comités se limitaban a la vigilancia de los extranjeros; pero pronto tuvieron derechos tan amplios como los de las oficinas de policía secreta en los Estados monárquicos. Al mismo tiempo se pudo ver cómo las secciones, que en un principio eran órganos de la Revolución popular, se dejaban absorber por las funciones policíacas de sus comités, y cómo estos, dejando poco a poco de ser órganos municipales, se transformaban en sim-

ples órganos subalternos de policía, sometidos al Comité de Seguridad General³²⁴.

Los comités de Salvación Pública y de Seguridad General los apartaban cada vez más de la Comuna —su rival— a la que debilitaban de esa manera, y, disciplinándolos para la obediencia, los transformaban en **engranajes** de la máquina del Estado. Por último, con el pretexto de reprimir abusos, la Convención sometió a los 44,000 comités revolucionarios al Comité de Seguridad General, al que concedió hasta el derecho de “depurarlos” y de nombrar a sus miembros, ahora designados como funcionarios asalariados.

El Estado, tratando de centralizarlo todo en sus manos, como lo intentó la monarquía en el siglo XVII, y despojando a los órganos populares del nombramiento de jueces, de la administración de la beneficencia (y ciertamente también de las demás funciones administrativas) y sometiéndolos a su burocracia en materia de policía, mataba a las secciones y a los municipios revolucionarios. En efecto, luego de esto, las secciones de París y las sociedades populares estaban bien muertas; el Estado las había devorado, **y su muerte fue la muerte de la Revolución**. Desde enero de 1794, dice Michelet, quedó aniquilada la vida pública en París. “Las asambleas generales de las secciones estaban muertas, y todo el poder había pasado a sus comités revolucionarios, y estos mismos, no siendo ya elegidos, sino simples funcionarios nombrados por la autoridad, tenían vida limitada.”

Cuando el gobierno quiso aplastar a la Comuna de París, ya pudo hacerlo sin temor a ser derribado.

Eso fue lo que hizo en marzo de 1794 (ventoso año II).

CAPÍTULO LXIV

LUCHA CONTRA LOS HEBERTISTAS

En diciembre de 1793 ya hablaba Robespierre del próximo fin de la República revolucionaria. “Velemos, decía, porque la muerte de la Patria no está lejana”³²⁵. Y no la presentía él solo: la misma idea aparecía con mayor frecuencia cada vez en los discursos de los revolucionarios.

Una revolución que se detiene en la mitad de su camino inicia necesariamente su ruina. Era tal la situación de Francia al finalizar el año 1793 que, habiéndose detenido en el momento en que buscaba nueva vida en los grandes cambios sociales, la Revolución se abismaba en luchas interiores y en un esfuerzo, tan infructuoso como impolítico, dedicado al exterminio de sus enemigos. Todos montando guardia en defensa de sus propiedades³²⁶.

La fuerza misma de los acontecimientos orientaba a Francia hacia un nuevo impulso en un sentido comunista; pero la Revolución había permitido la constitución de un “gobierno fuerte”, que aplastó a los *enragés* y amordazó a los que osaban pensar como ellos.

En cuanto a los hebertistas, que predominaban en el Club de los Cordeleros y en la Comuna, y que habían logrado invadir, por intermedio de Bouchotte, el ministro de la guerra, las oficinas de aquel Ministerio, tenían ideas de gobierno que los apartaban de una revolución económica. Hébert había hablado algunas veces en su periódico en sentido comunista³²⁷; pero causar terror y apoderarse del gobierno les pareció mucho más importante que la cuestión

del pan, de la tierra o del trabajo organizado. La Comuna de 1871 produciría ese mismo tipo de revolucionario.

En lo que concierne a Chaumette, tanto por sus simpatías populares como por su género de vida debería haberse unido a los comunistas. Por un momento llegó a sufrir su influencia; pero el partido de los hebertistas, con el que se hallaba mezclado, no se apasionaba por ese género de ideas; no trataban de provocar en el pueblo una gran manifestación de su voluntad social; su idea consistía en apoderarse del poder por medio de una nueva depuración de la Convención, en deshacerse “de los hombres gastados y de piernas rotas en la Revolución”, como decía Momoro; aspiraban a someter la Convención a la Comuna de París, mediante un nuevo 31 de mayo, pero apoyados esta vez por la fuerza militar del “ejército revolucionario”. **Después se vería.**

Pero los hebertistas calculaban mal; no se daban cuenta de que tenían sobre sí un Comité de Salvación Pública que hacía ya seis meses que había sabido constituirse en fuerza gubernamental y hacerse aceptable por la manera inteligente con que había dirigido la guerra, y un Comité de Seguridad general que se había hecho muy poderoso por haber concentrado en sus manos una extensa policía secreta y haber adquirido el medio de enviar a cualquiera a la guillotina. Además, los hebertistas emprendieron la guerra sobre un terreno en el que debían ser vencidos, el Terror. En este punto tenían como competidor a todo un mundo gubernamental, incluyendo a los que creían necesario el Terror para conducir la guerra. El Terror es siempre un arma **de gobierno**, y el gobierno constituido la aprovechó contra ellos.

Sería fastidioso entrar aquí en el detalle de las intrigas de los diversos partidos que se disputaban el poder durante el curso del mes de diciembre y los primeros meses de 1794; basta decir que en aquella época luchaban cuatro grupos o partidos: el grupo robespierrista, que se componía de Robespierre y de sus amigos Saint-Just, Couthon, etc.; el partido de los “fatigados”, que se agrupaba detrás de Danton (Fabre d’Églantine, Philippeaux, Bourdon, Camille Desmoulins, etc.); la Comuna, que se confundía con los hebertistas, y los miembros del Comité de Salvación Pública (Billaud-Varenne y Collot d’Herbois) al que denominaban los **terroristas**, y a cuyo alrededor se agrupaban los que no querían que la Revolución se desarmara pero rechazaban el ascendiente de Robespierre, al que hacían guerra sorda, y que tampoco querían soportar el ascendiente de la Comuna ni el de los hebertistas.

Danton estaba ya completamente “gastado” en el concepto de los revolucionarios, que veían en él un peligro, puesto que los girondinos estaban detrás suyo. Sin embargo, a últimos de noviembre hemos visto a Robespierre y a Danton marchar unidos para combatir el movimiento antirreligioso. Cuando en el Club de los Jacobinos, que hacía entonces su “depuración”, le tocó el turno de someterse al juicio depuratorio al ya muy atacado Danton, Robespierre le tendió la mano e hizo más: se identificó con él.

Por otra parte, cuando Camille Desmoulins lanzó, el 15 y 20 frimario (5 y 10 de diciembre), los dos primeros números de su *Vieux Cordelier*, en los que este periodista, excelente en la calumnia, atacaba vilmente a Hébert y Chaumette, y comenzó una campaña en favor de un relaja-

miento en la persecución de los enemigos de la Revolución, Robespierre leyó esos dos números antes de su publicación y los aprobó. Durante la depuración de los jacobinos también defendió a Desmoulins.

Esto quiere decir que, en aquel momento, estaba dispuesto a hacer concesiones a los dantonistas mientras estos lo ayudasen a atacar al partido de la izquierda, a los hebertistas.

Esto es lo que hicieron voluntariamente, con suma violencia, a través de la pluma de Desmoulins en su *Vieux Cordelier*, y de la palabra de Philippeaux en los Jacobinos, en donde se encarnizó en el ataque a la conducta de los generales hebertistas en la Vendée. Robespierre actuó en la misma dirección contra un hebertista influyente (los propios jacobinos lo habían elegido presidente), Anacharsis Cloots, sobre el cual cayó con un odio completamente religioso. Cuando tocó a Cloots el turno de someterse a la depuración en los Jacobinos, Robespierre dirigió contra él un discurso lleno de hiel, en el que aquel puro idealista, adorador de la Revolución y propagandista inspirado de la Internacional de los *sans-culottes*, fue acusado de traición, por haber tenido relaciones de negocios con los banqueros Vandenyver y por haberse interesado por ellos cuando fueron acusados como sospechosos. Cloots fue excluido de los Jacobinos el 22 frimario (12 de diciembre), quedando así convertido en una víctima marcada para el cadalso. La insurrección del Mediodía se prolongaba en el tiempo, y Toulon permanecía en poder de los ingleses, dando lugar a que se acusara de incapacidad al Comité de Salvación Pública. Hasta se decía que el Comité quería abandonar el Mediodía

a la contrarrevolución. Al parecer hubo días en que pendió de un hilo el que cayera el Comité y fuera “enviado a la roca Tarpeya”, lo que hubiera beneficiado a los girondinos y a los “moderantistas”, es decir, a la contrarrevolución.

El alma de la campaña emprendida contra el Comité de Salvación Pública, en los medios políticos, era Fabre d'Églantine, uno de los “moderantistas”, secundado por Bourdon (del Oise); y hasta hubo, en los días del 22 al 27 frimario (12 a 17 de diciembre), una tentativa concertada para sublevar a la Convención contra su Comité de Salvación Pública.

Pero si los dantonistas intrigaban así contra los robespierristas, ambos partidos se ponían de acuerdo para atacar a los hebertistas. El 27 frimario (17 de diciembre) Fabre d'Églantine presentó a la Convención un informe pidiendo el arresto de tres hebertistas: Ronsin, general del ejército revolucionario de París; Vincent, secretario general del Ministerio de la guerra, y Maillard, el mismo que condujo las mujeres a Versalles el 5 de octubre de 1789. Era una primera tentativa del “partido de la clemencia” para dar un golpe de Estado en favor de los girondinos y de un régimen más pacifista. Todos los que se habían aprovechado de la Revolución sentían la necesidad, como ya hemos dicho, de que se restableciera “el orden”, y para lograrlo estaban dispuestos, de ser preciso, a sacrificar la República y a darse una monarquía constitucional; muchos, como Danton, estaban cansados de los hombres, y se decían “hay que terminar”; otros, por último —y en todas las revoluciones estos son el partido más peligroso—, al perder la fe en la Revolución frente a las fuerzas a las que había que combatir, se prepa-

raban para sacar partido de la reacción que veían próxima.

Sin embargo, el pedido de arresto de aquellos tres hebertistas hubiera recordado demasiado al de Hébert en 1793 (ver el capítulo XXXIX), para que no se comprendiera que se preparaba un golpe de Estado en favor de la fracción girondina, que servía de punto de apoyo a la reacción. La aparición del tercer número del *Vieux Cordelier*, en el que Desmoulins, bajo formas tomadas a la historia romana, denunciaba al gobierno revolucionario, ayudó también a desenmascarar las intrigas, puesto que todo lo que había de contrarrevolucionario en París levantó la cabeza al leer ese número que anunciaba, a cualquiera que quisiese entenderlo, el próximo fin de la Revolución.

Los cordeleros se alinearon inmediatamente junto a los hebertistas, pero no supieron encontrar otro motivo para convocar al pueblo que la necesidad castigar más duramente a los enemigos de la Revolución. También ellos identificaban el Terror con la Revolución; pasearon la cabeza de Chalier³²⁸ por las calles de París y empujaron al pueblo a un nuevo 31 de mayo, para provocar una nueva “depuración” de la Convención, alejando de ella a “los hombres gastados y de piernas rotas”. Pero no decían qué es lo que harían si lograban el poder, ni qué dirección darían a la Revolución.

Una vez emprendida la lucha en tales condiciones, le fue fácil al Comité de Salvación Pública parar el golpe. No rechazó el Terror, al contrario, el 5 nivoso (25 de diciembre) Robespierre presentó su informe sobre el gobierno revolucionario, y si la sustancia de aquel documento consistía en la necesidad de mantener el **equilibrio** entre los partidos

demasiado avanzados y los partidos demasiado moderados, su conclusión era **la muerte para los enemigos del pueblo**. Al día siguiente pidió la aceleración de los juicios del tribunal revolucionario.

Al mismo tiempo, el 4 nivoso (24 de diciembre), se supo en París que Toulon había sido retornada a los ingleses; el 5 y el 6 (25 y 26 de diciembre), que la Vendée había sido aplastada en Savenay; el 10, que el ejército del Rin, habiendo tomado la ofensiva, recobraba las líneas de Wissembourg; que el bloqueo de Landau se había roto el 12 nivoso (10 de enero de 1794), y que los alemanes retrocedían cruzando el Rin.

Toda una serie de victorias decisivas reafirmaban así la República.

Con ellas se restableció la autoridad del Comité de Salvación Pública, y entonces Camille Desmoulins en su número 5 hizo una retractación pública, aunque continuó sus violentos ataques contra Hébert, lo que convirtió a las sesiones del Club de los Jacobinos, durante la segunda década de nivoso (del 31 de diciembre al 10 de enero de 1794), en verdaderas luchas de ataques personales. El día 10 de enero los jacobinos decidieron la exclusión de Desmoulins, y Robespierre tuvo que emplear toda su popularidad para obligar a la Sociedad a no mantener esa medida.

Sin embargo, el 24 nivoso (13 de enero) los Comités se decidieron a actuar, y sembraron el terror en el campo de sus detractores haciendo detener a Fabre d'Églantine, pretextando una acusación de falsificación de documentos, y anunciando escandalosamente que habían descubierto un gran complot con el objeto de envilecer la representación nacional.

Se ha sabido después que la acusación de haber falsificado un decreto de la Convención en beneficio de la poderosa Compañía de las Indias, que sirvió de pretexto para detener a Fabre d'Églantine, era falsa. Efectivamente, el decreto concerniente a aquella Compañía, había sido falsificado, pero por otro representante, Delaunay. El documento se conserva aún en los archivos, y desde que la descubrió Michelet se sabe que la falsificación está escrita por Delaunay; pero como el acusador público, Fouquier-Tinville, el hombre del Comité de Seguridad General, no permitió la presentación de la pieza, ni antes ni durante el proceso, Fabre murió como falsificador, cuando el gobierno sólo quería desembarazarse de un hombre peligroso. Robespierre se cuidó bien de intervenir³²⁹.

Tres meses después fueron ejecutados Fabre d'Églantine, Chabot, Delaunay, el abad Espagnac y los dos hermanos Frey, banqueros austríacos.

Así prosiguió la lucha sangrienta entre las diversas fracciones del partido revolucionario; y se comprende hasta qué punto la invasión y los horrores de la guerra civil debieron envenenar esas luchas. No obstante, ciertas cuestiones deben plantearse: ¿Qué es lo que impidió a la lucha de los partidos tomar un carácter encarnizado desde el principio de la Revolución? ¿A qué se debió que hombres de ideas políticas tan diferentes como los girondinos, Danton, Robespierre o Marat se pusieran de acuerdo para una acción común contra el despotismo real?

Es muy probable que las relaciones de intimidad y de fraternidad que al aproximarse la Revolución se habían establecido en las logias masónicas entre los hombres no-

tables de la época, tanto en París como en las provincias, contribuyeran a facilitar esa concordancia. Se sabe, en efecto, por Louis Blanc, Henri Martin y la excelente monografía del profesor Ernesto Nys³³⁰, que casi todos los revolucionarios famosos pertenecieron a la franc-masonería. Mirabeau, Bailly, Danton, Robespierre, Marat, Condorcet, Brissot, Lalande, etc., eran masones, y que el duque de Orleáns (Felipe Igualdad) fue el gran maestro nacional hasta el 31 de mayo de 1793. Por otra parte, se sabe también que Robespierre, Mirabeau, Lavoisier y muchos otros pertenecieron a las logias de Iluminados, fundadas por Weishaupt, cuyo objetivo era “librar a los pueblos de la tiranía de los príncipes y de los sacerdotes, y, como progreso inmediato, liberar a los campesinos y a los obreros de la servidumbre, de las prestaciones personales y de los cuerpos de oficio”.

Es cierto, como dice M. Nys, que, “por sus tendencias humanitarias, por el sentimiento inquebrantable de la dignidad del hombre, por los principios de libertad, de igualdad y de fraternidad”, la masonería ayudó poderosamente a preparar la opinión pública para las ideas nuevas, considerando que gracias a ella “sobre todos los puntos del territorio se celebraban reuniones en donde se exponían y aclamaban las ideas progresivas, y en las que, un punto más importante que lo que generalmente se piensa, se formaban los hombres aptos para discutir y para votar”. La unión de los tres órdenes en junio de 1789, y la noche del 4 de agosto fueron muy probablemente preparadas en las logias³³¹.

Ese trabajo preliminar debió necesariamente establecer también relaciones personales y hábitos de respeto mutuo entre los hombres de acción, dejando aparte los in-

tereses siempre estrechos de los partidos, lo que permitió a los revolucionarios actuar con cierta coordinación para abatir el despotismo real durante cuatro años. Sin embargo, sometidos después a pruebas demasiado duras, sobre todo cuando los propios franc-masones se dividieron sobre la cuestión de la monarquía, y aún más sobre las tentativas comunistas, esas relaciones no pudieron durar hasta el fin de la Revolución. A partir de entonces la lucha se desencadenó con inaudito furor.

CAPÍTULO LXV

CAÍDA DE LOS HEBERTISTAS. EJECUCIÓN DE DANTON

El invierno transcurría con sordas luchas entre los revolucionarios y los contrarrevolucionarios, que cada día levantaban más la cabeza.

A principios de febrero, Robespierre se hizo portavoz de un movimiento contra ciertos convencionales en misión, que habían procedido, como Carrier en Nantes y Fouché en Lyon, con una furia deplorable contra las ciudades sublevadas, sin hacer distinciones entre los instigadores de esos levantamientos y los hombres del pueblo que habían sido inducidos³³². Pidió que se llamase a esos convencionales, y amenazó con procesarlos; pero ese intento fracasó. El 5 ventoso (23 de febrero), Carrier fue amnistiado por la Convención, lo que significaba que se pasaba la esponja sobre los actos de todos los representantes en misión, cualesquiera que hubieran sido sus faltas. Los hebertistas triunfaban; Robespierre y Couthon, enfermos, no se dejaban ver.

Entretanto, Saint-Just, de regreso del ejército, pronunció en la Convención el 8 ventoso (26 de febrero) un discurso que produjo gran sensación y confundió todas las cartas. Lejos de hablar de demencia, Saint-Just hizo suyo el programa terrorista de los hebertistas. También él amenazó, y más fuerte que ellos: prometió dirigirse precisamente contra el partido de los “hombres gastados”, indicando como próximas víctimas de la guillotina a los dantonistas, la “secta política” que “marcha lentamente”, “juega a todos los partidos” y prepara la vuelta de la reacción; que habla de clemencia, “porque esas gentes no se sienten lo bastante virtuosas para ser terribles”. Saint-Just podía hablar fuerte con facilidad, porque hablaba en nombre de la probidad republicana, mientras que los hebertistas se burlaban de ella, al menos en palabras, y daban así a sus enemigos la posibilidad de confundirlos con la turba de los “aprovechadores” de la burguesía, que sólo veían en la Revolución el medio de enriquecerse.

En cuanto a las cuestiones económicas, la táctica de Saint-Just, en su informe del 8 ventoso, consistió en tomar por su cuenta, vagamente, algunas ideas de los *enragés*. Él admitía que no había pensado hasta entonces en esas cuestiones. “La fuerza de las cosas —dijo— nos conduce quizá a resultados en los que no habíamos pensado. Pero hoy que lo pienso, no voy contra la opulencia en sí; voy contra ella porque los enemigos de la Revolución la detentan: **Las propiedades de los patriotas son sagradas**, pero los bienes de los conspiradores están ahí para los desdichados.” Desarrolló algunas ideas sobre la propiedad del suelo: quería que la tierra perteneciera al que la cultivara;

que se expropiara al propietario que no la cultivase durante veinte o cincuenta años; soñaba con una democracia de pequeños propietarios virtuosos que vivieran en un modesto bienestar, y terminó pidiendo la expropiación de las tierras de los conspiradores para dárselas “a los desdichados”. No puede haber libertad mientras haya desdichados e indigentes, y en tanto que las relaciones civiles (económicas) terminen en necesidades contrarias a la forma de gobierno. “Desconfío, dijo, de que se pueda establecer la libertad, mientras **sea posible sublevar a los desdichados contra el nuevo orden de cosas**; no creo que pueda haber menos desdichados si no se hace que cada uno posea su tierra... Es necesario destruir la mendicidad mediante la distribución de los bienes nacionales a los pobres.” Habló también de una especie de seguro nacional, de un “dominio público establecido para reparar el infortunio del cuerpo social”, que sirva para recompensar la virtud, para reparar las desgracias individuales y para la educación. Y, junto con todo esto, mucho Terror. Era el terror hebertista ligeramente teñido de socialismo. Pero ése era un socialismo deshilvanado; son máximas y no proyectos de legislación. Se ve que Saint-Just sólo se proponía probar lo que él mismo expuso: que “la Montaña permanecía siendo la cima revolucionaria”. No se dejará sobrepasar, guillotinaría a los *enragés* y a los hebertistas, pero tomando algo de ellos.

Por ese informe, Saint-Just obtuvo de la Convención dos decretos: uno respondía a los que pedían clemencia; el Comité de Seguridad general quedaba investido del poder de poner en libertad a “los patriotas detenidos”; el otro parecía adelantarse a los hebertistas y tranquilizar al mismo

tiempo a los compradores de bienes nacionales: las propiedades de los patriotas serían sagradas; pero los bienes de los enemigos de la Revolución serían secuestrados en beneficio de la República; esos mismos enemigos serían detenidos hasta la paz, y después desterrados. Los que querían que la Revolución prosiguiera su marcha quedaron defraudados. De aquel discurso sólo quedaron palabras.

Entonces los cordeleros se decidieron a actuar. El 14 ventoso (4 de marzo) cubrieron con un velo negro el Cuadro de los Derechos del Hombre. Vincent habló de la guillotina, y Hébert habló contra Amar, del Comité de Seguridad General, que vacilaba en enviar al tribunal a sesenta y un girondinos. Con palabras veladas designó al mismo Robespierre, no como un obstáculo para cambios importantes, sino como defensor de Desmoulins. Todo era volver al Terror. Carrier llegó a pronunciar la palabra insurrección.

Pero París no se movió, y la Comuna se rehusó a oír a los cordeleros hebertistas.

Finalmente, en la noche del 23 ventoso (13 de marzo) fueron apresados los jefes hebertistas, Hébert, Momoro, Vincent, Ronsin, Ducroquet y Laumur, y el Comité de Salvación Pública a través de Billaud-Varenne difundió contra ellos, toda clase de fábulas y calumnias: que querían entrar en las cárceles y hacer una degollina de realistas, que trataban de saquear la Moneda, ¡que habían hecho esconder los víveres para producir el hambre en París!

El 28 ventoso (18 de marzo) se detuvo a Chaumette, a quien el Comité de Salvación Pública había destituido la víspera, reemplazándolo por Cellier. El alcalde Pache fue destituido por el mismo Comité. Anacharsis Cloots fue de-

tenido antes, el 8 nivoso (28 de diciembre), acusado de haber querido averiguar si una dama constaba en la lista de sospechosos. Leclerc, el amigo de Chalier, venido de Lyon y colaborador de Roux, fue incluido en el mismo proceso.

El gobierno triunfaba.

No sabemos aún cuáles fueron las verdaderas razones de estas órdenes de arresto contra el partido avanzado. ¿Existía un complot para apoderarse del poder sirviéndose del “ejército revolucionario” de Ronsin? Es posible; pero no lo sabemos a ciencia cierta.

Los hebertistas fueron enviados ante el tribunal revolucionario, llevando la iniquidad hasta hacer lo que se llama una “amalgama”. Aparecieron en la misma hornada banqueros y agentes alemanes al lado de Momoro, que desde 1789 se distinguió por sus ideas comunistas y que dio a la Revolución cuanto poseía; de Leclerc, el amigo de Chalier, y de Anacharsis Cloots, “el orador del género humano”, que entrevió en 1793 la república del género humano y que se atrevió a hablar de ella.

El 4 germinal (24 de marzo), después de un proceso formal que duró tres días, fueron todos guillotinado.

Podemos imaginar el día de fiesta en el campo de los realistas, de los que París rebosaba. Las calles estaban llenas de *muscadins* que, vestidos de la manera más ridícula, insultaban a los condenados en el camino del cadalso. Los ricos pagaban enormes precios por los sitios más próximos a la guillotina para gozar con la muerte del autor del *Père Duchesne*. “La plaza se convirtió en un teatro”, dice Michelet. Y “alrededor se formó una especie de feria; los Campos Elíseos, poblados, risueños, con los banqueros y los peque-

ños comerciantes". El pueblo, taciturno, no se mostraba. Sabía que se mataba a sus amigos.

Chaumette fue guillotinado después, el 24 germinal (13 de abril), junto con el obispo dimisionario Gobel, el crimen del que se inculpaba a ambos era el de irreligión. La viuda de Desmoulins y la viuda de Hébert formaron parte de la misma hornada. A Pache se le perdonó la vida, pero fue reemplazado como alcalde por el insignificante Fleuriot-Lescot, y el procurador Chaumette, por Cellier primeramente y después por Claude Payan, un hombre adicto a Robespierre, que se ocupó más del Ser Supremo que del pueblo de París³³³.

¡Los dos Comités, el de Seguridad General y de Salvación Pública, finalmente se imponían a la Comuna de París! Terminaba la larga lucha que sostenía aquel foco revolucionario desde el 9 de agosto de 1792 contra los representantes oficiales de la Revolución. La Comuna que durante diecinueve meses sirvió de faro a la Francia revolucionaria, iba a convertirse en un engranaje de la máquina del Estado. Después de esto, necesariamente, sobrevendría la debacle.

Sin embargo, el triunfo de los realistas después de esas ejecuciones era tan grande que los Comités ya se veían desbordados por la contrarrevolución. Eran ellos los que ahora demandaban la "roca Tarpeya", tan cara a Brissot. Desmoulins, cuya conducta había sido innoble en ocasión de la ejecución de Hébert (él mismo lo relató), lanzó un séptimo número de su periódico, enteramente dirigido contra el régimen revolucionario. Los realistas se entregaban a locas manifestaciones de alegría, e incitaban a Danton a atacar a los Comités. Toda la masa de los girondinos, que se

cubrían con el nombre de Danton, trataban de aprovechar la ausencia de los revolucionarios hebertistas para dar un golpe de Estado, lo que hubiera representado la guillotina para Robespierre, Couthon, Saint-Just, Billaud-Varenne, Collot d'Herbois y tantos otros.

Era el triunfo de la contrarrevolución en la primavera de 1794. Entonces los Comités se decidieron a dar un gran golpe a la derecha sacrificando a Danton.

En la noche del 30 al 31 de marzo (9 a 10 germinal) París supo con estupor que Danton, Desmoulins, Philippeaux y Lacroix habían sido detenidos. Sobre un informe de Saint-Just a la Convención (redactado en base a un borrador hecho por Robespierre, y que se ha conservado hasta nuestros días), la Asamblea ordenó inmediatamente el proceso. El Pantano, obediente, votó como se le indicaba. Los Comités hicieron una nueva "hornada", y enviaron juntos ante el tribunal revolucionario, a Danton, Desmoulins, Bazire; a Fabre, acusado de falsificador; a Lacroix, de pillaje; a Chabot, que reconocía haber recibido (aunque sin gastarlos) cien mil francos de los realistas para un negocio cualquiera; al falsificador Delaunay y al intermediario Julien (de Toulouse).

El proceso fue sofocado. En el momento en que la vigorosa defensa de Danton amenazaba provocar un levantamiento popular, se cortó la palabra a los acusados. Todos fueron ejecutados el 16 germinal (5 de abril).

Se comprende el efecto que debió producir sobre la población de París y sobre los revolucionarios en general la caída de la Comuna revolucionaria de París y las ejecuciones de hombres como Leclerc, Momoro, Hébert y Cloots,

seguidas de las de Danton, Camille Desmoulins y Chauvette. Esas ejecuciones se consideraron en París y en las provincias como el fin de la Revolución. En los círculos políticos se sabía que Danton servía de elemento de unión para los contrarrevolucionarios; pero para Francia en general seguía siendo el revolucionario colocado siempre a la vanguardia de los movimientos populares. “Si estos son traidores, ¿en quién confiaremos?”, se preguntaban los hombres del pueblo. “Pero, ¿son traidores?”, se preguntaban otros. “¿No es un signo evidente de que la Revolución toca a su fin?”

Y ciertamente era así. Una vez que la marcha ascendente de la Revolución se detuvo; una vez que apareció una fuerza capaz de decirle: “de aquí no pasarás” —y esto en uno de los momentos en que las reivindicaciones eminentemente populares buscaban su fórmula— una vez que esa fuerza pudo abatir las cabezas de aquellos mismos que procuraban formular esas reivindicaciones, los verdaderos revolucionarios comprendieron que era la muerte de la Revolución. Ellos no se dejaron convencer por las palabras de Saint-Just, que les decía que había llegado a pensar como aquellos a quienes enviaba a la guillotina. Comprendieron que era el comienzo del fin.

Efectivamente, el triunfo de los Comités sobre la Comuna de París era el triunfo del orden y, en revolución, el triunfo del orden es el cierre del período revolucionario. Podrán sobrevenir aún algunas convulsiones, pero la Revolución ha concluido³³⁴.

El pueblo, que había hecho la Revolución, acabó por desinteresarse en ella, cediendo el terreno a los *muscadins*.

CAPÍTULO LXVI

ROBESPIERRE Y SU GRUPO

Se ha hablado frecuentemente de Robespierre como de un dictador. Sus enemigos de la Convención lo llamaban “el tirano” y, en efecto, a medida que la Revolución se acercaba a su fin, Robespierre adquiriría tal influencia que, en Francia y en el extranjero, se lo llegó a considerar como el personaje más importante de la República.

Sin embargo, sería ciertamente falso considerar a Robespierre como un dictador.

Que muchos de sus admiradores hayan deseado su dictadura, es cierto³³⁵; pero se sabe también que Cambon, en su dominio especial, en el Comité de Hacienda, ejercía una autoridad considerable, y que Carnot tenía extensos poderes para la guerra, a pesar de la enemistad que hacia él sentían Robespierre y Saint-Just. Por su parte el Comité de Seguridad General tenía demasiado empeño en conservar sus poderes policíacos como para no oponerse a una dictadura, y algunos de sus miembros odiaban a Robespierre. Por último, si bien había en la Convención cierto número de representantes que veían con agrado la influencia preponderante de Robespierre, no se hubieran sometido a la dictadura de un montañés tan severo en sus principios.

Y, sin embargo, en realidad el poder de Robespierre era inmenso. Más aún, casi todos sentían, y tanto sus enemigos como sus admiradores lo admitían, que la desaparición del grupo robespierrista sería, como lo fue en efecto, el triunfo cierto de la reacción. ¿Cómo se explica entonces el poder de ese grupo?

Es que Robespierre permaneció **incorruptible**, lo que es en extremo importante durante una revolución, en medio de tantos otros que se dejaron seducir por los atractivos del poder o de la riqueza. Cuando a su alrededor el mayor número se dedicaba a la adquisición de los bienes nacionales, al agio, etc., y miles de jacobinos se apresuraban a apoderarse de puestos en el gobierno, él permanecía ante todos como un juez severo, recordándoles los principios y amenazando con la guillotina a los más recalcitrantes. Más aún. En todo lo que dijo e hizo durante los cinco años de la tormenta revolucionaria, se siente hoy, y más debieron sentirlo sus contemporáneos, que era uno de los raros hombres políticos de ese tiempo que no perdieron jamás su fe revolucionaria ni su amor por la República democrática. En tal concepto, Robespierre representaba una verdadera fuerza, y si los comunistas hubieran podido oponerle una fuerza de voluntad y una inteligencia igual a la suya, es indudable que hubiesen podido imprimir sus ideas a la Gran Revolución de forma más profunda.

Sin embargo, esas cualidades de Robespierre, que sus mismos enemigos se ven obligados a reconocer, no hubieran bastado por sí solas para explicar el inmenso poder que poseyó en los últimos tiempos de la Revolución. Hay que considerar que, armado con el fanatismo que le proporcionaba la pureza de sus intenciones en medio de tantos "aprovechados", trabajó hábilmente para construir su poder sobre los espíritus, aunque tuviera que pasar por sobre los cadáveres de sus adversarios.

Y en ese trabajo fue poderosamente secundado por la burguesía naciente cuando reconoció en él al hombre del justo

medio revolucionario, colocado a igual distancia de los “exaltados” y de los “moderados”, al hombre que ofrecía a la burguesía la mejor garantía contra los “excesos” del pueblo.

La burguesía comprendió que Robespierre, por el respeto que le inspiraba al pueblo, por su moderación y por sus veleidades de poder, sería el más capaz de ayudar a la constitución de un **gobierno**, de poner fin al período **revolucionario**, y lo dejó hacer en tanto temía a los partidos avanzados; pero en cuanto la hubo ayudado a abatir a esos partidos, fue a su vez derribado para entregar la Convención a la burguesía girondina e inaugurar la orgía reaccionaria de Termidor.

La mentalidad de Robespierre se prestaba a maravilla para ese papel. El borrador que escribió para el acta de acusación del grupo de Fabre d'Églantine y Chabot, hallado entre sus papeles después del 9 termidor³³⁶, caracteriza al hombre mejor que todos los razonamientos.

“Dos coaliciones rivales luchan escandalosamente desde hace algún tiempo” — así comienza —. “Una tiende al moderantismo, y la otra a excesos prácticamente contrarrevolucionarios. Una declara la guerra a todos los patriotas enérgicos y predica la indulgencia para los conspiradores; la otra calumnia sordamente a los defensores de la libertad, quiere agobiar a todo patriota alguna vez extraviado en el menor detalle, al mismo tiempo que cierra los ojos sobre las tramas criminales de nuestros más peligrosos enemigos... Una trata de abusar de su crédito o de su presencia en la Convención nacional (los dantonistas); la otra, de su influencia en las sociedades populares (la Comuna, los *enragés*). Una quiere arrancar a la Convención decretos

peligrosos o medidas opresivas contra sus adversarios; la otra lanza peligrosos gritos en las asambleas públicas... El triunfo de uno o de otro partido sería igualmente fatal para la libertad y para la autoridad nacional". Luego expone cómo los dos partidos atacaron al Comité de Salud Pública desde su fundación.

Después de haber acusado a Fabre de inclinarse a la indulgencia para ocultar sus crímenes, añadía:

"El momento era sin duda favorable para predicar una doctrina cobarde y pusilánime, aun para hombres bien intencionados, cuando todos los enemigos de la libertad se inclinaban a un exceso contrario; cuando una filosofía venal y prostituida a la tiranía olvidaba los tronos por los altares, oponía la religión al patriotismo³³⁷, ponía la moral en contradicción consigo misma, confundía la causa del culto con la del despotismo, a los católicos con los conspiradores, y quería forzar al pueblo a ver en la revolución, no el triunfo de la virtud, sino el del ateísmo, no el manantial de su felicidad, sino la destrucción de sus ideas morales y religiosas".

Se ve claramente por estos extractos que si Robespierre no tenía la amplitud de miras ni la audacia de pensamiento necesarias para ser "jefe de partido" durante una revolución, poseía a la perfección el arte de manejar los medios por los cuales se azuza a una asamblea contra tal o cual persona. Cada frase de aquel acto de acusación es una flecha emponzoñada que da en el blanco.

Lo que sobre todo nos asombra es que Robespierre y sus amigos no vieran el papel que les hacían representar los "moderantistas", mientras no los creían lo suficientemente maduros para, a su vez, ser derribados. "Existe un sistema

de conducir al pueblo a nivelarlo todo”, le escribe su hermano desde Lyon; “si no se está en guardia se desorganizará todo”. Y Maximilien Robespierre no supera esa concepción de su hermano. En los esfuerzos de los partidos avanzados no ve más que ataques contra el gobierno del que forma parte. Al igual que Brissot, los acusa de ser instrumentos de los gabinetes de Londres y de Viena. Las tentativas de los comunistas no son para él más que “desorganización”. Había que “estar en guardia” y aniquilarlos por el terror.

¿Cuáles son los medios para terminar la guerra civil?” se pregunta en una nota. Y se responde:

“Castigar a los traidores y los conspiradores, sobre todo los diputados y los administradores culpables.

Enviar tropas patriotas, al mando de jefes patriotas, para reducir a los aristócratas de Lyon, Marsella, de Toulon, de la Vendée, del Jura y de todas las demás comarcas donde se haya enarbolado el estandarte de la rebelión y del realismo.

Y hacer escarmientos terribles con todos los canallas que han ultrajado la libertad y derramado la sangre de los patriotas³³⁸.

Como se ve, es un hombre de gobierno que usa el lenguaje de todos los gobiernos, no un revolucionario. Por lo mismo, toda su política, desde la caída de la Comuna hasta el 9 termidor, resulta absolutamente infructuosa. En nada se opone a la catástrofe que se avecina y hace cuanto puede por acelerarla. No sólo no detiene los puñales que se afilan en la sombra para herir a la República, sino que hace todo lo posible para que sus golpes sean mortales.

CAPÍTULO LXVII

EL TERROR

Después de la caída de sus enemigos de izquierda y de derecha, los Comités continuaron centralizando cada vez más el poder en sus manos. Hasta entonces había habido seis ministerios que sólo estaban subordinados indirectamente al Comité de Salvación Pública, por mediación del Comité Ejecutivo, compuesto por seis ministros. El 12 germinal (1 de abril), los ministerios fueron suprimidos y reemplazados por doce comisiones ejecutivas, cada una bajo la vigilancia de una sección del Comité³³⁹. Además el Comité de Salvación Pública recibió el derecho de convocar por sí mismo a los convencionales en misión. Por otra parte, se acordó que el tribunal revolucionario supremo residiera en París, a la vista de los Comités. Los acusados de conspiración en cualquier punto de Francia, serían conducidos a París para ser juzgados. Se tomaron medidas al mismo tiempo para purgar la capital de hostiles. Todos los ex nobles y todos los extranjeros pertenecientes a las naciones en guerra con Francia, salvo algunas excepciones indispensables, serían expulsados de París (decretos de 26 y 27 germinal).

La guerra constituía otra gran preocupación. En enero de 1793 se esperaba todavía que el partido de oposición del Parlamento inglés, sostenido por una parte considerable de la población de Londres y por muchos hombres influyentes en la Cámara de los lores, impediría al Ministerio Pitt continuar la guerra. Danton debió participar de esa ilusión, lo que constituyó uno de los crímenes que se le reprocharon; pero Pitt arrastró consigo a la mayoría del Parlamento contra “la

nación impía”, y desde el principio de la primavera, Inglaterra y Prusia, sobornada por los ingleses, prosiguieron la guerra con vigor. Pronto se hallaron cuatro ejércitos de 315,000 hombres en las fronteras de Francia, frente a los ejércitos de la República, que no contaban con más de 294,000; pero ya eran ejércitos **republicanos**, democráticos, con táctica especial y propia, y no tardaron en vencer a los aliados.

El punto más negro era el estado de ánimo en las provincias, sobre todo en el Mediodía, donde el desordenado exterminio en masa de los jefes contrarrevolucionarios y de sus seguidores, al que los jacobinos locales y los convencionales en misión habían recurrido después de la victoria, sembró odios tan profundos que se llegó hasta la guerra al arma blanca en cada localidad. Lo que hacía la situación todavía más difícil, era que nadie, ni dentro ni fuera de París, proponía algo que no fuera un medio extremo de represión. He aquí un ejemplo.

El Vaucluse estaba gangrenado de realistas y de curas, y sucedió que en Bedouin, una de aquellas aldeas situadas al pie del monte Ventuox, que siempre había estado a favor del antiguo régimen, y no lo ocultaba, “¡la ley había sido escandalosamente ultrajada!” El 1º de mayo se había derribado el árbol de la libertad y “¡los decretos de la Convención fueron arrastrados por el barro!” El jefe militar del lugar, Suchet (quien pronto sería un imperialista³⁴⁰) quiso “un castigo terrible”. Pidió la destrucción de aquel pueblo. Maignet, el representante en misión, dudó y consultó a París, pero la respuesta fue la orden de castigar con rigor. Entonces Suchet incendió el pueblo, dejando 433 casas o edificios inhabitables. Se comprende que con ese sistema

no quedaba más remedio que “castigar”, siempre castigar.

Y así se hizo. Algunos días después, comprobada la imposibilidad de transportar a París a todos los ciudadanos presos (se hubieran necesitado un ejército y víveres para el camino, dijo Maignet), Couthon propuso a los dos Comités el nombramiento de una comisión, con sede en Orange, para juzgar a los enemigos de la Revolución en los departamentos de Vaucluse y de las Bouches-du-Rhône, lo que fue aceptado³⁴¹. Por mano propia Robespierre escribió las instrucciones para esa comisión, las que poco después sirvieron de modelo para su ley de Terror del 22 pradial³⁴².

Pocos días después, Robespierre desarrolló esos mismos principios en la Convención, diciendo que hasta entonces se habían guardado demasiadas consideraciones con los enemigos de la libertad, y que era preciso pasar sobre las formalidades de los juicios y simplificarlos³⁴³. Y dos días después de la fiesta del Ser Supremo, propuso, con asentimiento de sus colegas del Comité de Salvación Pública, la famosa ley del 22 pradial (10 de junio) concerniente a la reorganización del tribunal revolucionario. En virtud de esta ley, el tribunal se dividiría en secciones, compuestas cada una por tres jueces y nueve jurados. Siete de ellos bastarían para juzgar. Los principios de los juicios fueron los expuestos en la instrucción a la comisión de Orange; sólo que en el número de los crímenes que habían de castigarse con la muerte se incluyó el delito de esparcir noticias falsas para dividir o perturbar al pueblo, depravar las costumbres y corromper la conciencia pública.

Decretar esa ley era firmar la bancarrota del gobierno revolucionario; era hacer con apariencias de legalidad, lo que hizo el pueblo de París en un momento de pánico y de

desesperación, revolucionaria y francamente, durante las jornadas de septiembre. El efecto de la ley del 22 pradial fue tal que en seis semanas maduró la contrarrevolución.

¿La intención de Robespierre al preparar esa ley, fue, como quieren probar algunos historiadores, golpear solamente a los miembros de la Convención que creía más perjudiciales para la Revolución? Su retirada de los asuntos públicos, después de que las discusiones probaron que la Asamblea no se dejaría sangrar por los Comités sin defender a sus miembros, hace aparentemente probable esa hipótesis; pero el hecho, cierto de que la instrucción a la comisión de Orange procedía también de Robespierre, la destruye. Es probable que Robespierre siguiese sencillamente la corriente del momento, y que él, Couthon y Saint-Just querían, de acuerdo con muchos otros, incluso el mismo Cambon, al Terror como arma de combate en grande y como amenaza contra algunos representantes en la Convención. En el fondo, sin hablar de Hébert, se llegaba a esa ley después de los decretos del 19 floreal (8 de mayo) y del 9 pradial (28 de mayo) sobre la concentración de los poderes.

Es también muy probable que la tentativa de Ladmiral de matar a Collot d'Herbois y el extraño asunto de Cécile Renault, contribuyeran a que se votara la ley de 22 pradial.

A finales de abril hubo en París una serie de ejecuciones que excitaron los odios realistas. Después de la hornada del 13 de abril (Chaumette, Gobel, Lucile Desmoulins, la viuda de Hébert y quince más), se ejecutó a d'Eprémesnil, le Chapelier, Thouret, al viejo Malesherbes, defensor de Luis XVI en su proceso, a Lavoisier, el gran químico y buen republicano, y por último, a madame Élisabeth, hermana

del rey, a quien, lo mismo que a su sobrina, hubieran podido liberar sin el menor peligro para la República.

Los realistas se inquietaban, y el 7 pradiar (25 mayo), un tal Ladmiral, comerciante de unos cincuenta años, se presentó en la Convención con el propósito de matar a Robespierre; pero se durmió durante un discurso de Barère y ese descuido salvó al "tirano". Entonces disparó sobre Collot d'Herbois en el momento en que subía la escalera de su alojamiento. Enablada una fuerte lucha entre los dos, Collot logró desarmarlo.

El mismo día, una joven de veinte años, Cécile Renault, hija de un papelerero muy realista, se presentó en el patio de la casa de Duplay, donde habitaba Robespierre, insistiendo en verlo. Se desconfió de ella, se la detuvo y se la registró, encontrándose dos pequeños cuchillos en sus bolsillos. Su lenguaje incoherente hizo sospechar que meditaba un atentado contra Robespierre, muy infantil, en todo caso.

Es probable que esos dos atentados fueran un argumento en pro de la ley terrorista. De todos modos, los Comités los aprovecharon para hacer una inmensa "amalgama". Prendieron al padre y al hermano de aquella joven, y a varias personas cuyo solo crimen consistía en haber conocido a Ladmiral de cerca o de lejos. Se puso en la misma amalgama a madame Saint-Amaranthe, que había tenido una casa de juego, y a su hija, madame Sartine, conocida por su belleza. Y como aquella casa había sido muy frecuentada por toda clase de personas, entre otras por Chabot, Dessfieux y Héroult de Séchelles, y visitada también, según parece, por Danton, se armó con todos una conspiración realista y se intentó mezclar también a Robespierre. En

ese mismo proceso se englobó al anciano Sombreuil (el que Maillard salvó durante las matanzas del 2 de septiembre), a la actriz Grand'Maison, amiga del barón de Batz, a un "caballero del puñal", Sartine, y, junto a todos, a una inocente costurerita de 17 años, Nicolle.

El proceso se despachó rápidamente en virtud de la ley del 22 pradial. La "hornada" fue esta vez de 54 personas, que fueron revestidas de camisas rojas, como parricidas, y la ejecución duró dos horas. Así comenzó la aplicación de la nueva ley, que se denominó la ley de Robespierre. Por ella se hizo odioso en París el régimen del Terror.

Se puede suponer el estado de ánimo de los arrestados como "sospechosos" y que llenaban las cárceles de la capital, cuando supieron las disposiciones de la ley del 22 pradial y su aplicación a los cincuenta y cuatro camisas rojas. Esperaban una matanza general "para vaciar las cárceles", como en Nantes o en Lyon, y se preparaban para la resistencia. Muy probablemente hubo dos proyectos de insurrección³⁴⁴, y entonces hubo dos hornadas de ciento cincuenta acusados a la vez, ejecutados en tres traslados; presos comunes y realistas fueron conducidos juntos al cadalso.

No nos detendremos a detallar esas ejecuciones: basta con decir que desde el 17 de abril de 1793, día de la fundación del tribunal revolucionario, hasta el 22 pradial año II (10 de junio de 1794), es decir, en catorce meses, el tribunal había ya hecho ejecutar en París a 2,607 personas; pero después de la nueva ley, en cuarenta y seis días, del 22 pradial al 6 termidor (27 de julio de 1794), el mismo tribunal hizo perecer 1,351 personas.

El pueblo de París se horrorizó muy pronto ante la vi-

sión de las carretas que conducían a los condenados al pie de la guillotina, y que cinco verdugos apenas lograban despachar cada día. Ya no había cementerios para enterrar las víctimas, debido a las vigorosas protestas que se elevaban cada vez que se abría un nuevo cementerio en algún suburbio.

Las simpatías del pueblo trabajador de París se inclinaban ahora hacia las víctimas, con mayor motivo considerando que los ricos emigraban o se ocultaban y la guillotina derramaba la sangre de los pobres. En efecto, de 2,750 guillotinado cuyo estado indagó Louis Blanc, sólo había 650 pertenecientes a las clases acomodadas. Hasta se murmuraba que en el Comité de Seguridad General había un realista, un agente de Batz, que impulsaba las ejecuciones para hacer odiosa a la República.

Lo cierto es que cada nueva "hornada" de ese género adelantaba la caída del régimen jacobino.

Sucedió algo incomprensible para los hombres de Estado: el Terror había cesado de aterrorizar.

CAPÍTULO LXVIII

EL 9 TERMIDOR. TRIUNFO DE LA REACCIÓN

Si Robespierre tenía muchos admiradores que llegaban hasta la adoración, no dejaba de tener enemigos que lo odiaban mortalmente, que aprovechaban todas las ocasiones para hacerlo odioso, atribuyéndole los horrores del Terror, y hasta trataron de ridiculizarlo mezclándolo en lo que se decía a propósito de una vieja loca y mística, Catherine Théot, que se hacía llamar "madre de Dios".

Sin embargo Robespierre no cayó por enemistades

personales; su caída era inevitable porque representaba un régimen que se derrumbaba. Después de haber tenido su etapa ascendente hasta agosto o septiembre de 1793, la Revolución entró en su fase descendente, pasando por el régimen jacobino, del que Robespierre fue la expresión más característica; pero ese régimen había de ceder el puesto a los hombres “de orden y de gobierno”, para quienes era urgente poner fin a la tormenta revolucionaria, y acechaban el momento en que podrían derribar a los montañeses terroristas sin provocar un levantamiento en París.

Entonces se pudo apreciar todo el mal que resultó del hecho de que la Revolución se hubiera basado, en materia económica, en el enriquecimiento personal. Una revolución **debe tender al bienestar de todos** o, de lo contrario, será necesariamente sofocada por aquellos mismos a quienes haya enriquecido a expensas de la nación. Cada vez que una revolución determina un cambio de fortunas, **no debería hacerla en favor de los INDIVIDUOS, sino siempre en favor de las COMUNIDADES**. He ahí precisamente el pecado de la Gran Revolución: las tierras que confiscaba a los curas y a los nobles, las dio a los particulares, en lugar de dárselas a las ciudades y a las aldeas, puesto que antiguamente eran tierra del pueblo; tierras de las que los particulares de otras épocas se habían apoderado al amparo del régimen feudal. No ha habido jamás tierras originalmente señoriales ni eclesiásticas. Con excepción de algunas comunidades de monjes, jamás señores y curas roturaron por sí mismos una arpenta de tierra. El pueblo, esos que eran llamados villanos o rústicos, fue quien roturó cada metro cuadrado de terreno; el que lo hizo accesible, habitable y

productivo; el que dio a la tierra su valor, y a él **debía haber sido devuelta.**

Pero con una finalidad estatal y burguesa, la Constituyente, la Legislativa y la Convención reconocieron como perteneciendo de derecho al señor, al monasterio, a la catedral, a la Iglesia las tierras de que esos puntales del naciente Estado se habían apropiado antiguamente; tomaron posesión de esas tierras y las vendieron principalmente a los burgueses.

Se comprende la rebatiña que se produjo cuando unas tierras, cuyo valor total iba desde los diez hasta los quince mil millones, se pusieron en venta en pocos años y en condiciones extremadamente ventajosas para los compradores, y que se hicieron mucho más ventajosas con la protección de las nuevas autoridades locales. Como consecuencia se constituyeron en todas partes aquellas “bandas negras” contra las cuales se estrellaba la energía de los representantes en misión.

Gradualmente, la influencia perniciosa de aquellos saqueadores, reforzados por los agiotistas de París y los proveedores del ejército, llegó hasta la Convención, donde los montañeses honestos se veían desbordados e impotentes para contener a los “aprovechadores”. En efecto, ¿qué podían oponerles? Aniquilados los *enragés* y paralizadas las secciones de París, ¿qué les quedaba sino el Pantano de la Convención?

La victoria de Fleurus, obtenida el 26 de junio (8 mesidor) sobre austríacos e ingleses reunidos, victoria decisiva que puso fin a la campaña de aquel año en el Norte, los triunfos alcanzados por los ejércitos de la República en los

Pirineos, en los Alpes y en el Rhin, y también la llegada de un transporte de trigo de América, a costa del sacrificio de varios buques de guerra, sirvieron de argumentos poderosos a los “moderantistas”, que querían entrar en “el orden” lo más rápidamente posible. “¿Para qué un gobierno revolucionario —decían— cuando la guerra ya se termina? Es el tiempo de entrar en el régimen legal y acabar con el gobierno de los comités revolucionarios y de las sociedades patrióticas provinciales. Es el tiempo de volver al orden y de clausurar el período revolucionario”.

Pero lejos de ceder, el Terror, generalmente atribuido a Robespierre, no se desarmaba. El 3 mesidor (21 de junio), Herman “Comisario de las Administraciones Civiles, Policía y Tribunales”, muy adicto a Robespierre, presentó al Comité de Salvación Pública un escrito pidiendo que se le permitiera investigar los complots en las cárceles, y en aquel documento planteaba la amenaza de que “quizá convenga purgar las cárceles”. La autorización solicitada fue concedida, y entonces comenzaron aquellas horribles hornadas, aquellas carretadas de hombres y mujeres hacia la guillotina, que los parisinos hallaron más odiosas que las matanzas de septiembre; tanto más odiosas cuanto que no se les veía fin y se sucedían entre bailes, conciertos y funciones de gala de la clase nuevamente enriquecida, y bajo los insultos de la juventud dorada realista, que cada día se mostraba más agresiva.

Todo el mundo sentía que ese estado de cosas no podía durar, y los moderados de la Convención se aprovechaban. Dantonistas, girondinos y hombres del Pantano estrechaban sus filas y, para comenzar, concentraban sus

esfuerzos en derribar a Robespierre. Desde que el Comité de Salvación Pública había logrado mutilar a las secciones, los verdaderos focos de los movimientos populares, el estado de los ánimos en París favorecía sus planes.

El 5 termidor (23 de julio), el Consejo General de la Comuna, en el que ahora dominaba Payan, íntimo amigo de Robespierre, sufrió un gran golpe en su popularidad, decretando una medida absolutamente injusta contra los trabajadores: hizo proclamar en las 48 secciones el *máximo* al que debían limitarse los salarios de los obreros. El Comité de Salvación Pública, como hemos visto, ya se había hecho impopular en las secciones por haber destruido su autonomía y nombrando por sí mismo a los miembros de los comités de muchas de ellas.

El momento era, por lo tanto, propicio para intentar un golpe de Estado.

El 21 mesidor (9 de julio), Robespierre se decidió al fin a comenzar el ataque contra los conspiradores. Ocho días antes se había quejado en los Jacobinos de la guerra personal que se le hacía. Ahora lo hacía con precisión: atacó, ligeramente por cierto, a Barère, que hasta entonces había sido un dócil instrumento de su facción cada vez que era preciso dar un gran golpe a la Convención; y dos días después, también en los Jacobinos, se decidió a atacar de frente a Fouché, por su terrible conducta en Lyon, obteniendo su proceso por el club.

El 26 mesidor (14 de julio) ya estaba declarada la guerra, dado que Fouché se negó a comparecer. Atacar a Barère era atacar también a Collot d'Herbois y a Billaud-Varenne, así como a dos miembros poderosos del Comité

de Seguridad General, Vadier y Voulland, que solían reunirse con Barère y se entendían con él sobre los asuntos de los complots en las cárceles.

Entonces, todos los de la izquierda que se sentían amenazados, Tallien, Barère, Vadier, Voulland, Billaud-Varenne, Collot d'Herbois y Fouché, se unieron contra los "triunviros", Robespierre, Saint-Just y Couthon. En cuanto a los moderados, Barras, Rovére, Thirion, Courtois, Bourdon, etc., que hubieran querido derribar a todos los montañeses avanzados, incluyendo a Collot, Billaud, Barère, Vadier y a los otros, debieron pensar que, para comenzar, era preferible no atacar más que al grupo robespierrista. Derribado éste, pronto podrían dar cuenta del resto.

La tormenta estalló el 8 termidor (26 de julio de 1794) en la Convención. El suceso era esperado, puesto que la sala estaba llenísima. Robespierre, en un discurso muy estudiado, atacó al Comité de Seguridad General, y denunció una conspiración contra la Convención. Eran la Convención y él mismo viniendo a defenderse contra las calumnias. Se defendió de la acusación de tendencias dictatoriales, pero no trató con consideración a sus adversarios, incluyendo a Cambon, a Mallarmé y a Ramel, a quienes se refirió con términos tomados a los *enragés*, tratándolos de fuldenses, aristócratas y bribones.

Se esperaban sus conclusiones, y cuando llegó a ellas se vio que, en la práctica, pedía simplemente un aumento de autoridad para él y para su grupo, sin ninguna idea o programa nuevo. Nada más que un hombre de gobierno que, para reprimir, solicitaba un aumento de sus poderes.

"¿Cuál es el remedio al mal?" decía en su conclusión.
"Castigar a los traidores; renovar los miembros del Comi-

té de Seguridad General; **depurar a ese Comité y subordinarlo al Comité de Salvación Pública; depurar al propio Comité de Salvación Pública; constituir la unidad de gobierno** bajo la autoridad de la Convención Nacional, que es el centro y el juez.”

Se comprendió que se limitaba a pedir más autoridad para su triunvirato y para usarla contra Collot y Billaud, Tallien y Barère, Cambon y Carnot, Vadier y Voulland. Los conspiradores de la derecha debían frotarse las manos. Sólo tenían que dejar hacer a Tallien, Billaud-Varenne y los demás montañeses.

En la tarde de aquel mismo día el Club de los Jacobinos cubrió de aplausos el discurso de Robespierre y se manifestó furioso contra Collot d’Herbois y Billaud-Varenne. Hasta se pensó en marchar contra los dos Comités, el de Salvación Pública y el de Seguridad General; pero todo quedó en palabras. El Club de los Jacobinos no fue nunca el foco de la acción.

Durante la noche, Bourdon y Tallien conquistaron el apoyo de los convencionales de la derecha. El plan convenido, según parece, consistió en no permitir que hablaran ni Robespierre ni Saint-Just.

Al día siguiente, el 9 termidor, cuando Saint-Just quiso leer su informe, muy moderado, puesto que sólo pedía una revisión de los procedimientos de gobierno, Billaud-Varenne y Tallien no lo dejaron leer, pidieron que se arrestara al “tirano”, es decir a Robespierre, y los gritos **abajo el tirano** se repitieron por todo el Pantano. Tampoco se dejó hablar a Robespierre, y se decretó su acusación, y las de su hermano, de Saint-Just, de Couthon y de Lebas, siendo todos conducidos a cuatro cárceles diferentes.

Entre tanto, Hanriot, jefe de la Guardia Nacional, seguido por dos ayudantes de campo y de gendarmes, galopaba por las calles dirigiéndose hacia la Convención, cuando dos representantes, viéndolo pasar por la calle de Saint-Honoré, lo hicieron detener por seis gendarmes de su propia escolta.

El Consejo General de la Comuna no se reunió hasta las seis de la tarde. Lanzó una proclama al pueblo, invitándolo a sublevarse contra Barère, Collot, Bourdon y Amar, y envió a Colffinhal para liberar a Robespierre y a sus amigos, a quienes se creía detenidos en el Comité de Seguridad General. Coffinhal sólo encontró a Hanriot, a quien en efecto liberó. En cuanto a Robespierre, que fue conducido al Luxembourg para ser encarcelado, no fue recibido allí, y, en vez de ir directamente a la Comuna y lanzarse a la insurrección, permaneció sin hacer nada en la administración de la policía, en el Quai des Orfèvres. Saint-Just y Lebas, libres de su prisión, se dirigieron a la Comuna, pero Coffinhal, enviado por la propia Comuna para buscar a Robespierre, tuvo que obligarlo a que se dejara llevar (a eso de las ocho) al *Hôtel de Ville*.

El Consejo de la Comuna se declaraba en insurrección, pero era evidente que las secciones no se decidían a sublevarse contra la Convención en favor de aquellos a quienes acusaban de haber guillotinado a Chaumette y a Hébert, de haber matado a Jacques Roux, destituido a Pache y aniquilado la autonomía de las secciones. Además, París debía sentir que la Revolución moría, y que los hombres por quienes el Consejo de la Comuna llamaba al pueblo a la insurrección no representaban ningún principio de revolución popular.

A media noche las secciones no se habían movido. Todas se hallaban divididas, dice Louis Blanc; sus comités civiles no concordaban con sus comités revolucionarios ni con las asambleas generales. Las catorce secciones que al principio habían obedecido a la Comuna no hacían nada, y dieciocho secciones, seis de las cuales eran vecinas al *Hôtel de Ville*, eran hostiles.

Los hombres de la sección de Jacques Roux, los de Gravilliers, fueron el núcleo principal de una de las dos columnas que, por orden de la Convención, marcharon contra el *Hôtel de Ville*³⁴⁵.

Entretanto, la Convención declaraba a los insurrectos y a la Comuna “fuera de la ley”, y cuando ese decreto se leyó en la plaza de la Grève los artilleros de Hanriot, allí apostados sin hacer nada, fueron retirándose de uno en uno. La plaza quedó desierta y el *Hôtel de Ville* fue rápidamente invadido por la columnas de Gravilliers y de Arcis. Entonces un joven gendarme, que penetró primero en la sala donde Robespierre y sus amigos estaban reunidos, le disparó un pistoletazo rompiéndole la mandíbula. El centro mismo de la resistencia, el *Hôtel de Ville*, fue invadido sin lucha. Entonces Lebas se mató, el hermano de Robespierre lo intentó tirándose desde el tercer piso; Coffinhal atrapó a Hanriot y, acusándolo de cobardía, lo arrojó por la ventana; Saint-Just y Couthon se dejaron arrestar. Al día siguiente por la mañana, tras una simple diligencia de identidad, fueron todos ejecutados en número de veintiuno, después de hacerles avanzar un largo trayecto hasta la plaza de la Revolución bajo los insultos de la multitud contrarrevolucionaria. El “bello mundo” asistió para regalarse el espectáculo, como

si fuese una fiesta, mayor aún que la del día de la ejecución de los hebertistas. En la ruta del cortejo se alquilaron las ventanas a precios fabulosos. Las damas asistían vestidas con suprema elegancia.

La reacción triunfaba. La Revolución había tocado a su fin.

Aquí nosotros nos detendremos también sin relatar las orgías del Terror blanco, que comenzaron después de termidor, y las dos tentativas de insurrección contra el nuevo régimen: el movimiento de pradial del año III, y la conspiración de Babeuf en el año IV.

Los adversarios del Terror, los que hablaban siempre de clemencia, la querían solamente para sí y para los suyos, y se apresuraron ante todo a ejecutar a los partidarios de los montañeses vencidos. En tres días, 10, 11 y 12 termidor (28, 29 y 30 de julio) hubo ciento tres ejecuciones. Las denuncias procedentes de la clase media, abundaban, y la guillotina funcionaba de nuevo, esta vez en beneficio de la reacción. Del 9 termidor al 10 pradial, en menos de diez meses, se decretó la prisión o la sentencia de muerte de 73 representantes montañeses, en tanto que 73 girondinos volvieron a la Convención.

Había llegado el turno de los verdaderos “hombres de Estado”. De inmediato se abolió el *máximum*, lo que produjo una crisis violenta durante la cual el agio y la especulación alcanzaron proporciones gigantescas. La burguesía celebraba la fiesta, como la celebró después en junio de 1848 y mayo de 1871. La juventud dorada, organizada por Fréron, dominaba en París, en tanto que los trabajadores, viendo la Revolución vencida, volvieron a sus tugurios discutiendo las probabilidades de la próxima conmoción.

Ellos intentaron un levantamiento el 12 germinal del año III (1° de abril de 1795) y el 1° pradiel (20 de mayo), pidiendo pan y la Constitución de 1793. Los suburbios se levantaron esta vez con decisión; pero la fuerza burguesa había tenido tiempo de organizarse, y los “últimos montañeses”, Romme, Bourbotte, Duroy, Soubrany, Goujon y Duquesnoy, abolido ya el tribunal revolucionario, fueron condenados a muerte por una comisión militar y ejecutados.

La burguesía dominaba como dueña de la Revolución y la fase descendente continuaba. La reacción se manifestaba francamente realista. La tropa dorada ya no se ocultaba, llevaba ostensiblemente el traje gris y la capa verde o negra de los chuanes y maltrataba a cuantos denominaba “terroristas”, es decir, a todos los republicanos, haciéndose la lucha en grande y al detalle. Todo el que había contribuido a la ejecución del rey o a su detención en ocasión de la huida de Varennes, o había participado en el asalto de las Tullerías, era denunciado a los realistas y la vida se le hacía imposible.

En los departamentos, sobre todo en el Mediodía, las “Compañías de Jesús”, las “Compañías del Sol” y otras organizaciones realistas se entregaban a las represalias en masa. En Lyon, en Aix y en Marsella se degollaba en las cárceles a cuantos habían sostenido el régimen precedente. “Casi todo el Mediodía, dice Mignet, tuvo su 2 de septiembre”. Es decir, se entiende, su 2 de septiembre realista. Y simultáneamente con los degüellos en masa, los hombres de las Compañías de Jesús y del Sol se dedicaban a cazar al hombre al detalle. En Lyon, cuando encontraban un revolucionario designado por ellos para la muerte y que se les había escapado, lo mataban y lo tiraban al Rhône sin otra formalidad. Lo mismo hacían en Tarascon.

La reacción iba en ascenso, y por fin el 4 brumario del año IV (26 de octubre 1795) la Convención se disolvió. La sucedió el Directorio, para preparar el Consulado y después el Imperio. El Directorio fue la bacanal de la burguesía, que derrochaba en un lujo desenfrenado las fortunas adquiridas durante la reacción de Termidor, hasta el punto de que si la Revolución había emitido hasta el 9 termidor unos ocho mil millones de asignados, la reacción termidoriana cuadruplicó la emisión, elevándola en quince meses a la espantosa cantidad de treinta mil millones de asignados. Son incalculables las fortunas adquiridas por los “aprovechadores” a consecuencia de esas emisiones.

Una vez más, los revolucionarios comunistas conducidos por Babeuf, intentaron en el año IV (mayo de 1796) una insurrección preparada por su sociedad secreta; pero fueron apresados antes de estallar el movimiento. La tentativa de sublevar el campo de Grenelle en la noche del 23 fructidor del año IV (9 de septiembre de 1796) fracasó también. Babeuf y Darthé fueron condenados a muerte y se matarían el uno al otro de una puñalada (7 pradiar del año V). Pero los realistas también fracasaron el 18 fructidor del año V (4 de septiembre de 1797), manteniéndose todavía el Directorio hasta el 18 brumario del año VIII (9 de noviembre de 1799).

Ese día dio su golpe de Estado Napoleón Bonaparte, y la representación nacional fue definitivamente suprimida sin vueltas, por el ex *sans-culotte* que se había apoderado del ejército. La guerra, que ya duraba siete años, llegó a su conclusión lógica. El 28 floreal del año XII (18 de mayo de 1804), Napoleón se hizo proclamar emperador, y se reanudó la guerra, que se prolongó, con cortos intervalos, hasta 1815.

CONCLUSIÓN

Cuando vemos a aquella Convención, tan terrible y tan poderosa, derrumbarse en 1794-1795; a la República, tan orgullosa, tan fuerte, desaparecer, y a Francia, después del régimen desmoralizador del Directorio, caer bajo el yugo militar de un Bonaparte en 1799, surge esta pregunta: “¿Para qué sirve la Revolución, si la nación ha de volver a caer bajo el yugo?” Y esta pregunta se ha repetido durante todo el curso del siglo XIX, explotándola a su gusto los tímidos y los satisfechos, como un argumento contra las revoluciones en general.

Las páginas precedentes ofrecen la respuesta. Los que sólo han visto en la Revolución un cambio de gobierno, los que han ignorado su obra económica y su obra educativa son los únicos que pueden formular esa pregunta.

La Francia que hallamos en los últimos días del siglo XVIII, en el momento del golpe de Estado del 18 brumario, ya no es la Francia anterior a 1789. ¿Acaso ésta, abominablemente pobre, con una tercera parte de su población víctima de la escasez, hubiera podido soportar las guerras napoleónicas, consecuencia de las guerras terribles que la República tuvo que sostener en 1792-1799, cuando se defendía contra toda Europa?

Una nueva Francia se constituyó en 1789-1793. Es cierto que reinaba la escasez en muchos departamentos y que se hacía sentir con todos sus horrores después del golpe de Estado de termidor debido a la abolición del *máximo* del precio de las subsistencias. Había departamentos

que no producían el trigo suficiente para su alimentación, y, como la guerra continuaba, y absorbía todos los medios de transporte, el pan escaseaba en aquellos departamentos; pero todo induce a probar que Francia producía ya **mucho más** en toda clase artículos de consumo que en 1789.

Dice Michelet que jamás se trabajó con el entusiasmo con que se trabajaba en 1792, cuando el campesino traza-
ba los surcos sobre las tierras recuperadas, arrancadas al dominio de los señores, de los conventos y de las iglesias, y gritaba picando a sus bueyes: *¡Vamos Prusia! ¡Arre Austria!* Jamás se han desbrozado tantas tierras — los escritores realistas lo reconocen —, como durante aquellos años de revolución. La primera buena cosecha, en 1794, produjo bienestar en las dos terceras partes de Francia. En las poblaciones rurales, entiéndase, porque en las ciudades se estaba todo el tiempo bajo la amenaza de la falta de víveres; no porque faltasen en Francia, ni porque los municipios *sans-culottes* no tomasen medidas para alimentar a los que se hallaban sin trabajo, sino porque todos los animales de tiro sobrantes para el laboreo eran requisados para transportar provisiones y municiones a los catorce ejércitos de la República. En aquella época no había ferrocarriles y los caminos secundarios estaban en el estado el que se encuentran hoy día en Rusia.

Una nueva Francia había nacido en aquellos cuatro años de Revolución. **El campesino saciaba su hambre** por primera vez después de muchos siglos: ¡se erguía!, ¡se atrevía a hablar! Basta con leer las relaciones detalladas sobre el retorno de Luis XVI, conducido prisionero desde Varennes a París en junio de 1791. Antes de 1789 ¿eran po-

sibles ese interés, ese sacrificio por la causa pública y esa independencia de juicio? Una nueva nación había nacido, así como en este momento las estamos viendo nacer en Rusia y en Turquía.

Gracias a ese nuevo nacimiento, Francia pudo soportar las guerras de la República y de Napoleón, y llevar los principios de la Gran Revolución a Suiza, a Italia, a Bélgica, a Holanda, a Alemania y hasta los confines de Rusia. Y cuando, después de todas esas guerras, después de haber seguido los ejércitos franceses a Egipto y a Moscú, podía esperarse hallar en 1815 una Francia empobrecida, reducida a una miseria espantosa, devastada, se encuentran los campos, hasta los del Este y del Jura, mucho más florecientes que cuando Pétion, indicando a Luis XVI las ricas riberas del Marne, le preguntaba si había en el mundo un imperio más bello que aquél del que el rey había huido. La energía interior que contienen esas poblaciones es tal, que en algunos años Francia llegó a ser el país de los campesinos acomodados, y rápidamente se descubre que, a pesar de todas las sangrías y de todas las pérdidas, es el país más rico de Europa por su **productividad**. Sus riquezas las extrae, no de las Indias o del comercio lejano, sino de su suelo, de su amor a la tierra, de su habilidad y de su industria. Es el país más rico por la subdivisión de sus riquezas, y más rico aún por las posibilidades que ofrece para el porvenir.

Ése es el efecto de la Revolución. Y si una mirada distraída no ve en la Francia napoleónica más que el amor a la gloria, el historiador descubre que las mismas guerras que soportó en aquel período, tuvieron por objeto **asegurar los frutos de la Revolución**: las tierras recobradas de

la usurpación de los señores, de los curas, de los ricos; las libertades conquistadas al despotismo, a la corte. Si Francia se manifestó dispuesta a derramar su sangre para impedir que los alemanes, los ingleses y los rusos le impusieran un Luis XVII, fue porque quiso impedir que el regreso de los emigrados realistas significara la entrega a los "anteriores" de las tierras ya regadas con el sudor de los campesinos y la sangre de los patriotas. Y luchó tan bien durante veintitrés años que, cuando se vio forzada a recibir a los Borbones, les impuso condiciones: los Borbones reinarían, pero las tierras debían pertenecer a los que las habían recobrado de los señores feudales, y ni el Terror blanco de los Borbones se atrevió a tocar aquellas tierras. El antiguo régimen no fue ni será restablecido.

He ahí lo que se gana haciendo una Revolución. Hay que destacar algo más.

En la historia de los pueblos suele presentarse un período en el que se impone un profundo cambio en toda la vida de la nación. La monarquía despótica y el feudalismo morían en 1789: no era posible conservarlos; era preciso renunciar a ellos.

Pero entonces hay dos caminos que se abren: la reforma o la revolución.

Hay siempre un momento en que la reforma es todavía posible; pero si no se aprovecha ese momento, si se resiste obstinadamente a las exigencias de la vida nueva y llega el momento en que la sangre corre en las calles, como corrió el 14 de julio de 1789, entonces se impone la Revolución; y, una vez iniciada la Revolución, necesariamente se desarrollará hasta sus últimas consecuencias, es decir, has-

ta el punto al que **temporalmente** sea capaz de llegar y que estará dado por el estado de los espíritus en ese momento de la historia.

Si nos representamos el lento progreso de un período de evolución por una línea trazada en el papel, veremos a esa línea subir gradual y lentamente; pero de pronto viene una Revolución, y la línea sufre un sobresalto, sube repentinamente. Sube, en Inglaterra, hasta la República puritana de Cromwell; en Francia, hasta la República *sans-culotte* de 1793; pero a esa altura el progreso no puede sostenerse; las fuerzas hostiles se unen para derribarla, y, después de haberse elevado hasta aquella altura, la República cede; la línea cae; pero poco a poco se levanta, y cuando se restablece la paz, en 1815 en Francia, en 1688 en Inglaterra, una y otra se hallan a un nivel mucho más elevado que el que tenían antes de la Revolución.

La evolución comienza de nuevo; nuestra línea va a subir otra vez lentamente; pero esta subida alcanzará a una altura muy superior a la que tenía antes de la tormenta y, casi siempre, su ascenso será más rápido.

Es una ley del progreso humano y también del progreso de cada individuo. La historia moderna de Francia, que pasa por la *Commune* para llegar a la Tercera República, también confirma esta misma ley.

La obra de la Revolución Francesa no se limita solamente a lo que obtuvo sino a lo que se ha conservado en Francia; está también en los principios que legó al siglo siguiente, en el jalón que plantó para el porvenir.

Una reforma es siempre un compromiso con el pasado; pero un progreso realizado por vía revolucionaria es siem-

pre una promesa de nuevos progresos. Si la Gran Revolución Francesa resumió un siglo de evolución, dio también el programa de la evolución que debía realizarse en todo el curso del siglo XIX. Es una ley de la historia que el período de cien o de ciento treinta años aproximadamente que transcurre entre dos grandes revoluciones, reciba su carácter de la revolución por la que comenzó aquel período.

Los pueblos se esfuerzan por realizar en sus instituciones la herencia que les legó la última revolución. Todo lo que no se ha podido poner en práctica, todas las grandes ideas que han sido puestas en circulación durante la tormenta y que la Revolución no ha podido o no ha sabido vivificar, todas las tentativas de reconstrucción sociológica realizadas a luz durante la Revolución, todo eso formará el contenido de la evolución en la época siguiente. Se le añadirán solamente las ideas nuevas que esa evolución haga surgir cuando trate de poner en práctica el programa heredado de la pasada tormenta. Después, una nueva gran revolución se hará en otra nación y ésta, a su vez, planteará el problema para el siglo siguiente.

Tal ha sido hasta el presente la marcha de la historia.

Dos grandes conquistas caracterizan, en efecto, el siglo transcurrido desde 1789-1793. Una y otra tienen su origen en la Revolución Francesa, que tomó por su cuenta la obra de la Revolución Inglesa, ampliándola y vivificándola con todo el progreso realizado desde que la burguesía inglesa decapitó a su rey y transfirió el poder al Parlamento. Esas dos grandes conquistas son la abolición de la servidumbre y la del poder absoluto, que han conferido al individuo libertades personales en las que ni el siervo ni el vasallo se

atrevían a pensar, y que han producido al mismo tiempo el desarrollo de la burguesía y del régimen capitalista.

Esas conquistas representan la obra principal del siglo XIX, que comenzó en Francia en 1789 y que se extendió lentamente sobre Europa en el curso del siglo que hemos atravesado.

La obra de emancipación, iniciada por los campesinos franceses en 1789, fue continuada en España, en Italia, en Suiza, en Alemania y en Austria por los ejércitos *sans-culottes*. Por desgracia, apenas penetró en Polonia y absolutamente nada en Rusia.

La servidumbre hubiera terminado en Europa en la primera mitad del siglo XIX, si la burguesía francesa, al llegar al poder en 1794, pasando sobre los cadáveres de los "anarquistas", de los cordeleros y de los jacobinos no hubiera detenido el impulso revolucionario, restableciendo la monarquía y entregado Francia al escamoteador imperial, el primer Napoleón. El ex general de los *sans-culottes* se apresuró a reafirmar la aristocracia; pero el impulso estaba dado y la institución de la servidumbre recibió un golpe mortal. Se abolió en Italia y en España, a pesar del triunfo de la reacción. Gravemente amenazada en Alemania desde 1811, desapareció definitivamente en 1848; Rusia se vio forzada a emancipar a sus siervos en 1861, y la guerra de 1878 puso fin a la servidumbre en la península de los Balcanes.

Ahora el ciclo se ha cumplido. El derecho del señor sobre la persona del campesino no existe en Europa, ni siquiera donde aún subsiste el rescate de los derechos feudales.

Los historiadores descuidan esos hechos. Sumergidos en las cuestiones políticas, no ven la importancia de la

abolición de la servidumbre, a pesar de constituir el rasgo esencial del siglo XIX. Las rivalidades entre naciones, las guerras que causaron y la política de las grandes potencias, que tanto preocupan, todo deriva de un gran suceso: la abolición de la servidumbre personal y el desarrollo de su reemplazante, el asalariado.

El campesino francés, al rebelarse hace un siglo contra el señor que le mandaba agitar los estanques para que no croaran las ranas durante su sueño, emancipó los campesinos de Europa; al quemar los archivos en los que constaba su sumisión, al incendiar los palacios y ejecutar durante cuatro años a los nobles que se negaban a reconocer sus derechos a la humanidad, puso en marcha a Europa, hoy completamente libre de la humillante institución de la servidumbre.

Por otra parte, la abolición del poder absoluto ha tardado también cien años en dar la vuelta a Europa. Atacado ese poder en 1648 en Inglaterra y vencido en Francia en 1789, el poder real de derecho divino sólo se ejerce hoy en Rusia; pero también allí se agita en sus últimas convulsiones. Hasta los pequeños Estados de los Balcanes y Turquía tienen hoy sus asambleas de representantes. Rusia entra en el mismo ciclo.

En tal concepto, la Revolución de 1789-1793 hizo su obra. Casi toda Europa establece en sus códigos la igualdad ante la ley y el gobierno representativo. En teoría al menos, la ley es igual para todos y todos tenemos más o menos el derecho a participar en el gobierno.

El rey absoluto, dueño de sus súbditos, y el Señor, dueño de la tierra y de los campesinos por el derecho de nacimiento, han desaparecido. La burguesía reina en Europa.

Pero al mismo tiempo, la Gran Revolución nos ha legado otros principios, de un alcance mucho mayor: los principios comunistas. Ya hemos visto cómo la Idea comunista durante toda la Gran Revolución trabajó para salir a la luz, y también cómo, después de la caída de los girondinos, se hicieron muchos ensayos, algunos de ellos grandiosos, en esa dirección. El fourierismo desciende en línea recta de L'Ange, por una parte, y por otra de Chalier; Babeuf es hijo directo de las ideas que apasionaron a las masas populares en 1793. Babeuf, Buonarroti y Sylvain Maréchal no hicieron más que sintetizarlas algo o solamente exponerlas en forma literaria.

Pero las sociedades secretas de Babeuf y de Buonarroti son el origen de las sociedades secretas de los "comunistas materialistas", en las que Blanqui y Barbes conspiraron bajo la monarquía burguesa de Luis Felipe. Después surgió La Internacional por filiación directa.

En cuanto al "socialismo", se sabe hoy que esa palabra fue puesta en boga para evitar la denominación de "comunista", que en cierto período fue peligrosa, porque las sociedades secretas comunistas, convertidas en sociedades **de acción**, eran perseguidas a muerte por la burguesía gobernante.

Así, pues, hay filiación directa desde los *enragés* de 1793 y el Babeuf de 1795 hasta la Internacional.

Pero hay también filiación en las ideas. El socialismo moderno no ha añadido todavía nada, absolutamente nada, a las ideas que circulaban en 1789-1794 en el pueblo francés, y que éste trató de poner en práctica durante el año II de la República. Lo único que ha hecho el socialismo moderno es disponer esas ideas en sistemas y hallar argumentos en su

favor, ya sea utilizando contra los economistas burgueses algunas de sus propias definiciones, ya sea generalizando los hechos del desarrollo del capitalismo industrial en el curso del siglo XIX.

Pero me permitiré afirmar que, por vago que fuese, por poco apoyado que estuviera en argumentos de aspecto científico, por poco uso que hiciera de la jerga pseudocientífica de los economistas burgueses, el comunismo popular de los dos primeros años de la República veía más claro y analizaba más profundamente que el socialismo moderno. En primer lugar era el comunismo en el consumo (la comunalización y la nacionalización del consumo) lo que se proponían los buenos republicanos de 1793, cuando querían establecer sus almacenes de trigo y de comestibles en cada comuna, cuando formulaban una estadística para fijar el “verdadero valor” de los objetos de “primera y segunda necesidad”, y cuando inspiraban a Robespierre estas profundas palabras: **en los artículos de consumo sólo lo superfluo puede ser objeto de comercio, porque lo necesario pertenece a todos.**

Surgido de las propias necesidades de la vida tormentosa de aquellos años, el comunismo de 1793, con su afirmación del derecho de todos a los alimentos, y a la tierra para producirlos, su negación de los derechos territoriales fuera de lo que una familia podía cultivar (la granja de “120 arpentas, medida de 22 pies”), y su tentativa de comunalizar el comercio, iban más directamente al fondo de las cosas que todos los programas mínimos y aun que los considerados máximos de la actualidad.

En todo caso, lo que se aprende hoy al estudiar la Gran Revolución es que fue el manantial de todas las con-

cepciones comunistas, anarquistas y socialistas de nuestra época. Todos conocíamos mal a nuestra madre; pero la reconocemos hoy entre aquellos *sans-culottes*, y nos hacemos cargo de lo que puede enseñarnos.

La humanidad marcha de etapa en etapa, y sus etapas están marcadas en centenares de años por grandes revoluciones. Después de los Países Bajos, después de Inglaterra, que hizo su revolución en 1648-1657, le tocó el turno a Francia.

Cada gran revolución ha tenido, además, algo de original y propio. Inglaterra y Francia abolieron una y otra el absolutismo real; pero al abolirlo, Inglaterra se ocupó ante todo de los derechos personales del individuo, especialmente en religión, como también de los derechos locales de cada parroquia y de cada comuna; Francia fijó principalmente su atención sobre la propiedad de la tierra, y al herir en el corazón el régimen feudal hirió a la vez a la gran propiedad y lanzó al mundo la idea de la nacionalización del suelo y de la socialización del comercio y de las principales industrias.

¿Qué nación tomará sobre sí la tarea terrible y gloriosa de la próxima Gran Revolución? Por un momento se pudo creer que sería Rusia; pero si Rusia lleva su revolución más allá de una simple limitación del poder imperial, si toca revolucionariamente la gran cuestión de la propiedad territorial ¿hasta dónde llegará? ¿Sabrá y podrá evitar la falta cometida por las asambleas francesas, y dará el suelo, socializado, a quienes quieran cultivarlo con sus brazos? No lo sabemos. La respuesta a esa pregunta pertenece al dominio de la profecía.

Lo positivo y cierto es que, sea cual fuere la nación que entre hoy en la vía de las revoluciones, heredará lo que nues-

tros abuelos hicieron en Francia. La sangre que derramaron, la derramaron por la humanidad. Las penalidades que sufrieron, las dedicaron a la humanidad entera. Sus luchas, sus ideas, sus controversias constituyen el patrimonio de la humanidad. Todo esto ha producido sus frutos y producirá otros aún más bellos, abriendo a la humanidad amplios horizontes con las palabras **Libertad, Igualdad, Fraternidad**, brillando como un faro hacia el cual nos dirigimos.

APÉNDICE³⁴⁶

CARTAS DE PIOTR KROPOTKIN A JAMES GUILLAUME SOBRE LAS TIERRAS COMUNALES EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA ESCRITAS EN JUNIO Y JULIO DE 1911

En el curso de la publicación de la edición italiana en Ginebra se inició una interesante polémica entre Kropotkin y James Guillaume, relativa a la interpretación de algunos decretos del período revolucionario. En esa documentación, recogida por el doctor Max Nettlau, se refleja la polémica aludida en cartas de Kropotkin a Luis Bertoni, el editor del texto italiano.

Villa Lausanne, Minusio, Locarno, 26 de junio de 1911.

Mi querido James:

Acabo de recibir tu carta del 24 de junio y me apresuro a responder.

Voy a escribir a Bertoni³⁴⁷ para decirle que el pasaje concerniente a Dalloz debe ser omitido completamente. Es un error que he cometido. No teniendo nunca los libros

en casa, yo había copiado en Dalloz una nota, y cuando la utilicé cometí un error en la fecha, etc. Algo de esta naturaleza. En una palabra, es una falta, y voy a eliminar simplemente ese pasaje.

En cuanto a la interpretación del decreto del 14 de agosto de 1792, de que he dado el texto, he aquí lo que pienso hoy. Yo la creo correcta. Cuando leí la crítica de Aulard —sobre la opinión de mi amigo, el profesor Nys—, me incliné ante su interpretación y le escribí: “Usted tiene razón, acepto”. Lo he hecho tanto más cuanto que al hablar de Dalloz había incurrido yo en error y después me dije: “puesto que se trata de la manera como hay que interpretar la palabra *también* en el par. 3 (¿3, yo creo?) de la ley del 14 de agosto, y dado que Aulard es francés y yo no, es su interpretación la que debo adoptar”.

Me incliné, pues, y le escribí una carta que habrá insertado en *La Révolution Française*. Yo me dije: “Si vuelvo un día sobre el asunto, lo estudiaré mejor”.

Pero después he consultado mis notas, principalmente la discusión del decreto del 14 de agosto (en *Le Moniteur*, pienso), y me pregunto si tiene Aulard realmente razón.

Te agradezco mucho, mi querido James, por haber hecho todo este estudio del que me das cuenta. Eres muy bueno por tu parte. Pero, sin duda, no dejarás de quererme si no me asocio a tu opinión. Me permitirás, en todo caso, dejar la cuestión en suspenso, hasta que, vuelto a Londres, halle una semana libre para verificarlo todo en el British Museum.

La causa principal de mis dudas es el texto mismo del decreto del 14 de agosto del 92. Se puede acusar a los legisladores de la revolución de todo lo que se quiera; pero su

habilidad, su saber jurídico para **redactar** sus decretos están fuera de crítica. ¿Cómo explicar entonces esa redacción de doble sentido, que podría darse en un congreso político, pero que no se encuentra nunca en las actas de las dos Asambleas y de la Convención?

Está explicada por la **discusión**.

(Nota: yo te escribo de memoria; no tengo aquí mi libro ni ninguna de mis notas; disculparás si hallas alguna falta. No doy aquí más que la sustancia).

Se propone un proyecto de ley sobre el reparto de las tierras comunales. Se votan los primeros (o el primero) de los párrafos. “Las tierras comunales serán repartidas entre los **ciudadanos**.”

Entonces se levanta alguien y dice: “Pero vosotros olvidáis los terrenos no cultivados, las dehesas, etc.” (Porque, además de las tierras comunales arables y próximas, que en todas las comunas de toda nacionalidad pertenecían a los **burgueses y a los antiguos miembros de las comunas**, estaban aún las dehesas, las tierras no cultivadas, sobre las cuales todos los habitantes de la Comuna tienen generalmente derecho de pastoreo de una vaca o tantas bestias cornúpetas o solamente, algunas veces, de una cabra). “Olvidáis, dice, esas tierras. Es preciso repartirlas también.”

Y en el decreto cuyo proyecto no contenía más que los dos primeros artículos, se agrega, durante la sesión, el tercer artículo en que se dice: “Las tierras no cultivadas (no tengo aquí el texto, pero tú lo tienes en mi libro), serán **también** repartidas entre los habitantes”.

Ahora, sin hablar de la luz arrojada sobre esa ley por la discusión, si yo preguntase a un juez: “De las dos inter-

pretaciones ¿cuál es la más justa: la que comprende esa ley (como yo la comprendo), considerando que la palabra **también** quiere decir que esa otra categoría de tierras será **también repartida**, pero eso entre todos los habitantes; o bien la que (como la comprende Aulard) quiere decir que la palabra **también** amplía el sentido de la palabra ciudadanos y quiere decir que esa segunda categoría de tierra será repartida *también* entre los ciudadanos que son nombrados, no se sabe por qué, **habitantes**. Si yo planteo, digo, esa cuestión ante un tribunal civil, ¿crees que el juez daría razón a Aulard?

Yo creo que no.

Él dirá que la palabra **también** se aplica **al verbo**: “Las tierras de la segunda categoría serán también repartidas”. ¿Entre quiénes? Entre los habitantes.

Y yo afirmo que quienquiera que haya estudiado la cuestión de las tierras comunales —aunque no fuese más que en esos dos documentos de la época: los agravios de la Bretaña donde la distinción entre esas dos categorías de tierras está claramente indicada, e incluso la memoria de Robespierre a la Asamblea Nacional sobre las tierras comunales— y de los derechos y de las diversas categorías de tierras —sin hablar ya de los que han estudiado las mismas cuestiones en todos los países del mundo— yo afirmo, pues, que si el juez del tribunal civil en cuestión ha estudiado las cuestiones de derecho comunal, dirá:

“Pero el sentido de este decreto es claro como el día. Tienen derecho al reparto de las dos categorías de tierras comunales, mencionadas en los párrafos 1 y 3 de la ley del 14 de agosto, los que tuviesen en ese momento derecho al usufructo de cada una de esas dos categorías: los ciuda-

danos a las tierras arables, los habitantes a las dehesas y tierras no cultivadas”.

Y agregaría probablemente que los legisladores de la Legislativa eran demasiado fuertes en su gramática legislativa para no saber por qué empleaban los términos: ciudadanos y habitantes, para dos categorías de tierras comunales.

Estoy casi seguro de que, con tu costumbre de expresarte con claridad, y tus conocimientos de los talentos legislativos de la época (yo les he rendido tributo en el libro, porque los he admitido siempre), de su claridad, de su precisión, tú no les acusarás de haber cometido la tontería de emplear la palabra **también** para decir que **habitantes** y **ciudadanos** son la misma cosa.

En lo que yo cometí un error es en haber pensado que **ciudadanos** quería decir **ciudadanos activos**. Es decir, **burgueses, las familias, ciudadanos** en una palabra, en el sentido que tiene esa palabra en multitud de otras actas.

Tú piensas que solamente en las provincias alsacianas existía la distinción entre **burgueses, ciudadanos**, — el nombre varía según los países— y los que han venido a agregarse a la comuna más tarde. No. En Francia he encontrado la misma distinción que en Bretaña. En Suiza es general: Vaud, Valais, Tessino, los viejos cantones, en todas partes; y en los trabajos sobre la descomposición de la Comuna en Suiza de Miaskowski, de Kowalewski, etc., hallarás que precisamente el deseo de no admitir a los habitantes en los derechos comunales fue la causa de la descomposición de las comunas. En toda Alemania (*vide* Maurer, etc.), y toda Rusia (derecho eslavo) ocurre lo mismo.

No recuerdo lo que dice Fabre (del Herault) en su informe. Para mí, Fabre no es sin embargo una autoridad en

la cuestión comunal. Hay que estudiarla más seriamente para hablar de ella.

Tú me hablas, entre otras cosas, del proyecto de decreto preparado por el Comité de Agricultura de la Legislativa y me citas un pasaje: "Todo ciudadano, activo o no, que tenga derecho al comunal, sea como propietario, sea como habitante, tendrá voz deliberativa"³⁴⁸.

Lo que confirma una vez más la existencia de dos categorías de derechos sobre lo comunal: el de **propietario (burgués, ciudadano, las familias, etc., etc.)** y el de **habitante (rústico, priselschik, nuevo establecido en ruso, etc., etc.)**

(Entre otras cosas agrega: "voz deliberativa", es decir "derecho de voto". Si se ha dicho así en el decreto, sea; pero en jurisprudencia "voz deliberativa" quiere decir "sin derecho a voto").

Si el decreto del 28 de agosto-14 de septiembre de 1792, tal por como fue votado ese día, rompía, efectivamente, los efectos de la ordenanza de 1669, el decreto del 11 de junio de 1793, ¿haría, pues, según tu opinión, doble empleo? Es que no rompió nada, de hecho. Era preciso expulsar a los girondinos para hacer algo serio.

En general veo que representamos dos puntos de vista absolutamente diferentes en nuestras apreciaciones de las leyes comunales, pero yo estoy en el punto de vista de la masa de los campesinos que en 1792-94 en Francia (y en este momento en Rusia) luchan contra el reparto de las tierras comunales. Y tú te colocas con los girondinos (como el gobierno ruso en su ley del 11 de junio de 1907) que veían y ven en ese reparto un beneficio. He ahí por qué, cuando la Legislativa ordena **imperativamente** el reparto y el Comité

de Agricultura propone una ley **facultativa**, mis simpatías están por ese Comité y las tuyas por la Legislativa.

Ahora bien, es justamente la misma posición que ante la ley del 11 de junio de 1907 en Rusia, que **impone** el reparto y que, por eso, es recibida con furor por todo el que sabe algo sobre la vida campesina en Rusia y con aplausos por los socialdemócratas y los grandes capitalistas.

Tú tratas de enormidad el pasaje en que yo digo que el 8 de septiembre de 1792 se había leído en la Legislatura un informe para comprobar que la ejecución del decreto del 14 de agosto encontraba tantos obstáculos en la población que era imposible aplicarlo. Y explicas tu idea diciendo que los medios de aplicación no estaban aún indicados. (A)

Es una cuestión de palabras. Un decreto que dice que las tierras serán repartidas entre tales y cuales personas es más una declaración de principios, y contiene bastante para promover el descontento de los campesinos, del que hallé en alguna parte (debería consultar mis notas) los rastros.

Si estás seguro de que el 8 de septiembre, en la discusión del informe del Comité de Agricultura, nadie ha dicho una palabra sobre el modo en que el decreto del 14 de agosto del 92 fue recibido en los campos, entonces yo omito toda la frase A³⁴⁹ esperando encontrar las notas que me han hecho decir lo que no he dicho. Pero si tu objeción es puramente **formal**, es decir, que no podría haber obstáculos a la ejecución porque los medios de ejecución no estaban indicados aún, entonces la palabra "obstáculos" podría ser reemplazada por la de "objeciones" y la palabra "era" por "habría sido".

Que los obstáculos **fueron** indicados, en provincias y en París, resalta por otra parte del hecho de que el 11 de

octubre el informante del Comité de Agricultura de la Convención los indica en la cita que me das, y que me había explicado precisamente los obstáculos que ese decreto encontraba en la población y me ha hecho criticar la ligereza con la cual la Legislativa aprobó el decreto del 14 de agosto.

Me preguntas: “¿Se puede pretender, como lo haces tú, que el decreto de la Convención deroga el del 14 de agosto?” Ciertamente, sí, mi querido James. Lee sólo como no importa qué Cámara, después de haber dado un paso, repara ese paso en falso. Es precisamente en términos de ese género que anula la ley precedente.

Aquí todavía tendrías razón si me aconsejases que pusiera la palabra “**anula**” en lugar de “**deroga**”. La palabra “**deroga**” no es verbalmente correcta. La de “**anula**” retiene el sentido de mi idea por completo (la retirada de la Legislatura ante el descontento de los campesinos) y le da precisión jurídica.

Resumo:

- 1) El pasaje sobre Dalloz es un error. Lo elimino.
- 2) **Mi interpretación de La ley del 14 de agosto es correcta.**

Es preciso sólo hacer resaltar que eso no tiene nada que ver con el derecho político de voto. Es la expoliación de los habitantes, la muerte (en Bretaña), para la masa de los campesinos que no pueden ir tirando más que a condición de retener sus derechos **comunales** sobre las tierras no cultivadas, dehesas, etc., etc. Repartidas entre habitantes, no tienen ya ningún valor. Es absurdo. Es irrealizable. Bastante para hacer 3, 4, 5 Vendées.

3) En el pasaje (pág. 536)³⁵⁰ concerniente al informe del 8 de septiembre de 1792, la palabra **obstáculos** debe ser reemplazada por **objeciones**.

4) ¿La misma página? El decreto del 11 de octubre del 92, en lugar de “**deroga**”, “**anula**”. Una vez más, mi querido James, te agradezco mucho por todo el trabajo que te has tomado para elucidar esta cuestión.

Te rogaría solamente que consultases también: 1) la **discusión** del decreto del 14 de agosto que te mostrará la doble génesis; 2) el informe de Robespierre a la Asamblea Nacional sobre las tierras comunales, y 3) el informe o discurso de (¿Billaud-Varennes?) sobre la ley del 14 de agosto leído en la Convención en oportunidad de la discusión de la ley del 11 de junio de 1793. (Yo creo haberlo leído en un folleto.)

Respecto de las tierras comunales en Bretaña no sé dónde lo he leído. Será tal vez en uno de los volúmenes de Classin, o bien en alguno de los folletos sobre las tierras comunales de la colección del British Museum.

¡Uf!, no te enojés, querido James, porque te envío toda esta masa de líneas. Tienes mucha razón, la primavera en Locarno no me conviene nunca. Tal vez no me convenga la primavera en general, después de un invierno pasado en clima seco, y después de un trabajo muy asiduo, en la soledad de un Rapallo, donde nada interrumpe el trabajo, donde no hay nada para cambiar, más que una hora de piano y de nuevo la pluma.

Hay que decir también que la pensión de Villa Rossa fue abominable en cuanto al alimento desde que el estómago estuvo un poco débil. Durante 17 días no he podido ob-

tener una taza de caldo un poco decente. Así, Sofía, llegada el 1º de junio, alquiló el mismo día un departamento de dos habitaciones con cocina, donde me hace lo que necesito.

Ahora estoy bien. No hay más restos de debilidad — ¡y el mal tiempo! —. Sobre tres días llueven dos.

Pensamos quedarnos aquí hasta el 15 de julio. Esperamos que se pueda andar un poco. Si hubiéramos pensado que era mejor la pendiente septentrional de los Alpes habríamos podido ir allá, pero me temo que sea lo mismo.

¿Te quedarás mucho todavía en París?

Bueno, fuertes abrazos, a los que Sofía se une de todo corazón.

Pierre

P.D.: Sacha va muy bien. Muy ocupada en sus trabajos literarios. Su marido es encantador y ella lo quiere mucho.

Veo que lees atentamente la traducción italiana de *La Gran Revolución*. Querido, te agradezco intensamente.

Extractos de una **carta** de Ph. Sagnac a James Guillaume

Lille, 21 de junio de 1911.

...“El decreto del 14 de junio de 1792, **dado sin discusión**, ha sido muy bien acogido, en general, en toda Francia. **Pero ese decreto no ha sido aplicado**: un decreto del 11 de octubre de 1792, dado por la Convención, lo suspendió. Sin embargo, hubo comunas que procedieron apresuradamente al reparto de sus comunales poco después de la ley del 14 de agosto.

En el texto del decreto no es dudoso que ciudadanos y habitantes sean la misma cosa. Todos los habitantes, es decir, todas las gentes domiciliadas en la comuna, tienen derecho a los comunales. ¿Cuáles, justamente? (¿Son las mujeres, los niños?)

La Convención dirá en junio de 1793: personas de todo sexo, de toda edad, domiciliadas... La ley (del 14 de agosto de 1792) no lo dice, porque no fija el modo del reparto. El reparto ¿tendrá lugar por cabeza o por hogar, etc.? Nada al respecto en agosto del 92. Ese silencio fue desaprobado por los cultivadores. La ley del 14 de agosto quedó en el aire; era inaplicable.

Lo que dice Kropotkin no tiene ningún fundamento. Al contrario, se ha querido beneficiar a los pobres (ver los informes), multiplicar los pequeños propietarios por el reparto de los comunales y por la división de los bienes de los emigrados en pequeñas porciones (decreto también del 14 de agosto, sobre esos bienes). Como usted dice muy bien, no hay ciudadanos pasivos desde el 10 de agosto. Los decretos del 14 de agosto sobre los comunales y los bienes de los emigrados son decretos revolucionarios, consecuencia de la revolución del 10 de agosto, y han sido dados sin discusión.

Había en ciertas regiones, **burgueses** que tenían derecho a los usos comunales, y **rústicos o habitantes**. Usted hallará rastros en la colección de Sagnac y Caron, *L'abolition du régime seigneurial en France*, 1907, pág. 575-618. Otros muy interesantes en Bourgin (*Le partage des biens communaux*, 1908), págs. 537 y siguientes, y también en el informe de Fabre (de Herault), de febrero de 1793, citado por Bourgin, pág. 670. He hablado de esta cuestión rápidamente en *La législation civile de la Révolution*, págs. 247-248; vecinos y

no vecinos (Bearn), burgueses y habitantes (Alsacia) (ver la colección ya citada sobre la abolición del régimen señorial, págs. 147-510).

En cuanto al decreto del 28 de agosto de 1792, dado a proposición de Mailhe, era un compromiso que no daba toda la satisfacción a las comunas, y del cual, en febrero de 1793, Fabre propuso la modificación (ver la crítica que hizo de él, en la colección de Bourgin).

En una palabra, Kropotkin ha tratado esta cuestión con ideas extrañas a los documentos y a la situación precisa de Francia en la cuestión agraria. 1º Todos los comunales no deben ser repartidos —los bosques están fuera del reparto—; (ahora bien; es la parte más importante). No hay, pues, abolición completa de la **propiedad comunal**. 2º El reparto entre todos los habitantes es ordenado, pero eso queda vago, pues no se establece el modo del reparto. Por tanto **ley inaplicable**: de lo cual surgen numerosas quejas. 3º Suspensión de la ley del 14 de agosto, el 11 de octubre: la Convención, en el fondo, no quiere reparto **obligatorio** de los comunales, como se había decretado el 14 de agosto, (sin embargo invoca el 11 de octubre otras razones. En junio de 1793 decretará el reparto facultativo).

La ley del 28 de agosto es favorable en muchos puntos a los señores usurpadores de los comunales, por ejemplo el artículo 3, para la aplicación de los artículos 1 y 2, y el artículo 9.

...Por tanto, lo que dice Kropotkin, no se sostiene. Yo reconozco, por otra parte, el valor general de su libro.

Al informarse en los textos aquí mencionados, usted podrá agregar una cantidad de detalles interesantes...

Ph. Sagnac

Villa Lugano, Locarno, 30 de junio de 1911.

Mi querido James:

A decir verdad, lamento que te hubieses dirigido a Sagnac. Tú has leído, sin duda, su libro; sabes que para él todo lo que han hecho más tarde los “*sans-culottes*” es “expropiación”. ¿Qué otra respuesta podía darte, pues? Es un adversario más que yo tendré ahora encima.

“Muy bien acogido”, ese decreto del 14 de agosto del 92. ¿Por quién? Justamente en este momento podría darte citas por centenares para probar que la ley rusa del 11 de junio de 1907 (como también la ley del 9 de noviembre de 1906, puesto que el gobierno la pasó entonces como decreto, después de haber expulsado a la primera Duma y al Consejo de Estado) que, también ella, está dirigida contra la propiedad comunal, es “admirablemente bien acogida”, por la burguesía campesina y por todos los que quieren crear la pequeña propiedad territorial, como “baluarte contra las ideas socialistas (repartidores)” de los populistas-comunalistas (*narodniki, obchinniki*) (nuestras amigas rusas de París pueden contarte largamente)³⁵¹, y que esa misma ley es maldita por los que no tienen voz en el capítulo.

“Dado sin discusión” – dice Sagnac –, y tú también. Pero, querido James, eso es jugar con las palabras. Yo te indico el párrafo 3º **agregado** durante la sesión en el proyecto de ley presente, y te ruego que medites sobre ese hecho que explica mejor que la interpretación, sacada por los pelos, la palabra “también” del texto de la ley, mucho de Aulard, que tú aceptas también. Y tú me respondes que el decreto ha sido dado sin discusión. Si me hubieses dicho que me engaño en

llamar a eso discusión porque abre el flanco al ataque; que puesto que no ha habido **opción** no podía haber **discusión**; y como el hecho de agregar un tercer párrafo, si le llamase **enmienda**, podía ser todavía un asunto de objeción — tú, como francés, me sugerirías un término más correcto que **discusión y enmienda** —, yo te lo habría agradecido. Seguir así es prolongar la discusión sin avanzar un paso más. ¡Oh, cuán difícil es introducir un punto de vista nuevo!

Te ruego, pues, de nuevo: Consulta la “.....” de la ley del 14 de agosto del 92 (la enmienda a la adición) de que te hablo (del párrafo 3) y dime si mi explicación — dos categorías de tierras comunales (arables y praderas, y dehesas y tierras no cultivadas), mencionada cada una con la categoría de personas que tienen derecho a ella — no es más correcta que la de Aulard.

Ahora, he aquí lo que quisiera someterte.

En lugar de ergotizar sobre palabras — sobre la palabra **también** — porque es hasta aquí la parte esencial de la discusión, ¿no sería mejor ver las cosas desde un poco más alto?

El decreto del 14 de agosto del 92, ¿**podría** ser aceptado de otro modo que con oposición por la masa de los campesinos y con **alegría** por aquellos que iban a apoderarse de las tierras comunales a vil precio? ¡No!

No es sólo un decreto de principio. Es más. Para repartir las tierras comunales es preciso un inmenso mecanismo y **muchedumbres** de honestos funcionarios, de arpentieros, etc. (El gobierno ruso, que ha querido, primeramente, pasar a ese reparto, se ve ahora forzado a ponerle un freno.) En 200,000 comunas se han encontrado campesinos burgueses que han pedido la salida de la comuna y también

simuladores que quieren tener sus lotes para venderlos a los burgueses del pueblo o bien *mirs*³⁵² que han votado el reparto para los 2/3 de los campesinos propietarios. ¡Vete a hallar ahora la máquina administrativa para realizarla, para hacerla!

Pero por ley del 14 de agosto **la cosa es votada**. El reparto **se hará**. Debe hacerse.

Comprendo que las dos terceras partes de Francia han debido aullar. Es el reparto obligatorio y una vez más Rusia da un hermoso ejemplo para esclarecer esto. El barón Wrangel, que me trajo aquí, a Locarno, todos estos documentos del gobierno ruso, un **rabioso del reparto** como todos los barones de las provincias bálticas, me ha dejado el otro día estas palabras: “Entre nosotros también se quería el reparto obligatorio, pero en fin se halló tanta oposición (de parte de los vuestros), que se aceptaron las dos terceras partes por el **principio del reparto**, y más tarde la **afirmación** por los dos tercios de los ciudadanos del plan del reparto — después de que el comisario del gobierno, ayudado y controlado por dos representantes de los campesinos, haya acabado de elaborar el plan, siempre muy complicado — por ejemplo, seis hectáreas de terreno de primera calidad equivalentes a 8.5 hectáreas de segunda calidad, 9.75 de tercera, etc.; algunas veces hasta a 7, 10, 20 calidades diferentes”.

Y bien, mi querido James, si el gobierno ruso hubiese dado un decreto del 14 de agosto sobre Rusia, redactado en los mismos términos (dejando de lado la distinción entre **habitantes** y **ciudadanos** que no tendría, creo, valor para Rusia), se hubiese tenido la *jacquerie* en un tercio de la Rusia europea.

Y hasta los señores de la Asamblea Legislativa lo han comprendido —debes reconocerlo—, aun cuando yo hubiese elegido mal la palabra al decir “**obstáculos**” por “**objeciones**”, “**oposición**”, etcétera.

He ahí algo que Sagnac no comprenderá nunca, y que Aulard no comprenderá sino cuando —con ayuda de una buena salud que le deseo— se ponga a estudiar el aspecto económico de la Gran Revolución, tan seriamente como ha estudiado el aspecto político.

Tú me hablas de las ideas Montañesas en la Asamblea Legislativa. Sí, lo sé, **pero es por eso que la Asamblea Legislativa no acepta, o más bien se burla de las ideas del Comité de Agricultura** y vota en dos veces la ley de Fr. de Neufchâteau, del poeta, y que más tarde es forzada a deshacer esa ley, que la Convención, después de haber expulsado a los girondinos, vota bajo una forma muy distinta. Es claro como el día, y si he sido demasiado bueno para alabar el proyecto de Mailhe, tanto peor, eso no cambia absolutamente nada este hecho:

a) **que la abolición de la propiedad comunal pronunciada el 14 de agosto es una abominable medida por el hecho mismo de su abolición forzada entre ciudadanos (Buerger), que presume;**

b) que fue pronto preciso reparar esa falta (¿por qué?, ¿con qué fin, si la ley es tan admirablemente acogida?);

c) y que la reparación es hecha en dos veces:

1) En la Legislativa, el 28 de agosto;

2) En la Convención, el 1º de junio del 93, lo cual ha devuelto a los campesinos las tierras expoliadas y ha indicado los principios del reparto a las de las comunas que lo quisieran.

Y eso mismo aun debió ser derogado en vista de la oposición de una gran parte de los campesinos.

No comprendo verdaderamente que eso pueda ser discutido.

¿Criticar **mi redacción** de esta idea? ¡Sí, mil veces sí! Muchas gracias a los que lo hacen. En una segunda edición aprovecharé todas esas observaciones. Son útiles y es de agradecer a los que hacen esa crítica. Pero la idea queda: la Legislatura ha hecho una tontería. Ha querido dar un *coup de Jarnac*. Y lo hizo estúpidamente. ¡**Felizmente!** Francia no habría sido el rico país que es si el golpe de la Legislativa (los saqueos de tierras comunales) hubiese tenido éxito entonces. Y yo sería feliz si tú llegases a encarar las cosas desde este punto de vista.

Y he aquí, querido James, otra larga carta. La salud va bien. Soy ya capaz de hacer muy largas caminatas. Pero se necesita aún prudencia y no me atrevo a afrontar la fatiga de una semana en París. ¡Ah, sí nos pudiésemos ver en Suiza, o en Locarno y Basilea! ¡Qué hermoso sería! ¡Tantas cosas que decirte!

Los dos te abrazamos fuertemente.

Tu Pierre

Villa Lausanne, Minusio, Locarno, 4 de julio de 1911

Mi querido James:

He quedado desolado, ayer al volver a casa, a las 8 de la tarde y saber que B. (Bertoni), había estado aquí, para

traerme un ejemplar de *La Gran Revolución* y hablar de las cuestiones que has promovido. Había salido con Sofía a las 9 de la mañana para visitar a alguien en Monte Verità, y la postal de B., anunciándome su llegada a la una, no llegó sino a las tres. Es que el barrio de Minusio es una aldea descuidada por su correo³⁵³.

Voy a hacer, pues, sobre el texto francés, las correcciones siguientes que resultan de nuestro cambio de ideas.

Pág. 536. “Se comprende perfectamente el furor que este decreto debió provocar en Francia, en la parte pobre de las poblaciones rurales. Se interpretó como la orden de repartir las tierras entre los ‘ciudadanos’, con exclusión de los ‘habitantes, de los pobres. Eso era la expoliación en beneficio de los burgueses de la aldea³⁵⁴. Este solo decreto, con su parágrafo 3º, habría bastado para soliviantar toda la Bretaña campesina.”

(Yo agrego, pues, las palabras entrecomilladas y quito: “los ciudadanos activos” y la nota de remisión a Dalloz, lo que, en efecto, eran dos faltas. Sobre estos dos puntos Aulard ha tenido perfectamente razón, y yo se lo he dicho hace ya dos años.) Continúo: “Ya el 8 de septiembre de 1792 se había leído un informe en la Legislativa para comprobar que la ejecución de ese decreto encontró tantas **objeciones** (o **resistencias**) en la población que **hubiese sido** imposible aplicarlo”, etc.

(Cambio, por tanto “obstáculos” — aunque el discurso de Fabre me permite mantener esa palabra — por “objeciones”, o resistencias, y el verbo “era” por **hubiese sido**).

Pág. 537. En lugar del “25 de agosto” léase “14 de agosto”. Esto es todo por el momento.

Como lo había hecho ya por carta, a Aulard, hace un año o dos, doy razón a Aulard sobre dos puntos: los ciudadanos activos y mi cita de Dalloz. En cuanto a la palabra “igualmente” (en mis dos cartas precedentes, escribiendo de memoria, yo decía ‘también’), mantengo mi interpretación.

Son dos categorías distintas de tierras, mencionadas en el decreto: las unas serán para los ciudadanos (*Buerger*, “las familias”, etc., etc.); las otras serán igualmente repartidas entre todos los habitantes. El que esté familiarizado con la ley consuetudinaria de las posesiones comunales y sobre quienes tienen derecho a ellas, **no puede comprender el texto de otro modo**. Todo tribunal familiar sobre esas cuestiones (no lo hay ciertamente en Francia hoy, donde se ignora el derecho romano) juzgaría igualmente.

En lo concerniente a otro punto — el proyecto Mailhe y la ley del 28 de agosto-14 de septiembre de 1792 — volveré más adelante sobre él.

Ayer por la tarde, al volver, encontré tu carta del 29 de junio, que me ha causado mucho placer, puesto que muestra que nuestra discusión ha llegado ya a algo.

Ante todo te agradezco por la cita que tomas del discurso de Fabre. Mi memoria no me engaña, pues. Es lo que quería decir. Pero tú, desgraciadamente, quieres interpretarlo al revés.

Cuenta, pues, cómo se ha establecido en Alsacia la distinción entre **burgueses y labriegos**. Después “La aristocracia burguesa, dice, existe aun en esos departamentos, **y cuando se ha hablado de reparto de los bienes comunales**³⁵⁵ los burgueses han recordado **su usurpación que llamaron sus derechos**. Han querido que los **labriegos** no

pudiesen ser admitidos al reparto (¿cómo eso?, ¿contra la ley?); algunos, sin embargo, han **consentido** (¿por qué **consentir** si, según tu interpretación, la ley los obligaba?) en elevarlos hasta ellos, siempre que les pagasen un derecho de entrada³⁵⁶ (y los labriegos bastante torpes para pagar, ¡cuando la ley los autorizaba sin pago!)

Querido James ¿Cómo puedes sostener semejante tesis? Yo no comprendo. No es con una interpretación de esa especie como llegarás a confirmar tu tesis de que mi comprensión del decreto del 14 de agosto es falsa.

Tú sostienes tantas salidas accesorias que no acabaremos nunca.

Yo había comenzado una carta para llevar la discusión a sus puntos esenciales, pero prefiero enviarte ésta, tal como es, para no dejar la tuya sin respuesta durante varios días.

Por un punto accesorio —la proposición de Mailhe del 23 de agosto y la ley del 28 de agosto-14 de septiembre— (¿por qué la llamas ley del 28 de agosto?, ¿por brevedad? Su nombre oficial, si no me engaño, es la ley del 28 de agosto-14 de septiembre)³⁵⁷, **¿afirmas tú que esta ley, con su prescripción cuarentenaria, es idéntica al proyecto de Mailhe?**

Si lo afirmas, **después de haber consultado tú mismo los textos**, te agradezco esa corrección. Si no —si te basas en Sagnac o en otro— eso no me basta.

(¿Puedes enviarme la carta de Sagnac? Me interesa mucho. Te la devolveré certificada, con retorno, si tú quieres, con plena seguridad).

Estoy obligado a postergar esta corrección — si hay que hacerla — hasta que pueda darme cuenta de que mi apreciación del informe de Mailhe fue demasiado apologética.

En cuanto a la ley, a pesar de lo que piensas de los legisladores de la Asamblea Legislativa, encuentro que mi censura es **absolutamente verdadera**. (Of. su libro).

Hace tanto calor que no me siento capaz de hacer nada.

¿Pasar por París? Lo haría querido, pero el doctor se opondría. Grave quiere venir a verme a Amiens.

¿Estarás en Suiza el 17? Entonces nos veríamos en Suiza. Te abrazo, querido James, muy afectuosamente.

Tu Pierre

Villa Lausanne, Minusio, Locarno, 7 de julio de 1911

Mi querido James:

Algunas palabras sólo para decirte que acabo de recibir tu larga carta del 5 de julio y que te la agradezco de todo corazón. Las buenas palabras que me diriges son tales que habría corrido a abrazarte si hubiese estado en París.

Temo que no nos veamos en París. Además del temor de la fatiga, descubrimos hoy que el billete de regreso de Sofía es por Laon y Amiens —no por París— y después de todos sus temores Sofía no se atreverá a dejarme partir solo.

No me doy bien cuenta: ¿has recibido mi última carta en la que te daba el texto corregido de la página 536? ¿O bien se han cruzado nuestras cartas?

Tu carta del 5 de julio confirma nuevamente que mi interpretación de la ley del 14 de agosto del 92 es correcta y no comprendo cómo tú no lo ves en el discurso de François

de Neufchâteau, que me citas (yo conocía esa versión de los *Archives Parlementaires*). En mi opinión, habría debido confirmarte que debo tener razón al decir que el párrafo 3 fue propuesto (por alguien) y agregado durante la sesión.

En efecto. Fr. de N. dice:

“En consecuencia, pido que desde este año, inmediatamente después de las cosechas, todos los terrenos y usos comunales, además de los bienes conocidos bajo el nombre de **abandonados y vacantes**, sean repartidos entre los ciudadanos”³⁵⁸.

Ni una palabra, en su discurso, sobre lo que se hará de las tierras abandonadas y vacantes (probablemente pensaba dejarlas indivisas).

Pero he ahí que alguien se levanta y dice (resumen): “¿Y los terrenos abandonados y vacantes? ¿Por qué conservarlos como propiedades comunales? Hay que repartirlos también”. Pero ¿entre quiénes? Entre ciudadanos. Eso equivaldría a la revuelta en todas partes. ¿Entre ciudadanos y habitantes? Supongamos que entre los habitantes.

Y se agrega el párrafo 3, que —(la cita lo prueba, al menos lo hace creer muy probable)— Fr. de N. **no lo había propuesto**.

Es la única interpretación plausible. En lugar de eso te permites acusar al *Logographe* de haber dicho tonterías, como te habías permitido decir que siendo un poeta F. de N. le estaba permitido emplear las palabras ciudadanos y habitantes sin atribuirles ningún sentido.

Y ahora interpretas la palabra “sin discusión” como “con entusiasmo”.

Yo no soy francés y debo ser prudente en la interpretación de las palabras francesas, pero cuando se dice, en

lenguaje parlamentario, “votado sin discusión”, he comprendido siempre “sin oposición”, nada más que eso.

Debes tener noticias también, como yo, de casos bien conocidos, modernos y antiguos, de leyes votadas sin oposición, aprovechando la ausencia de los que podían oponerse a ellas. La ley del 14 de agosto, votada sin consultar al Comité de Agricultura, es una. En Inglaterra los *snap-voting*³⁵⁹ son tan peligrosos para el Ministerio que los *whips*³⁶⁰ del partido recuerdan continuamente: “No os ausentéis sin haber hecho vuestro par” (con un miembro de la oposición que se va también).

Atengámonos a los textos.

Igual que el discurso de Fabre, el de François no cambia nada de mi interpretación de la ley del 14 de agosto. Al contrario, sugieren, uno y otro, una afirmación.

Es así como los he comprendido, y he continuado investigando.

Una vez en Londres te daré copia exacta de mi nota al respecto. He consultado sobre ello a *Le Moniteur*, los *Archivos Parlementaires*, la colección de las leyes de Francia (¿Duvergier?), la colección de Dalloz y diversos periódicos — entre otros el *Mercure de France* — (donde hallé, entre otras cosas, esa horrible ley de la Legislativa contra el que se atreviese a hablar contra los diezmos).

En todo caso creo que ahora has debido persuadirte de que **ciudadanos y habitantes** para los franceses de la Legislativa, no eran una cuestión de estilo; y que, por consiguiente, si esas dos palabras entran en la ley del 14 de agosto es que debían ser repartidas dos categorías de tierras entre dos categorías de personas, error reparado por la ley de la Convención del 10 de junio de 1793.

En cuanto a Mailhe.

Puesto que afirmas que su proyecto y la ley del 28 de agosto-14 de septiembre son idénticos, voy a borrar la palabra de alabanza para Mailhe. El decreto permanece abominable.

Quisiera ver solamente qué es lo que me ha hecho decir dos palabras en favor del proyecto de Mailhe. ¿Tal vez debían dirigirse a su informe? (Introducción, discurso).

Voy a echar un vistazo en Londres, y te agradecería si, para evitarme una posible pérdida de tiempo, me indicases dónde hay que leer toda la discusión del 25 de agosto al 14 de septiembre. ¿En *Le Moniteur*?

Y ahora, querido James, una observación general. Tú debes antes de hacer la menor apreciación sobre la cuestión de las tierras comunales, estudiar el asunto como lo hice yo, antes de haberme permitido apreciaciones.

¿Qué dirías tú si alguien se hubiese permitido juzgar la legislación política de la Asamblea Nacional, de la Legislativa, de la Convención, sin conocer la esencia y los rasgos de la organización política de Francia y de los Estados europeos?

Y bien, tú, y casi todos los franceses estáis en este caso ante las cuestiones comunales. No conozco **uno solo** (salvo, **tal vez**, Rambaud, y ni él) cuya opinión sobre estas cuestiones tenga la menor autoridad en Francia —junto a Maine, Nasse, Kovalewsky, Vinogradoff, Bueche (en su suplemento a la traducción alemana de la *Propiedad primitiva* de Laveleye), Miaskowski, Ochenkovski, etc., que para todos vuestros historiadores y vuestros legistas no existen en su crasa ignorancia del asunto. Babeau (en Francia) desfloró la cuestión, pero ha bastado que fuese un retrógrado para que

vosotros — la escuela radical —, os hubieseis rehusado a estudiarlo, o bien a consultar los documentos que ha citado, para rehacer su obra con vuestras ideas justas.

También, cuando me citas elogios de la legislación anticomunal, me digo, ¿para qué tomarse ese trabajo?

Yo podría decirte de antemano que podrías citarme millares. Han hecho esos elogios:

1º Todos los burgueses de aldea y sus portavoces en París, y en provincias, los girondinos y los montañeses.

2º. Todos los compradores de bienes nacionales y sobre todo los especuladores franceses y holandeses sobre esos bienes. Les eran necesarios brazos; y para eso — **proletarizar a los campesinos pobres**, quitarles el último lote de tierra, la posibilidad misma de tener un huerto y una cabra —, fue la táctica preconizada en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, en Sajonia, en Suecia, en Dinamarca, en Prusia (después de 1848), en Württemberg, en Austria, en Rusia (desde 1861 y sobre todo en 1905) por todos los que poseían la tierra.

3º. Todos los grandes granjeros a los que se guillotinaron en 1794 como acaparadores.

4º. Los realistas propietarios (¡brazos, brazos! Eso es lo que nos falta. Yo creo que se quejaban ya así en 1789).

5º. **Todos los legistas franceses** educados en el espíritu del derecho romano, los que, después de la conquista de Argelia desposeyeron a los *djenmalis kabylas*, forzándolos (cada vez que un Colón francés o italiano se apoderaba de una tierra comunal) a llevar 50, 100 o 200 plantas respectivamente si el *djamamah* contaba 50, 100 o 200 miembros. Yo he leído sus elogios por centenas; los leí en Francia, en Bélgica, en Alemania, hasta el presente.

6°. **Todos los economistas de la escuela burguesa** continúan haciendo el elogio (y después de ellos lo han hecho los socialdemócratas alemanes y rusos, y lo hacen todavía).

Por favor, James, fórmate una idea al respecto en lugar de inscribirte en la lista de esos señores, muy ignorantes unos, muy malignos los otros, y todos, muy malos universitarios. Tú me hablas de sus buenas **intenciones**. Pero todos los burgueses no son malintencionados, y tienen sus profesores de economía política para aprobarlos.

Tengamos el valor de tener nuestra opinión sobre la cuestión agraria, como la tenemos sobre la cuestión de las industrias.

No quería abordar hoy la cuestión de las **interpretaciones**. Pero, en fin, estamos en ello.

Has interpretado el discurso de Fabre para sostener que el decreto del 14 de agosto ordenaba el reparto de las tierras comunales entre todos los habitantes. Yo lo conocía y he comprendido lo contrario. Tu interpretación es **imposible, júzgalo tú mismo**:

“La aristocracia burguesa, decía Fabre, existe aún en estos departamentos, y cuando se ha hablado del reparto de los bienes comunales (es decir — agregas tú en nota —, evidentemente cuando se dio el decreto del 14 de agosto del 92... lo que acepto), los burgueses han recordado sus usurpaciones que han llamado sus derechos. Han querido que los **labriegos no pudiesen ser admitidos en el reparto** (¿cómo es eso?, ¿contra la ley? Yo digo: en virtud de la ley); algunos, sin embargo (en algunas comunas, por tanto) han consentido (¿a qué consentirlo, si la ley los obligaba, según tu interpretación?) en elevarlos hasta ellos **siempre**

que les paguen un derecho de entrada (en la comuna); ¿y los labriegos eran bastante tontos como para pagar cuando, según tú, la ley del 14 de agosto los autorizaba a ello sin pago de **derecho**?

James, eso no se sostiene. Es todo lo contrario lo que deducirías, sin duda, si vuelves a pensar en ello.

O bien, tú me citas el acta de reparto de la Comuna de Monceau-les Lamps, del 9 de septiembre del 92, “hecho en asamblea de los habitantes de la Comuna, por lo cual se ha convenido en repartir por hogar o familia sus bienes comunales”. Tú deduces de ello que eso se hizo en virtud de la ley del 14 de agosto. ¿De dónde has tomado eso? Es tu **interpretación**. Y bien, si quieres reflexionar un momento, convendrás que puede entrar también en este caso, mencionado por Fabre, de los “algunos” que “han consentido en elevarlos hasta ellos, siempre que les pagasen un derecho de entrada”, o bien sin derecho de entrada; se estaba — ¡ay! — muy cerca del 2 de septiembre y, si no me engaño ¡en la Francia oriental!³⁶¹ Interpretación por interpretación, ¿cuál es más probable? Atengámonos, pues, al texto de la ley y no nos lancemos en estas interpretaciones, que tú mismo debes hallar, ya falsas, ya atrevidas.

Juzguemos la obra de la Legislativa por sus leyes, no por hipótesis.

Uf, hace tanto calor, tanto calor, que a las 11 o al mediodía no se puede más. Interrumpo, pues, mi querido James, mis observaciones³⁶², y te abrazo muy fuerte, muy afectuosamente.

Tu Pierre

Esbozo de una respuesta por James Guillaume

¿Cómo conocías el discurso de François?, y teniendo bajo los ojos esa frase “los ricos se los apropian; es tiempo³⁶³, pues, de repartir esos bienes a los más pobres”, pudiste engañarte tan completamente sobre el sentido del decreto. Pero si “repartir entre los ciudadanos” significaba entre “los burgueses”, no se habría, pues, “repartido a los más pobres”.

“Alguien se levanta y dice”, ¡eres tú el que inventas eso!

Y al comienzo tú me escribes de tal modo que yo creí que lo habías leído en un informe de la **discusión** (no hubo discusión). ¡Tú tienes imaginación!

“Tú interpretas sin **discusión** por con **entusiasmo**.” Sí; la prueba es que una vez votados los dos decretos, la Legislativa está tan satisfecha que ordena que “sean enviados de inmediato a los 83 departamentos para ser dados a conocer y publicados”.

“Tú te permites acusar al *Logographe* de tontería.” En todo caso ha hecho una:

François había exceptuado a los bosques: el periódico no lo dice; en lugar de eso dice los abandonados y vacantes (y sin embargo los abandonados y vacantes son indicados especialmente en el decreto para el reparto). ¿No tengo derecho a decir que su primera tontería, incontestada, de haber omitido la mención de la excepción de los bosques, ha sido posiblemente (si no probablemente) completada por una segunda que consiste en haber puesto **abandonados y vacantes** donde había que poner bosques? He corregido

bastantes tonterías de este género en los procesos verbales de la Convención.

Por qué no habría de admitir que François no ha querido hacer distinción jurídica entre ciudadanos y habitantes, si es que en el proyecto del Comité de Agricultura de la Legislativa (que tú habrías debido leer y que no has leído), leído en ese Comité desde el 21 de mayo, se dice que en la asamblea general de la comuna todo ciudadano, activo o no, que tiene derecho al comunal, sea como propietario, sea como **habitante**, tendrá voz **deliberativa**.

El proyecto de Mailhe del 25, no estuvo precedido de un informe (véase *Arch. Parl.*, sesión del 25 de agosto).

“Tú debes, antes de permitirte³⁶⁴ sobre las tierras comunales, estudiar la cuestión como lo he hecho yo.”

Perdón. Yo no pretendo tratar la cuestión de las tierras comunales; me limito a una cosa más modesta y a mi alcance: verificar las fechas y los textos de los decretos, que es lo que no has hecho, ni el de Avaline, que apareció en folleto, ni el de Mailhe del 25 de agosto, que apareció en los Archivos.

No se trata de mi opinión ni de la de los historiadores franceses sobre las cuestiones comunales, sino únicamente de lo que se ha dicho y querido en las asambleas revolucionarias por los partidos.

En lugar de ergotizar sobre frases del informe de Fabre, que tú pretendes que yo interpreto mal, es preciso, para saber lo que ha querido el Comité de Agricultura de la Convención, del que Fabre es intérprete, leer su proyecto de decreto adaptado por él desde el 29 de marzo. Y es a la luz de ese proyecto que se comprende el verdadero alcance del discurso de Fabre. Se ve que ese proyecto de decreto es

simplemente la ley de ejecución del decreto del 14 de agosto; ésa es “la tarea importante que esa ley le había dejado para realizar (al Comité)”. Por tanto la ley no ha sido derogada por el decreto del 11 de octubre como has creído (pág. 536 de tu libro), ni anulada como me lo has repetido en tu carta del 26 de junio: el Comité de Agricultura de la Convención es considerado como encargado de presentar medidas de ejecución para esa ley, que estaba en vigor como principio aunque todavía no ejecutada.

Tú no me dices nada de las pruebas perentorias dadas por mí de que los girondinos no eran en manera alguna adversarios de las medidas contenidas en el proyecto de decreto de Fabre, cuyos primeros artículos fueron adoptados desde el mes de abril, y que, si el voto definitivo se postergó hasta el 10 de junio, se debió a otras causas que a la hostilidad de los girondinos.

“Juzga de la obra de la Legislativa por sus leyes, no por las hipótesis”. Pronuncias tu propia condena: soy yo el que me atengo a las leyes y a los hechos, y tú quien nada en la hipótesis y los errores materiales.

En una de las primeras notas de Guillaume se lee todavía:

“El número 2261 de Dalloz (citado por Kropotkin) está en la página 264 (y no 265); la nota comienza en página 264 y termina en 265; no hay allí absolutamente nada que anuncie el decreto del 14 de agosto, ni en todo el resto de las páginas 264 y 265.

En cambio se ve en la nota 2 de la página 264, que en Monceau-les-Loups el 9 de septiembre de 1792, hay un acta de fecha 9 de septiembre de 1792 hecha en asamblea

de los habitantes de la comuna de Monceau-les-Loups, distrito de Lussy (?), departamento del Aisne, por el cual se ha convenido en repartir, por hogar de familia, sus bienes comunales, bajo la condición de que ningún beneficiado podría vender ni hipotecar su lote y que a la extinción de las familias, los herederos que no fuesen de la comuna no tuvieran ningún derecho. Este reparto ha sido anulado por decreto en Consejo de Estado el 26 de noviembre de 1808, por la razón que no hubo verdadero reparto de los fondos comunales de M-les-L.; que es más bien un reparto de los disfrutadores de dichos fondos, pues los detentadores no pueden ni venderlos ni hipotecarlos; considerando que la ley del 9 ventoso, año XII (29 de febrero de 1804), dada con motivo de los repartos hechos en virtud de la ley del 10 de junio de 1793, no es aplicable a un reparto hecho anteriormente a esa ley, y contrariamente al modo que prescribe..."

NOTAS

188. Mortimer Ternaux, *La Terreur*, t. II, págs. 178, 216, 393; Buchez y Roux, t. XVI, p. 247; Mellié, *Les Sections de Paris*, p. 144 y ss.

189. Entre las secciones ya se había establecido un comité de correspondencia, y desde el 23 de julio se reunía ya una agrupación de comisarios de varias secciones.

190. M. Mellié ha hallado la siguiente acta de la sección Poissonnière: Reunida el 9 de agosto, a las ocho de la tarde, en asamblea permanente en la iglesia de Saint-Lazare, destituyó a todos los oficiales del batallón de Saint-Lazare que ella no había nombrado, y “nombró en el momento a otros oficiales, bajo cuyas órdenes quería marchar”. Se puso de acuerdo con otras secciones sobre el orden de marcha, y a las cuatro de la mañana, después de haber nombrado su comité permanente “para vigilar los armamentos y dar las órdenes de seguridad que juzgaron necesarias”, la sección se unió a sus hermanos del arrabal de Saint-Antoine y se puso en marcha hacia las Tullerías. Por esta acta se comprende la manera real de proceder del pueblo de París durante aquella noche memorable.

191. Aulard, *Histoire politique de la Révolution* 2ª edición, pp. 272 y ss.

192. Aulard, en su *Histoire politique*, segunda edición, pp. 315-317, da un excelente resumen de esos diversos cambios.

193. De 713,885 libras recibidas sólo había gastado 85,529, de cuyo empleo dio brillante cuenta (Louis Blanc, II, 62). Respecto a la acusación de terror, Giraut probó después que, en cuatro meses, el Comité sólo detuvo 230 personas. No fueron tan modestos los terroristas girondinos después de Termidor.

194. Después de largas luchas entre la población revolucionaria y la clerical de Lyon, y después del asesinato dentro de una iglesia del patriota Lescuyer, a quien odiaban los clericales por haber puesto en venta los bienes de clero, se suscitó una rebelión de la población obrera revolucionaria, que terminó con la muerte de sesenta realistas, cuyos cadáveres fueron arrojados a las profundidades de la Torre de la Glacière, Barbaroux, diputado girondino, justificó aquella matanza.

195. No se conoce aún el tenor de las conversaciones de Brissot en Inglaterra en enero de 1793 antes de la ejecución del rey. Sobre las de Danton, véase Georges Avenel, *Lundis révolutionnaires*, 1875, pp. 248 y ss., y Albert Sorel, *L'Europe et la Révolution Française*.

196. Algunos intendentes de los ejércitos de la República practicaban robos escandalosos. Los había que reunían fortunas en pocos meses. Imagínese a qué especulaciones se entregarían, considerando que los intendentes

hacían compras inmensas de trigo en los departamentos donde había sido mala la cosecha y los precios eran muy elevados. Las especulaciones al alza de los precios del trigo, que Septeuil había hecho por cuenta de Luis XVI (porque “el buen rey” no descuidaba ese medio de llenar su caja), se hacían ahora por los burgueses.

197. Durante el proceso, diputados girondinos, especialmente los de Calvados, escribieron a sus comitentes que la Montaña quería la muerte del rey para poner en el trono al duque de Orleáns.

198. Fersen, el amigo de María Antonieta, consignó en su diario íntimo lo que los conjurados les preparaban a los patriotas franceses. El barón de Beck, ministro de Prusia, quería que se exterminara a los jacobinos de las ciudades por donde se pasara, y el conde de Mercy decía que hacía falta mucha severidad y que era preciso **prender fuego a París por sus cuatro costados**. El 11 de septiembre escribió Fersen al barón de Breteuil que, puesto que el país conquistado por las tropas alemanas no cede más que a la fuerza, “en este caso la clemencia me parece extremadamente pernicioso. Es el **momento de destruir a los jacobinos**”. Exterminar a los jefes por donde se fuera pasando, le parecía el mejor medio; “no esperemos convencerlos con dulzura, es preciso exterminarlos, y éste es el momento”. Breteuil le responde que ha hablado de ello al duque de Brunswick; pero éste es demasiado suave. El rey de Prusia es más enérgico: “Varennes, por ejemplo, debe ser castigado en estos días”. Véase *Le comte de Fersen et la Cour de France. Extrait des papiers...* publicado por su nieto el barón R. M. de Klinckowström, París, 1877, t. II, pp. 300 y ss.

199. Jaurès ha hecho notar sobre este asunto un error importante de Michelet. Fue Daunou quien pronunció el 14 de febrero el discurso en favor del rey, que Michelet atribuyó por error a Danton. Danton, por el contrario, de vuelta en París, pronunció el día 15 un discurso vehemente, pidiendo la condena de Luis XVI. Sería importante verificar las acusaciones contra Brissot, Gensonné, Guadet, y Pétion, formuladas por Billaud-Varennes en su discurso del 15 de julio de 1793 (Folleto de 32 páginas publicado por orden de la Convención. Colección del British Museum, F. 1097).

200. Es necesario leer las memorias de Buzot, para comprender el odio y el desprecio de los girondinos por el pueblo. Continuamente se encuentran en ellas frases de este tipo: “París, o sea, los degolladores de septiembre”; se está “enterrado en el fango de aquella ciudad corrompida”; “era necesario tener el vicio del pueblo de París para agradecerle”, etc. Véase Buzot, *Mémoires sur la Révolution Française, précédés d'un précis de sa vie...* por M. Guadet, París, 1828, pp. 32, 45, 141, etc. Véase también la carta de Pétion a Buzot, del 6 de febrero de 1792, publicada por las *Révolutions de Paris*, t. XI, p. 263, de la que Aulard da extractos.

201. “Tres revoluciones eran necesarias para la salvación de Francia: la primera derribó el despotismo; la segunda anonadó la monarquía; la tercera debe abatir a la anarquía. A esta revolución, desde el 11 de agosto, he dedicado mi pluma y todos mis esfuerzos...” (J. P. Brissot, diputado a la Convención Nacional. *A todos los republicanos de Francia, sobre la Sociedad de los Jacobinos de París*, folleto fechado el 24 de octubre de 1792).

202. Louvet no se engañaba acerca del verdadero sentido de su “Robespierrida”. Cuando vio fracasado el golpe preparado por él y sus amigos, y que la Convención no había acusado a Robespierre, dijo al llegar a su casa a su mujer Lodoïska. “Es preciso prepararnos para el cadalso o para el destierro”. Así lo dice en sus *Mémoires* (p 74). Se dio cuenta de que el arma que dirigió contra los montañeses se volvía contra él.

203. *L'œuvre sociale de la Révolution Française*, recopilación, con introducción, por Émile Faguet, París, ¿1900? (sin fecha).

204. Louis Blanc ha definido exactamente a Brissot diciendo que era de esos hombres que son “hoy republicanos anticipados, y mañana revolucionarios rezagados”, personas que carecen de fuerza para seguir al siglo después de haber tenido la audacia de anticipársele. Después de haber escrito en su juventud: *la propiedad es el robo*, su respeto a la propiedad llegó a ser tal que, al día siguiente del 4 de agosto, censuró a la Asamblea por haber lanzado sus decretos contra el feudalismo, y esto en el momento en que los ciudadanos se abrazaban en la calle para felicitarse por aquellos decretos.

205. Mortimer-Ternaux, un terrible reaccionario, ha indicado (*Histoire de la Terreur*, t. VII) esta doble organización. Sobre estas organizaciones consúltese a Aulard, *Histoire politique de la Révolution*, segunda edición, 2ª parte, cap. V, y también a Jaurès, *La Convention* t. II, p. 1254, página muy bien escrita a este respecto.

206. Cuando los girondinos hablaron de reunir en Bourges a los comisarios de los departamentos, “no fue con la idea de un traslado — dice Thibaudeau en sus *Mémoires* — sino con la de formar una segunda Convención”.

207. Aulard, *Histoire politique*, p. 264: “Yo no sé qué nadie haya reclamado el honor”, dice Thibaudeau hablando del “federalismo” de los girondinos (*Mémoires sur la Convention et le Directoire*, t. X, París, 1824, p. 38). En cuanto a Marat, es muy explícito en su número del 24 de mayo de 1793, p. 2: “Se ha acusado de federalismo durante mucho tiempo a los dirigentes de esta infernal facción: yo declaro que no he participado jamás de tal sentimiento, aunque haya reproducido alguna vez esta inculpación”.

208. *La Convention*, pp. 388, 394, 396 y 1458.

209. Podrían reunirse numerosos textos para probarlo. Véanse los dos siguientes: “Los girondinos querían detener la Revolución en la burguesía”, dice Baudot. “Querían establecer suavemente una aristocracia burguesa para reemplazar a la nobleza y al clero”, decía Bourdon de l’Oise el 31 de

mayo en el Club de los Jacobinos (*La Société des Jacobins*, edición de Aulard, t. V, p. 220).

210. “Calzas doradas”. Miembros de la burguesía acomodada. [N. de E.]

211. El genio de Michelet entrevió la importancia de aquel movimiento popular comunista, e indicó puntos esenciales. Jaurès (*Histoire socialiste*, IV, p. 1003 y ss.) ha dado más amplios informes, muy interesantes, sobre ese movimiento en París y en Lyon.

212. ¿Podía influir la especulación sobre el curso de los asignados? Muchos historiadores se han formulado esta pregunta para contestarla con un *no*. La caída de los asignados, dicen, era debida a la excesiva cantidad de signos de intercambio puestos en circulación. Es cierto; pero los que han seguido de cerca las fluctuaciones de los precios del trigo en los mercados internacionales, o del algodón en la Bolsa de Liverpool, o de los asignados rusos en la Bolsa de Berlín, etc., no vacilarán en reconocer que nuestros abuelos tenían mucha razón al atribuir al agio gran parte de responsabilidad en la depreciación de los asignados. Hoy mismo, cuando las operaciones financieras están infinitamente más extendidas que en 1793, la especulación tiene siempre por efecto **exagerar fuera de toda proporción los efectos de la oferta y la demanda en un momento dado**. Si con los actuales medios de cambio y de transporte, la especulación no puede elevar el precio de un género o un papel de una manera permanente, exagera siempre el alza natural y amplía desmesuradamente las fluctuaciones temporales de los precios que hubieran resultado, ya sea de la productividad variable del trabajo (por ejemplo, en la cosecha), ya sea de las variaciones de la oferta y de la demanda. Tal es el secreto de todas las especulaciones.

213. Economista más perspicaz que tantos economistas de profesión, aquel hombre tan simpático ponía el dedo en la llaga, mostrando cómo el agiotista **exageraba** los efectos de las condiciones creadas por la guerra y los asignados. “La guerra con la potencia marítima —decía— los desastres ocurridos en nuestras colonias, la pérdida del cambio, y sobre todo una emisión de asignados que no está ya en equilibrio con las necesidades de las transacciones comerciales, he aquí algunas de las causas de esta alza considerable que lamentamos. Pero, más grande es su acción y más grandes y terribles son sus resultados, cuando **a la vez existen infames explotadores y monopolizadores, cuando la miseria pública es la base de especulaciones interesadas de una infinidad de capitalistas** que no saben qué hacer con los inmensos fondos producidos por las liquidaciones.”

214. El 15 de abril, la burguesía lyonesa envió a la Convención una delegación de las secciones en que dominaba, para decir que su ciudad gemía bajo la tiranía de una municipalidad jacobina que no cesaba de atentar a las propiedades de los comerciantes ricos. Invitaba también a la

burguesía parisina a apoderarse de las secciones. Pétion publicó a fines de abril su *Lettre aux Parisiens*, en la que incitaba a los burgueses contra el pueblo, diciéndoles: “Sus propiedades están amenazadas, y cierran los ojos ante ese peligro... Se los somete a todo tipo de inquisiciones, y las sufren con paciencia”. Era una llamado directo a la burguesía en contra del pueblo.

215. Indudablemente el pueblo sabía que los voluntarios de 1792 no habían sido bien recibidos en el ejército por los estados mayores y por los generales, todos realistas. Según Avenel, que consultó los archivos de la guerra, era cuestión de ver quién conservaba el menor número de voluntarios. Se los trataba de “desorganizadores” y de cobardes, se los fusilaba a la primera falta y se excitaba contra ellos a la tropa de línea (*Lundis révolutionnaires*, p. 8).

216. No obstante todo quedó, según parece, en estado de promesas. (Ver G. Avenel, “Biens nationaux”, *Lundis révolutionnaires*).

217. Algunas secciones revolucionarias de París ofrecieron entonces hipotecar todas sus propiedades para servir de garantía a los asignados. Esta proposición fue desechada, pero contenía una idea profunda. Si una nación hace la guerra, es preciso que el propietario soporte su peso al igual, y aun en mayor proporción, que el asalariado.

218. Albert Sorel, *l'Europe et la Révolution Française*, 3a parte, París, 1891, Libro II, cap. II, p. 373 y ss. Avenel, *op. cit.*

219. Gritos lanzados por los venadores cuando se avistaba al animal perseguido y cuando éste iba a ser alcanzado. [N. de E.]

220. “Cada día”, escribía un cura **realista** refractario, François Chevalier (citado por Chassin), “cada día estaba marcado por ejecuciones sangrientas que no pueden más que causar horror a toda alma honrada y que sólo son soportables a los ojos de la filosofía” [ejecuciones que estaban comandadas por los curas en nombre de su religión]. “Se había llegado a decir públicamente que era indispensable y esencial para la paz no dejar un solo patriota en Francia. A tal punto había llegado el furor popular, que bastaba haber asistido a la misa de un cura intruso para ser apresado, y en seguida acuchillado o fusilado con el pretexto de que las cárceles estaban llenas, como el 2 de septiembre.” En Machecoul, donde habían matado a 542 ciudadanos patriotas, hablaban de matar a las mujeres. Charette impulsaba a esto a los campesinos fanáticos.

221. Marat tenía razón en decir que sus obras publicadas al principio de la Revolución, *Offrande à la Patrie*, *Plan de Constitution*, *Législation criminelle* y los cien primeros números del *Ami du peuple* están llenos “de consideraciones, de moderación, de amor humano, de libertad y de justicia” (Chèvremont, *Marat* t. II, p. 215). Jaurès, que ha leído a Marat con atención, contribuyó mucho a mostrarlo tal cual era, sobre todo en el cuarto volumen de su *Histoire de la Révolution*.

222. Aulard, *Jacobins*, t. V, p. 227.

223. ¡Cuántos papeles importantísimos han sido destruidos recientemente en Clairvaux! Hemos visto restos de la biblioteca de “Pélarin”, vendida a un tendero y a un tabaquero de la ciudad.

224. Sigo en este asunto la obra de René Stourm, *Les finances de l'ancien régime et de la Révolution*, 1885, t. II, página 369 y ss. Las discusiones en la Convención fueron muy interesantes. Cambon, planteando la cuestión el 20 de mayo de 1793, dijo: “Yo quisiera que la Convención abriera un empréstito cívico de mil millones, que fuera cubierto por los ricos y los indiferentes... **Tú eres rico, tú tienes una opinión que nos ocasiona gastos;** quiero encadenarte contra tu voluntad a la Revolución: quiero que prestes tu fortuna a la República”. Marat, Thuriot y Mathieu apoyaron el proyecto, pero la oposición fue muy fuerte. Conviene tener en cuenta que un departamento, el del Hérault, había tomado la iniciativa y dado el ejemplo de un empréstito de este tipo. Cambon lo mencionó en su discurso. Jacques Roux en Gravilliers, ya lo había recomendado el 9 de marzo.

225. Muchas asambleas provinciales habían tratado, antes de 1789, de obtener el reparto de las tierras comunales, ya fuera por habitantes, ya fuera en proporción del tributo pagado por cada uno. Muchos *cahiers* presentaban esa misma demanda. Otros, por el contrario, se quejaban del amojonamiento que, en algunas provincias, en 1769 y 1777, había autorizado el rey.

226. Ya en la Constituyente Robespierre pedía la abolición de la ordenanza de 1669 y la restitución a las comunas de las tierras comunales que “las ciudades, burgos y aldeas del Artois poseían desde tiempo inmemorial”, a cuya conservación se debían generalmente la abundancia de ganado, la prosperidad de la agricultura y el comercio del lino. Aquellas tierras habían sido arrebatadas a las comunas por los intendentes y los Estados de Artois para enriquecer a los agentes de la administración y, lo que era peor y más repugnante, para hacerlos pasar al poder de los señores. Pedía, en consecuencia, la abolición de la ordenanza de 1669 (*Motion de Robespierre au nom de la province d'Artois et des provinces de Flandre, de Hainaut et de Cambrésis pour la restitution des biens nationaux envahis par les seigneurs*, Imprimerie Nationale, 1791. Folletos del British Museum).

227. El texto corresponde a la modificación indicada por Kropotkin para la edición italiana de Luigi Bertoni y reemplaza al siguiente, correspondiente a las ediciones en español con traducción de A. Lorenzo: “Cuando Mailhe presentó (el 25 de agosto de 1792) un proyecto de decreto, muy estudiado, para anular los efectos de la ordenanza de 1669 y para obligar a los señores a restituir a las comunas rurales las tierras de que habían sido despojados hacía ya más de doscientos años, *el proyecto no fue aceptado*. Por el contrario,

once días antes (el 14 de agosto), la Legislativa, a propuesta de François (de Neufchâteau), ya había decretado: 1º...". [N. de E.]

228. Pendientes de ejecución. [N. de E.]

229. Dalloz, *Répertoire*, t. IX, pp. 185, 186, nota.

230. "coup de Jarnac" en el original. [N. de E.]

231. Así fue interpretado ese decreto por los tribunales y así debía serlo. Ver, por ejemplo. Dalloz, X, p. 265, núm. 2261, nota.

232. El texto corresponde a la modificación indicada por Kropotkin para la edición italiana de Luigi Bertoni y reemplaza al siguiente: "Se comprende el furor que debió producir aquel decreto en la fracción pobre de las poblaciones rurales de Francia. Se interpretó como la orden de repartir las tierras comunales entre los ciudadanos activos, o sea únicamente entre los "ciudadanos", con exclusión de los "habitantes" y de los pobres. Era la expropiación en beneficio del burgués rural. Por sí solo, ese decreto, con su parágrafo 3º hubiera bastado para sublevar toda la Bretaña campesina". [N. de E.]

233. El texto corresponde a la modificación indicada por Kropotkin para la edición italiana de Luigi Bertoni y reemplaza al siguiente: "Ya el 8 de septiembre de 1792 se leyó en la Legislatura un informe exponiendo que la ejecución de ese decreto encontraba tantos obstáculos en la población que era imposible aplicarlo". [N. de E.]

234. "Éstas tierras volverán a las comunas, a menos que los anteriores señores prueben por títulos o posesión exclusiva continuada, pacífica y sin perturbación durante cuarenta años, que tienen su propiedad".

235. Informe de Fabre, p. 36, Folletos del British Museum sobre la Revolución Francesa R. F. tomo 247.

236. Las fechas corresponden a la modificación indicada por Kropotkin para la edición italiana de Luigi Bertoni y reemplaza a la que sólo decía "agosto de 1792". [N. de E.]

237. Todos los bienes comunales en general, decía la ley del 10-11 de junio de 1793 "conocidos en toda la República bajo los diversos nombres de tierras incultas, baldíos, garrigas, landas, pastizales, pasturas, arbustales, brezales, bosques comunes, yermos, terrenos aluvionales, pantanos, pantanales, montañas o cualquier otra denominación **son y pertenecen por su naturaleza a la generalidad de los habitantes o miembros de las comunas o de las secciones** de las comunas. Ellas estarán autorizadas a demandar su restitución". "El artículo 4 del título 25 de la ordenanza de aguas y bosques de 1669, al igual que todos los edictos, declaraciones, decretos del Consejo y cartas patentes que, desde aquella época, han autorizado el *triage*, repartición, distribución parcial de bosques y forestas patrimoniales y señoriales, en perjuicio de las comunidades usufructuarias... y todos

los juicios dictados y actos hechos en **consecuencia**, quedan revocados y permanecen a este respecto como no avvenidos". "La posesión durante cuarenta años, reconocida suficiente por el decreto del 28 de agosto de 1792, para reconocer la propiedad de un particular, no podrá en ningún caso suplir al título legítimo, y el título legítimo no podrá ser el procedente de la potencia feudal".

238. Véase, por ejemplo, el discurso de P. A. Lozeau, sobre los bienes comunales, impreso por orden de la Convención.

239. Debe hacerse la excepción de Pierre Bridet (*Observations sur le décret du 28 août 1792*, París, 1793), quien propuso en el fondo lo que hoy se llama nacionalización de la tierra. "Las tierras comunales, decía Bridet, **son una propiedad nacional**, y, por tanto, es injusto dejar a unas comunas poseer muchas tierras y a otras comunas pocas." En consecuencia, proponía que el Estado se incautara de todas las tierras comunales, y que las arrendara — por pequeños lotes si se presentaran adjudicatarios y, si no se presentaban, por grandes lores —, admitiendo también en el arrendamiento a los **habitantes de otros distritos próximos**. Todo se haría a través de los directores de los departamentos (como es notorio órganos archi-reaccionarios, que representaban el interés de los ricos). Este proyecto, evidentemente, no fue aceptado. Puesto que en un comienzo las tierras de cada comuna serían tomadas en arrendamiento por **los campesinos pobres o ricos de la misma comuna**, lo que ya se venía haciendo por las mismas comunas, y sólo **por excepción**, naturalmente, se arrendarían a habitantes de los distritos vecinos, en la práctica el proyecto se reducía a permitir a algunos burgueses excepcionales tomar en arrendamiento tierras situadas en distritos vecinos a su comuna, y a que el Estado sustituyera a las comunas en la administración de las tierras y remitiera lo que las comunas hacían por sí mismas a funcionarios que favorecerían, evidentemente, a **algunos** grandes burgueses de provincia para que se enriquecieran a expensas de los comunas rurales. De ahí no pasaba ese plan, fundado en ideas de justicia, atractivas seguramente para los socialistas urbanos, los cuales estaban poco familiarizados con asuntos de la propiedad de la tierra, y, por lo mismo, eran poco exigentes; pero en realidad tendía a crear, en nombre de la alineación estatista, otras injusticias mucho más irritantes y numerosas sinecuras.

239. Considerando que la ejecución de la ley del 10 de junio de 1793 ha dado lugar a numerosas reclamaciones;... que el examen de esas diferencias sería largo, y que ha llegado el momento de detener los funestos efectos de la ejecución literal de la ley del 10 de junio de 1793, de la cual se han hecho ya sentir muchos y grandes inconvenientes;... se suspenden provisionalmente todos los procesos y acciones resultantes de esta ley, y todos los poseedores actuales de dichos terrenos quedan provisionalmente mantenidos en su usufructo (Daloz, IX, p. 195).

241. ...y, por tanto, contra el espíritu y la tendencia de la nueva ley, quedó la rutina de la ley antigua produciendo todos sus efectos. [Texto insertado al finalizar el párrafo anterior por el traductor Anselmo Lorenzo, para la edición de La Escuela Moderna y que no figura en el original.]
242. ...y, como es consiguiente, la nueva ley fue interpretada y aplicada en toda la extensión del pensamiento revolucionario que la informó. [Ídem]
243. Ph. Sagnac, *La Législation civile de la Révolution Française*, p. 177.
244. Avenel, *Lundis révolutionnaires*, pp. 30-20; Kareiev, p. 519.
245. En la Côte-d'Or los terrenos eclesiásticos fueron adquiridos por burgueses más que por campesinos. Sucedió lo contrario respecto de los bienes de los emigrados, que fueron comprados en la misma región sobre todo por los campesinos. En el Laonnais, los campesinos compraron más dominios eclesiásticos que los burgueses, y en cuanto a los bienes de los emigrados se repartieron en esta misma región casi por igual entre los dos grupos. En el Norte, las asociaciones de los campesinos compraron muchas tierras. (Sagnac, p. 188).
246. Antigua medida de capacidad para los granos, variable según las regiones, equivalente en la región parisina a unos 12 *boisseaux* (correspondientes a los actuales *bushels* —unos 35 litros— de los países anglosajones). [N. de E.]
247. Se piensa a veces que es sencillo para una revolución hacer economías en la administración reduciendo el número de funcionarios. Tal no fue el caso para la Revolución de 1789-1793 que extendía cada año las atribuciones del Estado: instrucción, jueces pagados por el Estado, administración pagada por los contribuyentes, un ejército inmenso, etcétera.
248. Véase la colección *Biblioteca Histórica de la Revolución* del British Museum, que contiene los folletos sobre el abastecimiento en los volúmenes 473, 474, 475.
249. Momoro publicó a este respecto un interesante folleto: *Opinion de Momoro... sur la fixation de maximum du prix des grains dans l'universalité de la République Française*, en el que desarrolla principios comunistas.
250. Boletín que reproducía la cotización oficial de esos artículos vendidos en un mercado público. [N. de E.]
251. Para conocer las causas reales de esta carestía, completamente artificial, ver Avenel, *Lundis révolutionnaires*, cap. III.
252. En general, durante toda la Revolución no ingresaron los impuestos. En febrero de 1793 el Tesoro no había percibido nada de la contribución territorial y mobiliaria de 1792, y de la de 1791 sólo había percibido la mitad, unos 150 millones. Todo el resto estaba en la misma situación.
253. Véase Louis Blanc, libro XIII, c. IV, que da una excelente "Histoire du Maximum" y Avenel, *Lundis révolutionnaires*.

254. Hay cartas de Inglaterra, dirigidas por unos realistas a sus agentes en Francia, que descubren los medios a que recurrían los agiotistas. Se lee en una de esas cartas: “Hay que hacer que se eleve el cambio hasta 200 libras por libra esterlina. Han de desacreditarse en todo lo posible los asignados, y se deben rechazar todos los que no ostenten la efigie real. **Se debe elevar el precio de todos los artículos. Den la orden a sus comerciantes de que monopolicen todos los artículos de primera necesidad.** Si se puede persuadir a Cott... que compre el sebo y las velas a toda costa, hánganlas pagar al público hasta cinco francos la libra. Milord está satisfecho por la manera con que B. t. z, (Batz) ha actuado. **Esperamos que los asesinatos se hagan con prudencia.** Los curas disfrazados y las mujeres son adecuados para esa operación” (A. Thiers, *Histoire de la Révolution Française*, t. III, 1834, pp. 144-144).

255. El “Hymne civique des Bretons, marchant contre l’anarchie”, era el título de la canción de los girondinos, que Guadet proporciona en una nota de las *Mémoires* de Buzot, pp. 68-69. He aquí uno de sus versos:

*D’un trône étayé par ses crimes,
Robespierre, cuivré de sang,
Du doigt désigne ses victimes
A l’anarchiste rugissant.*

Aquella marselesa de los girondinos pedía la muerte de Danton, de Pache y de Marat, y su estribillo era:

*Guerre et mort aux tyrans,
Mort aux apôtres du carnage!*

Y durante aquel tiempo ellos mismos pedían y preparaban la matanza [*carnage*] de los revolucionarios.

256. La revista de la que habló Charlotte Corday ante los jueces, que había reunido miles de hombres, era una mentira con el probable objeto de amedrentar a los *sans-culottes* parisinos.

257. Que existía un complot, y que los girondinos sabían algo, nos parece probado. El 10 de julio se leía en el Consejo General de la Comuna de París una carta, recibida en Estrasburgo y remitida a París por el alcalde de esa ciudad, en la que constaban estas líneas: “...La Montaña, la Comuna, la jacobinería y toda su secuela canallesca, están a dos dedos de la tumba... De aquí al 15 de julio danzaremos. Deseo que no se vierta más sangre que la de Danton, Robespierre, Marat y compañía...” (cito de acuerdo a Louis Blanc). El 11 y el 12 de julio la *Chronique de Paris*, periódico girondino, ya hacía alusiones a la muerte de Marat.

258. “Una mujer divina, conmovida al ver su situación, cuando se ocultaba huyendo de cueva en cueva, acogió y ocultó en su casa al Amigo del Pueblo, le dedicó su fortuna y le sacrificó su tranquilidad”, decía de Catherine Évrard la hermana de Marat, Albertine, cuyas palabras son citadas por Michelet.

259. Es un placer consignar que el estudio de la obra de Marat, negada hasta el día de hoy, ha llevado a J. Jaurès a hablar con respeto de esa cualidad característica del tribuno popular.

260. Algunos indicios de carácter social en el levantamiento de la Vendée, dice Avenel, se hallan en la obra de d'Antonin Proust: *La justice révolutionnaire à Niort*.

261. Michelet ha estudiado la guerra en los documentos locales sobre el terreno, y dice: "Se ha discutido mucho acerca de la triste cuestión de quién tuvo la iniciativa de esas barbaries, y sobre qué partido fue más lejos en el crimen. Se habla siempre de los ahogamientos de Carrier; pero ¿por qué se habla menos de las matanzas de Charette?... Antiguos oficiales vendeanos, rudos y feroces, declararon a su médico, quien nos lo ha repetido, que jamás hicieron un prisionero (sobre todo del ejército de Maguncia) sin hacerlo perecer, y entre tormentos si había tiempo. Cuando los nanteses llegaron a Challans, en abril del 93, vieron clavado a una puerta algo que parecía un gran murciélago; era un soldado republicano, que se hallaba en tal situación hacía ya muchas horas, en una horrible agonía, sin poder morir" (Lib. XI, c. V).

262. Conviene decir que, a pesar de todo lo que los historiadores reaccionarios relatan sobre el Terror, se vio, según documentos que constan en los archivos, que únicamente los *sans-culottes* y algunas jóvenes ciudadanas acudieron al llamamiento patriótico, y que "ningún *muscadin* [véase nota 291] y ninguna *muscadine*" fueron vistos en el muelle del canal, por lo que el representante se limitó a imponer a los ricos un "donativo patriótico" a beneficio de los pobres.

263. Carta del barón de Stedinck, escrita el 26 de abril en San Petersburgo.

264. G. Avenel, *Lundis révolutionnaires*, p. 245. Avenel atribuyó la caída de Danton al fracaso de esa diplomacia, que fue siempre combatida por Robespierre y por Barère.

265. Cuando el 27 de marzo de 1793, el Comité de Defensa General, alarmado por la situación de Francia frente a la invasión, convocó a los ministros y a la Comuna de París para consultarlos, Marat, exponiendo lo que ya se hacía, les dijo que "en semejante crisis la soberanía del pueblo no era indivisible, que cada Comuna era soberana en su territorio, y que el pueblo podía tomar las medidas que demandase su salvación" (*Mémoires de Thibaudeau*; Michelet, libro X, c. I).

266. Cada asamblea primaria tenía que designar a siete ministros, y la administración del departamento formaría con esos nombres una lista de trece candidatos para cada Ministerio. Las asambleas primarias, convocadas por segunda vez, elegirían los ministros sobre aquellas listas.

267. En Aulard, *Histoire politique*, 2ª parte, cap. IV, se hallará un excelente resumen de las dos constituciones, la girondina y la montañesa, y de todo lo concerniente a ellas.

268. *Histoire politique*, p. 291.

269. “Almas de cieno, que sólo estiman el oro — decía aquel día Robespierre, dirigiéndose evidentemente a los girondinos y a los del Pantano—, no quiero tocar sus tesoros, por impuro que sea su origen. Deben saber que esta ley agraria, de la que tanto han hablado, es un fantasma creado por los pícaros para aterrorizar a los imbéciles... Se trata mucho más de volver honorable a la pobreza que de proscribir la opulencia... Planteemos, pues, de buena fe, los principios del derecho de propiedad...” y proponía introducir en la Declaración de los Derechos los cuatro artículos siguientes: “La propiedad es el derecho que tiene cada ciudadano de disfrutar y de disponer de la parte de bienes que le garantiza la ley. El derecho de propiedad está limitado como los otros, por la obligación de respetar los derechos ajenos. No puede perjudicar a la seguridad, a la libertad, a la existencia ni a la propiedad de nuestros semejantes. Toda posesión, todo tráfico que viole este principio es esencialmente ilícito e inmoral”. Ver James Guillaume, “Les quatre déclarations des droits de l’homme” (*Études révolutionnaires*, 1ª serie, París, 1998, p. 380 y ss.).

270. Es interesante notar que también en Rusia, los enemigos de la comuna rural son hoy partidarios del cantón (*vsessolovnaïa volost*), que ellos oponen a las comunas porque codician sus tierras.

271. Los artículos referentes a la propiedad en la Declaración de los Derechos definitivamente votada el 23 de junio, se hallaban así concebidos: “El derecho de propiedad es el que pertenece a todo ciudadano de gozar y disponer a su voluntad de sus bienes, de sus rentas, del fruto de su trabajo y de su industria. — Ningún género de trabajo, de cultivo, de comercio puede ser prohibido a la industria de los ciudadanos. — Nadie puede ser privado de la menor parte de su propiedad sin su consentimiento, sino cuando la necesidad pública legalmente constatada así lo exija y bajo la condición de una justa y previa indemnización”. La Convención no se excedió de los principios de 1791 respecto de la propiedad.

272. La función municipal era “el último término de la Revolución”, dice exactamente Mignet (*Histoire de la Révolution Française*, 19 ed., II, 31). “En oposición al Comité de Salvación Pública, quería, **en lugar de la dictadura convencional, la más extrema democracia local**, y en lugar de culto, la consagración de la incredulidad más grosera. La anarquía política y el ateísmo religioso, eran los símbolos de ese partido y los medios por los cuales contaba establecer su propia dominación.” Conviene observar que sólo una parte de los “anarquistas” siguieron a Hébert en su campaña

antirreligiosa, y que muchos lo abandonaron considerando el estado de las creencias en el campo.

273. Bajo el nombre “la Comuna y los anarquistas”, Mignet incluía a los hombres de la Comuna, como Chaumette y el alcalde Pache, a los comunistas como Jacques Roux, Chalier, Varlet, etc., y a los hebertistas propiamente dichos, y escribió: “En esta circunstancia él [Robespierre] quería sacrificar a la Comuna y a los anarquistas; los comités querían sacrificar a la Montaña y a los moderados. Esto se entiende”. Michelet, por el contrario, ha separado muy bien a los comunistas populares, como Jacques Roux, Varlet, Chalier, L’Ange, etc., de los hebertistas.

274. Se hallarán esas cartas en el *Recueil des Actes du Comité de salut public*, publicado por Aulard, París, 1889; también en Legros, *La Révolution telle qu’elle est... Correspondance du Comité de salut public avec ses généraux*, 2 vol., París, 1837.

275. Las cartas publicadas en la recopilación de Aulard, o por Legros, son de palpitante actualidad en todos sus aspectos; pero he buscado en vano las huellas de una actividad de los convencionales en esta dirección. Jeanbon Saint-André, Collot-d’Herbois, Fouché, Dubois Crancé tocan alguna vez las grandes cuestiones que apasionaban a los campesinos y a los proletarios de las ciudades. Quizá haya cartas de otros convencionales que yo no haya visto; pero lo que me parece cierto es que a la generalidad de los convencionales en misión no le interesaban esos asuntos.

276. *Une mission en Vendée*.

277. Aulard, *Recueil des actes du Comité de salut public*, t. V, p. 505.

278. La carta está firmada por dos representantes en misión en aquel departamento, Jeanbon y Lacoste; pero está escrita por el primero.

279. *Actes du Comité de salut public*, Aulard, III, pp. 533-534.

280. Ya Cabet, en su apéndice a *Voyage en Icarie*, edición de 1842, señaló, apoyado en citas, ese carácter de los pensadores del siglo XVIII. Para trabajos recientes, ver André Lichtenberger, *Le Socialisme et la Révolution Française*. París, 1899.

281. “No ha habido ni nunca habrá más que dos clases realmente distintas de ciudadanos, los propietarios y los no propietarios. Los primeros dueños de todo, y los segundos sin poseer nada”, decía el *Cahier des pauvres*. “¿De qué servirá una Constitución sabia a un pueblo de esqueletos descarnados por el hambre?”, pregunta el autor de los *Quatre cris d’un patriote* (Chassin, *Le génie de la Révolution*, ed. 1863, t. I, pp. 287, 289).

282. En las *Notes historiques sur la Convention nationale, le Directoire, l’Empire et l’exil des votants*, de A. Baudot, publicadas por madame Edgar Quinet (París, 1893), se halla una nota muy interesante donde se dice que Ingrand pensaba que el sistema “del bien común” (del comunismo) desarrollado

por Buonarroti “se originó poco antes de los acontecimientos del 20 de junio, que esos acontecimientos debieron su nacimiento a ese espíritu de asociación” (pp. 10-11). Pétion dio aviso de esto a gran número de diputados; “parece — continúa Baudot — que los girondinos pusieron tanta rigidez y acritud en su sistema por temor a que predominara la doctrina de los asociados”. Es sabido que después algunos ex convencionales se adhirieron a esas ideas y entraron en la conspiración de Babeuf.

283. Para combatir mejor “el reparto de tierras propuesto por los anarquistas o los *coblencianos*” (Robespierre tomó después esta insinuación contra los comunistas y la hizo suya), Brissot declaraba, en diciembre de 1792, “que la **igualdad de los derechos** de los ciudadanos sería una quimera si las leyes no destruyeran y no previnieran la enorme **desigualdad de hecho** entre los ciudadanos. Pero esas instituciones favorables a la igualdad — añadía Brissot —, deben ser introducidas sin conmoción, sin violencia, sin faltar al respeto al primero de los derechos sociales, la propiedad”.

284. Hablando de la propiedad, la presentaba bajo esta forma interesante: “La propiedad — decía — es el pivote de las asociaciones civiles. Es sabido que en un gran imperio sobre todo, la balanza de las fortunas no puede ser justa e inmóvil, y que el impulso de un comercio inmenso, alimentado por una vasta industria y por los ricos productos de la agricultura, la mantienen en una continua oscilación; **pero la balanza no debe gravitar excesivamente**” (*Les éléments de républicanisme*, París 1793, p. 57. Folletos del British Museum, vol. F. 1097).

285. Es probable que además de la prédica del comunismo en las secciones y las sociedades populares, hubiese también, después del 10 de agosto de 1792, tentativas de constitución de sociedades secretas comunistas, que se extendieron en 1794 por Buonarroti y Babeuf, y que después de la Revolución de julio dieron origen a las sociedades secretas de los blanquistas.

286. Jaurès, *La Convention*, p. 1096 (notas de Bernard Lazare).

287. En esa declaración se limitaba a demandar que el derecho de posesión de la tierra fuera limitado; que la desproporción enorme de las fortunas se rompiera por “medios justos”, a fin de que los indigentes pudieran preservarse de la opresión de los ricos, y que “los bienes amasados a expensas de la fortuna pública por el robo, el agio, el monopolio y el acaparamiento” pasasen a ser propiedades nacionales en cuanto la sociedad adquiriese por hechos concretos la prueba de que constituyen exacciones indebidas. Folletos del British Museum, F. 499 (50). En otro folleto, *Vœux formés par des Français libres*, pedía también leyes severas contra los acaparadores (En la misma colección, F. 65 (2)).

288. En su *Discours sur les moyens de sauver la France et la liberté*, pronunciado en ocasión de las elecciones para la Convención (este folleto se halla en la

Biblioteca Nacional), Jacques Roux sostenía que una dictadura prolongada era el fin de la libertad, y pedía que se obligara a “los grandes propietarios a vender la cosecha sólo en los mercados que se les indicara en sus distritos respectivos: que se establezcan en todas las ciudades y burgos considerables almacenes públicos en los cuales los precios de las mercancías sean por concurso” (págs. 42 y 44). Michelet, que mencionaba ya ese *Discurso*, añadía que esa doctrina de Roux era muy popular en Gravilliers, en Arcis y otras secciones del centro de París (Lib. XV, c. VI).

289. *Service des subsistances*. Servicio que aseguraba a las fuerzas terrestres la provisión de víveres, agua, forraje, etcétera. [N. de E.]

290. *Thermidor et Directoire, 1794-1799*. (*Histoire socialiste*, t. I, p. 14 y ss.)

291. En su *Catéchisme* Boissel ya exponía las ideas que adquirieron curso entre los socialistas al acercarse 1848. A la pregunta: “¿Cuáles son las principales instituciones de este orden mercenario, homicida y antisocial?”, responde: “Las propiedades, los matrimonios y las religiones, que los hombres han inventado, establecido y consagrado para legitimar sus usurpaciones, sus violencias y sus imposturas”. Especificando los objetos sobre los que los hombres han extendido sus derechos de propiedad, dice: “Son aquellos de los que han creído deber apoderarse o hacer creer que se habían apoderado, como las tierras, las mujeres, los mismos hombres, el mar, los ríos, las fuentes, el cielo, los infiernos, los dioses mismos, de los que siempre han hecho y hacen un comercio”. La misma dureza tiene para las leyes, que son: “las obligaciones que los más fuertes, los más sutiles y los más astutos han impuesto a los más débiles para sostener sus desastrosas instituciones o para impedir en lo posible sus funestos inconvenientes”. Sus definiciones de la autoridad y de la justicia podrían ser aceptadas por los anarquistas modernos. Ver el *Catéchisme du genre humain, pour l'établissement essentiel et indispensable du véritable ordre moral et de l'éducation sociale des hommes*. París, 1789, 132 páginas. Folletos del British Museum, F. 513 (3).

292. ¡Así, el pueblo, en posesión de una constitución democrática, rechazaría con su veto todas las leyes, hasta que la subsistencia de todos los ciudadanos quedase asegurada por la ley!

293. Esta obra de Dolivier no se encuentra en el British Museum, por lo que cito de acuerdo a Jaurès, su otra obra, *Le vœu national, ou système politique, propre à organiser la nation dans toutes ses parties...* París, 1790, sólo interesa por la idea de organizar la nación por abajo. Folletos del British Museum. F. 514 (4).

294. *Plaintes et représentations d'un citoyen décrété passif, aux citoyens décrétés actifs*, por M. L'Ange. Lyon, 1790, p. 15 (Bibl. Nationale). Sobre las ideas más o menos socialistas del “Círculo Social”, fundado por el abad Fauche, y que tenía por órgano *La Bouche de fer*, véase A. Lichtenberger, *Le Socialisme et la Révolution Française*, cap. III, p. 69.

295. "Perche", antigua medida de longitud de aproximadamente 22 pies y también de superficie, de 400 pies cuadrados (42, 21 m²). [N. de E.]

296. *Rapport et projet de décret sur les subsistances*, presentado por M. Fabre, diputado del departamento del Hérault.

297. La mayor parte de los historiadores ha visto en esa medida una ventaja para los campesinos. En realidad era privar a los campesinos más pobres del único patrimonio que les quedaba, por eso encontró tanta resistencia en su aplicación.

298. "Son los ricos, decía Jacques Roux, los que hace cuatro años vienen aprovechándose de las ventajas de la Revolución; la aristocracia mercantil, más terrible que la nobiliaria, nos oprime, y no vemos el fin de sus exacciones, porque el precio de las mercancías aumenta de una manera espantosa. Ya es tiempo de que se acabe el combate a muerte que sostiene el egoísmo contra la clase laboriosa... ¿Será más sagrada la propiedad de los canallas que la vida del hombre? **Las subsistencias deben ser requisadas por los cuerpos administrativos, con la fuerza armada puesta a su disposición.**" Roux reprochó a la Convención no haber confiscado los tesoros adquiridos por los banqueros y acaparadores después de la Revolución. Y decía que si bien la Convención había decretado un empréstito forzoso de mil millones sobre los ricos, si no se destruían el monopolio del comercio y el acaparamiento "**el capitalista y el comerciante, desde el día siguiente, cargarán esa cantidad sobre los sans-culottes a través del monopolio y la concusión**". Preveía bien el peligro de todo esto para la Revolución, y decía: "Los agiotistas se apoderan de las manufacturas, de los puertos de mar, de todos los ramos del comercio, de todas las producciones **de la tierra**, para hacer morir de hambre, de sed y de desnudez a los amigos de la justicia y obligarlos a echarse en brazos del despotismo". (Cito según el texto de Roux, hallado por Bernard Lazare y comunicado a Jaurès).

299. Jaurès, *Histoire socialiste, la Convention*, pp. 1698, 1699.

300. Los labradores ancianos e inválidos serían inscriptos en él para un socorro anual de 160 libras, los artesanos ancianos o inválidos para 120, y las madres y las viudas para 80 y 60 libras.

301. *Histoire politique*, cap. VIII, libro II.

302. "Vanamente buscaremos, en este período de retracción, manifestaciones de teorías socialistas. Pero el conjunto de medidas parciales y empíricas, de leyes circunstanciales, de instituciones provisionales que constituyó el gobierno revolucionario, condujo a un estado de cosas que, en ese silencio de los socialistas, preparó indirectamente los ánimos para una revolución social, que comenzó a efectuarse parcialmente" (Aulard, *op. cit.*, p. 453).

303. Véase todo el párrafo del cap. VIII, libro II: "Le socialisme", de la *Histoire politique* de Aulard; André Lichtenberger: *Le Socialisme et la Révolution Française*, págs. 179, 120; *Actes du Comité de Salut Public*, VIII et IX.

304. "Observations sur Maximilien Robespierre", en *La Fraternité, journal mensuel exposant la doctrine de la communauté*, N° 17, septiembre 1842.

305. Dantonista en un principio, el Comité de Salvación Pública se hizo poco a poco robespierrista después del 31 de mayo. Saint-Just y Couthon entraron en él el 30 de mayo; Jeanbon Saint-André, el 12 de junio; Robespierre, el 27 de julio; Carnot y Prieur (de la Côte-d'Or), el 14 de agosto, y Collot d'Herbois y Billaud-Varenne, el 6 de septiembre, después del movimiento del 4 y 5 de septiembre. Se distinguían en aquel Comité tres tendencias: los **terroristas**, Collot d'Herbois y Billaud-Varenne; los **trabajadores**, Carnot para la guerra, Prieur para ingeniería y armamento, y Lindet para aprovisionamiento de los ejércitos; y los **hombres de acción**, Robespierre, Saint-Just y Couthon. El Comité de Seguridad General, que representaba la policía de Estado, se componía principalmente de funcionarios del antiguo régimen. Se ha dudado de la fidelidad de esos hombres, que estarían naturalmente inclinados al pasado. El acusador público en el tribunal revolucionario, Fouquier-Tinville, dependía del Comité de Seguridad General, al que se presentaba cada noche.

306. Se llamaba así a los petimetres de la burguesía acomodada, jóvenes elegantes vestidos de forma extravagante y activos adversarios de los jacobinos. [N. de E.]

307. Es posible y aun probable que los realistas (como Lépître) trabajaran en las secciones para fomentar ese movimiento. Es una táctica vieja de los reaccionarios. Pero sostener que aquel movimiento fue obra de los reaccionarios es tan absurdo y jesuítico como decir que los movimientos de 1789 fueron obra del duque de Orleans.

308. *Procès-verbal du Comité d'instruction publique de l'Assemblée législative et Procès-verbaux du Comité d'instruction publique de la Convention Nationale*, publicados con anotaciones y prefacios por James Guillaume, París, 7 volúmenes, 1889-1907.

309. El año republicano se dividía en doce meses de treinta días cada uno, cuyos nombres fueron propuestos por Fabre d'Églantine: Vendimario, Brumario y Frimario para el otoño, del 22 de septiembre al 20 de diciembre; Nivoso, Pluvioso y Ventoso para el invierno, del 21 de diciembre al 20 de marzo; Germinal, Floreal y Pradial para la primavera, del 21 de marzo al 18 de junio, y Mesidor, Termidor y Fructidor para el verano, del 19 de junio al 16 de septiembre. Cinco días complementarios, dedicados al pueblo, llamados *sans-culottides*, los 17, 18, 19, 20 y 21 de septiembre, terminaban el año. Cada mes se dividía en tres décadas, y los días se denominaban primidi, duodi, tridi, etc.; el décimo día, el decadi, era festivo.

310. La idea de restablecer la concepción astronómica en el nuevo calendario era excelente (la de colocar los cinco días suplementarios al fin del año no lo era tanto), y los nombres de los meses fueron admirablemente escogidos; pero, aparte de todas las prevenciones que surgieron contra ese calendario porque glorificaba la Revolución, es probable que la idea de reemplazar la semana de siete días (la cuarta parte del mes lunar) por un período de diez días, demasiado largo para nuestras costumbres, fue y será un obstáculo para su aceptación.

311. En toda esta exposición sigo la excelente monografía del profesor Aulard, *Le culte de la Raison et le culte de l'Être suprême*, 2ª edic., París, 1904. También se halla un resumen de esta obra en su *Histoire politique*, 2ª edic., pp. 469 y ss.

312. También decretó que “todo ministro de culto o sacerdote pensionado por la nación será obligado a casarse, o a adoptar un niño, o a mantener un anciano indigente, so pena de ser destituido de sus funciones y pensiones”. (Aulard, *Le Culte de la raison*, p. 27).

313. Se recordará que la Asamblea Constituyente tomó también acuerdos semejantes.

314. *Extraits du registre de la Société populaire de Bourges, séance du quintidi 23 brumaire de l'an deuxième de la République Française, une et indivisible* (15 de noviembre de 1793). Folletos del British Museum, F. 16 (7).

315. En inglés en el original. [N. de E.]

316. Aulard, *Histoire politique*, p. 475.

317. Varias cartas de los representantes en misión hablan de este asunto. La mayor parte, como las de Dartygoëyte, Lefiot, Pflieger, Garnier son, sin embargo, posteriores al decreto (*Actes du Comité de Salut Public*, publicadas por Aulard, t. IX, págs. 385, 759, 780).

318. Como varios representantes en misión habían tomado medidas muy rigurosas contra el culto católico, la Convención añadía a aquel decreto un párrafo diciendo que no pretendía desaprobado lo que sus representantes habían hecho **hasta ese día**.

319. *Jacobins*, t. V, p. 623.

320. Véanse, por ejemplo, en Ernesto Mellié los estatutos de la sociedad popular, organizada por la sección Poissonnière.

321. *Jacobins*, t. V, pp. 624, 625.

322. *Jacobins*, sesión del 26 de diciembre de 1793, t. V, p. 578. El cordelero Momoro se aventuró a observar que los cordeleros se han preguntado si tenían derecho a poner obstáculos a la formación de las sociedades populares, dado que “el derecho de reunirse en sociedades populares es sagrado”, y Robespierre respondió acremente: “Todo lo que conviene a la salvación pública está evidentemente contenido en los principios”.

323. Véanse los derechos concedidos por la sección del Panteón a su comité. Citado por Ernest Mellié, p. 185.

324. Véase la obra de Ernest Mellié, p. 189 y ss., para conocer muy interesantes detalles sobre el “Comité de Salud Pública del departamento de París”, órgano de la policía secreta, y otros datos e informes.

325. *Jacobins*, sesión del 12 de diciembre de 1793, t. V, p. 557.

326. Michelet lo había comprendido perfectamente cuando escribió estas líneas llenas de tristeza (libro XIV cap. 1) en las que, recordando las palabras de Duport: **arar profundo**, decía que la Revolución debía perecer porque los girondinos y los jacobinos “fueron tan lógicos políticos” que sólo marcaban “grados sobre una línea única”. El más avanzado, Saint-Just, “no osó tocar la religión, ni la educación, ni el mismo fondo de las doctrinas sociales: apenas se entrevé lo que pensaba de la propiedad”. De modo que para asegurar la Revolución, sigue diciendo Michelet, faltaban aún “la revolución religiosa y la revolución social, en las que habría hallado su sostén, su fuerza, su profundidad”.

327. Tridon ha proporcionado alguno de esos extractos en su estudio “Les Hébertistes” (*Oeuvres diverses de G. Tridon*, París, 1891, pp. 86-90).

328. El autor se refiere a una de las réplicas, a partir de un molde de yeso, que solían aparecer en las manifestaciones y ceremonias públicas. Ver capítulo LIV. [N. de E.]

329. El asunto era complicado. Los realistas tenían a su servicio un hombre muy hábil, el barón de Batz, quien, por su valor y su habilidad para sustraerse a la persecución, adquirió una reputación casi legendaria. Aquel hombre, después de haber trabajado mucho tiempo por la evasión de María Antonieta, incitó a algunos miembros de la Convención a hacer grandes fortunas ocupándose de negocios de especulación, con dinero que suministraría el clérigo Espagnac. Reunió un día en su casa a Julien (de Toulouse), a Delaunay, a Bazire (dantonista), al banquero Benoît, al poeta Laharpe, a la condesa de Beaufort, querida de Julien. Chabot, ex cura que por un momento fue favorito del pueblo, casado con una austríaca, hermana del banquero Frey, fue de la partida. Se trató de seducir a Fabre y se conquistó a Delaunay para un asunto concerniente a la Compañía de las Indias. Se atacó a esa Compañía en la Convención, y ésta ordenó que comisarios especiales procedieran a su liquidación, confiando la redacción del decreto a Delaunay. El proyecto de decreto fue firmado por Fabre, después de hacer algunas correcciones con lápiz; pero después Delaunay, en ese mismo proyecto de decreto, hizo otras correcciones con tinta, **ventajosas para la Compañía**, y, sin discutirlo en la Convención, **hizo pasar el proyecto por decreto**.

330. Ernest Nys, *Idées modernes. Droit International et Franc-maçonnerie*. Bruselas, 1908.

331. *Ibid*, pp. 82, 83.

332. Se sabe que el joven Jullien le había hablado francamente del exceso de los representantes en misión, y sobre todo de los de Carrier. Ver *Une mission en Vendée*.

333. La ley del 4 frimario (4 de diciembre), que establecía el “Gobierno Revolucionario”, reemplazó los procuradores de los comunas, elegidos, por **agentes nacionales**, nombrados por el Comité de Salvación Pública. Chaumette, confirmado en sus funciones, pasó a ser un “agente nacional”. Después, el día en el que se detuvo a los hebertistas, el 23 ventoso (13 de marzo), el Comité de Salvación Pública hizo votar por la Convención una ley que permitía reemplazar provisoriamente a los funcionarios electos de las comunas a medida de que los destituía. En virtud de esta ley el Comité, en reemplazo de Pache, nombró a Fleuriot-Lescot.

334. Con Pache y Chaumette desaparecían de la Revolución dos hombres que habían simbolizado para el pueblo la **revolución popular**. Dice Avenel (*Anacharsis Clootz*, t. II, pp. 168-169) que cuando los enviados de los departamentos fueron a París para notificar su aceptación de la Constitución, se extrañaron de hallar a París completamente democrático. El alcalde, papá Pache, venía del campo, a pie, con su pan en el bolsillo; Chaumette, el procurador de la Comuna, “habita en una sencilla habitación con su mujer, que remienda la ropa, y a quien llama a la puerta, le responde: ¡Adelante! Lo mismo que en la casa de Marat”. El *Père Duchesne*, el orador del género humano, todos igualmente accesibles. Tales eran los hombres de los que se privaba al pueblo.

335. Por poco valor histórico que tengan las *Notes historiques sur la Convention nationale*, de Marc Antonin Baudot (París, 1893, p. 13), la proposición de Saint-Just para nombrar a Robespierre dictador a fin de salvar la República, de la que habla Baudot, es probable. Buonarroti habla de ella como de un hecho conocido.

336. Para la acusación de aquel grupo Robespierre preparó el borrador, y la acusación la hizo pronunciar por Saint-Just. Ver ese borrador en los *Papiers inédits trouvés chez Robespierre, Saint-Just, Pàyan, etc., supprimés ou omis par Courtois, précédés du rapport de ce dernier a la Convention nationale*. París, 1828, t. I, pp. 21 y ss.

337. Se ve por el contrario en Aulard, *Le culte de la Raison et le Culte de l'Être Suprême*, cuán ligado estaba el movimiento de descristianización al patriotismo.

338. *Papiers inédits*, t. II, p. 14.

339. Como ha demostrado James Guillaume (*Procès-verbaux du Comité d'Instruction publique de la Convention*, t. IV, Introduction, pp. 11 y 12), la mayor parte de esas comisiones habían sido ya formadas sucesivamente a partir de octubre de 1793.

340. Louis Gabriel Suchet. Con Bonaparte llegó a conde, Mariscal de Francia y Duque de la Albufera (durante el reino de José I en España). [N. de E.]

341. Sigo aquí el texto de Louis Blanc, lib. XII, C. XIII, no sospechable de hostilidad contra el grupo de Robespierre.

342. “Los enemigos de la Revolución”, dice la instrucción, “son los que, **por cualquier medio que sean**, cualquiera que sean las apariencias con las que se cubran, han tratado de contrariar la marcha de la Revolución y de impedir el afianzamiento de la República. La pena debida a ese crimen es **la muerte**; las pruebas requeridas para la condena son **todos los informes, de cualquier clase que sean**, que puedan convencer a un hombre razonable y amigo de la libertad. La regla de los juicios es la conciencia del juez ilustrada por el amor a la justicia y a la Patria; su objeto, la salvación pública y la ruina de los enemigos de la Patria”. No más jurados, basta con los jueces. La conciencia del juez y “los informes de cualquier clase que sean”, serán la regla de los juicios.

343. “Se quiere gobernar las revoluciones con argucias palaciegas; se tratan las conspiraciones contra la República como los pleitos entre particulares ¡La tiranía mata, y la libertad se defiende! El Código hecho por los conspiradores es la ley por la que se los juzga.” “El plazo para castigar a los enemigos de la Patria no debe ser mayor al que se emplea en reconocerlos: se trata menos de castigarlos que de destruirlos.”

344. Un registro practicado en las cárceles produjo el embargo de considerables cantidades de dinero (864,000 libras), a lo que hay que sumar el valor en alhajas, que elevó el total en posesión de los sospechosos presos a casi un millón de libras.

345. Las secciones, dice M. Ernest Mellié, “ya no dirigían, sino que seguían dócilmente a sus comités, cuyos miembros dependían de los comités de Salvación Pública y Seguridad Central de la Convención. La política se hacía fuera de ellas... se llegó hasta prohibirles denominarse como asambleas primarias: el 20 floreal año II (9 de mayo de 1794) una carta del agente nacional de la Comuna (Payan, que reemplazaba a Chaumette) les comunicó que bajo un gobierno revolucionario no había asambleas primarias... Lo cual era recordarles que la abdicación era completa” (págs. 151, 152). Después de haber referido las “depuraciones” consecutivas que las secciones sufrían para hacerse aceptar por los jacobinos (p. 153), M. Mellié concluye con estas palabras: “Michelet tiene, pues, razón para decir que en aquella época las asambleas de las secciones estaban muertas, y que todo el poder había pasado a sus comités revolucionarios, los cuales, nombrados por la autoridad, tampoco tenían gran vida” (pp. 154, 155). En el 9 termidor (Ernest Mellié ha encontrado la prueba en los archivos) **en casi todas las secciones, los comités revolucionarios estaban reunidos**

para esperar las órdenes del gobierno (p. 169). No es extraño entonces que las secciones no se movieran contra los termidorianos.

346. La documentación del siguiente apéndice fue facilitada a Diego Abad de Santillán por Max Nettlau varios años antes de la aparición de la edición argentina de TUPAC/ Americalee (1944) de *La Gran Revolución*, donde fue publicada como inédita. Las correspondientes notas al pie en algunos casos son del propio Kropotkin, como se puede deducir del contexto y en otros casos pueden haber sido de autoría de Max Nettlau o del propio Abad de Santillán. La traducción al español asumimos que pertenece a Abad de Santillán. [N. de E.]

347. De Kropotkin a Bertoni: Minusio-Locarno, 28 de junio de 1911... "James Guillaume me envía una larga carta concerniente a los cambios que habría que introducir, según él, en mi volumen, relativos a la ley del 14 de agosto de 1792 (de la Legislativa) y sus consecuencias. No estamos de acuerdo al respecto, pero hay sin embargo una corrección que hacer, indicada por Aulard (sobre Dalloz) y dos o tres palabras a cambiar. Envíame, te ruego, las dos páginas 535 y 536 (o bien todo el capítulo) para que pueda hacer las correcciones necesarias. Me será más fácil corregir en el texto francés que en el italiano. He escrito ayer largamente a Guillaume, sin esperar mi regreso a Londres".

348. J. G. encontró ese documento en "Le partage des biens communaux", documento sobre la preparación de la ley del 10 de junio de 1793, publicado por Georges Bourgin, archivista (*Collection de documents inédits sur l'histoire économique de la Révolution Française*; París, Imprimerie National, 1908). Proyecto del decreto del Comité de agricultura de la Legislativa, impreso en ejecución del decreto del 28 de mayo de 1792; comienza así: (artículo 1): Los bienes comunales podrán ser divididos cuando el reparto sea requerido y considerado según las formas que van a ser establecidas.

349. P. Kropotkin marcó "A" el pasaje refutado por Guillaume y reproducido en el párrafo anteúltimo: Tú tratas de enormidad...

350. Corresponde a la página 125 de esta edición. Ésta como las demás referencias de los puntos debatidos, corresponden al capítulo XLVIII. [N. de E.]

351. Ruégales que te cuenten del informe al respecto, hecho en las aldeas por el *Russkoye Bogatstvo*. [Una de las grandes revistas radicales de Petersburgo en aquel tiempo.]

352. Asamblea general de los campesinos de una comuna rural.

353. De Kropotkin a Bertoni. Minusio cerca de Locarno, 3 de julio de 1911... "Gracias por el volumen. Voy a hacer las correcciones. Guillaume me envía cartas de 8-12 páginas, a las que respondo de igual modo."

354. Así fue interpretado ese decreto por los tribunales y así debía serlo. Ver, por ejemplo. Dalloz, X, p. 265, núm. 2261, nota.

355. Tú agregas: “Es decir, evidentemente, cuando se dio el decreto del 14 de agosto de 1792” (muy justo: lo que probaría que hubo un comienzo de ejecución y que encontró obstáculos) lo que prueba una vez más (?) que ese decreto apareció a los burgueses como una amenaza a lo que ellos llaman sus derechos (¡de ningún modo!)

356. Derecho de entrada en la comuna.

357. Guillaume escribe en una de sus notas: “El decreto que Kropotkin llama del 28 de agosto-14 de septiembre de 1792 no está en el proceso verbal de ninguna de sus sesiones. Ha tomado eso de un informe de Fabre (del Herault), sin fecha, dado en la Convención”.

En otra carta Guillaume dice: “Jaurès no conoce la ley del 28 de agosto (ver pág. 1307); esa ignorancia se explica, sin duda, por el hecho de que esa ley no ha sido publicada por la Legislativa, sino por la Convención, con fecha 8 de septiembre de 1793 (G. Bourgin, *op. cit.*, pág. 398, nota 3). Se trata del decreto del 28 de agosto, sancionado el 14 de septiembre del 92”.

358. J. Guillaume ha copiado del artículo *Asamblea Nacional. Continuación de la sesión del 13 hasta el 14 (agosto 1792)* por la noche, firmado Condorcet, de la *Chronique de Paris*, N° 239, 15 de agosto de 1792...: “Mr. François de Neufchâteau propone repartir al pueblo las tierras vacantes conocidas con el nombre de comunales, y poner en venta al mejor postor los bienes de los emigrados. Se ha decretado que los comunales sean dados al pueblo y que los bienes de los emigrados sean divididos en lotes de 3 o 4 arpentas, y puestos en ventas perpetuas”.

En las *Révolutions de Paris*, N° 162, p. 316: ... “Sobre otra mención, de M. François (*sic*), la Asamblea decreta... 1° que los bienes llamados comunales serán repartidos entre los habitantes de las comunas, y que el comité presentará el modo del reparto... M. Merlin hace decretar también que los terrenos abandonados y vacantes invadidos por los señores sean repartidos a los ciudadanos de las comunas...”

359. Un voto obtenido por sorpresa, por la mayoría fortuita de un instante.

360. Látigos: nombre dado a los miembros encargados de insistir sobre la presencia lo más completa posible de los miembros de un partido en las sesiones cuando se trata de un voto importante.

361. Es decir, bajo el imperio de pasiones populares violentas que las clases poseedoras han podido preocuparse de dirigir temporalmente.

362. De Kropotkin a Bertoni, Brighton, 6 de diciembre de 1911:

... “Mil gracias por esa bella edición de *La Grande Rivoluzione* que acabas de llevar a buen fin.

... “¿Envías un ejemplar a James Guillaume? Estará, sin duda, descontento

porque no he aceptado su interpretación de la ley del 14 de agosto de 1792. Pero es la verdadera. Ha terminado él mismo por encontrar que el párrafo 3 de esa ley fue **añadido** durante la sesión en la Asamblea, lo que hace que la palabra "**igualmente**" signifique **también** "**repartidas**". En cuanto a la diferencia entre "ciudadanos" y "habitantes" es patente para el que ha estudiado la cuestión de las tierras comunales. He encontrado la misma diferencia en la Italia meridional. Todo el tiempo desde el siglo XVI al XVII, los documentos distinguen entre "il Comune" y "gli abitanti"...

363. Estas dos palabras son de lectura incierta en el esbozo de escritura muy apresurada.

364. Faltan las palabras "la menor apreciación"; véase la carta de Kropotkin del 7 de julio que Guillaume discute aquí.

ÍNDICE

CAPÍTULO XXXVI. LA CONVENCION. LA COMUNA. LOS JACOBINOS	5
CAPÍTULO XXXVII. EL GOBIERNO. LUCHAS EN EL SENO DE LA CONVENCION. LA GUERRA	15
CAPÍTULO XXXVIII. EL PROCESO DEL REY	29
CAPÍTULO XXXIX. MONTAÑA Y GIRONDA	40
CAPÍTULO XL. ESFUERZOS DE LOS GIRONDINOS PARA DETENER LA REVOLUCION	49
CAPÍTULO XLI. LOS "ANARQUISTAS"	54
CAPÍTULO XLII. CAUSAS DEL MOVIMIENTO DEL 31 DE MAYO	63
CAPÍTULO XLIII. REIVINDICACIONES SOCIALES. ESTADO DE LOS ANIMOS EN PARÍS. LYON	73
CAPÍTULO XLIV. LA GUERRA. LA VENDÉE. TRAICION DE DUMOURIEZ	82
CAPÍTULO XLV. UN NUEVO LEVANTAMIENTO SE VUELVE INEVITABLE	95
CAPÍTULO XLVI. LEVANTAMIENTOS DEL 31 DE MAYO Y 2 DE JUNIO	104
CAPÍTULO XLVII. LA REVOLUCION POPULAR. EL EMPRÉSTITO FORZOSO	112
CAPÍTULO XLVIII. TIERRAS COMUNALES. LO QUE HIZO DE ELLAS LA LEGISLATIVA	118
CAPÍTULO XLIX. LA TIERRASSON DEVUELTAS A LAS COMUNAS	126
CAPÍTULO L. ABOLICION DEFINITIVA DE LOS DERECHOS FEUDALES	131
CAPÍTULO LI. BIENES NACIONALES	137
CAPÍTULO LII. LUCHA CONTRA LA ESCASEZ. EL MÁXIMUM. LOS ASIGNADOS	142
CAPÍTULO LIII. LA CONTRARREVOLUCION EN BRETAÑA. ASESINATO DE MARAT	152
CAPÍTULO LIV. LA VENDÉE. LYON. EL MEDIODÍA	159
CAPÍTULO LV. LA GUERRA. LA INVASION ES RECHAZADA	169

CAPÍTULO LVI. LA CONSTITUCIÓN. EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO	178
CAPÍTULO LVII. AGOTAMIENTO DEL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO	187
CAPÍTULO LVIII. EL MOVIMIENTO COMUNISTA	193
CAPÍTULO LIX. IDEAS SOBRE LA SOCIALIZACIÓN DE LA TIERRA, DE LAS INDUSTRIAS, DEL ABASTECIMIENTO Y DEL COMERCIO	201
CAPÍTULO LX. EL FIN DEL MOVIMIENTO COMUNISTA	208
CAPÍTULO LXI. CONSTITUCIÓN DEL GOBIERNO CENTRAL. LAS REPRESALIAS	217
CAPÍTULO LXII. INSTRUCCIÓN. SISTEMA MÉTRICO. NUEVO CALENDARIO. TENTATIVAS ANTIRRELIGIOSAS	227
CAPÍTULO LXIII. LA DESTRUCCIÓN DE LAS SECCIONES	238
CAPÍTULO LXIV. LUCHA CONTRA LOS HERBERTISTAS	243
CAPÍTULO LXV. CAÍDA DE LOS HERBERTISTAS. EJECUCIÓN DE DANTON	252
CAPÍTULO LXVI. ROBESPIERRE Y SU GRUPO	260
CAPÍTULO LXVII. EL TERROR	265
CAPÍTULO LXVIII. EL 9 TERMIDOR. TRIUNFO DE LA REACCIÓN	271
CONCLUSIÓN	283
APÉNDICE: CARTAS DE KROPOTKIN A JAMES GUILLAUME SOBRE LAS TIERRAS COMUNALES EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA	294

Este libro se editó en la Ciudad de México
en el mes de octubre del año 2018.

Todos los derechos reservados.

El contenido de la publicación es responsabilidad
exclusiva de Para Leer en Libertad, A.C. y no refleja
necesariamente una posición de la RLS.